



K. BROMBERG

DRIVEN

GUIADOS POR EL DESEO

SERIE DRIVEN 1

CHIC



Gracias por comprar este ebook. Esperamos que disfrutes de la lectura.

Queremos invitarte a que te suscribas a la *newsletter* de Principal de los Libros. Recibirás información sobre ofertas, promociones exclusivas y serás el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tienes que clicar en este botón.



CONTENIDOS

Portada

Página de créditos

Sobre este libro

Dedicatoria

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Continuará

Sobre la autora

DRIVEN.
GUIADOS POR EL DESEO

K. Bromberg

Serie Driven 1

Traducción de Aitana Vega para

Principal Chic



DRIVEN. GUIADOS POR EL DESEO

V.1: Junio, 2017

Título original: *Driven*

© K. Bromberg, 2013

© de la traducción, Aitana Vega, 2017

© de esta edición, Futurbox Project, S. L., 2017

Todos los derechos reservados.

Diseño de cubierta: Taller de los Libros

Imagen de cubierta: Valua Vitaly - Shutterstock

Publicado por Principal de los Libros

C/ Mallorca, 303, 2º 1ª

08037 Barcelona

info@principaldeloslibros.com

www.principaldeloslibros.com

ISBN: 978-84-16223-76-3

IBIC: FR

Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley.

DRIVEN. GUIADOS POR EL DESEO

Colton Donavan es un piloto de carreras rebelde y un empresario millonario.
Rylee trabaja ayudando a niños huérfanos.
Cuando se conocen en un acto benéfico, Colton llega a la vida de Rylee como un huracán.
Entre ellos hay mucha química, pero ¿bastará para dejar atrás el dolor del pasado?

Llega la trilogía que ha vendido un millón de ejemplares en Estados Unidos

Premio a Mejor Novela Extranjera en el Festival New Romance de Francia

Para B., B. y C:
No dejéis de perseguir vuestros sueños.
El camino no será fácil y tal vez debáis intentarlo
durante años. Encontraréis obstáculos que superar
y críticas que ignorar. Habrá momentos de duda
y de inseguridad. Pero lo conseguiréis.
Y, cuando por fin alcancéis esos sueños,
no importa la edad que tengáis
o a dónde os haya llevado la vida,
aferraos a ellos, saboread el triunfo
y no los dejéis escapar.
Nunca.

Capítulo 1

Suspiro en el acogedor silencio y agradezco la oportunidad de escapar, aunque solo sea por un rato, de la locura de conversaciones triviales que me espera al otro lado de la puerta. A todos los efectos, las personas que mantienen dichas conversaciones son mis invitados, pero eso no implica que tenga que sentirme cómoda con ellos. Afortunadamente, Dane comprende mi necesidad de tomarme un respiro y me envía a hacer un recado.

Deambulo por los pasillos desiertos de la parte de atrás del escenario del viejo teatro que he alquilado para el evento de esta noche y el único sonido que interrumpe el divagar de mis pensamientos es el de mis tacones. Rápidamente llego hasta el antiguo vestidor y recojo los catálogos que a Dane se le olvidaron durante la caótica y acelerada sesión de limpieza previa a la fiesta. Cuando me dispongo a regresar, repaso mentalmente la lista de cosas que hay que hacer para la muy esperada subasta de citas. Un zumbido de lo más molesto en mi cabeza me dice que se me ha olvidado algo. Pensativa, me llevo la mano a la cadera, donde suelo llevar el móvil con la lista de tareas que tengo que realizar, pero en su lugar atrapo un pedazo de organza de seda color cobre de mi vestido de fiesta.

—Mierda —murmuro entre dientes y me detengo un momento para intentar recordar qué he pasado por alto.

Apoyo la espalda en la pared y el corpiño del vestido me impide suspirar de frustración. Aunque me quede increíble, el dichoso vestido debería venir con una etiqueta de advertencia: respirar es opcional.

«¡Piensa, Rylee, piensa!». Dejo caer los hombros contra la pared y me balanceo sobre los talones de manera nada elegante para aliviar la presión de los dedos de los pies, apretujados dentro de unos zapatos de diez centímetros de tacón.

«¡Paletas! Nos faltan las paletas para la subasta». Sonrío por haberlo

recordado a pesar de lo abrumada que he estado últimamente porque soy la única coordinadora del evento de esta noche. Aliviada, me separo de la pared y avanzo unos diez pasos.

Entonces, los oigo. Una coqueta risa de mujer seguida de un profundo gruñido masculino. Me paralizó, sorprendida por la osadía de los invitados a la fiesta, y, entonces, escucho el inconfundible sonido de una cremallera al bajarse, seguido de un jadeo ahogado que me resulta familiar y que procede de un camerino oscuro a pocos pasos de distancia.

—¡Ah! ¡Sí!

Cuando adapto los ojos a la oscuridad, distingo la chaqueta de un esmoquin negro tirada de cualquier manera sobre una silla vieja y unos zapatos de tacón al lado que alguien se ha quitado a toda prisa.

«No hay dinero suficiente en el mundo para convencerme de que haga algo así en público». Mis pensamientos se ven interrumpidos por un siseo masculino y entrecortado seguido de un gruñido:

—¡Oh, Dios mío!

Aprieto los párpados, indecisa. Necesito las paletas que están en el armario del almacén al final del pasillo, pero la única manera de llegar es pasar por delante del camerino de los amantes. No tengo otra opción. Rezo en silencio con la esperanza de pasar inadvertida. Me decido a avanzar con la cara como un tomate y la mirada fija en la pared opuesta y camino de puntillas para que los tacones no resuenen sobre el suelo de madera. Lo último que necesito es llamar su atención y encontrarme cara a cara con alguien conocido. Sin hacer ruido, exhalo aliviada cuando consigo cruzar con éxito.

Sigo intentando ubicar la voz de la mujer cuando llego al armario. Con torpeza, agarro el pomo de la puerta. Tengo que girar con fuerza para abrirlo y enciendo la luz. Localizo la bolsa con las paletas en el estante del fondo, entro en el armario y me olvido de sujetar la puerta para mantenerla abierta. Cuando cojo la bolsa, se oye un portazo detrás de mí tan fuerte que hace temblar las estanterías baratas que hay dentro del armario. Sobresaltada, me giro a toda velocidad para volver a abrir y veo que la bisagra de cierre automático se ha desconectado.

Dejo caer la bolsa, las paletas causan un gran estallido al caer contra el suelo de hormigón y desparramarse por él. Cuando alcanzo el pomo, gira, pero la puerta no se mueve ni un centímetro. Siento pánico, pero lo reprimo y vuelvo a tirar del pomo con todas mis fuerzas. Sigue sin moverse.

—¡Mierda! —me reprendo—. ¡Mierda, joder!

Respiro hondo y sacudo la cabeza con frustración. Aún tengo mucho que hacer antes de que empiece la subasta. Por supuesto, tampoco llevo el móvil encima para llamar a Dane y pedirle que me saque de aquí.

Cierro los ojos y mi enemigo mortal aparece. Poco a poco, las largas y devoradoras garras de la claustrofobia suben por mi cuerpo y me rodean la garganta.

Me aprietan, me atormentan, me sofocan.

Las paredes de esta pequeña habitación parecen encogerse y acercarse cada vez más a mí. Me rodean. Me oprimen. Me cuesta respirar.

El corazón me late de forma errática mientras contengo el pánico que me atenaza la garganta. Se me acelera la respiración y me resuena en los oídos. Me consume y destruye mi habilidad para suprimir los malos recuerdos.

Golpeo la puerta con los puños y el miedo me hace perder el poco autocontrol que me queda, pierdo la noción del tiempo. El sudor me gotea por la espalda y las paredes se siguen acercando cada vez más. Lo único en lo que puedo pensar es que necesito salir de allí. Vuelvo a aporrear la puerta y grito exasperada con la esperanza de que alguien cruce el pasillo y me oiga.

Apoyo la espalda en la pared, cierro los ojos y trato de recuperar el aliento, me cuesta respirar y empiezo a marearme. Me dejo caer hasta el suelo y, sin querer, apago el interruptor de la luz. Me sumerjo en una oscuridad absoluta. Grito y busco el interruptor con manos temblorosas. Cuando lo encuentro, vuelvo a encender la luz y, aliviada, veo que los monstruos de la oscuridad se van de nuevo a su escondite.

Sin embargo, cuando miro hacia abajo, tengo las manos cubiertas de sangre. Parpadeo para volver a la realidad, pero no lo consigo. Estoy en otro lugar, en otro momento.

A mi alrededor, percibo el acre hedor de la destrucción, de la desesperación, de la muerte.

Oigo su respiración débil y agonizante. Jadea, se muere.

Siento ese dolor tan intenso y abrasador que se retuerce en el fondo de mi alma y que parece que nunca se irá, ni siquiera después de la muerte. Mis propios gritos me sacan del mundo de los recuerdos y me siento tan desorientada que no estoy segura de si son pasados o presentes.

«¡Espabila, Rylee!». Con la palma de las manos me seco las lágrimas de las mejillas y pienso en el año que pasé haciendo terapia para aprender a

mantener a raya la claustrofobia. Me concentro en una marca que hay en la pared de enfrente, trato de respirar con normalidad y empiezo a contar. Me concentro en empujar las paredes y los terribles recuerdos lejos de mí.

Cuento hasta diez y consigo recuperar un ápice de compostura, aunque la desesperación todavía me acecha. Seguro que Dane no tardará mucho en venir a buscarme. Sabe a dónde he ido, pero la idea no consigue aliviar la sensación de pánico.

Al final, me rindo ante la necesidad de escapar y golpeo la puerta con el dorso de la mano mientras grito a todo pulmón y maldigo a momentos. Ruego que alguien me oiga y me abra la puerta. «Que alguien vuelva a salvarme».

Estoy tan nerviosa que los segundos parecen minutos y los minutos parecen horas. Me siento como si llevase toda la vida encerrada en este armario cada vez más pequeño. Abatida, vuelvo a gritar y coloco los antebrazos sobre la puerta que tengo delante. Apoyo todo el peso del cuerpo sobre los brazos, dejo caer la cabeza y rompo a llorar. Tiemblo con violencia a causa de los sollozos entrecortados que se me escapan.

De pronto, siento que caigo.

Al caer hacia delante, tropiezo con el duro cuerpo de un hombre. Con los brazos rodeo un torso firme mientras mis piernas se doblan de forma extraña detrás de mí. Instintivamente, el hombre levanta los brazos y me envuelve con ellos para sujetarme y aguantar mi peso, reduciendo el impacto.

Levanto la vista y a toda velocidad detecto una mata de pelo oscuro despeinado, una piel bronceada, un ligero rastro de barba, y entonces veo sus ojos. Una descarga eléctrica casi palpable me atraviesa cuando miro esos ojos verdes, casi translúcidos y cautelosos. Fugazmente, se ven invadidos por la sorpresa, pero la intriga y la intensidad con la que me observa me pone nerviosa, a pesar de que mi cuerpo reacciona a él inmediatamente. La necesidad y el deseo que había olvidado hace ya tiempo me dominan con solo mirarlo a los ojos.

¿Cómo es posible que este hombre que no he visto nunca me haga olvidar el pánico y la desesperación que sentía hace apenas unos segundos?

Cometo el error de romper el contacto visual y bajar la mirada hacia su boca. Frunce los labios, carnosos y esculpidos, mientras me observa con intensidad y, después, muy despacio, forma una sonrisa pícaro y torcida con ellos.

«Dios, cómo me gustaría que esa boca me recorriese por todas partes. ¿En

qué cojones estoy pensando? Este hombre está fuera de mi alcance. A años luz de mi liga».

Levanto la vista de nuevo y veo diversión en sus ojos, como si supiera lo que pienso. Siento que el rubor se extiende lentamente por mis mejillas debido al apuro y también a los pensamientos lascivos que me cruzan la mente. Refuerzo el agarre alrededor de sus bíceps mientras agacho la vista para evitar su mirada escrutadora e intento recuperar la compostura. Consigo volver a poner los pies en el suelo, pero accidentalmente pierdo el equilibrio y caigo más cerca de él a causa de mi inexperiencia con tacones altos. Me alejo de un salto cuando mis pechos le rozan el torso, lo que hace que me arda todo el cuerpo. Unas diminutas explosiones de deseo me hacen cosquillas en el bajo vientre.

—Esto, eh, lo siento.

Nerviosa, levanto las manos en gesto de disculpa. El hombre me parece todavía más cautivador ahora que lo veo en su totalidad. Es imperfectamente perfecto y *sexy* a más no poder con esa sonrisa que sugiere arrogancia y ese aire de chico malo.

Levanta una ceja al darse cuenta de cómo lo examino con la mirada.

—No es necesario disculparse —responde con un tono de voz rasgado y ligeramente afilado. Esa voz me trae a la cabeza imágenes de sexo y desenfreno—. Estoy acostumbrado a que las mujeres caigan a mis pies.

Levanto la cabeza de golpe. Quiero creer que está de broma, pero su expresión enigmática no me revela nada. Observa mi reacción, perplejo, y ensancha la sonrisa engreída, lo que hace que un único hoyuelo se marque en su definida mandíbula.

A pesar de haber dado un paso atrás sigo muy cerca de él. Demasiado cerca como para aclararme las ideas y lo bastante como para sentir su aliento en la mejilla y percibir el limpio olor a jabón mezclado con el sutil aroma a tierra de su colonia.

—Gracias, de verdad —digo casi sin respiración.

Observo los músculos apretados de su mandíbula mientras me mira. ¿Por qué me pone tan nerviosa y me hace sentir que debería justificarme?

—La puerta se cerró, se atascó, me entró el pánico y...

—¿Está bien, señorita...?

Me siento incapaz de responder cuando me apoya la mano en la nuca y me mantiene cerca de él. Me acaricia el brazo desnudo con la mano libre, lo que

interpreto como un intento de asegurarse de que no me he hecho daño. Siento que la piel me arde bajo el roce de sus dedos mientras me doy cuenta de que su sensual boca está a apenas un susurro de distancia de la mía. Separo los labios y contengo el aliento cuando me pasa la mano por la línea del cuello y después me acaricia la mejilla suavemente con los nudillos.

Soy incapaz de procesar la confusión que siento mezclada con un fuerte deseo cuando murmura:

—A la mierda.

Segundos después, su boca está sobre la mía. Jadeo desconcertada y separo los labios ligeramente mientras absorbe el sonido con la boca, lo que le proporciona acceso para acariciarme los labios con la lengua y colarse entre ellos.

Le empujo el pecho con las manos para intentar resistirme al beso inesperado de este extraño. Intento hacer lo que la lógica me dicta. Trato de negar lo que el cuerpo me grita que desea. Quiero olvidarme de las inhibiciones y disfrutar del momento.

Finalmente, el sentido común gana la batalla entre la lujuria y la prudencia y consigo apartarlo de mí unos centímetros. Nuestras bocas se separan y respiramos jadeantes sobre los labios del otro. Me mira fijamente con los ojos ardiendo de deseo. Me resulta casi imposible ignorar el anhelo que se me retuerce en el vientre. La incesante protesta que me retumba dentro de la cabeza se rinde en silencio ante la innegable realidad de que quiero ese beso. Quiero sentir lo que durante tanto tiempo se me ha negado, lo que yo misma me he negado a propósito. Quiero actuar de forma imprudente y disfrutar del beso, ese beso del que hablan los libros, en el que se encuentra el amor y se pierde la virtud.

—Decídete, encanto —ordena—. Un hombre solo tiene un poco de autocontrol.

Esa advertencia, la idea descabellada de que alguien como yo podía hacer que un hombre como él perdiese el control, me desconcierta, me confunde de modo que no llego a pronunciar ninguna negativa. Se aprovecha de mi silencio y esboza una sonrisa lasciva antes de agarrarme el cuello con más fuerza. En un suspiro, estrella los labios contra los míos. Sondeando. Probando. Exigiendo.

Resistirme es inútil y solo lo hago durante unos segundos, luego me rindo. Instintivamente, le paso las manos por las mejillas sin afeitar hasta llegar a la

nuca y le enredo los dedos en el pelo que se le riza sobre el cuello de la camisa. Deja escapar un grave gemido desde lo más profundo de la garganta, lo que aviva mi confianza y me permite abrir los labios y entrar más en él. Nuestras lenguas bailan y se entrelazan de forma íntima. Un baile lento y seductor al ritmo de respiraciones entrecortadas y gemidos jadeantes.

Sabe a whisky. La confianza que irradia rezuma rebelión y su cuerpo me provoca un ataque de lujuria en el centro de mi sexo. Una combinación embriagadora que sugiere que es un chico malo del que una buena chica como yo debería mantenerse alejada. La urgencia y la habilidad que demuestra me dan una pista de lo que podría venir. La cabeza se me llena de imágenes de sexo del que te hace arquear la espalda, encoger los dedos de los pies y agarrarte a las sábanas, y que, sin duda, será tan dominante como el beso.

A pesar de mi sumisión, soy consciente de que esto no está bien. La conciencia me dice que pare, que yo no hago estas cosas, que no soy ese tipo de chica y que cada caricia es una traición hacia Max.

«Pero es una sensación tan increíble». Entierro todo rastro de racionalidad bajo el irrefrenable deseo que hace arder cada nervio de mi cuerpo, cada respiración.

Con los dedos, me acaricia la nuca mientras me pasa la otra mano por la cadera y hace que me salten chispas en la piel a cada roce. Apoya la palma en la parte baja de mi espalda y me aprieta contra él. Me reclama. Siento que su erección crece contra mi vientre, lo que me hace sentir una descarga eléctrica entre las ingles y me humedezco de necesidad y deseo. Mueve las piernas ligeramente y las aprieta con las mías para acercarse al vértice de mis muslos y provocarme una intensa sacudida de placer. Me empuja más cerca de él y gimoteo en voz baja con ansias de más.

Me ahogo en las sensaciones que me provoca, pero no estoy dispuesta a separarme para recuperar el aire que necesito desesperadamente.

Me muerde el labio inferior mientras me agarra el culo. El placer me hace temblar. Reacciono clavándole las uñas en la nuca mientras no ceso en mi reclamo de él.

—Dios, te deseo ahora mismo —jadea con voz ronca entre besos, lo que intensifica las sacudidas que siento debajo de la cintura.

Me baja la mano por el cuello y el tórax hasta agarrarme el pecho. Dejo escapar un suave gemido al sentir sus dedos me frotándome el pezón endurecido a través de la fina tela del vestido.

Estoy lista para decir que sí a su petición, pues yo deseo lo mismo. Quiero sentir el peso de su cuerpo sobre mí, el roce de su piel desnuda contra la mía y el movimiento rítmico de su virilidad en mi interior.

Nuestros cuerpos enredados chocan contra el pequeño hueco del pasillo. Me aprieta contra la pared mientras, desesperados, nos tocamos, nos buscamos y nos probamos. Me baja la mano hasta el dobladillo del vestido y encuentra su objetivo cuando roza los lazos de los ligeros de mis medias.

—Dios bendito —murmura de nuevo junto a mi boca mientras desliza la mano a un ritmo tortuosamente lento por mi muslo hacia el diminuto triángulo de encaje que más que tapar, decora.

«¿Cómo? ¿Qué ha dicho?». Cuando por fin ubico las palabras, retrocedo como si me hubiese dado una descarga y le empujo el pecho con las manos para apartarlo de mí. Son las mismas palabras que acabo de escuchar en el oscuro camerino. Es como un cubo de agua fría sobre mi libido. «¿Qué cojones?».

«¿Qué coño hago enrollándome con un tío cualquiera? Y, sobre todo, ¿por qué ahora, cuando estoy en medio de uno de los eventos más importantes del año?».

—No. No puedo hacer esto.

Retrocedo y me llevo una mano temblorosa a la boca para cubrirme los labios hinchados. Clava sus ojos oscurecidos por el deseo en los míos. Por un momento, la ira pasa a través de ellos.

—Un poco tarde, encanto. Yo diría que ya lo has hecho.

El sarcasmo del comentario me enfurece. Soy lo bastante inteligente como para darme cuenta de que me acabo de convertir en otra de sus conquistas de la noche. Lo miro y la suficiencia que tiene en la mirada hace que desee soltarle una sarta de insultos.

—¿Quién coño te crees que eres para tocarme así? ¿Para aprovecharte de mí de esa manera? —le suelto y utilizo el enfado para escudarme del dolor que siento.

No estoy segura de si estoy más enfadada conmigo misma por ceder de forma tan sumisa o con él por aprovecharse de mi enajenación. ¿O tal vez me sentía avergonzada por sucumbir a su increíble beso y a sus habilidosos dedos sin siquiera saber cómo se llama?

Me sigue observando, cada vez más enfadado, y me fulmina con la mirada.

—¿En serio? —se burla mientras ladea la cabeza y oculta una sonrisa

condescendiente con la mano. Casi oigo el crujido de su barba cuando la roza con la mano—. ¿Así es como quieres que sea? ¿Hace un momento no ponías de tu parte? ¿No te deshacías entre mis brazos? —Se ríe con malicia—. No quieras hacerte la mojigata y engañarte a ti misma diciéndote que no lo has disfrutado, que no quieres más.

Da un paso hacia mí. Diversión y algo más oscuro brilla en la profundidad de su mirada. Levanta una mano, me pasa un dedo por la mandíbula y, aunque me resisto, el calor que siento cuando me roza reaviva un ardiente deseo en mi vientre. En silencio fustigo a mi cuerpo por traicionarme.

—Seamos claros —gruñe—. Yo no cojo nada que no me hayan ofrecido antes. Y los dos sabemos, encanto, que tú me lo has ofrecido. —Sonríe con suficiencia—. De buena gana.

Aparto la barbilla de él mientras anhelo ser una de esas personas que siempre sabe qué decir, pero no lo soy. Al contrario, pienso en la frase perfecta horas después y deseo haberlas dicho cuando debía. Sé que más tarde haré exactamente eso, pues no se me ocurre ni una sola forma de responder a este hombre tan arrogante, pero que está en lo cierto. Me ha reducido a una masa de nervios sobreestimulados que ansían que me vuelva a tocar.

—Esa mierda de damisela en apuros a lo mejor funciona con tu novio que te trata como si fueras una pieza de porcelana en una vitrina, frágil y bonita de mirar, pero que casi nunca se toca. —Se encoge de hombros—. Pero tienes que admitir, encanto, que eso es aburrido.

—No, novio no... —tartamudeo—. ¡No soy frágil!

—Ah, ¿no? —responde mientras levanta la mano para volver a cogerme la barbilla y mirarme a los ojos—. Desde luego, actúas como tal.

—¡Vete a la mierda! —Sacudo la barbilla y me libero de su agarre.

—Vaya, vaya, eres una fierecilla. —Sonríe con arrogancia y me irrita—. Me gustan las fieras, encanto. Solo consigues que te desee aún más.

«¡Capullo!». Estoy a un paso de reprocharle lo mujeriego que es. De eso no tengo duda, gracias a su encuentro con otra persona a unos metros de aquí no mucho antes de venir conmigo. Lo miro fijamente y en la cabeza me ronda la idea de que me recuerda a alguien, pero alejo el pensamiento. Estoy nerviosa, nada más.

Cuando voy a abrir la boca para hablar, oigo la voz de Dane que me llama. Me siento aliviada cuando me giro y lo veo al final del pasillo mirándome extrañado. Lo más seguro es que esté perplejo por mi aspecto desaliñado.

—Rylee, necesito esas listas, ¿las has encontrado?

—Me he entretenido —farfullo. Miro de reojo a Don Arrogante detrás de mí—. Ya voy. Dame un segundo, ¿vale?

Dane asiente con la cabeza, me giro hacia la puerta abierta del armario, a toda velocidad recojo las paletas del suelo con la mayor elegancia posible y las vuelvo a meter en la bolsa. Salgo del armario y evito mirarlo a los ojos mientras camino hacia Dane. Exhalo en silencio, aliviada porque me dirijo a terreno conocido cuando escucho una voz detrás de mí:

—Esta conversación no ha terminado, Rylee.

—Y una mierda que no, As —respondo sin girarme.

La idea de lo perfecto que le viene ese nombre me cruza la mente antes de que termine de recorrer el pasillo, mientras mantengo los hombros firmes y la cabeza alta en un intento de conservar el orgullo.

Alcanzo rápidamente a Dane, mi mayor confidente y amigo del trabajo.

La inquietud se deja ver en su juvenil rostro mientras enredo el brazo con el suyo y tiro de él hacia la fiesta. Una vez que cruzamos la puerta de atrás del teatro, dejo de contener el aliento, ni siquiera me había dado cuenta de que lo hacía, y me dejo caer contra la pared.

—¿Qué cojones te ha pasado, Rylee? ¡Estás hecha un asco! —Me mira de arriba abajo—. ¿Tiene algo que ver con ese adonis de allí?

«Tiene todo que ver con ese adonis de allí», me entran ganas de confesar, pero por algún motivo no lo hago.

—No te rías —digo y lo miro con recelo—. La puerta del armario se ha cerrado y me he quedado encerrada dentro.

Aguanta la risa y levanta la vista hacia el techo para contenerse.

—¡Estas cosas solo te pasan a ti!

Le doy un golpe en el hombro para bromear.

—Oye, no tiene gracia. Me ha entrado el pánico. Claustrofobia. Se ha apagado la luz y me ha recordado al accidente. —Me mira preocupado—. Me he vuelto loca, ese tío me ha oído gritar y me ha sacado, eso es todo.

—¿Eso es todo? —pregunta con una ceja levantada, como si no me creyera.

—Sí. —Asiento con la cabeza—. Simplemente he perdido los nervios durante un minuto.

Odiaba mentirle, pero, por el momento, eso era lo mejor. Cuanto más firme fuera, más rápido lo dejaría estar.

—Bueno, es una pena porque, joder, chica, está como un tren. —Río mientras me da un rápido abrazo—. Ve y arréglate. Tómate un respiro. Luego te necesito de vuelta para mezclarte entre la gente y chismorrear. Quedan treinta minutos para que empiece la subasta de citas.

Me observo en el espejo del baño. Dane tiene razón. Tengo una pinta horrible. He echado a perder el peinado y el maquillaje que Haddie, mi compañera de piso, me había ayudado a hacerme. Cojo un trozo de papel e intento limpiarme el maquillaje para reparar los daños. Las lágrimas me han dejado los ojos color amatista enrojecidos y no me hace falta preguntarme por qué ya no tengo los labios perfectamente pintados. Mechones de pelo castaño se me escapan de las horquillas y llevo la costura del vestido terriblemente torcida.

Oigo el tono bajo de la música al otro lado de la pared que camufla cientos de voces, todos donantes potenciales. Respiro hondo y me inclino sobre el lavamanos un momento.

Ya entiendo por qué Dane no se ha creído lo que le he dicho que había pasado y piensa que Don Arrogante tenía algo que ver. ¡No puedo estar más despeinada!

Me recoloco el vestido para que el escote en forma de corazón y mis más que generosas amigas vuelvan a su sitio. Aliso con las manos la tela de las caderas que se adapta a mis curvas. Empiezo a meter los mechones de pelo que se han salido del moño, pero me detengo. Han vuelto a su estado rizado natural y me gusta el aspecto suavizado que le dan a mi rostro.

Alcanzo el bolso, Dane me lo ha traído, y me arreglo el maquillaje. Me pongo algo de rímel en las pestañas, ya de por sí espesas, y me reaplico el lápiz de ojos. Ya se ven mejor. No genial, pero mejor. Frunzo los labios y los repaso con el pintalabios, los froto y luego los dejo secar.

No ha quedado tan bien como el trabajo de Haddie, pero será suficiente. Estoy lista para volver a la fiesta.

Capítulo 2

Las joyas, la ropa de diseño y mencionar nombres importantes son algo frecuente entre los famosos, los filántropos y los miembros de la alta sociedad que llenan el viejo teatro. Esta noche es la culminación de todos mis esfuerzos del último año, un evento para recaudar la mayor parte de los fondos que necesitamos para empezar a construir los nuevos centros.

«Y estoy muy lejos de mi zona de confort».

Dane pone los ojos en blanco con discreción cuando me mira desde el otro lado de la sala. Sabe que preferiría con creces estar en el Hogar con los chicos, con unos vaqueros y el pelo recogido en una coleta. Embozo el fantasma de una sonrisa y asiento con la cabeza antes de dar un sorbo al champán.

Todavía no he terminado de asimilar lo que he permitido de buen grado que pasase entre bambalinas y el escozor que me provocaba saber que no había sido la primera conquista de la noche de Don Arrogante. Estoy anonadada por lo inusitado de mis actos y confusa por lo molesta que me sentía. Sin duda, no podía esperar que un hombre en busca de un polvo rápido tuviese otra intención que no fuera aumentar su ya inflado ego.

—Aquí estás, Rylee.

Una voz interrumpe mis pensamientos. Me doy la vuelta y veo a mi jefe, un hombre con pinta de oso de casi dos metros de alto y con el corazón más grande que ninguna persona que hubiera conocido. Parecía un osito de peluche gigante.

—Teddy —digo con afecto mientras me inclino hacia el brazo que me ha posado en el hombro en un rápido abrazo—. Parece que todo va bien, ¿no crees?

—Gracias a lo mucho que te has esforzado. Por lo que he oído, ya están llegando los cheques. —Curva los labios y la sonrisa hace que las cejas le

tiemblen—. Incluso antes de que empiece la subasta.

—Que sea una buena forma de ganar dinero no significa que tenga que gustarme —admito a regañadientes e intento no sonar como una mojigata.

Es un debate que hemos tenido incontables ocasiones durante los últimos meses. Aunque sea un acto benéfico, no entiendo cómo las mujeres pueden estar dispuestas a venderse al mejor postor. No puedo evitar pensar que los compradores van a querer algo más que una cita a cambio de los quince mil dólares de la puja inicial.

—No es que hayamos montado un burdel, Rylee —me reprende Teddy. Luego mira por encima de mi hombro cuando un invitado le llama la atención—. Vaya, aquí hay alguien que quiero que conozcas. Esta es una causa muy cercana y muy querida para él. Es uno de los hijos del presidente y... — Interrumpe la explicación cuando quienquiera que sea se acerca—. ¡Donavan! Me alegro de verle —dice efusivamente mientras le da la mano a la persona que está detrás de mí.

Me doy la vuelta dispuesta a conocer a alguien nuevo, pero en lugar de eso me encuentro con un desconcertado Don Arrogante.

«¡Genial, mierda!». ¿Cómo puede ser que con veintiséis años de repente me sienta como una adolescente perdida? La media hora que he pasado lejos de él no me ha servido para olvidar lo increíblemente guapo que es ni para dejar de sentir ese tirón prohibido en mi libido. Su cuerpo de más de metro ochenta está cubierto con un esmoquin negro perfectamente confeccionado que evidencia que tiene dinero. Saber que debajo de la chaqueta se encuentra un torso notablemente tonificado hace que me muerda el labio inferior con una necesidad inesperada. Sin embargo, a pesar del magnetismo que desprende, sigo furiosa.

Vuelvo a pensar que me resulta familiar, que me recuerda a alguien, pero la sorpresa de volver a verlo anula ese pensamiento.

Me dedica una sonrisa de suficiencia, claramente contento, y lo único que tengo en la cabeza es la sensación que me han provocado sus labios contra los míos. Lo que he sentido cuando me ha acariciado la piel desnuda con esos dedos que ahora sujetan un vaso. La presión de su cuerpo contra el mío. Y que había estado con otra mujer poco antes de degradarme a mí.

Esbozo una sonrisa prefabricada y fulmino a Donavan con la mirada mientras Teddy se dirige a él sin percatarse de nada.

—Hay alguien a quien quiero presentarle. Es el motor detrás de todo lo

que ves esta noche. —Teddy se gira hacia mí y me coloca una mano en la parte baja de la espalda—. Rylee Thomas, este es...

—Ya nos conocemos —interrumpo con una voz de lo más empalagosa mientras sonrío. Teddy me mira extrañado, no es normal que me comporte con falsedad—. De todas formas, gracias por la presentación —continúo mientras alterno la mirada entre Teddy y Donavan y le doy la mano al último como si no fuese más que otro benefactor potencial.

Teddy aparta la mirada de mí y mi anormal comportamiento y se vuelve a centrar en Don Arrogante.

—¿Se lo está pasando bien?

—De maravilla —responde y me suelta la mano después de estrecharla durante demasiado tiempo.

Me tengo que contener para no resoplar con sorna. ¿Cómo no se lo va a pasar bien? Bastardo arrogante. Tal vez debería subirme al escenario y hacer una encuesta para ver cuántas mujeres le quedan por corromper.

—¿Ha podido comer algo? Rylee consiguió que uno de los chefs más codiciados de Hollywood ofreciese sus servicios gratuitamente —explica Teddy, siempre un anfitrión perfecto.

Donavan me mira con los ojos arrugados por la diversión.

—He probado algo mientras me daba una vuelta entre bambalinas. —Contengo el aliento al captar la indirecta—. Algo inesperado, pero exquisito —murmura—. Gracias.

Alguien llama a Teddy y este vuelve a mirarme una última vez con curiosidad antes de excusarse.

—Si me disculpáis, tengo que irme un momento. —Se gira hacia Donavan—. Me ha encantado volver a verle. Gracias por venir.

Los dos asentimos con la cabeza cuando Teddy se va. Con el ceño fruncido, giro sobre los tacones para alejarme de Donavan. Quiero hacerlos desaparecer a él y su recuerdo de la noche.

En un gesto rápido, me agarra el brazo desnudo con la mano y tira de mí para que choque con la espalda contra su cuerpo. Como consecuencia me quedo sin respiración. Miro alrededor y me alegro de que todos parezcan estar lo bastante absortos en sus propias conversaciones como para fijarse en nosotros.

La barbilla de Donavan me roza el hombro cuando me acerca los labios a la oreja.

—¿Por qué estás tan enfadada, señorita Thomas? —Tiene un cierto tono frío y mordaz en la voz que me advierte que no es un hombre al que se deba molestar—. ¿Tal vez es porque no eres capaz de dejar a un lado tu altivez y reconocer que, a pesar de lo que te dicta la cabeza, ardes en deseos de acabar lo que empezaste con este descarriado? —Deja escapar un gruñido bajo y condescendiente junto a mi oreja—. ¿O tal vez es que estás tan acostumbrada a portarte como una frígida que siempre te niegas lo que quieres, lo que necesitas, lo que sientes?

Me irrito e intento sin éxito liberar el brazo de su agarre. Menudo lobo con piel de cordero. Me quedo inmóvil cuando otra pareja pasa a nuestro lado y nos observa detenidamente para intentar averiguar qué pasa entre nosotros. Donavan me suelta el brazo y lo acaricia para que parezca un roce cariñoso. A pesar de lo enfadada que estoy, o tal vez por eso mismo, su tacto me provoca un millar de sensaciones por donde han pasado sus dedos. Se me pone la piel de gallina.

Otra vez lo siento respirar en la mejilla.

—Resulta muy excitante, Rylee, saber que eres tan sensible a mi tacto. Es embriagador —susurra mientras me acaricia el hombro desnudo con el dedo—. Sabes que quieres descubrir la razón por la que tu cuerpo reaccionó como lo hizo ante mí. ¿Crees que no me he dado cuenta de que me desnudabas con la mirada? ¿Crees que no he visto cómo disfrutabas al follarme con la boca?

Doy un grito ahogado cuando me pone la mano sobre el estómago y me aprieta más contra él para que sienta su erección contra la parte baja de la espalda.

A pesar del enfado, saber que puedo hacer reaccionar así a un hombre como él resulta estimulante. Aunque seguramente reaccione así con todas las mujeres que, sin duda, se lanzan a sus pies a diario.

—Tienes suerte de que no te arrastre de vuelta al armario donde te encontré, coja lo que me ofreciste y te haga gritar mi nombre. —Me muerde la oreja con suavidad y sofoco el imparable gemido que casi se me escapa—. Follarte y así sacarte de la cabeza. Luego a otra cosa —termina.

Nunca me habían hablado así, nunca creí que se lo habría permitido a nadie, pero, inesperadamente, esas palabras y la seguridad con la que las pronuncia me excitan.

Me enfado conmigo misma por la forma en que reacciono ante este presuntuoso. Sin duda, es consciente del poder que tiene sobre el cuerpo de las

mujeres y, por desgracia, sobre el mío en este momento.

Despacio, me doy la vuelta para enfrentarme a él y entrecierro los ojos. Con la voz fría como el hielo, le digo:

—Oye, As, eres un poco impertinente, ¿no? Supongo que tu *modus operandi* consiste en follar y si nos hemos visto, no me acuerdo.

Abre los ojos como platos sorprendido por mi vulgaridad. O tal vez le asombra que lo haya calado tan rápido. Le sostengo la mirada mientras el cuerpo me tiembla de ira.

—¿A cuántas mujeres has intentado seducir esta noche? —Levanto las cejas, asqueada, cuando la culpa le aparece en el rostro por un instante—. ¿Qué pasa? ¿No sabías que da la casualidad que os encontré a ti y a tu primera conquista de la noche en el camerino pequeño de detrás del escenario?

Donavan me mira estupefacto. Continúo mientras disfruto de su expresión de sorpresa.

—¿Es que te ganó en tu propio juego y te dejó con ganas de más? ¿Te dejó con la necesidad de demostrar lo hombre que eres ya que con ella no pudiste, por lo que decidiste aprovecharte de una mujer desesperada encerrada en un armario? Venga, de verdad, As, ¿a cuántas mujeres has soltado tus frasecitas de mierda esta noche? ¿A cuántas has intentado dejar marcadas?

—¿Celosa, encanto? —Levanta una ceja mientras sonrío con arrogancia—. Siempre podemos acabar lo que empezamos y puedes marcarme donde quieras y como quieras.

Con cuidado, le coloco la mano en el pecho y lo empujo. Me encantaría borrarle la sonrisa de la cara. «Así es como te marcaría».

—Lo siento, no pierdo el tiempo con capullos misóginos como tú. Vete a buscar a alguien que...

—Cuidado, Rylee —me advierte mientras me agarra de la muñeca, con un aspecto tan amenazador como el tono de su voz—. No me gusta que me insulten.

Intento liberarme, pero no me suelta la muñeca. Para cualquiera que mire, parece que tengo la mano apoyada en su corazón con afecto. Los demás no sienten la fuerza agobiante con la que me sujeta.

—Pues escúchame —espeto, cansada de jugar y de no saber lo que siento. La rabia me supera—. Solo me deseas porque soy la primera mujer que le ha dicho que no a tu preciosa cara y tu cuerpo de «ven y fóllame». Estás tan acostumbrado a que todas caigan a tus pies, sí, lo he dicho a propósito, que

consideras un desafío que alguien sea inmune a tus encantos y no sabes cómo reaccionar.

Aunque se encoge de hombros con indiferencia, noto que en el fondo está irritado cuando me suelta la muñeca.

—Cuando me gusta algo, voy a por ello —afirma sin un atisbo de arrepentimiento.

Sacudo la cabeza y pongo los ojos en blanco.

—No, lo que necesitas es probarte a ti mismo que eres capaz de conseguir a cualquier chica que se te cruce. Tienes el ego herido. Lo comprendo — respondo con condescendencia—. En fin, no te esfuerces, As, pierdes el tiempo.

Levanta una ceja y el fantasma de una sonrisa le baila en los labios. Le tiemblan los músculos de la barbilla apretada cuando me observa durante un instante.

—Vamos a dejar una cosa clara. —Se inclina hacia delante, a centímetros de mi boca y le brillan los ojos, lo que me advierte que me he pasado—. Si me interesa, puedo tenerte cuando y donde quiera, encanto.

Resoplo de la forma menos femenina posible, sorprendida por el atrevimiento, al tiempo que intento ignorar cómo se me acelera el pulso solo con pensarlo.

—No estés tan seguro —me burlo mientras trato de escabullirme rápidamente.

Vuelve a cogerme del brazo y me gira de nuevo hacia él, de manera que quedamos íntimamente cerca. Veo que le palpita la sangre en la vena de debajo de la barbilla y la tela de su chaqueta me roza el brazo cuando eleva el pecho al respirar. Bajo la vista hacia la mano que me sujeta el brazo y vuelvo a mirarlo como advertencia, pero no me suelta. Acerca la cara a la mía de forma que siento su aliento en la mejilla. Inclino la cabeza hacia la suya, no estoy segura de si lo hago como desafío o para anticiparme a que me bese.

—Por suerte para ti, me gustan las apuestas, Rylee —susurra—. De hecho, de vez en cuando me gusta disfrutar de un buen desafío —me provoca, con una sonrisa pícara en los labios. Me suelta el brazo, pero me lo acaricia despacio con el dedo. El suave tacto sobre la piel desnuda me provoca escalofríos en la columna.

—Así que apostemos.

Se detiene y saluda con la cabeza a un conocido que pasa a nuestro lado, lo

que me devuelve a la realidad, pues me había olvidado de que estábamos en una sala llena de gente.

—¿Acaso tu madre no te enseñó que cuando una chica dice no, significa no?

Levanto una ceja y lo miro con desdén. Recupera la sonrisa de adulator en todo su esplendor y asiente por mi comentario.

—También me enseñó que si quiero algo tengo que perseguirlo hasta que lo consiga.

«Genial, me he ganado un acosador». Un acosador guapo, *sexy* y muy molesto.

Levanta la mano y juega con uno de los mechones sueltos de pelo junto a mi cuello. Trato de mantenerme impassible y resistir la necesidad que siento de cerrar los ojos y perderme en el suave roce de sus dedos. La forma en que sonrío me deja claro que es consciente del efecto que tiene sobre mí.

—¿Y bien? ¿Qué dices, Rylee, una apuesta?

Se me ponen los pelos de punta por la proposición, o tal vez sea el efecto que tiene en mí.

—Esto es una tontería.

—Te apuesto que para el final de la noche habré conseguido una cita contigo —me interrumpe y levanta una mano para que me calle.

Me río en voz alta y doy un paso atrás.

—¡Ni en un millón de años!

Doy un largo trago a mi bebida, expectante.

—Entonces, ¿de qué tienes miedo? ¿De no poder resistirte? —Sonríe divertido cuando pongo los ojos en blanco—. Pues acepta. ¿Qué tienes que perder?

—O sea, que consigues una cita conmigo y tu ego herido se recupera. —Me encojo de hombros con indiferencia, sin ganas de participar en el juego—. ¿Qué saco yo?

—Si ganas...

—¿Te refieres a si soy capaz de resistir tu encanto arrollador? —replico sarcástica.

—Deja que me explique mejor. Si consigues resistirte a mi arrollador encanto hasta el final de la noche, entonces haré una donación. —Chasquea los dedos en el aire como si fuese algo irrelevante—. Digamos, veinte mil dólares para la causa.

Contengo la respiración y lo observo desconcertada, por algo así por supuesto que acepto. Sé que es imposible que sucumba ante Donavan y sus embaucadoras artimañas, bastardo arrogante. Es verdad que he caído en sus redes de seductor por un momento, pero ha sido solo debido al tiempo que hace que no sentía algo así. Desde que me habían besado o tocado así.

Si lo pienso, creo que nunca nadie me había hecho sentir de este modo, aunque de lo que estoy segura es de que un hombre nunca me había besado con los labios aún calientes por haber besado a otra.

Lo miro impasible e intento descubrir el truco. Tal vez no lo haya. Tal vez es tan gallito que de verdad se cree irresistible. Lo único que sé es que aumentaré los ingresos de la noche en veinte mil dólares.

—¿Esta apuesta no va a arruinar tu objetivo de la noche de conseguir alguna otra posible compañera de cama? —Me detengo y repaso la habitación con la mirada—. No pinta nada bien, As, ya vas dos a cero.

—Me las arreglaré. —Ríe en voz alta—. No te preocupes por mí, sé hacer varias cosas a la vez —bromea para intentar ganarme en mi propio terreno—. Además, la noche es joven y, para mí, el marcador todavía está uno a cero. El segundo punto todavía no se ha decidido. —Arquea las cejas—. No lo pienses demasiado, Rylee, es una apuesta. Así de simple.

Cruzo los brazos sobre el pecho. La decisión es fácil. «Lo que sea por mis chicos».

—Será mejor que vayas preparando el talonario. No hay nada que me guste más que demostrar a bastardos arrogantes como tú que se equivocan.

Da otro trago a la bebida sin dejar de mirarme a los ojos.

—Estás muy segura de ti misma.

—Digamos que mi autocontrol es algo de lo que me enorgullezco.

Donavan da un paso hacia mí.

—Autocontrol, ¿eh? —murmura mientras me mira desafiante—. Me parece que hoy ya hemos puesto a prueba esa teoría, Rylee, y no ha salido muy bien. Aunque me encantaría volver a intentarlo...

Los músculos de mi entrepierna se estremecen ante la posibilidad que promete, siento un dolor ardiente que suplica ser aliviado. ¿Por qué me comporto como si nunca antes me hubiesen tocado? «Tal vez porque nunca te había tocado él».

—Vale —acepto y levanto la mano para dársela—. Es una apuesta. Pero te advierto que no pienso perder.

Me da la mano con una amplia sonrisa iluminándole las facciones y con los ojos brillando en un llamativo color esmeralda.

—Yo tampoco, Rylee —murmura—. Yo tampoco.

—Rylee, siento interrumpir, pero te necesitamos —dice una voz detrás de mí.

Me doy la vuelta y me encuentro a Stella, que me mira con cara de pánico. Vuelvo a mirar a Donovan.

—Si me disculpas, me reclaman en otra parte.

Me siento extraña, sin saber qué más hacer o decir. Asiente con la cabeza.

—Hablaemos más tarde.

Mientras me alejo, pienso que no estoy segura de si lo que ha dicho es una amenaza o una promesa.

Capítulo 3

Estoy sentada entre bambalinas en el caos que se forma después de la subasta, pero la cabeza todavía me da vueltas. La última hora y media es un borrón. Un borrón de mucho éxito, de hecho, pero he tenido que pagar un precio muy alto: la dignidad.

A última hora, una de las participantes de la subasta de citas se ha puesto enferma. No había nadie más dispuesto a participar y los programas ya se habían repartido, donde se especificaba un número determinado de participantes, por lo que he suplicado, sobornado y rogado a todas las mujeres del personal para que ocupasen su lugar. Todas las que no eran indispensables para llevar a cabo la subasta, o estaban casadas o salían en serio con alguien.

Todas, excepto yo.

He lloriqueado, me he quejado y he implorado, pero en un giro irónico de los acontecimientos, en el que todo el personal ha disfrutado, he acabado como el lote de subasta número veintidós. Así que he tenido que aguantarme y hacerlo por el equipo, mientras ignoraba la sensación de que algo no iba bien, aunque no conseguía caer en qué.

Creedme cuando os digo que he aborrecido cada minuto. Desde la presentación estilo concurso de belleza y pasearme por el escenario como un trofeo hasta los silbidos de la audiencia y los insípidos anuncios del presentador de las ofertas de los interesados. Las luces eran tan cegadoras que me impedían ver al público, no distinguía más que el vago contorno de las siluetas. El tiempo que he pasado siendo el centro de atención se ha reducido a la vergüenza, los latidos de mi corazón retumbándome en los oídos y el miedo de que el sudor que me causaba el calor de los focos dejase marcas oscuras en las axilas del vestido.

Si hubiera estado en el otro lado del escenario, sin duda los comentarios del subastador me habrían parecido ingeniosos, habría estado feliz por la

participación del público y las payasadas que hacían algunas de las mujeres en el escenario para intentar aumentar la puja me habrían parecido divertidas. Habría observado cómo subía la recaudación total y me habría sentido orgullosa de mi equipo por el exitoso resultado.

Sin embargo, estoy sentada entre bambalinas mientras intento respirar hondo y procesar todo lo que acaba de pasar.

—¡Así se hace, Ry!

Dane se divierte con mi malestar mientras se dirige hacia mí a través de las otras veinticuatro mujeres que han participado de buen grado en la subasta. Están bajando del escenario y recogiendo las bolsas de regalo que les hemos preparado para agradecer su participación.

Lo fulmino con la mirada sin ocultar el enfado. Me dedica una amplia sonrisa y me envuelve en un abrazo no correspondido. Estoy más que enfadada. Estoy muy cabreada. Joder, ¡menuda noche! Primero, me quedo encerrada en el armario; luego, me uno a la lista de conquistas de Don Arrogante; y, por último, me toca soportar la humillación absoluta de exhibirme como un trozo de ternera en un mercado de carne.

Me asombra el atolondramiento de las mujeres que me rodean. Hablan felices sobre el momento que han pasado bajo los focos y presumen de lo que han pujado por ellas. Les agradezco que hayan participado y estoy extasiada por los beneficios, pero me desconcierta su entusiasmo.

Recuerdo cuando me acusó de ser una mojigata y descarto el pensamiento.

—¡Menuda pesadilla! —me quejo y sacudo la cabeza con incredulidad mientras se ríe de mí con compasión—. Lo único que quiero es un enorme vaso, no, a la mierda, una botella entera de vino, algo de chocolate, quitarme este dichoso vestido y bajarme de los tacones, aunque no tiene por qué ser en ese orden.

—Si eso es lo único que hace falta para desnudarte, te habría traído vino y chocolate hace mucho.

Lo fulmino con la mirada, sin verle la gracia al comentario.

—Lástima que no dispongo del equipo adecuado para satisfacerte.

—¡Miau! —responde y se muerde el labio para aguantar la risa—. Ay, cielo, lo has tenido que pasar fatal, doña me-niego-a-ser-el-centro-de-atención. Mírate. —Se sienta en la silla a mi lado, me rodea con el brazo y me acerca a él. Apoyo la cabeza en su hombro y disfruto del reconfortante sentimiento de amistad—. Al menos te has vendido por un precio superior a la

oferta de salida.

—¡Capullo!

Me aparto de él mientras se ríe de mí como un niño y me mete el dedo en la llaga. La verdad es que todavía no sé cuál ha sido la oferta ganadora, estaba demasiado ocupada escuchando los latidos del corazón que me retumbaban en la cabeza.

Decir que a mi ego no le importa por cuánto me subastaron sería mentir. Aunque detesto el proceso, ¿a qué mujer no le gustaría saber que alguien considera que merece la pena pujar por una cita con ella? Sobre todo después de todo lo que ha pasado esta noche.

—¿Para qué están los amigos? A ver, primero está la guerra de pujas y la pelea que ha seguido con el comprador potencial. —Suelta un largo suspiro, divertido—. Y el cuerpo a cuerpo que ha venido después.

—¡Anda ya, cállate! —Me río y me relajo por primera vez gracias a sus chistes—. Venga, en serio, ¿cuánto he recaudado?

—¡Escúchate! Lo primero que preguntaría la mayoría de las mujeres es «¿cuánto han pagado por mí?» —se burla con una voz aguda y pretenciosa que me hace reír—. Y la siguiente pregunta sería: «¿El tío está bueno?

Me giro a mirarlo y arqueo las cejas de la misma manera en que lo hago en el Hogar y que hace que los chicos contesten ipso facto o se pongan a cubierto.

—¿Y bien?

Cuando en vez de responder se me queda mirando con una expresión exagerada de horror por preguntar, me permito actuar como una de las mujeres estridentes que nos rodean.

—¡Dane, cuéntame los detalles!

—Muy bien querida, te han comprado por... —Me estremezco con un horror fingido por sus palabras. Rectifica—. Perdona, tu futura cita se ha gastado veinticinco mil dólares por una velada contigo.

¿Cómo? ¡Joder! Estoy anonadada. Sé que el precio de salida es de quince mil dólares para todas las participantes, pero me cuesta creer que alguien haya pagado otros diez mil. Siento una pizca de orgullo y de valía que repone en parte el daño causado anteriormente por Donavan.

Intento racionalizar la idea de que alguien que no conozco se haya gastado ese dinero por una cita conmigo, pero no puedo. Tiene que haber sido uno de los directores de la junta con los que trabajo codo con codo. Es la única

explicación posible. La mayoría de las mujeres del escenario han formado parte de la élite de las organizaciones benéficas de Hollywood, tenían amigos o parientes para que pujasen por ellas entre el público. Yo no.

Suspiro y me relajo un poco ante la idea de que, seguramente, tendré una cita con un anciano viudo y caballeroso, o puede que con nadie. Tal vez el hombre solo quería hacer una donación y me deje plantada. ¡Qué descanso! Me preocupaba el tema de la cita, que algún perdedor esperase algo a cambio de su generosa donación... ¡Qué asco!

—Entonces, ¿has visto al ganador?

—Lo siento, cielo —dice mientras me da unos golpecitos en la rodilla—. El tío estaba en un lateral y yo en la parte de atrás. No he podido verlo.

—Vaya, no pasa nada. —La decepción se nota en mi voz cuando me empiezo a preocupar de nuevo.

—No te preocupes. Seguro que es alguno de los viejos de la junta. —Hace una pausa al darse cuenta de que acaba de insinuar que esos serían los únicos hombres que pujarían por mí. Continúa con cuidado, consciente de que estoy a la que salta—. Ya me entiendes, Ry. ¡Todos te adoran! Harían lo que fuera por apoyarte.

Me observa cauteloso y comprende que es mejor callarse, ahora que todavía puede. Suspiro en voz alta y me relajo tras darme cuenta de que estoy demasiado sensible en este momento. Veo que casi todas las participantes ya han abandonado la zona de detrás del escenario.

—Bueno, amigo mío, debería volver a la velada. —Me pongo en pie y aliso el vestido mientras vuelvo a deslizar los pies dentro de los zapatos—. Por una vez, estoy más que lista para dar por terminada la noche e irme a casa a devorar vino y chocolate con mi mullida bata y en mi comodísimo sofá.

—¿No quieres esperar a ver la recaudación final de la noche? —me pregunta mientras se levanta del asiento para seguirme.

Pasamos junto al camerino en el que Donavan y yo nos habíamos encontrado antes y me sonrojo. Mantengo la cabeza gacha para que Dane no me haga preguntas.

—Le he pedido a Stella que me mande un mensaje luego, cuando lo hayan sumado todo. —Abro la puerta para volver a la fiesta—. No necesito quedarme para eso.

Vacilo al cruzar la puerta y ver a Donavan apoyado contra la pared de forma casual mientras observa a la multitud.

Está claro que se encuentra a gusto consigo mismo, sin hacer caso de lo que le rodea. Irradia un aura de poder salvaje mezclada con algo más profundo, algo más oscuro que no consigo identificar. Picardía. Rebeldía. Temeridad. Cualquiera de las tres encaja y, a pesar del aspecto refinado, solo con mirarlo ya se intuyen problemas.

Freno en seco cuando los ojos de Donavan se encuentran con los míos y Dane choca contra mí.

—Rylee —se queja, hasta que se da cuenta del motivo por el que he dejado de caminar—. Vaya, vaya, si es don inquietante. ¿Qué pasa aquí, Ry?

Pongo los ojos en blanco al acordarme de la estúpida apuesta de Donavan.

—Maldito arrogante —murmuro en su dirección—. Tengo que hacer una cosa —digo por encima del hombro—. Ahora vuelvo.

Camino hacia Donavan, perfectamente consciente de que sigue cada uno de mis movimientos y furiosa de tener que encargarme de este tema ahora. Nuestra bromita ha sido una manera divertida de pasar el tiempo, pero la noche ha terminado y estoy lista para marcharme a casa. Se acabó el juego. Se separa de la pared y se endereza mientras me acerco. Esboza una pequeña sonrisa con la comisura de los labios al tiempo que intenta evaluar de qué humor estoy.

Cuando llego hasta él levanto una mano para pararlo antes de que empiece a hablar.

—Verás, As, estoy cansada y no de muy buen humor. Ya es hora de irse a casa...

—Justo cuando pensaba ofrecerte para llevarte a sitios que ni siquiera sabías que existían —dice con sequedad con un amago de sonrisa y una ceja arqueada—. No sabes lo que te pierdes, encanto.

Doy un resoplido en voz alta, sin contenerme ni un poquito.

—Tienes que estar de coña. ¿De verdad esas frases te funcionan con las mujeres?

—Me hieres —se burla y se lleva la mano al corazón divertido como si le doliera—. Te sorprendería lo que puedo conseguir con esas frases.

Lo observo sin decir nada. No tiene ni una pizca de humildad.

—No tengo tiempo para juegos ridículos. Acabo de soportar la mayor humillación de mi vida y estoy más cabreada de lo que puedas imaginar. Desde luego, no tengo ganas de lidiar contigo ahora mismo.

Si se sorprende por la reprimenda que suelto, lo disimula bien. A

excepción del músculo que le palpita al apretar la barbilla, se mantiene impasible.

—Me encantan las mujeres que dicen las cosas como son —murmura para sí.

Pongo las manos en las caderas y sigo hablando:

—Me marchó en unos diez minutos. La noche se acabó. He ganado la dichosa apuesta, así que será mejor que prepares el talonario porque te irás a casa con los bolsillos más vacíos que al llegar.

Esboza una sonrisa divertida.

—Veinticinco mil dólares más vacíos, para ser exactos —afirma con cara de póker.

—¿No quedamos en veinte...?

Me callo cuando lo veo sonreír y, poco a poco, comprendo lo que ocurre. ¡Mierda! Ha pujado por mí. No solo eso, ha ganado. Oficialmente, tenemos una cita.

Rechino los dientes y levanto la vista al techo mientras respiro hondo en un intento de tranquilizarme.

—No, ni hablar, de eso nada. ¡Esto es una gilipollez y lo sabes! —Lo fulmino con la mirada cuando intenta hablar—. Ese no era el trato, ¡no quedamos en eso!

Estoy nerviosa y exasperada, tan enfadada que no atiendo a razones.

—Un trato es un trato, Ryles.

—¡Me llamo Rylee, imbécil! —escupo.

¿Quién se cree que es? Me compra y encima se cree con derecho a ponerme un mote. Soy consciente de que la mujer irracional que llevo dentro ha alcanzado el nivel cabeza de Medusa, pero llegados a este punto me da exactamente igual.

—La última vez que lo comprobé, encanto, yo tampoco me llamaba «as» —responde con cierta razón.

La aspereza de su voz me hace temblar. Vuelve a apoyarse contra la pared en un gesto casual, como si este tipo de conversación fuese el pan de cada día para él. Que se muestre tan despreocupado me enciende todavía más.

—Has hecho trampa. Eres, eres un... ¡ah!

La frustración me nubla la capacidad para pensar con claridad.

—No tuvimos tiempo de definir las normas ni las condiciones de la apuesta. —Levanta las cejas y se encoge de hombros—. Tuviste que irte. Así

que todo vale.

Su sonrisa me irrita y la diversión de sus ojos me saca de quicio.

¡Mierda! Intento discutir con él de forma coherente y lo único que consigo es mirarlo como un besugo, abriendo y cerrando la boca sin soltar ni una sola palabra.

Se separa de la pared y da un paso hacia mí. Su aroma característico me envuelve.

—Supongo que acabo de demostrar que parece que de vez en cuando tú también pierdes, Ryles.

Levanta la mano para apartarme de la cara un mechón suelto. Al sonreír se le marca más el hoyuelo de la barbilla. Retrocedo cuando me toca, pero me sujeta la barbilla con firmeza entre las manos.

—Me muero de ganas de salir contigo, Rylee. —Me roza la mejilla con el pulgar y ladea la cabeza mientras piensa qué decir a continuación—. La verdad es que me apetece más que ninguna otra cita que haya tenido hace tiempo.

Cierro los ojos por un momento, suspiro y echo la cabeza atrás.

—¡Dios!

«¡Menuda noche!».

—¿Así es como sonará?

Abro los ojos confundida por lo que ha dicho y me mira con expresión perpleja.

—¿Qué? —ladro.

—Lo que acabas de decir, «¡Dios!» —me imita al tiempo que levanta la mano y me pasa un dedo por la cara—. Ahora ya sé exactamente cómo sonarás cuando llegue hasta el fondo de ti.

Abro la boca anonadada por el atrevimiento. Su exceso de confianza me parece increíble. Me enerva la forma en que sonrío con altivez. Capullo arrogante. Por suerte soy capaz de articular lo que pienso en voz alta.

—Estás muy seguro de ti mismo, ¿eh, As?

Se lleva la mano al bolsillo sin dejar de sonreír, se inclina hacia mí con una mirada lasciva y, con una voz sobrecogedora, susurra:

—Encanto, tengo grandes motivos para estar seguro. —Se ríe en silencio y me provoca un escalofrío que me recorre la espalda—. Estaremos en contacto.

Después, Don Arrogante gira sobre sus talones y se aleja sin mirar atrás.

Observo la anchura de sus hombros hasta que desaparece entre la multitud y, por fin, suelto el aire que ni me había dado cuenta de que contenía.

Que le den a esa boca llena de sensualidad, a esos increíbles ojos verdes, a esas largas pestañas y esas manos tan hábiles y a... ¡a todo él! Tiemblo de lo enfadada que estoy con él.

Y conmigo misma. Donavan está seguro de sí mismo y se siente cómodo siendo el macho alfa. No hay nada que encuentre más atractivo en un hombre. Sin embargo, ahora mismo me pone de los nervios. Me ha sacado de quicio. Y, además, no sé si es algo bueno o malo, pero lo que había muerto dentro de mí aquel horrible día de hace dos años parece volver a dar señales de vida.

Desde el mismo instante en que me ha tocado.

Me quedo ahí de pie intentando procesar todo lo sucedido esta noche y saco dos conclusiones. La primera, que de ninguna manera pienso cumplir el trato. La segunda, que por muy resuelta que esté a ello, no será la última vez que vea a Donavan.

Capítulo 4

Tamborileo con los dedos sobre el escritorio mientras examino detenidamente la página web de la empresa matriz. Hay muchas cosas que debería hacer ahora mismo y, sin embargo, aquí estoy, analizando las fotos de todos los directivos de la junta y de los miembros del comité organizador.

No consigo identificar al padre de Donovan y empieza a ser un fastidio. No sé cómo se apellida, lo que me ayudaría a ordenar las piezas del puzle. Ojalá no le hubiese dicho al equipo que no pasaba nada si tardaban un par de días en entregarme el papeleo. Intentaba ser amable después de todo lo que habían trabajado. Si lo hubiese pensado, ahora sabría la respuesta. Sé que podría llamar a Stella o Dane y preguntar sin más por el nombre de mi cita, pero entonces pensarían que pasa algo porque habitualmente una cosa así me daría igual. Me negaba a abrir las puertas a ese par de cotillas.

Más importante aún, me irritaba el hecho de que me importase.

—Mujeriego —gruño entre dientes.

Me froto los ojos cansados y me paso los dedos por el pelo para apartármelo de los hombros. Suspiro en voz alta. Ha sido un fin de semana muy largo y estoy agotada.

Echo un vistazo al reloj. Me quedan quince minutos antes de irme al Hogar para el turno de veinticuatro horas.

El ordenador suena y hago clic en la bandeja de entrada, donde encuentro un nuevo correo. No reconozco la dirección, pero deduzco la identidad del remitente. Allá vamos otra vez. Lo abro porque el asunto del mensaje hace que me pique la curiosidad.

Para: Rylee Thomas

De: As

Asunto: Encuentros entre bambalinas

Ryles:

¿Habrías abierto el mensaje si en el asunto hubiese puesto solamente «Cita con el mayor postor»?

Eso pensaba.

Me debes una cita.

Infórmame de tu disponibilidad para hacer planes.

Tienes veinticuatro horas para responder. O verás.

As

Suspiro extrañamente aliviada. Me irrita la ridiculez del ultimátum. Más bien, estoy irritada conmigo misma. ¿Por qué, a pesar de que no quiero salir con él, me siento como una colegiala idiota emocionada porque me ha escrito? Como si el chico guay y popular se hubiese fijado en la chica rarita y del montón.

Después de haberse liado con la animadora jefe detrás de las gradas, exacto. ¡Dios, es insufrible! Compruebo el reloj para asegurarme de que tengo tiempo de contestar.

Para: As

De: Rylee Thomas

Asunto: ¿Te ha comido la lengua el gato?

As:

Estamos exigentes, ¿eh?

No has especificado a quién te referías en el asunto. ¿Debería preocuparme el número de *e-mails* que habrás mandado con el mismo asunto al resto de tus conquistas del sábado para intentar conseguir una cita para poneros al día?

Ryl-E-E

Sonríó al pulsar «enviar» e imaginar la cara que pondrá. Su sonrisa. Sus ojos verde esmeralda. Los estragos que causó a mi autocontrol...

Solo han pasado dos días desde la subasta y ya me pregunto si el recuerdo

que tengo de Donavan exagera la realidad. Intento que sus atrevimientos parezcan menos importantes de lo que fueron. Antes de que pueda seguir dándole vueltas, recibo otro correo.

Para: Rylee Thomas

De: As

Asunto: La caballerosidad no ha muerto

Ryl-E-E:

Un caballero nunca besa y lo cuenta. Deberías saberlo.

Cuando pienses en mí, asegúrate de tener en cuenta que la única consecuencia de lo que te pido será tu propio placer.

No has respondido a mi pregunta.

Un trato es un trato.

Es hora de pagar, encanto.

As

Suelto una carcajada al leer el mensaje. A lo mejor si ignoro la pregunta, me dejará en paz sin más. ¡No me lo creo ni yo! A pesar de odiar el juego al que está jugando, me estoy sonriendo mientras escribo una respuesta. Le parezco un desafío, eso es todo. Si hubiese accedido a salir con él o, incluso, si hubiese continuado besándole en el pasillo de la subasta, nunca habría vuelto a pensar en mí. Se habría salido con la suya y se habría largado sin mirar atrás.

Para: As

De: Rylee Thomas

Asunto: ¿Te ha comido la lengua el gato?

As:

He leído por ahí que un niño necesita la adulación de muchas personas para estar satisfecho, mientras que un hombre de verdad, un caballero, solo necesita el amor de una. Solo por definición, está claro que no eres un caballero. Lo que significa que puedes cantar como un pajarillo.

Además, no me pagan lo suficiente para acceder a una cita.

Rylee

PD: Ah, y no te preocupes, no pienso en ti. Ni por un instante.

«¡Toma esa!», pienso, orgullosa de mí misma, a pesar de que el último comentario sea una mentira como un templo. Me levanto y recojo mis cosas mientras ordeno el escritorio. Cuando me dispongo a apagar el ordenador, recibo otro correo.

Para: Rylee Thomas

De: As

Asunto: Necesitas un aumento

Rylee:

Seré un hombre, pero no tengo nada de gentil. De hecho, creo que sientes cierta curiosidad por averiguar cómo hago las cosas. Lánzate al vacío conmigo, Ryles, no te soltaré la mano y te haré perder ese control del que tanto presumes. Seré absolutamente todo menos gentil.

Te lo prometo.

Nunca conocerás tus límites si no te lanzas.

Si te niegas a decirme cuándo estás disponible, tendré que tomar cartas en el asunto. Tal vez alguien tome el control sea precisamente lo que quieres, lo que necesitas.

As

—Cabrón egocéntrico —mascullo entre dientes mientras apago el ordenador. Me niego a responder.

Como si él supiera lo que quiero o lo que necesito. Sin embargo, a pesar del enfado, pienso en lo que ha dicho más de lo que debería.

Me suena el teléfono mientras conduzco hacia el Hogar. Por alguna razón, estoy de mal humor y lo único en lo que pienso es en Donavan y en sus puñeteros correos. Que le den, ya le vale volver a llenarme de deseo y

necesidad. Miro la pantalla del móvil de reojo y gruño.

Es Haddie, mi mejor amiga y compañera de piso. He conseguido evitarla con éxito desde el sábado por la noche para no tener que someterme a uno de sus famosos interrogatorios. Por suerte, he tenido planes que me han mantenido fuera de casa, pues en cuanto me haga una sola pregunta sabrá que ha pasado algo.

—¡Hola, Had!

—¡Ry! ¿Dónde te has metido? ¡Me estás evitando! —me recrimina.

Uf, menos de diez palabras de conversación y ya ha empezado.

—No, de eso nada. Es que las dos estamos muy ocupadas.

—¡Y una mierda! —me interrumpe—. ¡He hablado con Dane y lo sé todo! ¿Por qué no me despertaste para contármelo cuando llegaste a casa?

Palidezco al intentar adivinar qué le habrá contado Dane, luego pienso que lo más probable es que se refiera a la subasta.

—Porque no pasó nada, solo la más absoluta humillación. Fue horrible.

—¡Vamos, seguro que no fue para tanto! —exclama sarcástica—. Al menos has conseguido una cita. ¿Quién es él?

Pongo los ojos en blanco mientras accedo con el coche a la entrada del Hogar.

—Un tío.

—Ya, bueno, obviamente. Me alegro de que no sea una tía, porque eso le daría un vuelco a la situación. —Se ríe y no puedo evitar sonreír—. ¡Suéltalo, nena!

—Haddie, de verdad que no hay nada que contar. —La oigo soltar una carcajada—. De verdad. Oye, acabo de llegar al Hogar, tengo que colgar.

—Ya, lo que tú digas, Ry. No importa, ya te lo sacaré cuando llegues mañana del trabajo.

Me estremezco ante la promesa de Haddie Montgomery de seguir indagando. Nunca olvida.

—Escucha, no conozco a ese tío —claudico con la esperanza de que si le doy algo de información se quede satisfecha y me deje en paz—. Teddy me lo presentó poco antes de que me arrastrasen al escenario para participar en la subasta. Se llama Donovan no sé qué y es el hijo de uno de los directores. Es lo único que sé. —Hago una mueca por el descaro de la omisión.

La oigo hacer un gesto de aprobación al otro lado del teléfono y sé exactamente la expresión que está poniendo ahora mismo. Arruga la nariz,

incrédula, y frunce los labios en forma de corazón mientras intenta adivinar si digo la verdad.

—De verdad que estoy en el trabajo, Had. Te tengo que dejar, te quiero, *ciao*.

Me despido con las palabras de siempre.

—Te quiero, *ciao*.

Como siempre, el Hogar es un caos cuando entro por la puerta. Paso por encima de seis mochilas tiradas por el suelo de cualquier manera en la entrada. Oigo música de la radio salir de una de las habitaciones y el principio de una discusión procedente de otra mientras recorro el pasillo de camino al interior de la casa.

A través de las ventanas abiertas me llega el ruido sordo de un guante de béisbol al atrapar una pelota y sé que Kyle y Ricky están en su entreno habitual. En cualquier momento, uno de los dos empezará a quejarse de que el otro tiene muy mala puntería. Discutirán y pasarán a otra cosa, a jugar con los Bakugan o competir en la Wii.

Entro al salón principal y oigo la risa de Scooter sentado junto al otro orientador, Jackson, en el sofá, mientras discuten sobre quién es mejor, Batman o Spiderman.

El salón principal es la zona común de la casa, combina la cocina con una gran sala abierta. Tiene unos grandes ventanales que dan al patio para poder ver a los chicos jugar. Hay sofás en una esquina en forma de «U» alrededor de un pequeño centro multimedia. En el otro lado de la habitación, hay una enorme mesa de madera, ahora mismo cubierta por lo que parecen ser deberes inacabados. Los muebles de madera no son nuevos ni están muy gastados, sino algo usados y cumplen su función.

—Hola, chicos —digo mientras dejo la bolsa en la isla de la cocina y evalúo el estado de la cena preparada en dos grandes ollas sobre la encimera.

Como respuesta, recibo varios saludos.

Jackson levanta la vista del sofá, me mira con los ojos marrones llenos de buen humor a causa del debate con el pequeño de ocho años y sonrío.

—Nos estamos tomando un descanso de los deberes. Habrán terminado antes de cenar.

Levanto la tapa de una de las ollas y remuevo lo que parece un asado de carne y verduras. Me ruge el estómago, lo que me recuerda que hoy en la oficina me he saltado la comida para seguir trabajando.

—Huele bien —digo y le doy un golpe en la mano a Shane cuando intenta pescar un trozo de pan recién horneado que hay en una bandeja sobre la estufa—. Esas manos. Es para cenar. Coge algo de fruta si tienes hambre.

Me mira y pone los ojos en blanco como solo un adolescente de quince años puede hacer.

—Oye, tenía que intentarlo —contesta con la voz quebrada de preadolescente mientras pasa a mi lado y se aparta el pelo rubio enmarañado de la frente.

—Tienes que cortarte el pelo, colega.

Se encoge de hombros y, como siempre, me roba el corazón con una sonrisa torcida.

—¿Has terminado el trabajo para que pueda revisarlo?

Se gira y me mira mientras camina de espaldas.

—¡Sí, mamá! —responde.

No me pasa desapercibido el apelativo cariñoso. De hecho, en cierto modo, eso es lo que somos para estos chicos los que trabajamos aquí: los padres que ya no tienen. Y en la mayoría de los casos, las opciones de adopción se reducen drásticamente después de cierta edad. El Estado ha entregado su custodia a la empresa.

Casi siempre trabajo en las oficinas centrales a unos kilómetros de aquí, pero obligo a todo el personal cualificado a hacer un turno de veinticuatro horas una vez por semana. Eso les permite conectar con los chicos y no olvidarse de por quién estamos luchando en nuestro día a día.

Estos chicos y mis empleados son como una segunda familia para mí. Me llenan emocionalmente y me desafían mentalmente. A veces ponen a prueba mi paciencia y mis límites, pero los quiero con todo el corazón. Haría cualquier cosa por ellos.

Connor entra volando en la cocina desde la puerta trasera con algo bajo el brazo y Aiden persiguiéndole.

—Eh, chicos, tranquilos —los reprendo cuando oigo a Aiden gritar que lo va a recuperar y se las va a pagar.

—Calmaos, chicos —dice Jackson con una profunda voz de barítono mientras se levanta del sofá para observar la escena.

Esos dos tienen la manía de fastidiarse el uno al otro, a veces incluso llegan a las manos.

Unas manitas me rodean el muslo y, al bajar la mirada, veo los angelicales ojos de Scooter.

—Hola, colega.

Sonrío y le devuelvo el abrazo, procurando moverme muy despacio y con sumo cuidado. Se pone tenso cuando lo toco, pero no retrocede. Me ha costado dieciséis meses conseguir una reacción así de un pequeño de ocho años cuyo único contacto físico con su madre era a través de los puños y otros objetos. Me agacho a la altura de sus ojos y le doy un suave beso en la mejilla. Me dedica una mirada de color chocolate llena de confianza.

—Estoy de acuerdo contigo. Spiderman es mil veces mejor que Batman. Tiene el sentido arácnido, ya le gustaría a Batman.

Sonríe y asiente con la cabeza, entusiasmado.

—¿Por qué no vas a recoger las cosas? Estamos a punto de cenar.

Asiente y me dedica una tímida sonrisa. Lo observo mientras vuelve al cuarto familiar donde sus preciados cómics están esparcidos sin orden ni concierto por el suelo. Paso la vista de Scooter a la otra figura que hay ovillada en el sofá.

Zander está inmóvil. No ha dicho ni una palabra desde que llegó a mi cuidado hace tres meses. Se abraza las piernas con una expresión impasible en la cara mientras mira la televisión silenciada con ojos enormes y angustiados. Aprieta con fuerza contra el pecho como un salvavidas su querido perrito de peluche, aojado y deshilachado en las costuras. El pelo castaño y ondulado se le enreda suavemente en la nuca. Necesita un corte de pelo con urgencia, pero todavía soy capaz de oír el grito de terror que dio cuando hace un mes me vio acercarme a él con unas tijeras para arreglárselo.

—¿Sin cambios, Jax? —murmuro a Jackson, que se coloca a mi lado sin apartar la vista de Zander.

—Nada. —Suspira en voz alta, irradia empatía por todos los poros de la piel. Continúa en un tono sordo—. La cita con la doctora Delaney fue igual que siempre. Dijo que no hizo más que mirarla todo el rato mientras ella intentaba que participase en la terapia de juego.

—Algo le hará saltar. Algo le hará salir del *shock*. Esperemos que sea más pronto que tarde para que el daño psicológico sea el mínimo. —Contengo la pena por el pequeño perdido—. Y que pueda ayudar a la policía a averiguar lo

que pasó.

Zander llegó aquí después de que la policía lo encontrara cubierto de sangre en su casa. Había intentado parar la hemorragia de las puñaladas del cuerpo de su madre con tiritas. Una vecina que paseaba al perro oyó los gritos desesperados de la mujer pidiendo ayuda y llamó a la policía. Murió antes de que llegasen. Dedujeron que el padre de Zander la había matado, pero sin la declaración del pequeño, lo que realmente pasó es un misterio. Con el padre desaparecido, es el único que sabe lo que ocurrió esa noche.

Zander no ha soltado ni una palabra desde que mataron a su madre hace tres meses. Mi trabajo consiste en proporcionarle todo lo que le haga falta para que pueda salir del estado catatónico en que se encuentra. Luego podremos ayudarle durante el largo proceso de curación.

Doy la espalda al auténtico dolor que representa Zander y ayudo a Jackson a terminar la cena. Trabajamos en sincronía, codo con codo, como un viejo matrimonio. Hemos hecho juntos este turno los últimos dos años y ya somos capaces de anticipar los movimientos del otro.

Trabajamos en silencio mientras escuchamos el ajetreo de la actividad en el Hogar.

—He oído que la función benéfica fue todo un éxito y que hubo una participante sorpresa en la subasta. —Levanta las cejas en mi dirección y pongo los ojos en blanco antes de girarme hacia el fregadero—. Y una sesión de sucio magreo entre bambalinas.

Dejo caer el cuchillo que estoy lavando y rebota contra la pila de acero inoxidable. Menos mal que estoy de espaldas a Jackson y no puede ver mi expresión de asombro. ¿Cómo diablos lo sabe? Alguien ha debido de verme con Donavan. Trato de respirar y pensar en una respuesta. No puedo permitir que mis empleados cotilleen sobre el encuentro que tuve detrás del escenario.

—¿A qué te refieres?

Intento que la pregunta suene casual, espero ser la única capaz de notar la angustia de mi voz. Cierro el grifo del agua mientras espero una respuesta.

Jackson suelta una risotada profunda y sonora.

—Me habría encantado verte en acción, Ry.

¡Mierda, mierda, mierda! El corazón se me acelera. ¿Cómo voy a explicarlo? Siento calor en las mejillas al sonrojarme. Abro la boca para responder cuando continúa.

—Tener que desfilar por el escenario del evento que intentaste evitar tan

desesperadamente —dice con voz divertida—. Dios, ¿te has debido de enfadar muchísimo!

—No te haces a la idea —respondo casi en un susurro.

No me queda nada que lavar, pero sigo dándole la espalda, con miedo a que empiece a hacerme preguntas si me ve la cara.

—Y luego Bailey me contó que conoció a un tío bueno, sus palabras, no las mías, se lo llevó entre bambalinas al estilo típico de Bailey y allí se dio un buen magreo con él.

Dejo de contener el aliento, aliviada de que se refiera a nuestra interna Bailey, que se jacta de sus conquistas en vez de cotillear sobre su jefa. Entonces, caigo en la cuenta de que Bailey, la chica con cuerpo de sirena con la que quieren salir todos los hombres de la oficina, fue seguramente la primera conquista de la noche de Donavan.

Si ese fuera el caso, ¿cómo es que pasó de la pelirroja explosiva de piernas larguísimas a mí? Como si necesitase que me recordaran que fui la segunda opción.

Me aparto el pelo de la cara.

—Ya conoces a Bailey —comento e intento planificar cuidadosamente qué decir a continuación—. No hay duda de que le gusta divertirse.

Jax se ríe y me da una palmadita en la espalda al pasar junto a mí.

—Bonita forma de decirlo —comenta mientras empieza a preparar el almuerzo del colegio de los chicos del día siguiente—. Es una gran chica, trabaja duro y los niños la adoran, pero no me gustaría que mi hijo saliera con una mujer así.

Concuerdo con su afirmación entre murmullos mientras pienso en la dulce y cautivadora interna, a la que solo saco cinco años, y en su liberal manera de ser. Un parte de mí siempre ha tenido celos de las chicas como ella. Chicas que pasan de todo y que viven la vida sin arrepentirse de nada, que besan a chicos al azar cuando les apetece, que viven el momento y siempre son el alma de la fiesta. A menudo me preocupa que un día echaré la vista atrás y sentiré que no he vivido, que no he aprovechado suficientes oportunidades, ni he dejado salir mi vena salvaje o salido de mi zona de confort.

Llevo una vida segura, predecible, controlada y siempre en orden. La mayoría del tiempo me gusta. No es que me ponga celosa que besase a Donavan primero (bueno, tal vez un poco), sino que vive la vida al máximo, sin remordimientos.

Alejo estos pensamientos de la cabeza, unos pensamientos que me han acechado cada vez con más frecuencia ahora que se acerca el aniversario. Como poco, debería haber aprendido que la vida es corta y que hay que vivirla de verdad, no quedarme en una esquina, a salvo, a verla pasar. Me obligo a volver a la realidad y volver a concentrarme en la tarea que me atañe.

—¡Chicos! —grito por encima del caos—. Hay que acabar los deberes.

Varios gruñidos salen de las habitaciones porque he pronunciado la palabra que empieza por «D». Seis chicos, desde los ocho hasta los quince años, caminan hacia la mesa sin dejar de refunfuñar.

Levanto la vista hacia el sofá, donde Zander sigue acurrucado, balanceándose hacia delante y hacia atrás en busca de consuelo.

Me acerco a él despacio y me arrodillo para quedar a su altura.

—Zander, ¿quieres venir con nosotros? Si quieres te leo un cuento —le digo con voz suave. Levanto la mano, muy despacio para que pueda ver mis intenciones, y la poso sobre las suyas, apoyadas en la rodilla.

No deja de balancearse, pero parpadea y me mira con sus ojos azules.

Hay tantas cosas en su mirada que me parten el corazón. Le sonrío con dulzura y le aprieto la manita.

—Nos encantaría que vinieras con nosotros. —Permanece en silencio, pero no deja de observarme. Siento una punzada de esperanza, pues normalmente me mira un momento y después aparta la mirada—. Vamos, Zander, dame la mano, no te soltaré si no quieres.

Me sigue mirando varios segundos más sin mover ni un músculo y le dedico una sonrisa tranquilizadora. Mueve la pequeña manita y me rodea la palma con los dedos. Se pone en pie despacio y, juntos, nos unimos a los demás chicos en la mesa.

Capítulo 5

Estoy a punto de desfallecer. Pronto acabaré el turno en el Hogar y las largas horas de trabajo del último par de días me empiezan a pasar factura. Hoy los chicos estaban en pie de guerra.

Kellen, el otro orientador, está jugando al pillapilla con los chicos en el patio. Los oigo reír y chillar a través de las ventanas abiertas.

Estoy en la cocina, preparando todo lo necesario para la cena del siguiente turno, cuando suena el teléfono.

—¿Diga?

—¡Genial, sigues ahí! —La voz que habla suena aliviada y algo excitada.

—Por los pelos. —Río—. Me quedan unos quince minutos. ¿Qué necesitas, Teddy?

—Sé que seguramente estés agotada, pero ¿podrías pasar por la oficina de camino a casa?

Es lo último que me apetece hacer, por mucho que le quiera. Lo único que quiero es llegar a casa, meterme en la cama y dormir hasta mañana.

—Eh, sí, claro. ¿Hay algún problema?

—¡Todo lo contrario! Creo que hemos encontrado la solución para conseguir la financiación que nos falta para el nuevo centro —dice con entusiasmo—. Te lo contaré cuando llegues. Ahora mismo estamos ultimando los detalles.

—¡Vaya! ¿Hablas en serio?

Me siento esperanzada. Incluso con las galas benéficas y las numerosas donaciones que hemos recibido, todavía nos quedan varios millones de dólares para conseguir el objetivo necesario.

—Llegaré en cuanto pueda, depende del tráfico.

Cuelgo el teléfono temblando de emoción. Todo el trabajo de los últimos

dos años para conseguir los permisos, el apoyo de la junta, los planos y la financiación, por fin podría dar sus frutos.

Termino de preparar la cena para que quien venga en el siguiente turno solo tenga que meterla en el horno. Cojo el bolso y la bolsa de viaje y recojo mis cosas. Echo un vistazo al teléfono y a regañadientes compruebo el correo. A lo mejor me puedo enfrentar a alguna que otra llamada mientras esté en un atasco.

Reviso la bandeja de entrada y veo que he recibido un correo de Donavan ese mismo día temprano. Me planteo borrarlo directamente, pero al final la curiosidad me vence y lo abro.

Para: Rylee Thomas

De: As

Asunto: Dedos hábiles

Rylee:

No me has dejado otra opción. Al no responder me has obligado a encargarme de todo con mis propias manos.

Te acuerdas de ellas, ¿verdad?

As

Bastardo arrogante. Borro el mensaje. ¿Qué va a hacer? Ahora que estoy al corriente de su escarceo con Bailey en el camerino, me resulta todavía más indiferente. O, al menos, eso intento. Si me paro a pensarlo, seguramente sean perfectos el uno para el otro. El mujeriego y la devoradora de hombres.

Sonrío por la ocurrencia mientras termino de recogerlo todo y me despido de la tropa.

Sorprendentemente, hay muy poco tráfico de camino a la oficina. Me lo tomo como una señal de que algo bueno va a pasar. Hace un bonito y soleado día en California, inusualmente cálido para estar a finales de enero. Lo que daría por coger una toalla, ir a la playa y tumbarme en la arena a dejar que los rayos del sol me relajen.

En muy poco tiempo, entro en el *parking* de Cuidados Corporativos. Camino a toda velocidad hasta el vestíbulo del edificio y compruebo el aspecto que tengo en el reflejo de las ventanas. Llevo puesto uno de mis vaqueros de cintura baja favoritos y una camiseta roja ajustada con el cuello

de pico. Por suerte, tenía una de repuesto en la bolsa, porque no creo que a Teddy le hubiese gustado mucho la que llevaba antes, que estaba cubierta del vómito de Ricky. Echo un vistazo a mi pelo y me quito la pinza que lo sujetaba para dejar que los rizos me caigan por la espalda.

Después de un corto trayecto en ascensor, durante el cual me retoco el brillo de labios y me pongo algo de colorete, llego a la planta de la oficina principal. Paso delante de mi despacho, saludo con la cabeza a varias personas e intercambio alguna frase de cortesía mientras camino hacia la recepcionista de Teddy. Veo que las cortinas de la sala de conferencias están bajadas y me pregunto qué estará pasando ahí dentro.

—Hola, Sandy.

—¿Qué tal, Rylee? Le avisaré de que has llegado. Te está esperando.

—Gracias. —Sonrío.

Me acerco al gran ventanal que se extiende por toda la pared de la oficina y observo la línea de coches en la autopista que van camino a casa como una fila de hormigas.

—¡Qué rapidez! —Teddy me mira con una amplia sonrisa en la cara—. Me muero por contártelo todo.

—Me muero por saber lo que ocurre —digo mientras lo sigo al interior del despacho.

Me siento frente a él en el sillón de cuero negro, feliz por dejar de estar en pie. Teddy se sienta delante de mí, incapaz de mantener a raya su entusiasmo.

—Esta mañana he recibido una llamada y por la tarde he estado en una reunión para negociar un trato. Atenta —dice mientras se inclina hacia mí y apoya las manos en el escritorio—. Empresas CD se ha puesto en contacto con nosotros para ofrecernos la mitad del dinero que falta para la construcción del centro y recaudar el resto con la participación o el patrocinio de otras empresas.

Lo suelta todo sin respirar con los ojos llenos de emoción. Proceso lo que ha dicho e intento convertirlo en un pensamiento coherente. No me creo que esto esté pasando.

—¿Qué? ¿Cómo? ¡Vaya! —Me río contagiada por la excitación de Teddy.

—Todavía estoy ultimando los detalles. Colton está en la sala de conferencias. —Señala hacia el pasillo con la mano—. Te llevaré ahora mismo para volver a presentaros.

—¿Nos conocemos?

—Sí, os presenté el sábado en la subasta.

—Me presentaste a muchísima gente el sábado —digo entre risas—. Tantos que soy incapaz de recordar todos los nombres y caras. Esperemos que recuerde la conversación que tuve con él para no quedar como una imbécil.

Se ríe de mí, el tranquilizador sonido rebota en las paredes del despacho.

—¡Estoy seguro de que lo harás bien! Y piénsalo, ¡podríamos conseguirlo, muchacha! ¡Todo lo que has trabajado por fin podría dar sus frutos!

—¡Es increíble Teddy! —Me siento francamente aliviada. Esta misma semana nos había dicho que si no conseguíamos toda la financiación, el proyecto se podría retrasar de ocho meses a un año.

—Casi demasiado bueno para ser verdad. —Sacude la cabeza—. Debo decirte, Ry, que dependo de ti para que me ayudes con esto. Quieren a una persona comprometida de nuestra oficina para que trabaje con ellos codo con codo y han pedido que seas tú.

Asiento, aunque estoy confusa por cómo o por qué la compañía sabe quién soy. Da igual. Lo importante es conseguir el dinero.

—Pues claro, haré lo que sea. Ya lo sabes. —Me llevo una mano al corazón—. ¡No puedo creerlo! Haré lo que me pidas, cualquier cosa para conseguirlo, para ponerlo en marcha.

—¡Esa es mi chica! ¡Sabía que podía contar contigo! —Se levanta de la mesa—. Vamos. No puedo esperar a que Colton y tú os pongáis al día y repasemos la letra pequeña del acuerdo.

Lo sigo por el pasillo, insegura por el aspecto que tengo. No voy vestida para una reunión de negocios, pero si a Teddy no le importa, supongo que a mí tampoco.

—Aquí está, Colton —anuncia Teddy cuando entra en la sala de conferencias delante de mí.

Giro la esquina, cruzo el pasillo y me quedo de piedra. Donavan está sentado al otro lado de la sala con una pila de papeles delante de él. Tiene los brazos cruzados en un gesto relajado sobre el pecho y los bíceps se le marcan de forma notable bajo las mangas del polo. Me mira a los ojos y, despacio, esboza una sonrisa de suficiencia.

¿Qué cojones? Me quedo parada en la puerta sin dejar de mirar a Teddy y a Donavan.

—No... no entiendo nada —tartamudeo.

La expresión consternada de Teddy me hace ver que he cometido un gran

error al reaccionar así.

—¿Rylee? —pregunta mientras mira rápidamente a Donavan para asegurarse de que no le he ofendido y luego me dirige una mirada de advertencia—. Rylee, ¿a qué te refieres? Este es Colton Donavan y, entre otras cosas, es el presidente de Empresas CD. ¿No os presenté la otra noche?

En un instante, mi mundo se ha puesto patas arriba. La cabeza me da vueltas e intento procesar el hecho de que el hombre que está delante de mí y que me redujo a un manojo de emociones la otra noche no es otro que Colton Donavan. Colton Donavan, el guapísimo y extraordinario piloto de carreras del momento, el hijo de un megadirector de Hollywood y el casanova que aparece constantemente en la columna de cotilleos de las revistas.

El mismo hombre que desde el sábado ha hecho que tenga un montón de sueños lascivos y deseos carnales no correspondidos. ¡Joder!

No puedo creer que no me haya dado cuenta antes. Sabía que al conocerlo me resultaba familiar, pero lo cierto es que no pensaba con claridad. Me está costando mucho procesar todo esto. Me he quedado sin aire en los pulmones.

Alterno la mirada entre Teddy y Dona... quiero decir, Colton, una y otra vez. Por la forma en que Teddy me mira, la expresión de mi cara debe de ser bastante desagradable. Miro al suelo, respiro hondo e intento recomponerme y silenciar las emociones que me taladran la cabeza. No puedo fastidiar la donación sean cuales sean mis sentimientos, hay demasiado en juego.

—Eh, lo siento —digo en voz baja—. Es solo que creía que te llamabas Donavan. —Entro en la sala, cada vez más segura, y me repito que puedo con esto—. Lo entendí mal cuando nos conocimos la otra noche. —La rápida sonrisa de Colton me deja de piedra.

«Puedes hacerlo», me repito como un mantra. Me niego a dejar que provoque ese efecto en mí.

Mantengo la cabeza erguida y me acerco a él, con la mano levantada y una sonrisa prefabricada en la cara.

—Encantada de volver a verle, señor Donavan.

Oigo a Teddy respirar aliviado después de contener el aliento por miedo a que mi reacción hubiese estropeado el trato. La tensión de su cara se relaja.

—Colton, por favor —dice Donavan mientras se incorpora en la silla con gracilidad y me da la mano, que sujeta un segundo más de lo necesario—. También me alegro de volver a verte.

Una chispa resplandece en sus ojos color esmeralda.

—Por favor, sentémonos —dice Teddy con entusiasmo—. Colton, ¿podría informar a Rylee sobre la propuesta de su empresa?

—Con mucho gusto, Teddy —accede Colton con profesionalidad. Gira en el asiento para mirarme y deja una pila de papeles ante mí—. Empresas CD se dedica a realizar inversiones para ayudar a la comunidad. Cada año, mi equipo y yo elegimos una organización a la que dedicamos tiempo, contactos y dinero para crear conciencia de su causa. Después de asistir de manera inesperada a la subasta del fin de semana en el lugar de mi madre, debido a que no se encontraba bien, me pareció que vuestra organización es inspiradora.

Lo observo mientras continúa hablando sobre datos y cifras de otras organizaciones a las que han apoyado. Me cuesta comprender que este hombre tan profesional y centrado sea la misma persona que me derritió entre temblores y gemidos.

Es el tipo de hombre del que me enamoraría. Con las cosas claras, blancas o negras, sin zonas grises. Culto y apasionado. Es lo que me atrae en un hombre. No el bastardo arrogante e interesado de la otra noche imprudente y desinhibido. Por suerte, sé la verdad y no caeré en sus redes.

Al menos, eso me digo a mí misma cuando lo oigo llamarme.

—¿Qué? —pregunto y vuelvo a la realidad.

—¿Quieres preguntar algo? —dice Colton con la cabeza ladeada, pensativo. Creo que sabe exactamente en qué estaba pensando: en él.

—En primer lugar, espero que tu madre se encuentre mejor —digo y dejo que mis modales superen el desprecio que siento por él. Cuando asiente, continúo—. Exactamente, ¿a qué se dedica Empresas CD, señor Donavan? —inquiero.

—Mi madre está mucho mejor, gracias. En lo relativo a ECD, la función principal de la empresa consiste en la propiedad y la administración de un equipo de carreras. El mío, para ser exactos —explica con cierto orgullo—. Entre otras cosas, nuestra mayor innovación consiste en una tecnología de vanguardia que ayudará a mejorar el nivel de seguridad de los conductores. Actualmente, está pendiente de patente.

—Ajá —contemplo mientras intento averiguar qué relación hay entre todo esto—. Y, exactamente, ¿cómo piensa unir un coche o un equipo de carreras, como tal, con recaudar fondos para huérfanos y para Cuidados Corporativos?

Vuelvo a entrar en mi yo de negocios, su encanto no afecta a mi intelecto.

Casi nada. Pero siento que hay truco.

«Gato escaldado, del agua fría huye».

—Buena pregunta —dice—. El lunes le hablé a mi equipo de vuestra organización. Después de investigar un poco, con varios debates y lluvias de ideas incluidos, creamos la siguiente propuesta. —Abre las carpetas que había dejado delante de mí y me mira con gesto de satisfacción—. ECD propone, de entrada, donar un millón y medio de dólares a Cuidados Corporativos.

¡La hostia! Trato de evitar que las palabras se me escapen. El orgullo es evidente en sus ojos mientras me observa pensativo y sopesa mi reacción con tranquilidad antes de continuar.

—Además de los fondos inmediatos, en la inminente temporada pensamos dedicar una parte del lateral de mi coche a promocionar vuestra causa, o misión si lo prefieres. —Ve que estoy confundida y levanta las manos para que le deje terminar—. El plan consiste en utilizar este espacio publicitario para atraer a otras compañías y equipos a que se unan al patrocinio. Haremos que se comprometan a pagar una cantidad fija de dinero por cada vuelta que complete con el coche, o bien un patrocinio general.

Abro los ojos de par en par, desconcertada. Este acuerdo podría hacer que la empresa recaudara una sorprendente cantidad de dinero. Miro de reojo a Teddy, que se remueve en el asiento de lo nervioso que está con una gran sonrisa en la cara. Vuelvo a mirar a Colton, con una expresión entre confusa y agradecida, y me encuentro con sus ojos, una mezcla de esmeralda y amatista. ¿Por qué nosotros? ¿Por qué esta empresa?

Sonríe ligeramente como si supiera lo que pienso y entendiera mi dilema. Aceptar la donación significa que tendré que acceder a la cita. Continúa:

—Todavía no hemos decidido si ofreceremos el patrocinio por carrera o para toda la temporada, tengo a mi equipo trabajando en ello ahora mismo, ya que nos quedan menos de tres meses para el inicio de la temporada y conseguir tantos patrocinadores como sea posible.

—¿No es increíble? —exclama Teddy a mi lado.

Me giro hacia él y le dedico una sincera sonrisa antes de volver a mirar a Colton.

—Es muy generoso por tu parte y la de tu compañía, pero estoy algo confusa sobre el motivo. ¿Por qué habéis elegido Cuidados Corporativos?

Levanta la comisura del labio.

—Digamos que puedes ser muy persuasiva, señorita Thomas. —Me

sostiene la mirada y respiro con dificultad—. Creo que voy a disfrutar trabajando con alguien tan apasionado y... —Aparta la mirada para pensar la palabra que está buscando—... receptivo, como demostraste ser la otra noche.

Se mantiene impassible, a excepción de los ojos, y se pasa la lengua por el labio inferior.

A pesar de que me hierva la sangre por lo que ha dicho, siento que el rubor se me extiende por el cuello y las mejillas. Arruga las comisuras de los ojos. Me retuerzo por cómo me mira y deseo estar en cualquier otra parte.

«En su cama, por ejemplo, debajo de él mientras me pasa los dedos por la piel y me posee con la boca». No puede ser. Ya es bastante malo que me afecte en la cara, ahora ha corrompido también mis pensamientos. Esto no es bueno. Definitivamente, esto no es bueno.

Suprimo la ira que siento por el coraje de Colton. No me creo que haya dicho eso. ¿Era necesario insinuar delante de mi jefe la indiscreción que cometí? Cómo se atreve a venir a mi oficina a provocarme, a recordarme algo de lo que no estoy orgullosa. Algo que tardaré mucho tiempo en olvidar.

—Receptiva —repite Teddy, mientras le da vueltas a la palabra—. ¡Es una gran forma de describir a Rylee! —Me da una palmadita en la espalda y habla con la voz henchida de orgullo. No se entera de nada—. Siempre hace todo lo necesario y más.

Colton mira a Teddy, que no es consciente de la tensión sexual que hay en el ambiente.

—Sin duda. Una cualidad muy difícil de encontrar. —Asiente, de acuerdo con Teddy—. El sábado la observé en acción y quedé francamente impresionado.

Ya he tenido suficiente, pero no quiero darle la satisfacción de saber que me ha alterado. No quiero trabajar con él, pero seamos sinceros, Cuidados Corporativos no tiene más opciones para conseguir que toda la sangre, sudor y lágrimas de los últimos años sirvan de algo. Dará la cara, aunque no sea con las motivaciones adecuadas.

Necesito pensar en esta colaboración como un medio para un fin. Mis chicos y muchos otros se beneficiarán del nuevo centro.

—Entonces, señor Donavan...

—Colton, por favor —repite.

—Colton, entiendo la premisa —declaro con remilgo, con la esperanza de volver a encauzar la conversación—. Pero ¿exactamente, cuál es mi papel en

el acuerdo?

—Verá, señorita Thomas, desde el punto de vista empresarial, no hay mucho que deba hacer. Tengo un equipo muy experimentado en este tipo de cosas. Sin embargo, por supuesto, necesitaré que sea el nexo de unión para aclarar las preguntas que puedan tener y otras cosas varias.

Esas «otras cosas varias» es lo que me preocupa.

—Entonces, ¿por qué...?

Colton levanta la mano de nuevo, me empieza a molestar ese hábito.

—Como ya he comentado a Teddy, el contrato entre nuestras empresas por la donación depende de ciertos factores. —Hace una pausa para organizar los papeles de la mesa. Levanta la vista y centra la atención únicamente en mí—. Durante los próximos meses, y cuando empiece la temporada, necesitaré que un representante de Cuidados Corporativos me acompañe en numerosas ocasiones.

Se detiene cuando frunzo los labios y abro los ojos como platos, con la esperanza de que mis suposiciones sean erróneas.

—¿Yo? —pregunto, aunque ya conozco la respuesta.

—Sí, tú —se jacta. Entrecierra los ojos cuando paso la lengua por los labios. De pronto, estoy excitada. Abre ligeramente los labios mientras me observa y tengo que alejar mis pensamientos inapropiados cuando continúa—. Junto con el anuncio oficial de nuestra asociación, se celebrarán varios eventos, algunos aquí y otros fuera de la ciudad, eventos de etiqueta, ruedas de prensa, etcétera —explica mientras agita los dedos de forma casual—. Tendrás que acompañarme.

—¿Qué?

Empujo la silla hacia atrás con fuerza al levantarme y los miro desconcertada. ¿Cómo se atreve? Rechazo salir con él, rechazo pasar de segunda base entre bambalinas, ¿y se saca de la manga la forma de atarme a él mediante un contrato? ¡Gilipollas infantil! Debí de hacerle mucho daño a su ego al rechazarlo.

Estoy atónita. Ni de coña. Esto no está pasando. Me hierve la sangre y me pasan por la cabeza cientos de palabras que me gustaría llamarle, gritarle.

—¿Pasa algo, Rylee? —pregunta Teddy, lo que me hace salir de la nube de frustración—. Me parece una idea brillante. —Lo miro y abro la boca para responder, pero no se me ocurre nada que decir—. Si Colton está dispuesto a usar su nombre, sus contactos y su popularidad para aparecer a tu lado en un

evento lleno de periodistas y hablarle al mundo de Cuidados Corporativos, entonces...

—¿Por qué no aprovechar la oportunidad? —termina Colton por él con una gran sonrisa de suficiencia.

Me empiezo a marear, la cabeza me da vueltas por cómo se han desarrollado los acontecimientos. Apoyo la mano en la mesa para recomponerme mientras, despacio, me vuelvo a dejar caer en la silla con los ojos fijos en un punto imaginario entre los papeles que tengo delante.

—Ry, ¿estás bien? —pregunta Teddy, preocupado.

—¿Eh? —Levanto la cabeza para mirarlo a los ojos llenos de empatía.

—No tienes buena cara. ¿Te encuentras bien?

—Sí, sí —respondo después de respirar hondo—. Es que ha sido un turno muy largo, nada más —explico mientras me recompongo. «Es un medio para llegar a un fin»—. Perdonad —me disculpo—. Me siento abrumada por el hecho de que el proyecto vaya a hacerse realidad.

Colton me analiza en silencio. Me remuevo incómoda en el asiento por su escrutinio.

—Verás, Rylee —dice Teddy—. Sé que tienes mucho de lo que encargarte ahora mismo y que con esto solo sumarás más trabajo, pero estamos tan cerca que ya casi lo saboreo. No hay nadie mejor que tú para representar a la compañía. Eres tú, muchacha.

Sus buenas palabras me reconfortan a pesar del pánico que siento al verme atrapada y forzada a aceptar una situación que sé que beneficiará a la empresa, pero que para mí será devastadora.

Teddy echa un vistazo al reloj y me da una palmadita en la mano.

—Tengo una conferencia telefónica en cinco minutos. —Se pone en pie y Colton lo imita—. Confío en que puedo dejaros solos para ultimar los detalles que quedan.

Le da la mano a Colton, con lo que cierran el acuerdo.

—Gracias por tan inesperada generosidad. No te haces una idea de todas las vidas que ayudarás a cambiar con este regalo.

Una oscuridad inexplicable cruza durante un instante el semblante de Colton.

—Lo entiendo mejor de lo que mucha gente cree —dice antes de soltar la mano de Teddy—. Gracias por aceptar la idea con tanto entusiasmo. Mi abogado se pondrá en contacto con el vuestro por la mañana para redactar el

papeleo.

Después, Teddy asiente y se va de la sala de conferencias. Me levanto y observo la puerta vacía de espaldas a Colton mientras planeo qué hacer a continuación.

Estoy abrumada por la generosidad de Colton. Por su intento de hacer mis sueños realidad. Entonces, ¿por qué no me siento agradecida? ¿Por qué tengo ganas de darme la vuelta y estrangularlo? Odio que me obliguen a hacer algo. No es que necesite controlarlo todo (bueno, puede que un poco), pero sí me gusta tomar mis propias decisiones y no que me traten como a una mujer sumisa que accede a todo lo que le piden sin rechistar.

¿Por qué me irrita tanto? ¿Quizá porque cada vez que le miro los labios o veo cómo se frota la barbilla con los dedos me tenso al pensar en la sensación de tenerlos sobre mí? ¿O tal vez porque imagino el tono áspero de su voz diciéndome en sueños que me desea? Mi vida era perfecta hasta el sábado. Hasta que le conocí y me convertí en un manojo de nervios.

No debería importarme que se hubiese enrollado y Dios sabe qué más con Bailey, pero me importa. Me avergüenza que pueda creer que permito que cualquier tío me ponga las manos encima. Me irrita que el único motivo por el que me persigue es que no caí rendida ante sus comentarios dulces y sus gilipolleces elocuentes. Me confunde que un hombre que es una especie de flautista de Hamelín para mujeres mucho más guapas, más sexys y más todo que yo se pare a mirarme una segunda vez.

No vivo en una especie de romance de Hollywood en el que la chica aburrida conoce al chico famoso y se enamoran locamente. No soy tan ingenua como para creer que algo así pueda llegar a pasarme.

Además, no puedo olvidarme de lo que siento por Max, lo que hace que las cosas sean más confusas si cabe. Me siento culpable porque, a pesar de quererle, nunca me había sentido tan viva con él como lo hice con Colton.

Suspiro en voz alta, consciente de lo cerca que estamos.

Se ríe cuando me giro en su dirección, lo que hace que mi irritación crezca. Está recostado en la silla, con un tobillo sobre la rodilla contraria y los brazos apoyados como por casualidad sobre los reposabrazos. Nos miramos fijamente, observando y analizando al otro por primera vez sin espectadores. Pasea la mirada sin prisa por mi cuerpo y se detiene cuando llega al escote. Sonríe en lo que asumo que es una apreciación de la figura femenina en general, no solo la mía, antes de que los pechos empiecen a caer.

No cabe duda de que es realmente atractivo. Las pestañas gruesas y oscuras contrastan con el verde de los ojos. En la nariz tiene una ligera curva, como si se la hubiera roto alguna vez. Esa imperfección sobre una cara que por lo demás es perfecta, lo hace todavía más irresistible y *sexy*. Me detengo a observar sus labios carnosos, el superior ligeramente más fino que el inferior. La barba de tres días le cubre las mejillas y en la mandíbula le palpita el pulso a un ritmo constante. De pronto, siento unas ganas locas de besarle y fundirme con él, de sentir bajo los labios el pulso de este hombre tan excitante. De hundirme en su perfume limpio y con olor a tierra.

Sacudo la cabeza para intentar salir del trance. Levanta las cejas y espera a que sea yo quien dé el primer paso. Nos seguimos observando varios segundos mientras nos evaluamos mutuamente. Al final, soy yo quien rompe el hielo.

—¿A esto te refieres con tomar cartas en el asunto?

—¿Qué pasa? ¿No puedes resistir la tentación, Ryles?

Me dedica una sonrisa traviesa y arrogante y, por mucho que me gustaría poner los ojos en blanco, solo puedo pensar en él.

—Apenas —bufo.

Se encoge de hombros con indiferencia.

—Un hombre tiene que hacer lo que tiene que hacer, Ry —afirma—. No me has dejado otra opción.

—¿Ah, no? ¿De verdad? —me burlo y levanto las manos con disgusto—. ¿Es que eres un adolescente con una rabieta porque no ha conseguido lo que quería?

—Me debes una cita.

—¿Todo por una puñetera cita, As? ¿O se debe a que me negué a aceptar tus atenciones carnales cuando recuperé el sentido y la razón? —¡Ah!, es tan frustrante.

—Los habrías perdido de nuevo —refuta sarcásticamente con una ceja levantada—. Además, por lo que recuerdo, el sentido y la razón los estampaste contra el suelo que hay detrás del escenario.

¡Listillo! ¿Cómo consigue enfurecerme de esta manera cuando cualquier otra persona necesita mucho más para hacerme llegar a este punto?

—Y como dije que no, ¿ofreces un montón de dinero y me atas con un contrato para forzarme a pasar tiempo contigo? ¿Dinero a cambio de una cita? No soy una puta, Colton —suelto mientras camino hasta la ventana para

intentar calmarme—. ¡Y mucho menos la tuya!

Lo oigo moverse a mi espalda cuando se levanta y se acerca a la ventana. Me observa a través del reflejo del cristal y me sostiene la mirada. Me tiembla todo el cuerpo.

—Vamos a dejar una cosa clara —gruñe—. En primer lugar, tengo razones para hacer la donación que no tienen nada que ver contigo. ¡Nada! En segundo lugar, nunca pago por una cita, Rylee, nunca. Tengo más clase que eso. —Siento la ira irradiar de su cuerpo.

—Pagaste por una cita conmigo —replico.

—Una subasta benéfica no es lo mismo que un servicio de acompañantes —bufa al tiempo que da un paso adelante, pero sin romper el contacto visual ni un instante—. Por último —dice furioso y me agarra del brazo para hacer énfasis en sus palabras—, no quiero que nunca, jamás, vuelvas a referirte a ti misma como una «puta».

Nos quedamos donde estamos en silencio mientras sus palabras flotan en el aire. ¿Qué cojones le importa lo que me llame? No tiene derecho a opinar sobre ello. Normalmente, soy lo bastante lista para no provocar a alguien que está enfadado, pero no puedo evitarlo. Por alguna razón, quiero presionarlo. Si me van a obligar a hacer algo, al menos diré todo lo que tenga que decir.

—Entonces, ¿por qué el contrato? Los eventos a los que te tengo que acompañar. —Libero el brazo de su agarre—. Es como si tuvieses el ego herido porque no caí rendida ante tu irresistible encanto y necesitas atarme a ti para probarte que no has perdido tu magia.

—No he dicho nada de ataduras —me interrumpe con una sonrisa pícaro—. Pero si eso es lo que te va, Rylee, accederé encantado. Te puedo enseñar las cuerdas.

Sacudo la cabeza con incredulidad. El sentido de lo que acaba de decir hace que el rubor me suba a las mejillas antes de que me dé tiempo a volver a mirarlo a los ojos en el cristal.

—Voy a ignorar ese último comentario —digo con sequedad mientras intento recordar por dónde iba antes de que me distrajese. «¿Qué estaba diciendo? ¡Ah!»—. Tienes el ego herido porque no voy a caer sin remedio a tus pies y convertirme en un dócil juguete sexual. Así que te presentas en mi trabajo, coges lo único que me importa de verdad, por lo que he trabajado sin descanso durante dos años y me lo ofreces en bandeja.

—¿Y cuál es el problema?

—El problema es que lo ofreces con condiciones que te resultan convenientes.

Vacilo al darme cuenta de que he empezado a divagar. Además, si sigo hablando, acabaré soltando algún pensamiento privado, algo sobre él. Y si se me escapa, entonces sabrá que pienso en él más de lo que debería.

Colton se coloca junto a mí, apoya el hombro en el cristal y me observa desde un lado. Seguimos callados durante varios minutos, en los que me siento cada vez más ansiosa a causa de su silencioso escrutinio. Cuando habla, lo hace con la voz intencionadamente dulce.

—¿Por qué no quieres salir conmigo?

«¡Vaya, cambio de tema!». Se me escapa una risita a causa de los nervios. Evito mirarlo y observo el mundo exterior.

—¿Por qué motivo? Somos de mundos diferentes, Colton, mundos con reglas diferentes. Quieres salir conmigo para añadir otra muesca al cabecero de tu cama. Dijiste que querías follarme para olvidarte de mí y pasar a otra cosa —digo, repitiendo su amenaza. De reojo, lo veo palidecer por lo que digo—. Puede que estés acostumbrado a que las mujeres te declaren su amor y se bajen las bragas por comentarios tan ingeniosos, pero yo no soy así.

Colton abre la boca. Sé que va a soltar alguna ocurrencia sobre que no tendría problema en bajármelas por él. Uso su propia táctica y levanto una mano para detenerlo antes de que me pueda interrumpir.

—Nuestro encuentro fue una indiscreción momentánea por mi parte. Algo que no se repetirá. —Me giro para mirarlo a los ojos—. No soy ese tipo de chica, As.

Me observa, el músculo de la barbilla le palpita. Se inclina hacia mí y la tosquedad de sus palabras hace que lo que dice sea aún más real.

—En el fondo sabes que una pequeña parte de esa mujer correcta y respetable que eres se muere por dejar salir la parte imprudente, sensual y desenfadada que hay dentro de ti. Algo en lo que puedo ayudar, sin duda.

Los ojos me brillan mientras trato de rechazar la verdad que esconden sus palabras. Observa cómo peleo conmigo misma hasta que me alejo de él y vuelvo a la mesa de la sala. No quiero que me note la desesperación en la mirada.

—Juegas sucio, Colton.

—¿Y qué? —contesta, gira sobre sí mismo y apoya la espalda en el cristal con una sonrisa torcida—. A veces hay que jugar sucio para conseguir lo que

uno quiere.

—¿Y qué quieres exactamente? —pregunto con los brazos cruzados sobre el pecho, como si erigiese una barrera invisible para protegerme de él. Como si nada pudiera protegerme de él.

Colton se separa de la pared y se acerca a mí, como un león al acecho a punto de saltar sobre su presa. Se detiene delante de mí, más cerca de lo necesario, y me levanta la barbilla con un dedo para hacer que le mire a los ojos.

—A ti —dice sin más.

Tengo la sensación de que el aire de la habitación ha desaparecido, no puedo respirar. Mientras proceso lo que acaba de decir, me siento abrumada por la incredulidad y la buena disposición. La sensación de calor se desvanece en cuanto me doy cuenta de que así es como lo hace. Así consigue tantas muescas en el cabecero. Te hace creer que eres la única en la que piensa. Es bueno. Muy bueno. Pero no me dejaré engañar.

Me alejo de él para poner algo de distancia entre nosotros y poder pensar con claridad.

—¿Y para qué un contrato? ¿Qué intentas conseguir? —espeto por encima del hombro mientras rodeo la mesa de la sala. Cuando llego al otro lado, me giro para encararlo—. ¿Vas a amenazar mi puesto de trabajo si no me acuesto contigo?

—No. —Esboza una sonrisa torcida—. Aunque siempre queda esa opción.

—Bien, pues, ¿por qué no nos ahorramos el tiempo y el esfuerzo y acabamos con ello? —ironizo, cansada de tanto juegucito—. Así podemos centrarnos en lo que realmente importa. Joder, podemos hacerlo aquí mismo encima de la mesa si tan desesperado estás.

—Podríamos —dice, riendo, y lo hace con una sonrisa sincera en la cara. Apoya ambas manos sobre la mesa para comprobar la estabilidad de la misma—. Es lo bastante robusta. —Se encoge de hombros—. Pero no es exactamente lo que había pensado. —Su mirada expresa los pensamientos lascivos que no pronuncia en voz alta—. Y créeme, encanto, no estoy para nada desesperado.

La forma en que me mira me provoca escalofríos en la columna. Intento cambiar de táctica. Claramente, el camino que he elegido no consigue disuadirlo en absoluto.

—Los dos sabemos que no necesitas una acompañante para esos actos. ¿Por qué no vas con alguna de tus novias?

No dejo de moverme, consciente de que si lo hago, el riesgo de entrar en contacto con Colton aumenta, y el poder que ejerce sobre mi cuerpo es demasiado fuerte como para resistirme. Si me toca, estoy segura de que claudicaré.

—No tengo ninguna duda de que hay un ejército de preciosidades esperando a que chasquees los dedos para venir corriendo a tu lado.

—No me va eso de tener novia —admite con cara de póker, lo que me hace parar en seco.

—Vaya, ya veo. ¿Los polvos esporádicos te van más? —La ira le cruza la mirada por un instante, antes de que consiga dominarla y disimularla con una pequeña sonrisa—. Supongo que no me equivocaba en no esperar demasiado de ti.

—¿Por qué atarme a una sola mujer cuando hay tantas que compiten por mis atenciones? —replica para intentar hacerme saltar.

—¿De verdad te crees esas gilipolleces que dices? —Por Dios, es exasperante e implacable a partes iguales. Me dedica una sonrisa adulatora y cruza los brazos. Intento no fijarme en los músculos que se le marcan bajo la ropa; evito imaginarme el aspecto que tendría sin ella—. Eres un engreído, tienes el ego muy hinchado, ¿verdad, As?

Ladea la cabeza y me mira.

—Si quieres, te puedo enseñar otra cosa hinchada.

De nuevo hace que me pare en seco. A pesar de lo atrevido y grosero que es lo que acaba de decir, todos los músculos por debajo de mi cintura se tensan de deseo. Siento que el calor me sube por las mejillas y me quedo mirando un punto fijo imaginario en la pared con la esperanza de que no se dé cuenta. Suelta una risita por mi reacción y me giro a mirarlo con una expresión que oculta lo perpleja que me han dejado sus palabras.

Cuando lo miro incrédula durante unos instantes, abriendo y cerrando la boca tratando de formar palabras y reprenderle por su arrogancia, caigo en la cuenta del fallo en su juego. Tiene una sonrisa en los labios que hace que las líneas alrededor de los ojos se le arruguen.

—Vamos —me toma el pelo mientras da un paso en mi dirección—. Me lo has dejado a tiro, no me he podido resistir.

«Conozco la sensación». Lo miro fijamente y sacudo la cabeza.

—Está bien —concedo—. Fingiré que no has dicho nada. Pero, en serio, ¿por qué no te va lo de tener novia?

Se encoge de hombros con indiferencia.

—No es lo mío. No me gusta estar atado a nada. Las relaciones significan drama.

«Un tío con problemas de compromiso, menuda novedad».

—Entonces, tenía razón —digo entre dientes, más para mí misma, sorprendida por su franqueza.

—¿Sobre qué? —pregunta con la cabeza inclinada a un lado mientras se aproxima despacio.

El corazón se me acelera. El tono de su voz y el aura que lo rodea han cambiado. Percibo el deseo salvaje cuando se acerca. El peligro. El cuerpo se me tensa al anticiparse, mientras que la cabeza me dice que me retire a toda velocidad.

—Lo que te dije el sábado, lo que te gusta es follar y, luego, hasta nunca.

Hablo en voz baja. La temeridad de mis palabras se va apagando a cada paso que da hacia mí.

—Ya te dije que no me tomo bien los insultos. Lo has vuelto a hacer. Solo por eso te mereces que te ponga de rodillas.

Los muslos se me contraen expectantes de deseo. No me van esas cosas y, sin embargo, imaginar hacerlas con Colton, imaginar sus manos sobre mí, poseyéndome y empujándome a explorar la fina línea entre el placer y el dolor, me excita más allá de toda coherencia.

Separo los labios cuando se queda a centímetros de distancia. Mi cuerpo se adapta a él. A su aroma. Al ritmo de su respiración. Arqueo la espalda cuando levanta una mano para tocarme la mejilla.

—Es un asco, ¿a que sí? —pregunta mientras me desliza un dedo por la línea de la barbilla, se detiene y después me roza el labio inferior.

—¿El qué? —suspiro en voz baja cuando deja de tocarme.

—Tener que mantenerte firme por mantener la compostura, en lugar de abandonarte a la tentación —susurra, dando la vuelta a la situación—. No hay de qué avergonzarse por dejar que tu cuerpo consiga lo que desea, Rylee.

Nos quedamos ahí, a centímetros el uno del otro, mientras el peso de lo que acaba de decir cala hondo en mi cabeza. Sé que tiene razón. Las oleadas de deseo que siento me lo confirman. Sé que quiero lo que me ofrece.

—Es difícil negarlo, encanto, cuando lo llevas escrito por todas partes.

Retrocedo como si me hubiesen mordido. Lo que acaba de decir me enfurece y me irrita.

—¡No! No...

—Calla —murmura, da otro paso hacia mí y presiona un dedo contra mis labios. Los ojos le brillan con una intensidad lasciva—. Solo quiero que sepas que el mejor sexo que tendrás en tu vida será conmigo —dice con voz tan grave e hipnótica que hace que me quede sin aire en los pulmones y que pierda la razón, que suele imperar en mi cabeza sensata.

Retrocedo en busca de espacio para alejarme de sus explícitas palabras y su interminable arrogancia. Es tan descarado y tan engreído que casi deja de ser atractivo. Casi. Está claro que sabe lo que hace. Una pena que nunca podré saber si habla en serio o no, aunque solo sea por darle una lección a su ego descomunal.

—Cumpliré con el dichoso acuerdo, Colton —resoplo—. Por mis chicos, y por todos los que vendrán después. —Me acerco a la mesa para recoger mis cosas—. No por ti ni por tus estúpidas maniobras. —Agrupo enérgicamente los papeles de la mesa y lo único que se oye en la sala es cómo golpean la madera. Levanto la vista y clavo en él una mirada llena de dureza—. No me acostaré contigo, As.

—Lo harás. —Sonríe petulante.

A pesar de la explosión de deseo que sus palabras me provocan entre las piernas, controlo una risita.

—No pienses ni por un segundo que...

—¡Colton!

Una voz cargada de sensualidad llega desde la puerta de la sala de conferencias y me interrumpe.

Levanto la cabeza como un muelle y veo a la sofisticada Bailey con una seductora sonrisa, con los ojos muy abiertos y batiendo las pestañas. La inseguridad vuelve a la superficie y trago saliva sin disimular, expectante por la reacción de Colton. Nos miramos a los ojos, a pesar de la interrupción no ha dejado de mirarme ni un instante. No estoy segura de qué debo hacer. Frunce los labios y los asuntos sin resolver quedan flotando en el aire.

De pronto, no me siento bien y estoy desesperada por escapar de allí. De él. No quiero ser testigo de la familiaridad entre Bailey y Colton ni sentirme celosa, a pesar de repetirme una y otra vez que no lo deseo.

Ajena a la tensión, Bailey entra pavoneándose en la habitación, directa hacia Colton, mientras juega con los dedos con un mechón de su pelo perfectamente alisado y teñido de castaño rojizo.

Un atisbo de arrepentimiento cruza los ojos de Colton cuando la mira y le dedica una sonrisa amable, todo un perfecto caballero. Me doy la vuelta como un resorte para irme y choco contra la silla, que chirría sobre el suelo de madera.

—No te he oído chasquear los dedos —murmuro mientras intento rodear la silla.

Detrás de mí, Colton suelta una risa sincera por mi comentario, lo que, a pesar de la frustración, me hace sonreír. Cuando salgo de la sala, lo oigo llamarme. Sigo caminando, muerta de ganas de perderlo de vista.

—Esto no ha terminado, Rylee —grita.

Sigo avanzando sin responder, paso frente a mi despacho y voy directa al ascensor. Ignoro a Stella, que me llama, y la luz parpadeante del buzón de voz del móvil, y me meto en el ascensor como una exhalación en cuanto se abren las puertas. Necesito aire fresco para aclararme las ideas.

Soy una mujer segura que no tiene miedo de decir lo que piensa. ¿Por qué me siento como una de esas chicas lloronas que no puedo tolerar? ¿Por qué Colton me convierte en un manojito de hormonas que primero se enfada y al segundo se muere por besarlo?

Frustrada, me dejo caer contra la pared del ascensor. Me altera demasiado. No sé qué me apetece más, si darle un puñetazo o tirármelo.

Capítulo 6

El sol de California me relaja mientras dejo que me bañe en el patio trasero. Me reclino en la hamaca y ladeo la cabeza para aprovechar los últimos rayos antes de que desaparezcan y me rodee la oscuridad. Las hojas de las palmeras que bordean la valla del patio trasero se agitan por la ligera brisa y me tranquilizan.

Los acontecimientos del día me han pasado factura. Además, como Josie tiene la gripe, tengo que volver al Hogar en menos de veinticuatro horas para cubrir su turno. Aunque todavía sea última hora de la tarde, debería prepararme para meterme en la cama e intentar recuperarme del agotamiento, pero me he dejado convencer por Haddie para beber una copa de vino y comer algo de la pizza que está preparando dentro de casa.

Cierro los ojos, reclino la cabeza y suspiro mientras me permito creer que el nuevo centro se hará realidad. Que el enfoque que proponemos para tratar con niños huérfanos podría expandirse y, con suerte, llegar a ser el método pionero de un cambio en el sistema de acogida. Defenderemos que juntar pequeños grupos de niños bajo un mismo techo donde constantemente están controlados por tutores, hay normas, van al colegio y cuentan con orientadores, les ayuda a convertirse en adultos de provecho. Tendrán un lugar donde encajar.

Siento una punzada de orgullo al pensar en todas las posibilidades y la esperanza que podemos crear si completamos este proyecto.

Entonces, de repente, siento náuseas al pensar en él. Sigo sin ser capaz de entender el comentario de que «no le van las novias». ¿Por qué sigo pensando en él si no me interesa? Porque sí lo hace. No puedo negar que es muy atractivo y tampoco puedo actuar como si la chispa de electricidad que siento cuando me toca no existiera. Pero no quiero tener nada que ver con él y sus costumbres de mujeriego, sobre todo ahora que no me queda otra que verle

debido al trabajo.

Suspiro en voz alta cuando oigo que la puerta corredera se abre y Haddie aparece con una botella de vino, dos copas y una caja de pizza con unos platos y servilletas apilados encima. Entonces caigo en la cuenta del hambre que tengo. Se acerca a mí, el sol enmarca su alta figura y hace que su pelo rubio parezca un halo divino. Lleva unos pantalones cortos de color caqui que realzan sus largas piernas y se cubre el voluptuoso pecho con una camisola naranja. Como de costumbre, va perfectamente combinada y con un estilo impecable. Y a pesar de esa incansable perfección que me hace sentir insuficiente de mil maneras, la quiero como a la hermana que nunca tuve.

—Me muero de hambre —anuncio y me incorporo mientras Haddie lo deja todo sobre la mesa.

—Y yo me muero por saber qué pasa contigo. O qué haces aquí fuera absorta en tus pensamientos —comenta mientras sirve el vino tinto en las copas y corta la pizza.

—Igual que en la residencia —comento señalando con la cabeza a la cena y me río al recordar tiempos pasados.

Fue mi compañera de cuarto el primer año de carrera. En la primera semana de orientación jamás habría imaginado que la barbie que me había tocado como compañera se convertiría en mi mejor amiga. Entró en la habitación pavoneándose como una modelo sacada de una campaña de Ralph Lauren, tan segura de sí misma y seguida por su perfecta familia de anuncio. Poco a poco, se apoderó de todo lo que había en el cuarto, las paredes de ladrillo pintado y el poco espacio del armario. La observé como la niña torpe y desgarbada que era por aquel entonces, y me estremecí ante la idea de tener que recordar cada mañana que era inferior a esta bella criatura.

Me senté a jugar con el dobladillo del vestido hasta que sus padres se marcharon. Cerró la puerta, se giró hacia mí con una enorme sonrisa en sus labios en forma de corazón y me dijo:

—¡Gracias a Dios, por fin se han largado!

La observé por el rabillo del ojo mientras se dejaba caer contra la puerta aliviada. Inclino la cabeza estudiándome, evaluándome.

—¡Hay que celebrarlo! —exclamó y corrió hacia su maleta.

En pocos segundos, sacó una botella de tequila escondida debajo del equipaje. Luego, se dejó caer en la cama junto a mí. Quitó el tapón y levantó la botella entre las dos.

—Por la amistad, la libertad, los chicos guapos y por apoyarnos siempre la una a la otra.

Hizo una mueca al dar un trago a la potente bebida y me pasó la botella. La miré nerviosa, luego, desesperada por gustarle, di un trago y la quemazón hizo que me llorasen los ojos.

—Madre mía, éramos tan inocentes por aquel entonces. ¡Y jóvenes! —recuerda—. ¡Han pasado tantas cosas desde la orientación de primero!

—Solo nos falta una botella de tequila barato para volver a esos tiempos. —Me río y después me quedo en silencio, mientras la inminente noche devora los últimos rayos de sol—. Ocho años es mucho tiempo, Had —digo, y doy un largo trago de vino para dejar que me alivie la ansiedad que me corroe la mente.

—El suficiente —afirma, se sienta y me mira— para saber cuándo te pasa algo. ¿Qué ocurre, Ry?

Sonrío agradecida por tener una amiga como ella y, al mismo tiempo, maldigo por no poder esconderle nada. Las lágrimas amenazan con salir a borbotones y la llegada repentina de emociones me sorprende.

Haddie se inclina hacia mí, con las piernas perfectamente bronceadas dobladas hacia atrás, y me posa una mano en el muslo.

—¿Qué pasa, Rylee? ¿Qué te tiene tan alterada?

Me tomo un momento para buscar las palabras adecuadas, quiero contárselo todo y que me dé su opinión sobre Colton y sobre si me estoy comportando como una tonta. Tal vez me contengo porque sé lo que me va a decir cuando confiese. No quiero que me diga que no pasa nada por dejarme llevar y volver a sentir. Que estar con otra persona no significa traicionar a Max, su memoria ni lo que tuvimos.

—Demasiadas cosas. No sé ni por dónde empezar —confieso, intentando aclararme las ideas—. Estoy agotada por el trabajo, preocupada por la falta de progresos de Zander, recopilando todos los detalles de la subasta del sábado pasado —enumero mientras me paso las manos por el pelo—; y, por si fuera poco, mañana tengo que volver al Hogar para cubrir a Josie porque está enferma.

—¿No puede hacerlo nadie más? —pregunta y da un bocado a la pizza—. Has trabajado demasiadas horas esta semana. Apenas nos hemos visto.

—Nadie puede. Esta semana no. Todos han agotado sus horas por el trabajo extra que les puse para preparar la subasta y, como yo tengo un sueldo

fijo, solo quedo yo —explico.

—Sé por qué lo haces, Ry, por qué te encanta, pero no dejes que acabe contigo, cariño.

—Lo sé, ya lo sé. ¡Hablas igual que mi madre! —Doy un bocado a la pizza y mastico despacio—. Sin embargo, hay buenas noticias, tal vez hayamos conseguido el resto de la financiación para el centro.

—¿Cómo?! —exclama y se incorpora rápidamente en el asiento—. ¿Por qué no me lo has dicho? ¡Esto hay que celebrarlo! —dice y choca su copa con la mía—. ¿Cómo ha pasado? ¡Quiero todos los detalles!

—Todavía estamos ultimando los flecos antes de hacerlo público —explico e intento esconder mi desagrado por cómo hemos conseguido los fondos—, luego haremos un anuncio oficial.

Espero que mi respuesta sea suficiente para mantener el interrogatorio a raya.

—Vale —dice despacio, estudiándome y preguntándose por qué no estoy más comunicativa—. Bueno, ¿y qué pasa con la cita de la subasta de la que me ha hablado Dane?

Bajo la mirada y le doy vueltas al anillo que llevo en el dedo anular derecho, una manía que tengo.

—Todavía no estoy segura —contesto y levanto la vista. Me doy cuenta de que me observa jugar con el anillo.

Me mira con lágrimas en los ojos.

—Es porque se acerca el aniversario, ¿verdad? ¿Por eso estás tan abrumada?

Se levanta de la silla y se sienta junto a mí para abrazarme.

Por un instante, me permito vagar por los recuerdos y los pensamientos que rodean a la fecha que se aproxima. En realidad, no había caído en la cuenta; no había relacionado la repentina sobrecarga de emociones ni mi disperso estado emocional por la inexistente conexión con Colton. Supongo que, de modo subconsciente, he ignorado la traumática fecha, quería ignorar el dolor que siempre me acompañará en lo más profundo de mi alma.

Me limpio una lágrima de la mejilla y me aparto del reconfortante abrazo de Haddie.

—Sí. —Me encojo de hombros—. Demasiado que procesar al mismo tiempo.

Es la verdad, pero me siento culpable por no contarle toda la verdad.

—Bueno, hermana —dice y me pasa la copa de vino—, vamos a beber un montón de vino, revolcarnos en la autocompasión y reírnos de lo idiotas que somos.

Me dedica una sincera sonrisa que me levanta el ánimo. Brindo con ella, agradecida por tenerla como amiga.

—¡Chinchín, amiga mía!

Capítulo 7

Echo un vistazo al reloj mientras termino de ayudar a Ricky con los deberes de ortografía y lo mando a jugar con los demás. Me quedan treinta minutos de turno y después descansaré dos gloriosos días enteros. Tengo el fin de semana libre, algo extraño, y, aunque he dejado que Haddie me convenza para acompañarla a una fiesta de lanzamiento del nuevo ron que promociona su empresa, estoy emocionada por tener tiempo para mí.

Ha sido un día muy largo, cuanto menos.

Antes me han llamado del colegio para que fuese a recoger a Aiden porque se había metido en otra pelea. He tenido que soportar un sermón del director sobre que si esto continúa, tal vez habría que tomar otras medidas en cuanto a su educación. Le he preguntado si los otros niños, los que se dedican a acosar a Aiden, habían recibido la misma amenaza. Ha respondido con un gruñido evasivo.

Estaba contenta de poder trabajar a solas con Zander mientras el resto de los chicos estaban en clase. Nuestros orientadores creían que sería mejor enseñarle en casa hasta que empezase a comunicarse verbalmente. Tratar de enseñar a alguien que, la mayor parte del tiempo, no responde, es un esfuerzo frustrante, por decirlo suavemente. Lo único que quiero es que reaccione de alguna manera. Algo me dice que es consciente de lo mucho que me preocupo por él, que desearía que su madre siguiese aquí para calmarlo, para abrazarlo y decirle que lo quiere.

Los chicos se mantienen ocupados mientras reviso el trabajo de Shane en la mesa. El turno de Jackson ha terminado hace una hora y el siguiente tutor, Mike, está en una sesión de orientación con Connor.

Estoy realmente impresionada con lo mucho que Shane ha mejorado en el instituto, resultado de nuestras sesiones individuales. Miro de reojo a la zona común, donde Kyle y Ricky han sacado una caja de cromos de béisbol. Están

sentados en el suelo junto a la mesita de café y ven el partido de baloncesto en la tele. Zander está en el sitio de siempre, con el animal de peluche abrazado en el pecho y la mirada perdida. Scooter está tumbado en la alfombra coloreando un libro de dibujos de Spiderman. Escucho el inconfundible sonido de música que procede de la habitación del fondo y que me confirma que Shane está en su cuarto. Termino de hacer comentarios del trabajo y me pongo a revisar la comida y los horarios de actividades extraescolares para la semana siguiente.

Llaman a la puerta y antes de que me dé tiempo a soltar el boli, Shane grita desde la habitación:

—¡Voy yo!

Sonrío porque sé que espera que sea esa «chica que es una amiga». Vino la semana pasada y todavía sigue en las nubes.

—Mira quién es antes de abrir —digo y me levanto de la mesa para caminar hacia el pasillo.

Cuando llego a la esquina que da al vestíbulo, Shane pasa zumbando a mi lado con cara de decepción.

—Es para ti —dice antes de tirarse en el sofá.

Imagino que será un repartidor y me dirijo a la puerta. Recibimos constantemente documentos legales relacionados con la situación de los chicos en el Hogar. Llego a la puerta de entrada y, cuando salgo a la calle, me encuentro cara a cara con Colton. Aunque lleva gafas de sol sé que me está repasando de arriba abajo. Me dedica una sonrisa torcida que hace que se le marque el hoyuelo.

Muy a mi pesar, me quedo sin aliento en cuanto lo veo. Por mucho que no quiera que esté aquí, por mucho que no me interesen las complicaciones que traería a mi vida un polvo rápido, me mareo al verlo. Eso no pinta bien para mí.

Me detengo en la puerta con una amplia sonrisa, a pesar de que soy consciente de que no me traerá nada bueno. Nos quedamos ahí, mirándonos y evaluándonos mutuamente por un momento. Lleva unos vaqueros gastados y una camiseta negra que hace que se le marquen los músculos del torso. La sencillez de su ropa contribuye a que parezca todavía más *sexy*. Tiene el pelo oscuro despeinado por el viento, salvaje y sensual hasta decir basta.

«Todo en él grita problemas». Y yo estoy en mitad del camino, como un ciervo cegado por la luz, incapaz de moverme. La fuerza de voluntad se me

agotará tarde o temprano. «Estoy jodida».

—Hola, Rylee.

El gruñido áspero de su voz al pronunciar mi nombre me recuerda el momento en que su boca estaba sobre la mía. Sus manos sobre mi piel. La vibración de su cuerpo provocándome escalofríos por todas partes.

Inclino la cabeza a un lado y lo observo.

—Hola, As —saludo con cautela—. ¿Cuándo has añadido «acosador» a tu lista de virtudes?

Meto las manos en los bolsillos traseros de los vaqueros y me apoyo en el marco de la puerta. Se quita las gafas de sol y los ojos le brillan al mirarme, luego dobla las patillas para colgárselas del cuello de la camisa. El peso de las gafas estira la tela hacia abajo, de modo que algo de vello negro queda al descubierto. Me obligo a levantar la vista y mirarlo a los ojos. Me dedica una rápida sonrisa.

—Estaría encantado de enseñarte todos mis talentos, preciosa.

Pongo los ojos en blanco.

—Ser un mujeriego no es un talento.

—Cierto —pronuncia la palabra despacio y asiente con la cabeza—, pero todavía quedan muchos otros que tienes que descubrir. —Arquea una ceja y esboza una sonrisa pícaro con la comisura de los labios—. Pero como sigues huyendo, no puedo enseñártelos y no podemos resolver el problemilla que tenemos con esa cita. —Da un paso adelante con una mirada traviesa. Retrocedo dentro del vestíbulo, recelosa de este baile que hacemos—. ¿No me vas a invitar a pasar, Ryles?

—No creo que sea una buena idea, Donavan. Me han advertido sobre los chicos como tú.

Suelta una risita.

—No te haces a la idea —murmura sin apartar los ojos de mí.

Su sonrisa condescendiente me fastidia. Avanza otro paso y se me acelera el pulso.

—¿Qué que quieres? ¿A qué a has venido? —resoplo.

—Porque quiero que salgamos —pronuncia cada palabra muy despacio—. Y siempre consigo lo que quiero.

Apoya las manos en el marco de la puerta y se inclina, bloqueando con el cuerpo el sol del atardecer; la luz forma un halo alrededor de sus oscuros rasgos.

Sacudo la cabeza ante el coraje que demuestra y esa presunción ilimitada.

—Esta vez no —discrepo.

Empujo la puerta para cerrarla y giro sobre mis talones hacia el pasillo.

En un suspiro, Colton me agarra por el brazo, me da la vuelta y me empuja contra el marco de la puerta.

—Sigue resistiéndote, encanto. Cuanto más terca te pones, más duro me pongo yo.

Tiene un cierto tono de diversión peligroso en la voz que me araña la piel y me nubla el sentido.

¡Mierda! ¿Cómo consigue que esas palabras parezcan una promesa tentadora?

Presiona los labios contra los míos y me mantiene sujeta contra la dura e implacable madera. Los dos respiramos agitados, no estoy segura de si es a causa del esfuerzo físico o por la proximidad entre nosotros.

Colton me suelta el brazo y me acuna la cara con ambas manos, rozándome la línea de la barbilla con los pulgares. Sus ojos translúcidos atraviesan los míos y percibo la lucha interna dentro de él, tiene la mandíbula apretada por la duda.

—Por mucho que me gustaría advertirte que te mantuvieras lejos de mí, Rylee, por tu propio bien —murmura a centímetros de mi boca—, lo único que deseo es probarte. —Con el dedo recorre la línea de mi cuello y la piel me arde—. Ha pasado demasiado tiempo desde que te saboreé. Eres embriagadora. —El *staccato* de sus palabras se acompasa con el ritmo de mi corazón.

¡Ay, joder! Si ese comentario no hace que cada fibra de mi piel arda de deseo, nada lo hará. Este hombre es capaz de seducirme solo con palabras. Me fuerza, pone a prueba mi autocontrol y me hace desearle mucho más de lo que debería. Tomamos aire por un segundo y aprovecho para ordenar las palabras dentro de mi cabeza. Para recuperar algún rastro de cordura. Con su mera presencia me hace perder la razón.

—¿Por qué me adviertes cuando de todas formas vas a coger lo que quieras?

Tomo aire, totalmente paralizada por la intensidad con que me mira.

Me dedica una rápida sonrisa antes de volver a besarme, con las manos sobre mi cuerpo, probando que tengo razón. No es un beso gentil. Siento el ansia y la ardiente necesidad que emana de él cuando nuestros dientes chocan.

Sus labios y su lengua se mueven a un ritmo frenético contra los míos, mientras con la mano me agarra por la coleta y tira hacia abajo para que no me mueva.

Saboreo el beso tanto como él, porque toda la frustración que he reprimido explota dentro de mí. Estoy atrapada en el huracán Colton. Tomo de él lo mismo que él de mí. Le rodeo el torso con los brazos y le recorro la espalda con las manos para deleitarme con la firme delineación de sus músculos mientras se mueve conmigo. Le muerdo el labio inferior, excitada por el grave gemido que se le escapa del fondo de la garganta. Nos apretamos el uno contra el otro, incapaces de quedar satisfechos, y lo único en lo que puedo pensar es en que quiero más.

Vuelvo repentinamente a la realidad como un ángel que cae del cielo cuando oigo los gritos de los chicos desde el salón por algo que ha pasado en el partido. Empujo a Colton por el pecho con ambas manos.

Apoyo la mano en la pared para estabilizarme e intento recuperar el aliento y la compostura. ¿En qué coño pensaba? Me estoy dando el lote en la puerta del trabajo. Otra vez. ¿Pero qué cojones hace este tío conmigo? Cuando estoy cerca de él, pierdo todo el sentido de la realidad. No puedo hacer esto. No puedo y punto. Estoy alterada. Muy alterada. Nunca nadie me había provocado una reacción tan carnal y apasionada, y me da miedo.

Colton está delante de mí, totalmente tranquilo, observándome con atención. ¿Por qué parece que acabo de correr un maratón y en cambio él está tan tranquilo como si fuese un mero espectador?

Cuando consigo recuperar la voz, hablo arrepentida:

—Tienes razón. No hay duda de que debería mantenerme alejada de ti. — Miro hacia el pasillo por encima del hombro y lo veo hacer una pequeña mueca—. Tengo que echar un vistazo a los chicos. Ya sabes dónde está la puerta —espeto mientras me doy la vuelta con brusquedad y camino de vuelta a mi deber. A la realidad.

Entro en el gran salón e intento disimular con una sonrisa prefabricada en la cara, pero fracaso estrepitosamente. Todos están donde los dejé, menos mal que ninguno se ha acercado a la puerta para ver a su tutora actuar como una adolescente con las hormonas revueltas.

Algo me llama la atención por el rabillo del ojo. Colton está al final del pasillo, con los pulgares enganchados en los bolsillos de los vaqueros y el hombro apoyado en la pared como por casualidad. Tiene el rostro

inexpresivo, pero lo dice todo con los ojos.

«¿Y ahora qué? ¿Por qué no me deja en paz?».

Lo fulmino con la mirada y espero que sea capaz de notar lo enfadada que estoy. Shane se da cuenta de que hay un extraño en la casa. Mira a Colton y lo evalúa. Arruga la frente mientras observa al extraño, intentando recordar de qué le suena.

—¿Qué quieres?

Frunzo el ceño, aunque intento que no se me note el desprecio en la voz. Lo último que necesito es que los chicos sean testigos de una confrontación. Kyle y Ricky levantan la cabeza como una pareja de suricatas para mirar por encima de la mesa.

Colton echa una ojeada a los chicos y sonrío con amabilidad, aunque noto la tensión en su mirada.

—Ya te lo he dicho, Rylee, estoy aquí para recoger mis ganancias —dice arrastrando las palabras—. Quiero lo que es mío. —Me sonrío de forma insolente a la espera de mi reacción.

—¿Perdona?

—Me debes una cita, Ryles.

Ahora todos los chicos nos miran. Se han olvidado del partido de baloncesto. Shane sonrío porque es lo bastante mayor como para reconocer la tensión sexual, aunque no la entienda del todo.

Colton camina hacia mí y, a propósito, se coloca de espaldas a la audiencia, de forma que me deja fuera de su vista para que no puedan vernos hablar. Se lo agradezco cuando se detiene a una distancia prudencial.

—Lo siento, As —digo en voz baja para que solo él me oiga—. El infierno no se ha congelado todavía. Te avisaré cuando lo haga.

Se acerca un paso más y habla en un susurro.

—Parece que lo sabes todo sobre el frío, Rylee. ¿Por qué te mantienes tan gélida cuando sabes que puedo calentarte?

Sus palabras aciertan de pleno en mi autoestima. Me hierva la sangre por su arrogancia, pero en este momento debo mantenerme calmada antes de montar una escena delante de los chicos.

Aparto la mirada de los ojos de Colton cuando algo detrás de él me llama la atención. Me muevo a un lado para verlo mejor. Sofoco un grito cuando veo que Zander, con su animal de peluche sujeto con fuerza, rodea el sofá despacio para acercarse a nosotros. Tiene una mirada curiosa en los ojillos,

un gesto curioso en vez de la expresión estoica de siempre.

Colton se gira para ver qué ocurre. Se dispone a hacerme una pregunta, pero levanto la mano con energía para pedirle que no hable. Por suerte, me hace caso. Todos los demás se han dado la vuelta para observar con expectación, pues es la primera vez que Zander ha tomado la iniciativa a la hora de interactuar con alguien.

Zander avanza hacia nosotros sin perder de vista a Colton, mientras abre ligeramente la boca y la cierra una y otra vez. Tiene los ojos como platos. Me arrodillo para quedar a su altura. Siento a Colton junto a mí, que intenta comprender por qué reacciono así.

—Hola —dice en tono amable.

Zander se para y lo observa. Temo que algo en el aspecto de Colton o en su modo de vestir haya provocado una reacción en el pequeño. Algún recuerdo negativo que lo obligue a acercarse a comprobar si es de verdad. Espero a que explote el desastre: gritos, golpes y el terror en sus ojos.

—Zander, no pasa nada, cielo —digo con voz dulce para sacarlo del trance, para recordarle que hay alguien familiar y tranquilizador cerca. Giro ligeramente la cabeza hacia Colton y lo miro a los ojos—. Tienes que irte, ¡ya! —ordeno, temerosa de lo que Zander ve en él.

Ignorando lo que pido, Colton da un paso al frente y se agacha despacio a mi lado. Sus botas rechinan sobre las baldosas por encima del silencio de la casa. Uno de los chicos le ha quitado el sonido a la tele.

—Hola, colega —tranquiliza Colton—. ¿Cómo te va? ¿Estás bien?

Zander avanza otro paso hacia Colton con un amago de sonrisa. No tiene miedo. Le gusta Colton. Le dedico una rápida mirada por el rabillo del ojo, con miedo de perderme algo de lo que haga Zander, y me sostiene la mirada mientras asiente con la cabeza. Entiende que algo pasa. Algo importante. Algo con lo que debe tener cuidado.

—¿Te llamas Zander?

Lo observa con ojos angustiados y luego asiente ligeramente con la cabeza. Contengo el aliento y estoy a punto de echarme a llorar mientras observo este pequeño gran avance.

—Bueno, Zander, ¿te gustan las carreras?

Los chicos empiezan a murmurar con excitación al darse cuenta de quién es Colton. Hablan cada vez más alto hasta que los fulmino con la mirada y se quedan en silencio.

Colton levanta la mano para ofrecérsela al pequeño.

—Encantado de conocerte, Zander. Soy Colton.

Por segunda vez en tres días, me he quedado sin palabras. La cabeza me da vueltas ante la imagen del pequeño Zander levantando la manita, despacio, para estrechar la del hombre que está a mi lado.

Observo los primeros pasos de un niño que escapa del devastador efecto de un trauma violento. Es la primera vez que inicia el contacto físico con alguien en tres meses.

Colton coge la manita de Zander con la suya y la sacude con gentileza. Cuando terminan el saludo, Zander no mueve la mano y no parece tener intención de querer hacerlo. Colton claudica y le sujeta la manita con una dulce sonrisa en la cara.

Las lágrimas se me acumulan en los ojos mientras me esfuerzo por mantenerlas a raya. Quiero saltar y gritar de alegría. Quiero coger a Zander en brazos, abrazarlo y decirle lo orgullosa que estoy. Pero no hago nada. El poder del momento es mucho mayor que ninguna de esas cosas juntas.

—Haremos una cosa, Zander, si Rylee accede a salir conmigo de una vez por todas —dice Colton sin dejar de mirarlo ni un instante—: serás mi invitado especial en el próximo entrenamiento. ¿Qué te parece?

Zander vuelve a esbozar un amago de sonrisa y los ojos se le iluminan por primera vez cuando asiente con la cabeza.

Mantengo la mano sobre el corazón mientras me inunda la felicidad. ¡Por fin! Y todo porque Colton ha entrado en la casa. Todo porque no me ha hecho caso. Todo porque está usando a uno de mis chicos para chantajearme para que salga con él. ¡Podría besarlo ahora mismo! Bueno, supongo que ya lo he hecho, pero lo volvería a hacer. Ahora mismo haría cualquier cosa que Colton me pidiera solo por volver a ver sonreír a Zander.

Colton le aprieta la manita y la sacude.

—Tenemos un trato, colega. —Le suelta la mano y se inclina más cerca—. Prometido —susurra.

Zander curva los labios en una sonrisa y se le forman pequeños hoyuelos en las mejillas. Hoyuelos que ni siquiera sabía que tenía. Despacio, retira la mano de la de Colton, pero no deja de mirarlo expectante, como si quisiera saber cuándo va a pasar. Colton me mira de reojo en busca de ayuda y doy un paso al frente.

—Zander, cielo. —Deja de mirar a Colton y centra la atención en mí—.

Ahora Colton y yo vamos a ir a la cocina a hacer planes, ¿quieres venir con nosotros o quieres acabar de ver el partido con los demás? —pregunto con dulzura.

Zander alterna la mirada entre nosotros hasta que Colton lo interrumpe.

—Oye, colega, voy a estar aquí mismo en la cocina con Rylee un par de minutos. ¿Puedes ir a ver el partido y contarme lo que me he perdido cuando acabemos?

Zander asiente ligeramente con la mirada clavada en Colton, preguntándose otra vez si dice la verdad. Debe de creerle, porque agarra su peluche con fuerza y se marcha hacia el sofá. Shane me mira a los ojos con expresión de incredulidad antes de coger el mando de la tele y volver a subir el volumen.

Me levanto del suelo y veo que todos los chicos, excepto Zander, siguen observando a Colton. No tenemos a un famoso en casa todos los días. Colton se da cuenta de los pares de ojos que no le quitan la vista de encima y les dedica una calurosa sonrisa.

—No os preocupéis —les dice—, todos podréis venir con Zander a la pista.

Emocionados, se ponen a saltar y gritar de alegría.

—Vale, vale, ya está bien —claudico—. Ya tenéis lo que queríais. Ahora daos la vuelta y atended al partido para que Colton y yo podamos hablar.

Obedecen en casi todo, mientras Colton y yo nos trasladamos a los taburetes de la cocina. Le pido que se siente y doy la vuelta a la isla para quedar frente a él. Veo que Shane nos sigue observando con gesto protector, se pregunta por qué Colton me ha alterado.

El millar de emociones que Colton me ha hecho sentir en la última semana palidece frente a lo agradecida que estoy ahora mismo.

Levanto la vista y lo miro a los ojos mientras intento, sin éxito, mantener las lágrimas bajo control.

—Gracias —susurro.

Es solo una palabra, pero la forma en que me mira me dice que comprende todo lo que implica. Asiente.

—Es lo menos que puedo hacer —dice con la voz ronca—. Todos tenemos nuestra historia —comenta, más para sí mismo que para mí.

—Eso es verdad —respondo, todavía abrumada por la situación.

Miro a Zander y sonrío. Lo ha conseguido. De verdad lo ha conseguido.

Ha dado un paso lejos de la niebla. Y, de pronto, estoy llena de esperanza. Estoy muy emocionada por lo que esto puede representar.

—¡Colton!

Le hago saltar de sus pensamientos. Levanta la cabeza como un resorte, sorprendido por la urgencia de mi voz. Sé que después me arrepentiré de esto, pero opto por seguir el instinto. Decido ser impulsiva y dejarme llevar por el momento.

—Salgo en diez minutos —digo, y me mira como si no entendiera a qué me refiero, así que continúo—. Te debo una cita, así que salgamos.

Sacude la cabeza como si quisiera asegurarse de que ha oído bien.

—Eh, está bien —accede a trompicones. Estoy encantada de haberlo pillado por sorpresa. Se va recuperando y, poco a poco, sonrío—. No he hecho ninguna reserva ni...

—¿A quién le importa? —Me encojo de hombros—. No necesito mucho. Lo más simple es lo más gratificante. Me vale con una hamburguesa o cualquier cosa. —Abre los ojos desconcertado—. Además, ya has pagado suficiente por la cita, ¿para qué queremos gastar un montón de dinero en comida que comeremos de todas formas?

Me observa un instante mientras intenta averiguar si voy en serio o no. Cuando lo miro como si fuese idiota, contesta.

—Eres increíble. ¿Lo sabes?

Esas palabras tan simples me van directas al corazón, sé que es sincero.

Le sonrío por encima del hombro mientras camino hacia mi cuarto para recoger mis cosas y acicalarme un poco.

—Ahora mismo vuelvo.

Regreso poco después y me encuentro a Mike pasmado mientras le da la mano a Colton en la cocina.

—¿Lista? —me pregunta.

Levanto un dedo para pedir un segundo.

—¡Me marchó! —informo a los chicos, que se ponen en pie para despedirse de mí con abrazos.

Creo que la presencia de Colton me ha convertido, de pronto, en una superestrella, a juzgar por la forma en que me abrazan.

Mientras recibo la calurosa despedida, observo a Colton que camina hacia el sofá y se agacha delante de Zander. Le dice algo, pero no oigo qué.

Capítulo 8

Cuando Colton y yo salimos de la casa, siento un extraño sentimiento de calma. Creo que esta es la mejor forma de tener una cita con él. Le he cogido por sorpresa, así que no ha tenido tiempo de planear nada. Hacer planes equivaldría a lujos exagerados y seducción premeditada. Dos cosas que no necesito. Ya es bastante difícil resistirse a él en circunstancias normales.

—Iremos en mi coche —anuncia cuando me pone una mano en la espalda.

El calor me reconforta mientras me conduce hasta un elegante descapotable negro que hay aparcado en la acera. El Aston Martin es precioso y se ve muy bien cuidado. Da la sensación de que podría volar y, por un momento, me imagino sentada al volante y pisando el acelerador para dejar todos mis fantasmas atrás.

—Bonito coche —concedo, aunque intento no mostrar interés. Seguramente está acostumbrado a que las mujeres lo adulen, tanto a él como a su coche. «Que empiece el juego», pienso.

—Gracias.

Me abre la puerta del pasajero, me deslizo sobre el asiento de cuero negro y admiro el magnífico diseño del interior y el lujo absoluto.

—Me pareció que era un día perfecto para conducir con la capota bajada —dice mientras rodea el coche y se introduce en el asiento, a mi lado—. Lo que no sabía es que también iba a llevarte a ti. ¡Un punto extra! —exclama. Me dedica una sonrisa arrolladora y se pone las gafas de sol.

No puedo evitar devolverle la sonrisa.

—¿Qué ha sido de las camionetas de toda la vida? —pregunto mientras se inclina hacia delante, abre la guantera, me roza el muslo con el brazo y suelta una carcajada.

Su tacto es electrizante, incluso cuando es accidental. Saca una gorra de béisbol desgastada y deformada con el emblema «Firestone» en el centro y se

la pone. Varios mechones de pelo negro se le escapan por debajo. Baja la visera hasta que se toca con las gafas.

Supongo que es lo que usa para ir de incógnito, pero no puedo evitar pensar que está increíblemente *sexy*. Irresistible, un chico malo con el cuerpo espectacular que hace perder la razón. Me he vuelto loca si de verdad creo que, en caso de que tenga fuerza de voluntad, seré capaz a resistirme a lo que me pida. Levanta la mano y me da un ligero apretón en el muslo antes de darle a un botón del tablero de la consola central.

—No desesperes, también tengo una camioneta.

Se ríe antes de darle al contacto. La vibración del motor retumba a través de mi cuerpo y hace que me estremezca.

—¡Agárrate! —dice mientras sale disparado por la carretera con una expresión de excitación infantil en la cara.

«Los niños y sus juguetes», pienso y lo observo desde detrás de mis gafas de aviador. No me debería sorprender lo bien que se le da conducir, ya que es como se gana la vida, pero aun así lo hace. No me debería excitar la manera en que navega entre el tráfico a la perfección, acelerando rápidamente, pero no puedo evitar que me entren ganas de levantar la mano y tocarlo. Quiero conectar con él, a pesar de que soy consciente de lo peligroso que sería.

Entre el ruido del motor y el azote del viento, resulta imposible hablar. Me recuesto y disfruto de la sensación de libertad mientras el aire me mece el pelo y el sol me calienta la piel. Echo la cabeza hacia atrás y me rindo ante la necesidad de levantar las manos cuando nos incorporamos a la interestatal 10, en dirección oeste.

Lo miro de reojo y lo pillo observándome con gesto de curiosidad. Sacude sutilmente la cabeza con una sonrisa en los labios casi imperceptible antes de volver a centrarse en la carretera. Al cabo de un rato, aprieta un botón y empieza a salir música de los altavoces.

La canción acaba y empieza otra. Echo la cabeza atrás para soltar una carcajada. Es una melodía pop bastante pegadiza que he escuchado alguna vez en la radio de Shane. De reojo, veo que Colton me mira con gesto burlón, así que a pesar de tener una voz de lo más normal, canto los coros a grito pelado con la esperanza de que escuche bien las palabras.

—Me haces sentir tan bien, que casi parece estar mal, quiero gritar, nene, pero me muerdo la lengua.

Vuelvo a levantar los brazos y me dejo llevar, divertida por la idea de que

le estoy contando a Colton cómo me siento sin decírselo. No es propio de mí, cantar a grito pelado, soltarme, pero estar con él, sentada a su lado en un llamativo deportivo, hace que me deshaga de cualquier inhibición. Cuando salimos de la autopista, termino los coros con entusiasmo.

—¡Me siento genial, pero eres malo para mí!

Colton oye las palabras y se ríe de buena gana.

Sigo cantando, pero con menos entusiasmo ahora que hemos entrado en la calle Cuarta y el ruido del motor es más suave. De repente, gira el volante y aparca el coche con perfecta precisión en la acera.

Miro alrededor para intentar averiguar dónde estamos cuando aprieta un botón del brillante salpicadero y el sensual rugido del motor se detiene.

—¿Te importa esperar un segundo? —pregunta con una sonrisa sincera que me afecta más de lo que quiero admitir.

—Sin problema —contesto y, en ese momento, sé que estoy diciendo que sí a mucho más que a esperar en el coche.

Alejo el miedo del pensamiento y me prometo aceptar la idea de volver a sentir. De *querer* volver a sentir. Aparto la vista de sus ojos, la bajo a su boca y vuelvo a subir. La cabeza se me llena de pensamientos obscenos. Ensancha la sonrisa.

—¡Vuelvo ahora mismo! —anuncia.

Sale del coche con gracilidad y proporcionándome una magnífica panorámica de su trasero. Me muerdo el labio para contener el ansia que me recorre el cuerpo. Mira por encima del hombro y se ríe, totalmente consciente del efecto de sus actos.

—Oye, Ryles.

—¿Sí, As?

—Te dije que no podrías resistirte.

Me dedica una sonrisa que me desarma antes de saltar a la acera y echar a andar enérgicamente con sus largas piernas sin mirar atrás.

No me resisto a sonreír mientras lo observo alejarse. Resulta cautivador en todos los aspectos, la sexualidad personificada. Desde esa sonrisa infantil que me derrite en cuestión de segundos, hasta esa forma de caminar tan sensual que indica que sabe exactamente a dónde va y qué intenciones tiene. Rezuma virilidad, evoca deseo y exige atención con cada mirada de sus increíbles ojos. Es provocador e imprudente, y hace que quieras unirte al viaje solo por conseguir echar una ojeada a su parte sensible que sale a relucir de

vez en cuando. El chico malo con un toque de vulnerabilidad que te deja sin aliento y te roba el corazón.

Me obligo a salir del ensimismamiento para admirar los amplios hombros de Colton y la sensual arrogancia con la que se pasea por la acera. Se baja la gorra de béisbol antes de cruzarse con dos mujeres. Las dos giran la cabeza cuando pasa junto a ellas y se lo comen con los ojos antes de volver a girarse la una hacia la otra mientras sueltan risitas y gestos de asombro.

Sé cómo os sentís, multiplicado por cien. Observo a Colton detenerse y desaparecer tras una puerta. No alcanzo a ver el cartel encima de la entrada en la desgastada fachada.

Paso el tiempo admirando el brillante interior del vehículo y viendo a la gente que pasa junto a él y se queda mirando. El teléfono de Colton, que está sobre el salpicadero, empieza a sonar y me sobresalto. Echo un vistazo y leo el nombre de «Tawny» parpadeando en la pantalla. Siento una punzada de irritación antes de poner freno a los celos. «Pues claro que hay mujeres llamándole», me digo.

Probablemente lo hacen a todas horas.

—Listo —dice Colton, que me asusta mientras deja una bolsa de papel en el asiento trasero.

Da la vuelta al vehículo y se desliza en el asiento. Mientras se abrocha el cinturón, ve que tiene una llamada perdida en el móvil y lo ojea. Cuando lee el nombre de la llamada adopta una expresión enigmática y me reprendo porque pensaba que frunciría el ceño al verlo.

Una chica tiene derecho a soñar.

En pocos minutos, estamos de vuelta en la carretera en dirección a la Ruta Estatal 1. Me dedico a admirar el paisaje de las olas estrellándose en la playa, con el sol al fondo hundiéndose poco a poco en el horizonte, cuando me doy cuenta de que hemos entrado en un *parking* casi vacío. Me sorprende que haya tan poca gente, teniendo en cuenta el buen tiempo que hace para esta época del año.

—Ya hemos llegado —anuncia.

Aprieta un botón que hace que se cierre la capota, antes de apagar el motor. Lo miro sorprendida. Me esperaba una «cita» nada romántica y me ha traído a mi lugar favorito del mundo, una playa casi vacía justo antes del atardecer. No juega limpio, pero claro, no me conoce lo bastante bien como para saber cuáles son mis gustos, así que lo atribuiré a un golpe de suerte.

Coge la bolsa del asiento trasero y sale del coche. Luego, saca una manta del maletero antes de dar la vuelta para llegar a mi lado. Me abre la puerta con un gesto pícaro y me da la mano para ayudarme a bajar del vehículo.

—Ven —exige mientras tira de mi mano.

Me veo abrumada por cientos de sensaciones mientras me lleva hacia la arena y las olas. Me marea un poco que no me haya soltado la mano, aunque ya lo esté siguiendo. Las durezas de la palma de su mano sobre la piel me provocan una sensación agradable, casi como si me pellizcasen para asegurar que no estoy soñando.

Caminamos hasta la playa y pasamos junto a una pila de toallas y ropa que, asumo, pertenecen a un par de surfistas que hay en el agua. Avanzamos en silencio, los dos nos dedicamos a observar lo que nos rodea mientras pensamos qué decir. ¿Por qué de repente la intensidad de Colton me pone nerviosa? ¿Más que su cercanía?

A unos tres metros de la arena mojada, Colton habla por fin.

—¿Qué tal aquí?

—Claro, aunque si hubiese sabido que vendríamos a la playa, me habría traído el bañador —comento. Como siempre, los nervios me hacen soltar chistes estúpidos. Si pudiese ponerme los ojos en blanco a mí misma, lo haría.

—¿Quién ha dicho que necesitamos bañador? Estoy a favor del nudismo.

Me quedo paralizada por el comentario, abro los ojos como platos y trago saliva. Es extraño, la idea de desnudarme junto a este hombre tan atractivo y de facciones duras me hace sentir incómoda, a pesar de que tenga las manos sobre mí.

«La perfección frente a la ordinariez».

Colton levanta la mano que tiene libre y me coloca un dedo bajo la barbilla para levantarme la cabeza y hacer que lo mire a los ojos.

—Tranquila, Rylee. No te voy a comer. Dijiste que querías algo casual, así que eso hago. He pensado que estaría bien aprovechar el buen tiempo —dice. Me suelta la barbilla y me pasa la bolsa para estirar la manta sobre la arena—. Además, cuando te desnude, será en un sitio mucho más privado que este para disfrutar cada segundo. Me tomaré mi tiempo y te enseñaré para qué está hecho ese cuerpo tuyo tan *sexy*.

Levanta la mirada, con los ojos radiantes de deseo y una sonrisa provocativa en la boca.

Suspiro y sacudo la cabeza, no muy segura de mí misma, indecisa por

cómo me hace reaccionar y cómo debería proceder ahora. Es capaz de seducirme con solo unas palabras. Sin duda, no es una buena señal. Si sigue así, acabaré dándole las bragas en un abrir y cerrar de ojos.

Me remuevo incómoda ante la intensidad con la que me mira, lo que ha hecho que mis pensamientos cambien de dirección.

—Siéntate, Rylee. Te lo prometo, no muerdo. —Sonríe.

—Ya lo veremos —respondo, pero claudico y me siento en la manta mientras trato de ignorar lo nerviosa que estoy bajando la cremallera de los botines.

Me quito los calcetines, libero los pies y meneo los dedos con las uñas pintadas de rojo intenso. Levanto las rodillas y las rodeo con los brazos para abrazarlas contra el pecho.

—Es precioso. Me alegro de que, por hoy, las nubes se hayan mantenido alejadas.

—Ajá —murmura mientras coge la bolsa que ha recogido en la calle Cuarta—. ¿Tienes hambre? —pregunta y saca dos paquetes de papel blanco, una barra de pan, una botella de vino y dos copas de plástico—. *Voilà!* —anuncia—. Una sofisticada cena de salami, queso provolone, pan francés y algo de vino.

Levanta ligeramente las comisuras de los labios como si me estuviera poniendo a prueba. Como si quisiera comprobar si de verdad quiero una cena informal y sin adornos en este mundo lleno de *glamour*, ostentaciones y pretensiones.

Lo miro con cautela, no me gusta que me evalúen, pero imagino que alguien como él, sin duda, desconfiará de los demás. Claro que, por otra parte, fue él quien me suplicó que saliéramos, aunque sigo sin entender por qué.

—Bueno, no es el Ritz —digo con sequedad y pongo los ojos en blanco—, pero servirá.

Suelta una carcajada y descorcha el vino, lo sirve en las copas de plástico y me pasa una.

—¡Por las cosas simples! —brinda con buen humor.

—Por las cosas simples —conuerdo, doy un toquecito a su copa y bebo un sorbo del dulce y sabroso vino—. Vaya, una podría acostumbrarse a esto. —Me mira con un atisbo de duda en la mirada y me explico—. ¿Qué más se puede pedir? El sol, la arena, la comida...

—¿Y un guapo acompañante? —bromea mientras coge un trozo de pan, lo

rellena de queso y una fina loncha de salami y me lo pasa en una servilleta de papel. Lo acepto sin reparos, me ruge el estómago. Me había olvidado del hambre que tengo.

—Gracias. Por la comida, por la donación, por Zander.

—¿Cuál es su historia?

Le hago un resumen y mantiene una expresión neutra.

—Y hoy, contigo, ha sido la primera vez que ha interactuado con alguien deliberadamente, así que gracias. Te estoy más agradecida de lo que puedas imaginar —concluyo tímidamente con la mirada baja. El rubor se me extiende por las mejillas y vuelvo a sentirme incómoda. Doy un bocado al sándwich improvisado y gimo con gusto ante la mezcla de texturas del pan fresco y las *delicatessen*—. ¡Está buenísimo!

Asiente con la cabeza.

—Llevo mucho tiempo yendo a esa tienda. Sin duda es mejor y me va mucho más que el caviar. —Se encoge de hombros sin arrepentirse—. Bueno, ¿por qué Cuidados Corporativos? —pregunta, con la boca ligeramente abierta mientras observa cómo saboreo la comida.

—Por muchas razones —respondo terminando de masticar—. Poder marcar la diferencia, la oportunidad de formar parte de un avance tan grande como el que Zander ha hecho hoy, la sensación que tengo cuando un niño que se ha quedado solo vuelve a sentir que le importa a alguien. —Suspiro, no tengo palabras para describir lo que siento—. Son tantas cosas que no sé cómo explicarlas.

—Te apasiona de verdad. Te admiro por ello —expresa con tono serio y sincero.

—Gracias —repito. Doy otro sorbo de vino y lo miro a los ojos—. Hoy has estado impresionante. Casi como si supieras qué hacer, a pesar de que te pidiera que te fueras —admito avergonzada—. Has sido bueno con Zander.

—Qué va —niega. Coge otro trozo de queso y lo envuelve con pan—. Los niños no se me dan nada bien. Por eso no pienso tenerlos —dice, completamente decidido y de forma tajante.

Me quedo desconcertada.

—Es una declaración bastante osada para alguien tan joven. Seguro que más adelante cambiarás de opinión —contesto y entrecierro los ojos para mirarlo, con el deseo de poder tomar una decisión así.

—De ninguna manera —afirma con énfasis antes de apartar la mirada por

primera vez desde que nos conocemos.

Me doy cuenta de que este tema lo incomoda, algo extraño para un hombre tan resuelto y seguro de sí mismo en todo lo demás. Mira hacia el embravecido océano y se queda en silencio un largo rato, con una mirada indescifrable entre sus duras facciones.

Doy por hecho que no va a responder nada más a mi pregunta indirecta cuando rompe el silencio.

—De verdad que no —dice con lo que parece tristeza resignada—. Seguro que lo vives de primera mano cada día, Rylee. La gente utiliza a los niños como peones para conseguir lo que quieren. Demasiadas mujeres que intentan atrapar a hombres con ellos y después odian al niño cuando el padre se va. Personas que los acogen solo para recibir la remuneración mensual del Gobierno. Y mucho más. —Se encoge de hombros con indiferencia, sin dejar ver lo mucho que le afecta la realidad de lo que dice—. Ocurre a diario. Niños jodidos y abandonados por culpa de las decisiones egoístas que han tomado sus madres. Nunca pondría a un crío en esa posición. —Sacude la cabeza enérgicamente, todavía sin mirarme a los ojos, observando a un surfista que cabalga una ola a lo lejos—. De todas formas, seguramente acabaría por joderlos tanto como me jodieron a mí.

Respira hondo después de la última frase y se quita la gorra con una mano mientras se pasa la otra por el pelo.

—¿Qué quieres decir? No te entiendo —vacilo después de preguntar sin pensar. La conversación se ha vuelto muy profunda de forma inesperada.

La irritación le cruza la cara un instante hasta que consigue reprimirla.

—Mi pasado es de dominio público —afirma, y frunzo el ceño confundida—. La fama hace que salgan a la luz verdades desagradables.

—Lo siento —respondo con las cejas levantadas—. No suelo investigar a los tíos con los que salgo.

Uso el sarcasmo para disimular el malestar que me hace sentir la conversación.

Me mira fijamente con sus ojos verdes y la mandíbula apretada.

—Deberías, Rylee —advierte con voz dura—. Nunca sabes quién puede ser peligroso. Quién intentará hacerte daño cuando menos te lo esperes.

Me desconcierta de nuevo. ¿Me advierte sobre él? ¿Para que me aleje de él? Estoy confundida. ¿Me persigue y luego me aleja? Ya es la segunda vez hoy que dice algo así. ¿Qué debería hacer?

¿Y qué cojones es eso de que lo jodieron de niño? Sus padres son prácticamente de la realeza en Hollywood. ¿Está diciendo que le hicieron algo? La mediadora que llevo dentro se muere por seguir indagando, pero sé que no le haría ninguna gracia.

Lo observo con cautela y veo que ha vuelto a fijar la atención en las olas. En este momento, visualizo perfectamente la imagen que los medios dan de él. Oscuro e inquietante, con facciones duras por el rastro de barba que le cubre la mandíbula y una mirada tan intensa que te hace sentir que es inaccesible. Impredicable. La espalda ancha y una forma de caminar de lo más sensual. El chico malo demasiado guapo para su propio bien mezclado con una gran cantidad de imprudencia. El rebelde que hace que las mujeres se desmayen y que juren que serán capaces de hacerlo cambiar.

Y está aquí sentado. Conmigo. Me resulta inconcebible.

Me aclaro la garganta para intentar dispersar el ambiente enrarecido que se ha instalado entre nosotros.

—Bueno, ¿cómo van los Lakers? —dejo caer, inexpresiva.

Echa la cabeza atrás y suelta una sonora carcajada, luego se gira hacia mí. Cualquier rastro del Colton inquietante y meditabundo ha desaparecido para dar paso al Colton relajado, con la mirada alegre y una sonrisa deslumbrante.

—¿Bastante bien?

Asiento, frunzo los labios y cojo otro trozo de queso. Es hora de cambiar de tema.

—Sé que es una pregunta muy poco original, pero ¿qué te llevó a entrar en el mundo de las carreras? Quiero decir, ¿por qué te lanzas por una pista a casi trescientos kilómetros por hora para divertirse?

Da un sorbo a la copa de plástico.

—Mis padres necesitaban encontrar la manera de canalizar mis rebeliones adolescentes. —Se encoge de hombros—. Se dieron cuenta de que era mejor proporcionarme todo el equipo de seguridad posible en vez de tenerme corriendo por la calle como un loco hasta que acabase matándome a mí mismo o a alguien más. Por suerte para mí, tenían los medios para hacerlo.

—¿Entonces empezaste cuando eras adolescente?

—A los dieciocho. —Se ríe al recordar.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Me pusieron una multa por conducción temeraria. Iba muy rápido, fuera de control, en realidad, corría contra un niño pijo idiota. —Me echa un vistazo

para ver si he reaccionado de alguna manera. Lo observo sin decir nada con las cejas levantadas, instándole a que continúe—. Me salvé de acabar en el reformatorio por quién era mi padre. Joder, estaba que echaba chispas. Al día siguiente, quiso enseñarme una lección. Me dejó en la pista con un piloto que conocía. Creyó que me daría unas vueltas por la pista a máxima velocidad y que me cagaría vivo.

—Claramente, no funcionó —digo, secamente.

—No. Me asusté un poco, pero después empecé a pedirle que me enseñara alguna maniobra chula. —Se encoge de hombros con una media sonrisa mientras vuelve a mirar al mar—. Al final accedió, me dejó dar un par de vueltas con el coche. Por alguna razón, ese día había venido con otro colega suyo. Se llamaba Beckett. Trabajaba para un equipo de carreras local que acababa de quedarse sin piloto. Me preguntó si alguna vez había pensado en dedicarme a ello. Me reí. Para empezar, tenía mi edad, así que ¿cómo iba a formar parte de un equipo profesional? Además, ¿cómo podía saber que era bueno con verme dar un par de vueltas a la pista? Cuando se lo pregunté, me dijo que me manejaba bastante bien y que si me gustaría volver al día siguiente para hablar un poco más.

—Eso sí que es estar en el lugar correcto, en el momento preciso —murmuro, feliz de conocer algo sobre él que no habría descubierto en Internet.

—¡A mí me lo vas a contar! —Sacude la cabeza—. Quedé con él. Puse a prueba el coche en la pista, no lo hice mal e hice buenas migas con los chicos. Me pidieron que corriera la siguiente carrera. Se me daba bien, así que seguí en ello. Llamé la atención. Dejé de meterme en líos. —Sonríe con picardía y levanta las cejas—. Casi siempre.

—Y después de tanto tiempo, ¿todavía lo disfrutas?

—Se me da bien —responde.

—No he preguntado eso.

Mastica la comida mientras reflexiona detenidamente la respuesta.

—Sí, creo que sí. No hay otra cosa igual. Formo parte de un equipo, pero aun así estoy solo. No dependo de nadie, no hay nadie a quien culpar más que a mí si algo sale mal. —La pasión de su voz es palpable. La veneración que siente por el deporte que practica—. En la pista puedo escapar de los *paparazzis*, de las fans, de mis demonios. El único miedo que tengo es el que yo mismo he creado y que puedo controlar con un giro del volante o con solo

pisar el pedal, no un miedo que los demás me hayan provocado.

La expresión alterada que le noto en la mirada indica que me ha contado más de lo que pretendía. Se ha sorprendido de su inesperada sinceridad conmigo. Paso por alto la inquietud que le provoca sentirse vulnerable, pongo los brazos hacia atrás para apoyarme en ellos y levanto la vista al cielo.

—Este lugar es precioso —comento mientras disfruto del aire fresco y entierro los dedos de los pies en la arena fría.

—¿Más vino? —pregunta y al mismo tiempo cambia de posición para estar más cerca de mí. El roce de su brazo desnudo sobre el mío hace que me zumben los sentidos.

Murmuro una respuesta afirmativa y campanas de alarma se me disparan dentro de la cabeza. Debería dejar algo de distancia entre los dos, pero es demasiado atractivo. Irresistible. «Nada de lo que esperaba y, aun así, todo lo que había previsto». Necesito aclararme las ideas, porque me está nublando el juicio.

—Dime, As, ¿te imaginabas esto cuando pagaste todo ese dinero por una cita conmigo?

Giro la cabeza y me encuentro cara a cara con él; el pelo revuelto, los labios carnosos y los ojos radiantes. Contengo el aliento y me paralizó al instante, no tendría más que inclinarme para volver a sentir sus labios sobre los míos. Para volver a saborear ese hambre carnal que desprende como antes en el porche.

Me dedica una sonrisa burlona.

—No exactamente —admite, pero siento que la cercanía entre los dos también le afecta. Veo que se le acelera el pulso en la garganta y la nuez se le mueve al tragar. Vuelvo a mirarlo a los ojos y las palabras no dichas flotan en el ambiente—. Tienes los ojos más excepcionales que he visto jamás —susurra.

No es que nunca antes me hayan dicho algo así sobre el color violeta único de mis ojos, pero, por alguna razón, que me lo diga él hace que me consuma el deseo. Oigo campanas de alarma en mi cabeza.

—¿Rylee?

Levanto la vista para mirarlo a los ojos con el corazón a mil por hora.

—Solo te lo voy a preguntar una vez. ¿Tienes novio?

La gravedad del tono en que habla, así como la propia pregunta, me pillan con la guardia baja. No me lo esperaba. Supuse que ya sabría la respuesta

después del encuentro entre bastidores de la otra noche. Lo que me sorprende más aún que la propia pregunta es la forma en que la pronuncia, el tono exigente. Sacudo la cabeza y trago saliva.

—No.

—¿Nadie con quien te veas de forma casual?

—Acabas de preguntar dos veces —bromeo para intentar quitarme los nervios de encima. Como no sonrío, sino que me sostiene la mirada interrogante, sacudo la cabeza—. No. ¿Por qué? —respondo casi sin aliento.

—Porque me gusta saber quién se interpone en mi camino. —Inclina la cabeza y me mira fijamente mientras abro ligeramente los labios como respuesta. De repente, tengo la boca totalmente seca—. Saber de quién me tengo que librar antes de hacerlo oficial.

—¿Hacer oficial el qué?

La cabeza me da vueltas mientras trato de adivinar qué me he perdido.

—Que eres mía. —El aliento de Colton me hace cosquillas en la cara y la forma en que me mira me absorbe por completo—. Una vez que te folle, Rylee, será oficial, eres mía y solo mía.

Ay, joder. ¿Cómo es posible que unas palabras tan posesivas, tan de macho dominante, me hagan desearlo aún más? Soy una mujer independiente y segura, pero, aun así, que este hombre, que Colton Donavan me diga que me va a poseer sin preguntar, sin darme opción, hace que me tiemblen las rodillas.

—No será esta noche, Rylee. Puede que tampoco mañana —promete y el tono sordo de su voz hace que me tiemble todo el cuerpo—, pero pasará.

Se me corta la respiración cuando hace una pausa para que las palabras calen hondo antes de continuar.

—¿Es que no lo sientes? —Hace un gesto para señalarnos a ambos—. ¿Esta carga que tenemos? La electricidad cuando estamos juntos es muy difícil de ignorar.

Bajo la mirada, me incomoda la excesiva confianza que demuestra y, al mismo tiempo, me excita lo que dice. Levanta una mano para tocarme y la chispa de la que habla se enciende en el segundo en que me roza la piel del cuello hasta la barbilla con el dedo. Me levanta la cara para obligarme a mirarlo a los ojos.

—¿No sientes algo de curiosidad? Si es así de electrizante cuando nos rozamos, ¿te imaginas cómo será cuando esté dentro de ti?

La confianza de sus palabras y la intensidad con que me mira me desconciertan. Aparto la mirada y me concentro en darle vueltas al anillo del anular derecho. La parte racional que hay dentro de mí sabe que en cuanto Colton consiga lo que quiere, pasará a otra cosa. Y, aun sabiéndolo, me destrozaría cuando se marchase.

No quiero volver a pasar por ello. Me da miedo volver a sentir. Me da miedo arriesgarme, me asusta que las consecuencias vuelvan a cambiarme la vida. Utilizo el miedo para alimentar la terquedad, no importa lo bueno que sea el viaje, la inevitable caída no merece la pena.

—Estás muy seguro de ti mismo, ¿hace falta siquiera que esté presente para el acontecimiento? —pregunto con altivez, con la esperanza de que las palabras escondan la profunda ansia que me provoca. Como respuesta, me dedica una sonrisa que me para el corazón. Sacudo la cabeza—. Gracias por el aviso, As, pero no, gracias.

—Vaya, Rylee —dice entre risas—. Ahí está esa lengua afilada que me resulta tan sexy e intrigante. Se fue por un momento junto con tus nervios. Me empezaba a preocupar. —Levanta la mano y aprieta la mía—. Ah, y, Rylee, eso no era un aviso, encanto. Era una promesa.

Dicho esto, se apoya sobre los codos con una sonrisa chulesca en la cara y desafío en los ojos mientras me observa. Recorro la longitud de su cuerpo con la mirada. La cabeza me da vueltas al pensar que debería resistirme a este hombre exagerado, temerario, problemático e impredecible, cuyo continuo ataque verbal me hace sentir incómoda. Pero también me hace desearlo. Me hace revivir sensaciones y pensamientos que murieron aquel día, hace dos años. Sin embargo, en lugar de alejarme de él como debería, lo único que quiero es sentarme a su lado en la manta, pasar las manos por los firmes músculos de su pecho, enredarle los dedos en el pelo y beber de él hasta que se me acaben los pensamientos racionales.

Reúno el valor para volver a mirarlo a los ojos, consciente de que está observando cómo evalúo su cuerpo. Me aseguro de que el deseo que siento no sea evidente al mirarlo.

—Bueno, ¿y tú qué, Colton? —pregunto para darle la vuelta al asunto—. Dijiste que no te iba lo de tener novia, pero siempre pareces tener una chica colgada del brazo.

Me mira arqueando las cejas.

—¿Y tú cómo lo sabes?

¿Cómo lo sé? ¿Reconozco que de vez en cuando ojeo la revista *People* de Haddie y pongo los ojos en blanco por lo ridículo de la pregunta? ¿Confieso que a veces entro a la web perezhilton.com cuando me aburro en la oficina y que normalmente ignoro los cotilleos sobre los niños egocéntricos de Hollywood como él que se creen mejores que nadie?

—Verás, hago cola en la caja del súper, ¿sabes? —reconozco—. Y ya sabes lo realistas que son esas revistas de cotilleos.

—Según esas revistas, salgo con un alienígena de tres cabezas y una foto mía retocada con Photoshop aparece justo al lado de un titular que dice se ha encontrado un chupacabras en un cine en Norman, Oklahoma —dice, con expresión más animada y con una mueca burlona de horror.

Suelto una carcajada. Me alegra que se tome a la prensa con humor y estoy feliz de haber añadido algo de ligereza a los temas de conversación más intensos.

—Buen cambio de tema, pero no va a funcionar. Responde a la pregunta, As.

—Ah, Rylee, nunca te rindes —comenta—. ¿Qué puedo decir? Odio el drama, llevar la cuenta de quién pone más de su parte, las expectativas del siguiente paso, tratar de descubrir si hay algún motivo oculto por el que están conmigo. —Se encoge de hombros—. En vez de lidiar con esas gilipolleces, prefiero llegar a un acuerdo con alguien, establecer unas normas y unos requisitos, especificar cada detalle y, así, las expectativas se manejan mucho mejor antes de que puedan llegar a aparecer o antes de que las cosas se descontrolen. Así es más fácil.

¿Qué? ¿Acuerdos? Me pasan tantas cosas por la cabeza que sé que necesitaré tiempo para procesarlas, pero Colton me busca con la mirada a la espera de una respuesta, así que decido que el humor es la mejor forma de ocultar la sorpresa.

—Un tío con problemas de compromiso. —Pongo los ojos en blanco—. ¡Menuda novedad!

Me sigue mirando en silencio mientras pienso sobre él, sobre esto, sobre todo.

—¿Qué esperabas? —continúo sardónicamente—. ¿Creías que te miraría a esos preciosos ojos verdes, me bajaría las bragas y me abriría de piernas cuando reconocieses que te gusta tener a las mujeres en tu cama, pero nunca las dejas entrar en tu corazón? —A pesar del sarcasmo, soy brutalmente

sincera. ¿Se cree que por ser quien es iba a dejar de lado todos mis principios? —. Y dicen que el romanticismo ha muerto.

—Lo tuyo son las palabras, encanto —dice despacio. Se coloca sobre el costado y apoya la cabeza en el codo. Esboza una sonrisa lenta y comedida—. Te aseguro que el romance no es algo a lo que me dedique activamente. No existen los finales felices.

La romántica incurable que hay en mí da un largo suspiro que me permite ignorar el comentario y la sonrisa de suficiencia de su cara, esa que me hace olvidar todo pensamiento por culpa de lo atractivo que es y porque tiene unos ojos hipnóticos.

—No puedes hablar en serio. ¿Por qué ese desapego emocional? —Sacudo la cabeza—. Pareces muy pasional para otras cosas.

Cambia de postura en la manta, se tumba sobre la espalda y coloca las manos en la nuca mientras exhala.

—¿Por qué cada uno es como es? —responde vagamente. El silencio se instala entre los dos—. Tal vez nací así o tal vez es lo que aprendí a lo largo de los años, quién sabe. Hay muchas cosas de mí que desconoces, Rylee. Te lo aseguro.

Lo miro e intento descifrar el laberinto verbal de explicaciones mientras se tumba en silencio unos minutos, luego quita la mano de debajo de la cabeza y la apoya sobre la mía. Me deleito con la inusitada muestra de aprecio. La mayor parte del tiempo, cuando nos tocamos, es algo explosivo, incluso carnal. Rara vez es simple. Sin exigencias. Tal vez por eso disfruto del calor de su mano sobre la mía.

Sigo dando vueltas a lo que ha dicho, a pesar de la distracción del roce.

—No estoy de acuerdo. ¿Cómo puedes...?

Me callo a media frase cuando me tira del brazo y, en cuestión de segundos, me tumba sobre la manta, su rostro sobre el mío. No sé cómo, pero la respiración se me acelera y se detiene al mismo tiempo. Muy despacio, me aparta un mechón de pelo rebelde de la cara con la mano mientras me coloca la otra en la base del cuello, justo bajo la barbilla.

—¿Intenta cambiar de tema, señor Donavan? —pregunto con timidez. El corazón me late con fuerza y el deseo se abre paso por mi estómago. Al rozarme, me provoca cargas eléctricas en la piel.

—¿Funciona? —musita e inclina la cabeza para estudiarme.

Separo los labios y entrecierro los ojos pensativa.

—Eh, no, sigo teniendo preguntas.

Esbozo una sonrisa mientras contemplo cómo me observa.

—Pues habrá que hacer algo al respecto —murmura con una lentitud dolorosa y baja la cabeza hasta que sus labios están casi sobre los míos. Resisto las ganas de arquear la espalda para presionar el cuerpo contra el suyo —. ¿Qué tal ahora?

¿Cómo puede ser que, aunque estemos al aire libre, sienta que todo el oxígeno desaparece? ¿Por qué me afecta de esta manera? Trato de inhalar despacio y lo único que consigo es aspirar ese aroma a bosque, limpio y masculino, esa mezcla embriagadora tan característica de Colton.

No consigo articular las palabras para responder, así que me limito a asentir con la cabeza. Ignoro todo lo que nos rodea: los graznidos de las gaviotas, el romper de las olas y el sol que lentamente se hunde en el horizonte.

Debido a lo cerca que estamos, no puedo verle los labios, pero sé que sonrío porque se le arrugan las comisuras de los ojos.

—¿Eso es un sí o un no? —pregunta. Me sostiene la mirada, como un desafío. Cuando no soy capaz más que de respirar de forma entrecortada, dice —: Supongo que tendré que averiguarlo.

Después, me besa.

A un ritmo lento y cautivador, deposita besos ligeros sobre mis labios. Cada vez que creo que va a darme lo que quiero, besos profundos y apasionados, se retira. Se apoya sobre un codo y me coloca una mano en la nuca. Con la otra recorre lentamente la silueta de mi cuerpo hasta detenerse sobre la cadera. Ahí, me agarra la piel a través de los vaqueros y me presiona contra él.

—Tus curvas son de lo más sexy —murmura entre besos.

La revolución de sensaciones que me provoca es, al mismo tiempo, estimulante y atormentadora. Meto las manos debajo de la tela de su camisa y le recorro el torso y la espalda, mientras continúa con el lánguido ataque a mi boca.

Si fuese la mujer inteligente que afirmo ser, daría un paso atrás para evaluar la situación de forma racional. Me daría cuenta de que Colton está acostumbrado a conseguir lo que quiere sin preámbulo ni precaución. Y, esta vez, me quiere a mí. Ya intentó el acercamiento directo y me tuvo básicamente contra la pared en solo diez minutos. Ha usado la coacción, un contrato, me ha

irritado e incluso ha admitido que no le va lo de tener novia, el compromiso ni las relaciones. La parte racional que hay dentro de mí reconocería esos hechos y comprendería que, como hasta ahora no ha conseguido resultados, ha optado por intentar seducirme. Expondría que está cambiando de táctica, tomándose su tiempo para hacerme sentir y desearlo. Me deja creer que ahora tengo el control de la situación. Me daría cuenta de que esto no tiene nada que ver con sentimientos ni con querer tener algo conmigo después, sino que lo único que pretende es que me meta en su cama, sea como sea.

Sin embargo, no hago caso de mi parte racional ni de las dudas que intenta emitir. Sin prestar atención, alejo el zumbido constante que intenta provocarme en el subconsciente. Hace tiempo que he perdido el sentido común. Mi nueva adicción, también conocida como la boca de Colton, lo ha borrado, superado y suprimido. Me sigue agasajando la boca con lentos roces de lengua, de dientes y caricias de labios.

—Ja, ja —se burla a centímetros de mis labios mientras le enredo los dedos en el pelo para intentar acercarlo más a mí y, así, rendirme ante el abrasador deseo que ha provocado dentro de mí.

—Eres frustrante.

Suspiro, pues ahora ha movido los labios a un ritmo lento hacia mi cuello, sin dejar de darme besos en la piel, hasta morderme el lóbulo de la oreja, provocando un escalofrío tras otro a su paso.

Siento que esboza una sonrisa sobre el hueco debajo de mi oreja como respuesta a lo que acabo de decir.

—Ahora sabes lo que se siente —murmura—. Lo que se siente cuando quieres algo...

Se aleja del cuello para situar el rostro a centímetros del mío. No se puede negar el deseo en la mirada cuando me observa fijamente. Repite:

—Cuando quieres algo y no te dejan tenerlo.

No tengo ni un momento para procesar lo que ha dicho antes de que estelle la boca contra la mía. Esta vez sin contenciones. Me posee los labios desde el primer momento en que nos rozamos. Dirige el beso con una pasión salvaje que hace que la cabeza me dé vueltas, me hace perder la razón y me vuelve loca de deseo. Me besa con un ansia tan fuerte que es como si fuera a volverse loco si no prueba mi sabor. No tengo otra opción que seguirle el ritmo, pues estoy tan enganchada como él.

Me mete la lengua en la boca y saborea el vino antes de apartarse con

delicadeza y morderme el labio inferior. Arqueo el cuello para ofrecerle más, quiero que coja más porque nunca tengo suficiente de este sabor embriagador. Acepta y tiende una serie de besos dulces y delicados por mi cuello antes de volver a besarme en los labios. Restriega la lengua contra la mía, con delicadeza, posesivo, como fuego.

Me deleito con la sensación. Me sujeta la cadera con las manos con posesión. Con la pierna doblada sobre la mía, presiona su evidente excitación contra mi piel. Con la boca me controla, da y toma al mismo tiempo. Los gruñidos bajos de deseo que se le escapan me indican que lo excito. Que me desea.

Podría pasarme todo el día con Colton en este estado de deseo, pero el sonido de unas risas que se aproximan me devuelve a la realidad. Me hace comprender que estamos a la vista de todos. Colton me roza los labios suavemente una última vez cuando oímos a los surfistas acercándose a unos metros de distancia, de vuelta a las toallas. Sin embargo, sigue acunándome la cara entre las manos y apoya la frente sobre la mía mientras ambos intentamos calmar la respiración.

Cierra los ojos un momento y percibo cómo lucha por retomar el control. Me acaricia las mejillas con los pulgares, un suave gesto que me tranquiliza.

—Rylee, ¿qué es lo que me haces? —suspira y me besa la punta de la nariz—. ¿Qué voy a hacer contigo? Eres un soplo de aire fresco.

El corazón se me detiene. El cuerpo se me tensa. Viajo a un momento de hace tres años: Max está arrodillado con un anillo en la mano y me mira expectante. Oigo las palabras llenas de emoción como si hubiera sido ayer.

«Rylee, eres mi mejor amiga, mi paseo bajo la puesta de sol, mi soplo de aire fresco. ¿Te casas conmigo?»

Pienso en Max, lleno de vida, abierto, despreocupado, pero tengo delante a Colton, reservado, inalcanzable e inexorable. Se me escapa un sollozo cuando los recuerdos de ese día me dominan, los recuerdos del periodo que vino después, y me invade la culpa.

Colton se sorprende por mi reacción. Se aparta de mí como un resorte, pero no me suelta la cara, con los ojos inundados de preocupación.

—¿Qué ocurre, Rylee? ¿Estás bien?

Le pongo las manos en el pecho para apartarlo y me incorporo hasta sentarme. Me llevo las piernas al pecho y las abrazo. Sacudo la cabeza para pedirle que me deje un minuto y respiro hondo, consciente de que Colton me

observa de cerca, curioso por saber qué me pasa.

Trato de sacarme las palabras de la cabeza. Cuando su madre me gritaba que lo había matado, su padre me decía que ojalá hubiera sido yo, y su hermano me echaba la culpa. Cuando me dijeron que no merecía volver a vivir esa clase de amor.

Alejo esos pensamientos de mí, disgustada por lo que han interrumpido. ¿Por qué no soy capaz de olvidarlo todo, disfrutar de este hombre tan viril que, por alguna razón, me desea y está a mi alcance? ¿Por qué no consigo abandonarme a esta sórdida aventura de una noche y escapar de esta pesadilla en la que vivo? Usarlo, igual que él quiere usarme.

«Porque no eres así», me susurro a mí misma. «Eres un soplo de aire fresco».

Agradezco a Colton que permanezca en silencio. No sé si es un silencio comprensivo o una forma de alejarse del drama de otra persona, pero da igual, llegados a este punto, me alegro de que no me pida que me explique.

Estiro la mano para coger la copa de vino. Colton me lo pasa, coge también el suyo y da un sorbo.

—En fin, menos mal que estamos al aire libre —digo para intentar distender el ambiente con algo de humor.

—¿Y eso por qué?

Doy un largo trago antes de continuar.

—Para evitar que las cosas se nos vayan de las manos en público —respondo mientras giro la cabeza para sonreírle.

—¿Qué te hace pensar que estar al aire libre va a detenerme? —Me dedica una sonrisa diabólica antes de echar la cabeza atrás y reír a carcajadas al ver mi expresión de sorpresa—. El peligro de que nos pillen solo lo hace más emocionante, Rylee. Aumenta la intensidad de la excitación. El clímax—. El tono de su voz me envuelve de manera seductora, me atrapa en sus redes.

Lo miro fijamente mientras intento librarme de la trampa.

Trato de encontrar el ingenio que me queda para responder sin que se note cómo me afecta el hipnotismo de lo que dice.

—Creí que querías algo privado para la primera vez. —Sonrío y arqueo una ceja.

Se inclina hacia mí, siento el roce de su respiración en la cara y veo la diversión en sus ojos.

—Bueno, al menos he conseguido que admitas que habrá una primera vez.

Abro los ojos de golpe cuando comprendo en qué me acabo de meter voluntariamente. No puedo evitar sonreír cuando detecto su picardía. Sacude la cabeza y me aparta la mirada.

—Mira eso.

Señala al horizonte donde la parte más baja del sol toca el borde del agua, una bola brillante que se hunde y vierte colores pastel por el cielo.

Agradecida por el cambio de tema, miro al sol.

—¿Por qué siempre parece que el sol tarda una eternidad en alcanzar la línea del horizonte y después desaparece en apenas un minuto?

—Es un reflejo de la vida, ¿no crees?

—¿A qué te refieres?

—A veces los viajes que hacemos en la vida parecen tardar una eternidad en llegar al punto culminante de nuestros esfuerzos, en alcanzar nuestro objetivo. Y una vez que lo hacemos, pasa tan deprisa que termina antes de darnos cuenta. —Se encoge de hombros y me sorprende con su reflexión—. Nos olvidamos de que el viaje es la mejor parte. La razón por la que salimos. Donde más aprendemos.

—¿Intentas decirme algo, Colton? —pregunto.

—No —contesta con una ligera sonrisa que le suaviza los rasgos—. Es solo una observación. Nada más.

Lo observo detenidamente, aun sin estar segura de lo que intenta decirme, a pesar de negarlo. Entierro los dedos de los pies en la arena todavía caliente por los rayos de sol. Los hago crujir y disfruto de la sensación.

Oigo a Colton moverse a mi lado antes de oír crujir la bolsa de papel. Me giro y lo encuentro estirado sobre la manta para sacar dos raciones de *brownie* envueltas en plástico. Se vuelve a sentar junto a mí, con las piernas cruzadas como un niño pequeño. Sostiene uno de los pedazos entre los dos.

—La cura de todos los males —dice, ofreciéndomelo.

Nuestros dedos se rozan cuando tomo el *brownie* de su mano. Agradezco el roce.

—Has pensado en todo para esta cita de veinticinco, ¿eh? —le tomo el pelo mientras abro el paquete.

Me observa dar el primer mordisco, el chocolate es delicioso y me hace poner los ojos en blanco del gusto y gemir con satisfacción. Así es como se me enamora.

Paso la vista del postre a Colton, que me observa con expresión

cautivadora.

—Joder, ¿tienes idea de lo *sexy* que estás ahora mismo? —Tiene la voz ronca, suena casi afligido.

Dejo de masticar a medio bocado por el comentario.

¿Cómo consigue que unas palabras tan sencillas suenen tan fascinantes en el momento más extraño? La franqueza con que me mira me confunde. Estamos aquí sentados, apenas a dos palmos el uno del otro en una manta en la playa y nos miramos a los ojos. Sin pretensiones. Sin espectadores. Sin expectativas. Las palabras no dichas que flotan en el ambiente son tan poderosas que me da miedo parpadear, moverme o hablar y arruinar el momento. Tengo delante al verdadero Colton Donavan, la versión sin máscara vulnerable que hace que quiera acercarme y eliminar el dolor que a menudo aparece parpadeante en sus ojos verdes. Quiero enseñarle que el amor y el compromiso son posibles sin necesidad de complicaciones. Que son algo real, puro y mucho más poderoso de lo que jamás imaginó cuando lo construyen y comparten dos personas.

Siento un resquicio de dolor en el corazón como si se hubiese roto una pequeña pieza, perdida para siempre desde ese momento con Colton.

Finalmente, rompo el contacto visual y bajo la vista a los dedos, con los que parto un trocito de *brownie*. Sé que nunca llegaré a decirle nada de esto. Nunca tendré la oportunidad. En algún momento, en un futuro cercano, me entregaré a él voluntariamente, a pesar de que la razón me diga que es un error. Disfrutaré de ese momento que estará lleno de suspiros reverentes y cuerpos enredados y, después, quedaré destrozada cuando se largue una vez se haya hartado de mí. Parpadeo para detener las lágrimas.

«Es por culpa del aniversario», me digo a mí misma. Nunca soy tan emocional ni inestable.

Arranco un pedazo de la esquina del *brownie* y me lo meto en la boca. Levanto la vista hacia Colton, que me mira con una tímida sonrisa en los labios que me indica que también ha sentido el momento que acabamos de vivir. Me estremezco.

—¿Tienes frío? —pregunta mientras extiende el pulgar para limpiarme un trozo de chocolate de la comisura del labio.

Me lo acerca y lo deja delante de mi boca. Abro los labios y chupo el chocolate. Suelta un gruñido grave y abre ligeramente la boca mientras me mira. Si llego a saber que observar su reacción sería tan erótico, me habría

esparcido un rastro de migas a lo Hansel y Gretel por todo el cuerpo para dejar que las encuentre y disfrutar observándole.

Vuelvo a estremecerme antes de responder a la pregunta, a pesar de que estoy ardiendo por dentro.

—Como ha sido todo tan inesperado, no he traído una chaqueta ni una manta extra para dejarte —dice con decepción en la voz—. Podemos ir a otro sitio, si quieres.

Levanto la vista y lo miro con expresión sincera.

—Gracias, Colton, lo he pasado realmente bien.

—A pesar de la conversación seria —añade cuando hago una pausa. Me río.

—Sí, a pesar de los temas difíciles, pero he tenido un fin de semana muy largo y estoy agotada —me disculpo—. Así que creo que lo mejor será que volvamos.

La verdad es que no me apetece, pero estoy desesperada por intentar mantener la cabeza fría.

—¡No, aguafiestas! —se burla con una mano sobre el corazón herido—. Es duro, pero lo comprendo. —Ríe.

Lo ayudo a recoger las sobras y volver a meterlo todo en la bolsa. Empiezo a ponerme los calcetines y los zapatos cuando dice:

—Bueno, hoy Teddy ha firmado el trato con ECD.

—¡Genial! —exclamo con sinceridad. Estoy emocionada por la oportunidad, pero no estoy segura del efecto que supondrá, para mi vida personal, estar obligada a pasar tiempo con él—. No tengo palabras para decirte cuánto te agradezco que...

—Rylee —dice con la fuerza suficiente para hacerme callar—. Eso, la donación, no tiene nada que ver con esto —afirma mientras nos señala a ambos con la mano.

Y una mierda que no. No estaría aquí si no fuera por el acuerdo.

—De acuerdo —balbuceo conforme, pero sé que no lo he convencido.

—Ese de ahí es el mío.

Señalo el Mini Cooper blanco y rojo que está aparcado en la calle frente al

Hogar. Se detiene detrás de mi coche y gira el contacto para apagar el sexy gruñido del motor. Las luces de la calle están encendidas y la que está más cerca del Hogar parpadea. Oigo ladrar a un perro varias casas más abajo y el olor a carne a la barbacoa flota en el ambiente. Parece un hogar, se respira normalidad, justo lo que los siete chicos que están dentro de la casa se merecen.

Colton baja del coche, lo rodea, me abre la puerta y me tiende la mano para ayudarme a bajar. Agarro el bolso contra el pecho y, de pronto, me siento extraña mientras me dirijo a mi coche con la mano de Colton en la parte baja de la espalda.

Me giro para mirarlo y me apoyo en el coche. Me muerdo el labio inferior y jugueteo con él a causa de los nervios.

—Bueno, gracias por la velada, Colton —digo mirando alrededor, incapaz de mirarlo a los ojos.

Me da miedo que esto haya sido todo. Claro que no, porque sé que nos veremos en el trabajo. Entonces, ¿por qué de repente siento una mezcla de inquietud y tristeza por separarme de él? ¿Por qué me he machacado mentalmente por no aceptar la oferta de irnos a otra parte?

Colton estira el brazo y me coloca un dedo bajo la barbilla para obligarme a mirarlo.

—¿Qué ocurre, Rylee? ¿Qué hace que te dé tanto miedo sentir? Cada vez que empiezas a dejarte llevar y te entregas a las sensaciones, algo te cruza la cara y te hace retroceder. Te apartas y te vuelves inalcanzable. Hace que encierres toda esa pasión potencial que tienes en cuestión de segundos. —Me mira a los ojos en busca de una respuesta, con los dedos firmes bajo mi barbilla para que no aparte la mirada—. ¿Quién te ha hecho esto, encanto? ¿Quién te ha hecho tanto daño?

Explora mi mirada en busca de una solución que no estoy dispuesta a darle. Los músculos de la barbilla le palpitan a causa de la frustración. Tiene los rasgos, oscurecidos por la noche, tensos, expectantes. La luz parpadeante crea un crudo contraste con las emociones enfrentadas.

Percibo cómo se erige mi muro protector en respuesta a la atención no deseada. La única manera que se me ocurre para lidiar con la situación, para mantenerlo alejado, es devolver la pregunta.

—Podría preguntarte lo mismo, Colton. ¿Quién te hizo daño? ¿Qué te ensombrece la mirada tan a menudo?

Levanta las cejas ante la táctica que adopto, pero su mirada de concentración no vacila ni un momento.

—No soy un hombre paciente, Rylee —advierte—. No voy a esperar eternamente.

—Algunas cosas es mejor olvidarlas —lo interrumpo, las palabras son apenas un susurro entre respiraciones.

Me desliza el pulgar por la barbilla hasta el labio inferior.

—Eso lo entiendo muy bien —me susurra.

Me sorprende con la respuesta, que reafirma la suposición de que, de hecho, se esconde de algo. Está huyendo.

Se inclina despacio y me deposita un beso lento y reverente en los labios que hace que todos los pensamientos desaparezcan de mi cabeza. La dulzura con que actúa es del todo inesperada y quiero capturar el momento en mi mente. Lo disfruto. Suspiro contra su boca sin poder evitarlo, nuestras frentes se tocan ligeramente.

—Buenas noches, Colton.

—Buenas noches, Rylee. —Se inclina para coger la manija de la puerta del coche, la abre y me ayuda a entrar—. Hasta la próxima —murmura antes de cerrarla.

Enciendo el motor y quito el freno de mano. Sin pensarlo, enciendo la radio en busca del sexto disco que hay guardado. Echo un vistazo por el espejo retrovisor mientras bajo por la calle y la música suena. Lo veo balancearse sobre los talones con las manos en los bolsillos, debajo de la luz que parpadea. «¿Un ángel que lucha en la oscuridad o un demonio que escapa de la luz?». No estoy segura de cuál de los dos es. A pesar de todo, allí está, mi cielo e infierno personal, observándome hasta que doblo la esquina y me pierdo de vista.

Capítulo 9

Aparco en la entrada de casa y me quedo sentada en el coche un momento mientras tarareo la música que sale de los altavoces y pienso en el tiempo que he pasado con Colton. Canto la canción por costumbre. Las palabras y el ritmo me reconfortan. Apoyo las manos en el volante y descanso la cabeza sobre ellas. No es que haya salido con muchos tíos, pero ha sido una de las citas más intensas, apasionadas y extrañamente reconfortantes de mi vida. Sacudo la cabeza y vuelvo a poner la canción.

«¡Joder!». Es lo único que me sale cuando pienso en la noche que he tenido. En la inesperada persecución de Colton. El demonio que tengo sentado en el hombro me recuerda que es culpa mía. Si hubiese actuado con normalidad, nunca habría sido una víctima voluntaria de sus habilidosas manos entre bambalinas. Nunca me habría visto en la posición de decirle: «gracias, pero no, gracias», y provocar toda esta persecución, todo este desafío, un cambio agradable en su mundo de mujeres dispuestas y ansiosas.

Grito sorprendida por un golpe en la ventanilla del coche. Estaba tan ensimismada que no he visto a Haddie acercarse. El corazón me vuelve a latir con normalidad cuando le abro la puerta.

—Hola, Had, dame un segundo —digo mientras recojo mis cosas del asiento del copiloto.

Siento la presencia de Haddie, que con el cuerpo me bloquea la luz del garaje y forma una sombra en el asiento delantero.

—¿Eso es Matchbox Twenty? —pregunta mientras se esfuerza por oír la música que sale de la radio.

«Mierda», me digo. «Sabe que pasa algo». Sabe que solo escucho este grupo cuando estoy disgustada. Lo sabe perfectamente debido al periodo oscuro de mi vida.

La miro, tiene las manos en la cabeza y desprende irritación por todos los

poros, no estoy segura de cuánto sabe. En función de lo que sepa, estará más o menos herida porque se lo haya ocultado.

No se puede razonar con Haddie cuando se enfada. Cuando siente que la han engañado. Suelto un gemido silencioso consciente de que el largo día que llevo todavía no va a terminar. No se detiene hasta que consigue las respuestas que busca. Embauca a todo el mundo con esa belleza inocente, pero a mí no; sé que detrás se esconde un ingenio de lo más mordaz.

A mí no me engaña.

Apago rápidamente el motor antes de que oiga la canción que escuchaba una y otra vez: *Bent*. Al menos no es *Unwell*. Tengo el bolso en la mano, pero no puedo salir del coche porque me bloquea el paso.

—Creo que tenemos que hablar —dice con altivez—. ¿No?

Se aparta con las manos en las caderas. No tiene más que dar golpecitos con el pie para transportarme de vuelta al despacho del director de primaria.

Esbozo una sonrisa prefabricada.

—Claro, Had. ¿Qué pasa? Pareces enfadada por algo.

—Tú.

—¿Yo? —respondo de camino a la puerta y pongo los ojos en blanco.

—No se te ocurra hacer eso, Ry —exige mientras entramos en casa.

Dejo las cosas en el mueble de la entrada. Me deslizo hacia el sofá de la sala y me hundo en él. Ojalá pudiera cerrar los ojos y dormir. Pero es imposible, Haddie se sienta al otro lado del sofá y enrosca las piernas debajo del cuerpo.

—¿Cuándo ibas a contármelo?

Tiene la voz tan tranquila que da escalofríos. No es buena señal. Cuanto más calmada parece, más enfadada está.

—¿El qué? —pregunto. Asumo que si me cuenta lo que sabe, al menos puedo ganar puntos por contarle el resto.

—¡El puñetero Colton Donavan! —farfulla indignada, con los ojos abiertos de par en par e intentando contener la sonrisa que amenaza con destruir su implacable fachada—. ¿Me tomas el pelo? ¿Y no me lo has contado? —El tono de su voz sube con cada palabra. Coge el vaso de vino que hay al borde de la mesa y da un sorbo, sin dejar de mirarme a los ojos—. ¿Por qué? —pregunta calmada, aunque claramente herida.

—Ay, Haddie —exploto. Me froto la cara con las manos para intentar contener las lágrimas, pero pierdo la batalla y empiezan a rodarme por las

mejillas—. Estoy tan confundida.

Suspiro y cierro los ojos un segundo para recuperar el control de mis emociones. La cara de Haddie se suaviza al verme confesar.

—Lo siento mucho, Ry. Es solo que me dolió que no me lo contases, no pretendía...

—No pasa nada —la interrumpo mientras me quito los zapatos. Tengo granos de arena pegados a los pies que me recuerdan la noche que he pasado con Colton. Como si lo necesitase. Todavía tengo vivo el recuerdo de su colonia mezclado con su olor personal—. No quería hacerte daño. ¿Cómo...?

—No contestabas al teléfono. Me moría por contarte que cierta persona había confirmado que asistirá a la gran fiesta de lanzamiento de mañana. Te escribí y te llamé varias veces, pero no respondías —cuenta—. Empecé a preocuparme. No es normal que no me contestes, aunque sea al menos con un monosílabo si estás ocupada. Estaba preocupada, así que llamé a Dane. —Levanto las cejas—. Supongo que solo tuvo que sumar dos y dos. —Se encoge de hombros—. ¿Qué pasa, Rylee? ¿Qué me ocultas?

—Es que es demasiado, me supera.

Le cuento toda la historia, hasta el detalle más sórdido, a pesar de lo avergonzada que me siento los primeros diez minutos de conversación. Se mantiene impassible mientras rememoro todo lo que ha pasado y lo digiere.

Cuando termino, se queda callada por un momento y me mira con un afecto incondicional.

—Bueno —dice, mientras se levanta para ir a por más vino y traerme un vaso a mí—, tenemos mucho de que hablar, muchas cosas que decir, pero antes... —Me agarra por la rodilla, vibrante de excitación—. ¡Joder, Rylee! ¿Colton Donavan? ¡Entre bastidores! ¡Yuju! —Levanta los brazos por encima de la cabeza y me estremezco mentalmente, rezando por que no derrame el vino—. Estoy orgullosa de que por fin hayas hecho una locura. ¿Cómo ha pasado?

Siento que las mejillas se me tiñen de rojo mientras bajo la mirada y jugueteo con mi anillo.

—Lo sé —farfullo—. Yo tampoco lo entiendo.

—¿Qué dices? —me grita—. ¿De qué coño hablas? —Me golpea la rodilla con energía—. Grito de admiración, no de sorpresa en plan... ¿por qué te habrá elegido? Sácatelo de la cabeza, Ry. —Chasquea los dedos delante de mi cara para que la mire—. ¡Está buenísimo! Un chico malo, rebelde y

provocador.

«No me lo recuerdes».

Haddie me mira. Veo la curiosidad salir a la superficie.

—¿Es tan guapo en persona como en la tele?

Busco la palabra perfecta, pero suelto lo primero que se me pasa por la cabeza.

—Te deja sin respiración —reconozco admirada—. Es *sexy*, dominante y frustrante. Tiene unos ojos, y unos labios... ¡Ah!

Los recuerdos de Colton me atrapan y me pierdo en mis pensamientos. Cuando vuelvo a la realidad, Haddie me mira fijamente con una sonrisa en la boca.

—Te gusta de verdad, ¿no es así? —me pregunta con calma, consciente de lo que siento y me niego a reconocer.

Se me llenan los ojos de lágrimas, a pesar de la sonrisa prefabricada que tengo en la cara.

—Eso no importa, ha dejado claro que solo busca una cosa. —Me encojo de hombros y doy un largo trago de vino—. Además, no puedo hacerle eso a M...

—¡Eh, eh, para el carro! —grita y agita los brazos para hacerme callar—. Voy a partir esta conversación en dos y a dividirla entre tú y tus gilipolleces, las dos necesitan atención. —Se acerca a mí—. Rylee, cielo —habla con seriedad—, qué importa lo que pasará en el futuro con Colton. Si lo único que le interesa es tu cuerpo y un poco de sexo demoledor, pues adelante. Ve a por ello. Solo porque no sea lo que esperabas no significa que no sea lo que necesites. ¿Y con quién mejor que con un adonis como ese? —Se acaba la copa, divertida—. Joder, yo no me lo pensaría dos veces —murmura y frunce los labios al imaginarse cómo sería.

Me río en alto.

—No me cabe duda —bromeo y, poco a poco, siento que me relajo y la tensión desaparece—. A ti estas cosas te resultan fáciles.

Me pega en la pierna.

—¡Vaya, gracias! ¡No soy ninguna zorra! —exclama—. Bueno, a no ser que quiera serlo. —Ríe.

—No —explico—. Lo digo porque estás tan segura de ti misma. Estás segura de todo lo que haces. Sin arrepentirte. —Inclino la cabeza—. Y está claro que te gustan los chicos malos. —Le sonrío.

—Ajá, sí que me gustan traviosos. —Se ríe y, por un momento, se pierde en sus pensamientos—. Pero volvamos a ti. No hay necesidad de que me enredes con un tío, quien le interesa eres tú.

Pongo los ojos en blanco por el comentario.

—Rylee, ese tío puede tener a la mujer que quiera y se dedica a perseguirte, ha pagado miles de dólares para salir contigo y va a pagar millones para hacer tus sueños realidad. Y, además, te ha llevado a una romántica cita improvisada en la playa. Al atardecer.

—Según él, no le va el romanticismo.

Resopla en voz alta.

—Tal vez necesite redefinir el concepto —reprende—, porque todas esas cosas gritan «romántico».

Sacudo la cabeza, negando la verdad.

—Solo le intereso porque le dije que no. Soy un desafío dentro de un mundo lleno de mujeres que le persiguen.

—Fuiste todo un desafío cuando te empotró contra la pared en el teatro, ¿eh? —Hace una mueca para provocarme.

—¡Sabes que no soy así, Haddie! Nadie me había tocado desde... —El silencio se abre paso y sacudo la cabeza para alejar los recuerdos que me tienen prisionera—. Además, recuperé la razón. No fue más que la adrenalina por estar atrapada.

—Sigue diciéndote eso, cielo, porque no tengo claro si intentas convencerme a mí o a ti misma de que solo fue un lapso de juicio. —Se encoge de hombros sin romper el contacto visual—. No hay nada de que avergonzarse. Es bueno volver a sentir algo, Rylee. Volver a vivir.

Las lágrimas amenazan de nuevo con escaparse y las limpio con el dorso de la mano antes de que caigan.

—No hemos terminado con el primer punto a tratar, pero pasemos un momento al segundo. —La miro a los ojos y el temor me invade. De pronto, la expresión de Haddie cambia y se vuelve comprensiva cuando entiende lo que pasa—. No querías contármelo porque no querías que te dijera que no pasa nada por volver a vivir. Que no pasa nada por seguir adelante. —Habla con voz dulce y tranquilizadora.

Asiento despacio y trago el nudo que se me forma en la garganta. Se acerca a mí, me abraza y me acuna mientras me arrulla. Se me escapa un enorme sollozo y sucumbo a las lágrimas que llevan días acechándome. Sienta

bien dejarlas salir, es casi catártico.

Después de un rato, recupero una pizca de control y consigo reunir fuerzas para hablar.

—Siento que traiciono a Max. Siento que no me merezco... —Se me corta el aliento por culpa del llanto—. Me siento culpable.

—Rylee, cielo. —Me coloca un mechón de pelo rebelde detrás de la oreja—. Es normal sentirse así, pero en algún momento tendrás que volver a vivir. Lo que os pasó fue algo horrible, trágico. A él. A ti. Pero ya han pasado más de dos años, Ry. —Me coge la mano—. Sé que no quieres oírlo, pero en algún momento tendrás que seguir adelante. No tienes que olvidarlo, pero tú, la mujer preciosa y maravillosa que eres, necesitas volver a tener una vida. Hubo un tiempo en el que tú también eras despreocupada. No es demasiado tarde para volver a serlo.

La miro fijamente y las lágrimas me nublan la visión. Me da miedo que lo siguiente que quiero confesar me convierta en una persona horrible. Aparto la vista, temerosa de mirarla mientras hablo.

—Parte del motivo por el que me siento culpable es la intensidad, la desesperación... Lo que Colton me hace sentir es mucho, muchísimo más fuerte de lo que nunca sentí con Max. —Aprovecho el momento para echar un vistazo a su cara, y la expresión que me encuentro es justo lo contrario de lo que me esperaba. Me mira con compasión, en vez de decepción y asco—. E iba a casarme con Max —suelto, aliviada por quitarme esta pesada carga de encima—. Sé que es estúpido, pero no puedo evitar sentirlo. No puedo sacármelo de la cabeza cuando todo lo que siento, quiero y deseo es Colton.

—Dios, Ry, ¿por qué has aguantado todo esto tú sola?

Se limpia una de sus propias lágrimas antes de acercarse a mí para volver a abrazarme. Apoya la mejilla sobre mi cabeza.

—Rylee, entonces eras una persona diferente. Tu vida ha cambiado ahora. Por aquel entonces, cualquiera que os viese a ti y a Max juntos sabría al instante que estabais hechos el uno para el otro, igual que tú lo sabías. —Siento que sonrío al recordar—. Y ahora... —Suspira—. Ahora has pasado un auténtico infierno en poco más de dos años. No eres la misma de antes. Es normal que te sientas diferente, que ames más profundamente, que lo que sientes sea más fuerte; nadie te va a culpar por ello. Nadie te ha tocado en dos años, Ry. Es normal que reacciones más intensamente.

Nos sentamos en silencio mientras proceso la verdad de lo que dice. Sé

que tiene razón, solo espero ser capaz de creerlo cuando llegue el momento. El silencio meditabundo se rompe cuando Haddie empieza a reír de repente. Me libera del abrazo y me incorporo para mirarla perpleja.

—¿Qué narices te hace tanta gracia? ¿Qué pasa?

Me mira y percibo la depravación en su mirada.

—Seguro que es una bomba en la cama. —Sonríe con malicia—. Apuesto a que folla como conduce, un poco temerario, empujando hasta el límite y totalmente concentrado hasta la última vuelta. —Arquea las cejas y sonrío de forma atrevida.

Sus palabras hacen que me muerda el labio inferior al pensar en Colton sobre mí, hundiéndose en mi interior y llenándome. Revivo la sensación de tener sus labios sobre los míos, de sus músculos firmes bajo la ropa flexionándose conmigo y su voz ronca diciéndome que me desea. Aparto esos pensamientos de la cabeza, el corazón se me hunde al pensar en él. Vuelvo a mirar a Haddie, que me observa con las cejas todavía levantadas, como si me preguntase si creo que lo que supone es cierto.

Joder, sí. Y mucho más.

—¿Desde cuándo te ha dado por ver carreras? ¿Cómo sabes que conduce bien? —pregunto para cambiar de tema.

—Brody las ve. Presto atención cuando mencionan a Colton —cuenta sobre su hermano y me sonrío con malicia—. Definitivamente, vale la pena mirar cuando lo enfocan con la cámara.

—El tío sabe besar —confieso con una sonrisa de idiota—. De eso no cabe duda. —Asiento con la cabeza para reforzar la afirmación.

—No lo pienses, Rylee, ¡hazlo! Sé temeraria. Suéltate el pelo —me anima—. ¿Quieres despertarte dentro de veinte años con una vida perfectamente ordenada con todo en su sitio, pero sin haber vivido de verdad? ¿Sin haberte arriesgado nunca?

—Bueno, la parte del orden me gusta —bromeo, y Haddie pone los ojos en blanco.

—Eso es a lo que haces caso, ¡cómo no! Piensa en las historias que podrás contar a tus nietos algún día sobre la sórdida aventura que tuviste con el conductor de coches de carreras y *playboy* del momento.

Doy un sorbo de vino y medito sobre lo que ha dicho.

—Sé a lo que te refieres, Haddie, de verdad; pero lo del sexo sin compromiso, sin que haya una relación... ¿cómo se hace?

—Bueno, solo hay que insertar el tornillo A en la ranura B —responde con ironía.

—Era una pregunta retórica, ¿so perra! —Me río y le lanzo un cojín.

—¡Menos mal! Me preocupaba que hubiese pasado tanto tiempo como para tener que darte una clase de educación sexual.

Se incorpora hacia la mesa y descorcha otra botella de vino para llenar los dos vasos. Se reacomoda en el sofá y observo cómo elige las palabras mentalmente antes de hablar.

—Tal vez sea lo mejor. —Cuando ve que como respuesta solo arqueo las cejas, se explica—. Que el primer tío con el que estás después de Max no sea material de relación. Estás obligada a pasar por algún bache, después de todo lo que has vivido, así que tal vez lo mejor sea saltar al vacío y canalizar a tu zorra interior. ¡Diviértete y disfruta de un poco de sexo arrollador!

Mueve las cejas y me río con ella. El consumo excesivo de vino empieza a hacer efecto y me relaja los nervios.

—Mi zorra interior —repito y asiento con la cabeza—. Me gusta, pero creo que la he perdido.

—¡Seguro que podemos encontrarla, hermana! —se burla—. Seguramente esté escondida entre las capas de telarañas que te cubren la entrepierna.

Las dos nos reímos a carcajadas para después hacerlo de forma incontrolada como dos tontas. El exceso de emociones de la semana agradece el momento de descanso. Me río hasta que se me saltan las lágrimas. Justo cuando creo que el ataque de histeria va a terminar, Haddie sacude la cabeza.

—¡Joder, Rylee, tienes que admitir que está para comérselo!

Me vuelve a entrar la risa.

—¡Como un tren! —confirmando—. ¡Dios, me muero por verlo desnudo!

Las palabras se me escapan antes de que me dé tiempo a filtrarlas. Haddie se calla a mitad de una carcajada y me mira con una sonrisa de complicidad.

—¡Lo sabía! ¡Sabía que querías tirártelo!

—Bueno, ¡pues claro! —contesto antes de que me entre otro ataque de risa.

—Mañana por la noche, en la fiesta, vamos a emborracharte. Luego, lo llamaremos cuando estemos como cubas para que te eche un buen polvo.

—¡Dios, no!

Me quedo en blanco. ¿En qué me he metido?

Capítulo 10

La luz de la habitación es demasiado brillante. La cabeza me martillea de tal manera que suelto un gruñido y cojo la almohada para taparme los ojos con ella. Maldigo la infinidad de vasos de vino que bebí con Haddie anoche, pero sonrío al acordarme de las lágrimas y las risas.

Y de Colton. Del sexy y delicioso Colton.

Ah... los recuerdos de la noche anterior con él me hacen suspirar. Tendrá que hacer algo para encargarse del doloroso deseo que ha provocado dentro de mí. Aprieto los muslos para calmarlo, pero sin éxito.

Ya que no puedo sacármelo de la cabeza, la esperanza de volver a dormir desaparece. A oscuras, levanto la mano para coger el móvil de la mesita y tiro una botella de agua vacía. El ruido que hace al rebotar contra el suelo de madera hace que me estremezca. Levanto ligeramente la almohada para mirar el teléfono y ver qué hora es.

La levanto más cuando veo la pantalla. Tengo un montón de llamadas y mensajes de anoche. Avanzo rápidamente entre ellos y veo que los de Haddie se volvían cada vez más frenéticos. Hay varios de Dane y, cuando paso al siguiente, la última alerta anuncia que tengo un mensaje de un número desconocido. Me lo enviaron después de que llegara a casa anoche, mientras hablaba con Haddie. Lo abro y sonrío. Es de Colton:

Ryles, gracias por el inesperado picnic. Puesto que parecías mucho más cómoda al decirme lo que piensas a través de la música, haré lo mismo. Luke Bryan, I Don't Want This Night To End. Interpretalo literalmente. As.

Sonrío al leerlo y darme cuenta de que me escuchó cantar ayer en el coche. No conozco la canción que menciona, así que me levanto a toda prisa, ignoro la resaca y voy a por mi ordenador. Lo cojo de la cómoda, vuelvo a meterme

en la cama y espero ansiosa a que se encienda. En cuanto lo hace, busco la canción en Google y me sorprendo al ver que es *country*. No me esperaba que a Colton le gustase ese tipo de música, más bien el *hard rock* o algo con una base potente. Hago clic en el enlace y, en apenas unos segundos, empieza a sonar.

Me vuelvo a tumbar, cierro los ojos y escucho la letra. Esbozo una suave sonrisa mientras la canción me envuelve. El primer vistazo que puedo echar dentro de la cabeza de Colton. Es cierto, en voz alta me dice que me desea, pero lo esencial del mensaje es que se lo pasó bien conmigo anoche. Que no quería que la noche acabase. Disfruto del pequeño estímulo para el ego y de las mariposas en el estómago ante la idea de que Colton se quiere «emborrachar de mis besos».

«No te precipites». Me aconsejo. Es el mismo hombre que me advirtió que me alejara de él. Que me dijo que debería investigar a los tíos con los que salgo para descubrir si son peligrosos y si me harán daño en el momento más inesperado.

Me incorporo y me pongo el portátil en el regazo. Vuelvo a poner la canción y abro otra pestaña en la que busco «Colton Donavan» en Google. Automáticamente, me aparecen cientos de resultados sobre él: páginas de carreras, el Canal Velocidad, webs de fans y mucho más.

Decido acotar la búsqueda y escribo «Empresas Colton Donavan». Entro en la web de la empresa. La página de inicio es una foto de lo que asumo es el coche de carreras de Colton, junto a una foto de las oficinas. Hago clic en el menú y encuentro una declaración de objetivos corporativos, la historia de la empresa, productos, contacto e información sobre el equipo de carreras. Todo muy impresionante, pero me detengo en la pestaña de «conductores» y la cara de Colton llena la pantalla. Es un primer plano, una foto natural suya con el traje de piloto. Mira con intensidad algo que está fuera de cámara y tiene los ojos verdes claros e intrigantes. En la cara, esboza una media sonrisa como si se acordara de algún momento feliz y se le marca el hoyuelo en la mejilla derecha. Le hace falta un corte de pelo y los mechones se le enredan en el cuello del traje.

Contengo el aliento. Dios, este hombre es puro sexo.

Marco la imagen para volver a analizarla más tarde y me obligo a cambiar de página. Entro en Google imágenes. Sin muchas ganas, escribo su nombre, con miedo por lo que me pueda encontrar. La página se actualiza y aparecen decenas de imágenes suyas en la pantalla, en la mayoría con una mujer

despampanante agarrada a su brazo o que lo mira con evidente adoración. Sé que no tengo motivos para estar celosa, las fotos tienen fecha, pero aquí estoy, encogiendo los hombros para aliviar la inquietud. Consciente de que debería cerrar la búsqueda, hago justo lo contrario y empiezo a abrir todas las fotos una por una. Las observo y comparo. En ninguna de ellas se refieren a la mujer como su novia, solo como cita o acompañante.

Me doy cuenta de que la gran mayoría de las «acompañantes» son rubias altas de piernas eternas, increíblemente delgadas y con algún que otro retoque. Y todas son absolutamente preciosas. Muy a mi pesar, reconozco que se parecen mucho a Haddie, aunque todo lo de ella es de verdad. Irónicamente, el pelo rubio al lado de los rasgos oscuros de Colton lo hacen parecer todavía más distante e inalcanzable.

Observo que todas las chicas parecen estar en su vida solo durante un corto periodo de tiempo. Todas menos una. ¿Es una chica de compañía? ¿A la que recurre cuando el resto de muñequitas rubias le fallan y necesita una cita? ¿O es la mujer con la que vuelve una y otra vez porque de verdad hay algo? Después de abrir varias fotos de los dos, por fin encuentro una donde sale su nombre: Tawny Taylor. La llamada de ayer. ¿Quién es ella para Colton? Sé que soy capaz de alargar esto durante horas, así que me obligo a sacármelo de la cabeza. Ya le daré vueltas más adelante, aunque me dé miedo conocer la respuesta.

No me parezco a ninguna de ellas. Puede que sea alta, pero no soy así de menuda. Estoy delgada, pero tengo las curvas en su sitio, no soy una tabla como ellas. Tengo un cuerpo atlético del que me enorgullezco y trabajo duro para mantenerlo, mientras que parece que ellas jamás han pensado siquiera en hacer ejercicio. Tengo una abundante mata de pelo rizado marrón chocolate que me llega hasta la mitad de la espalda, es rebelde y requiere mantenimiento, pero me pega. Sigo con las comparaciones hasta que me convengo de que tengo que dejar la búsqueda antes de que me deprima. Y de que el odio que siento, en realidad, no tiene nada que ver con ellas.

Vuelvo a Google y tecleo «Colton Donavan infancia». Las primeras páginas son de organizaciones infantiles con las que colabora. Repaso los enlaces rápidamente en busca de alguno que mencione su infancia.

Al final, encuentro un viejo artículo de hace cinco años. Le hicieron una entrevista donde hablaba de una organización benéfica que apoyaba y que buscaba añadir cambios al sistema de adopción para contribuir a que fuera más rápido.

Periodista: Es de dominio público que te adoptaron, Colton. ¿Con cuántos años?

Colton Donovan: Ocho.

P: ¿Cómo fue para ti el proceso de adopción? ¿En qué te habrían beneficiado las nuevas iniciativas que apoya esta fundación?

CD: Lo cierto es que tuve suerte. Mi padre me encontró literalmente en la puerta de casa, me acogió, a falta de un término mejor, y me adoptaron poco después. No tuve que soportar el largo proceso de hoy en día. Un proceso que hace que un niño que necesita un hogar desesperadamente, que busca encajar en alguna parte, tenga que esperar meses a que se apruebe una solicitud. El sistema tiene que dejar de ver a estos niños como casos, como papeleo en el que estampar un sello de aprobación después de meses de burocracia, y empezar a verlos como lo que son, niños delicados que necesitan formar parte de algo. Necesitan una familia.

P: ¿Cuál era tu situación antes de la adopción?

CD: Centrémonos menos en mí y más en la llegada de las nuevas medidas.

¿No quiere hablar de ello para no alejar la atención de la organización o porque es tan malo que no quiere recordarlo? Repaso el resto del artículo, pero no vuelve a mencionar nada de su infancia. Así que tenía ocho años. Eso es mucho tiempo para hacerle daño, para acabar condicionado por la situación, como dijo él, fuera la que fuera.

Me quedo mirando la pantalla un par de minutos e imagino todo tipo de cosas, básicamente variaciones de lo que han pasado los niños que han estado a mi cargo, y me estremezco.

Decido buscar a sus padres, Andy y Dorothea Westin. Hay cientos de páginas sobre los logros cinematográficos de Andy, nominaciones a los Oscar y premios, y sus películas más exitosas, entre otros. De vez en cuando, hay menciones a su familia. Conoció a Dorothea cuando participó en una de sus películas. Por aquel entonces, se llamaba Dorothea Donovan. Otra pieza que encaja. Me pregunto por qué usa el apellido de su madre y no el de su padre. Continúo el recorrido y veo la típica vida de los magnates de Hollywood, aunque sin los dramas de las revistas de cotilleos ni periodos de rehabilitación. Hay alguna mención sobre sus hijos, un chico y una chica, pero nada que me ofrezca las respuestas que busco.

Vuelvo a la página de búsqueda y escruto los enlaces que mencionan el nombre de Colton. Veo fragmentos sobre una pelea en un bar, posibles altercados con los actores malcriados del momento, generosas donaciones y efusivos comentarios de otros pilotos sobre sus habilidades como conductor y el carisma que le aporta a un deporte que había quedado tocado desde que las ligas CART y IRL se separaron hace años.

Suspiro en voz alta, tengo la cabeza llena de información irrelevante. Después de más de una hora de investigación, sigo sin saber mucho más sobre Colton de lo que ya sabía. No hay nada que valide las advertencias que me hizo sobre sí mismo. No puedo evitarlo. Vuelvo a abrir la página de ECD y clico en su foto. La observo durante un rato, estudio cada parte y cada matiz de su cara. Levanto la vista y me invade la tristeza al ver la foto de Max que tengo sobre la cómoda. Sus ojos azules y su sonrisa sincera iluminan la imagen.

—Max. —Suspiro y me presiono la palma de la mano contra el pecho, donde juro que todavía siento el dolor—. Siempre te echaré de menos. Siempre te querré —le susurro—. Pero ya es hora de volver a encontrarme.

Observo la foto y me acuerdo del día en que se la sacó, y del amor que sentía entonces. Pasan varios segundos antes de que vuelva a mirar la pantalla del ordenador.

Cierro los ojos y respiro hondo. La canción que suena en el ordenador, la canción de Colton, que se repite por enésima vez, sirve para reforzar mi determinación. Ya es hora. Puede que Haddie tenga razón. Tal vez Colton sea la persona ideal para reencontrarme a mí misma. Al menos, durante el tiempo que me deje.

Miro el móvil y reprimo la abrumadora necesidad de contestarle. De conectar con él. Si voy a hacer esto, al menos me aseguraré de que sea a mi manera.

Y, desde luego, perseguirlo no es la forma de hacerlo.

Capítulo 11

Apenas reconozco a la chica que me devuelve la mirada desde el espejo. Haddie se ha vuelto a superar al arreglarme para la fiesta de lanzamiento que da esta noche la empresa de relaciones públicas para la que trabaja. Se ha pasado casi una hora alisándome los rizos para que el pelo me caiga recto, como una gruesa cortina, por la espalda. Me sigo mirando en el espejo mientras trato de acostumbrarme a este nuevo yo. Tengo los ojos ligeramente maquillados y el brillo de sombra de ojos oscuro resalta su color violeta. Llevo los labios pintados con un perfilador color carne y un poco de brillo de labios que me resalta los ligeros reflejos de bronceado de las mejillas.

Me ha convencido para que me ponga un modelito negro con el que enseñe más piel de la que me gustaría. El escote forma una «V» bastante profunda que insinúa, de forma muy sugerente, mis pechos, pero sin ser de mal gusto. Los tirantes pasan por los hombros y conectan mediante unas finas correas doradas, que cuelgan libremente por la espalda desnuda, con la parte baja de la espalda, justo encima de mi voluminoso trasero. Tiro del bajo del vestido que cae a medio muslo, algo a lo que no estoy acostumbrada.

Vuelvo a mirarme en el espejo y sonrío. Esta no soy yo, la yo que conozco. Suspiro y, con mano temblorosa, me pongo unos pendientes de tipo chandelier para completar el *look*. Tal vez no sea yo, pero esta es la chica segura de sí misma que quiero llegar a ser otra vez. La chica está decidida a divertirse esta noche y ganar algo de seguridad antes de que me lance a por todo lo que Colton supone, con su tira y afloja de advertencias y seducciones.

—¡Joder! —Haddie entra en el baño y suelta un silbido de admiración—. ¡Estás que rompes! O sea... —Se atasca con las palabras—. Estoy alucinando. No creo haberte visto nunca así de *sexy*, Ry. —Sonrío por los halagos—. Esta noche los vas a tener haciendo cola, nena. Madre mía, ¡verlo va a ser muy divertido!

El comentario me hace reír y me levanta la autoestima.

—Gracias. Tú tampoco estás nada mal —la alabo.

Lleva un vestido rojo que resalta todos sus mejores atributos. Me pongo los tacones, guiño un ojo y sonrío al recordar la última vez que me los puse.

—Dame un minuto y termino.

Abro el bolso de mano y meto dentro el carnet de conducir, algo de dinero y las llaves. Cuando cojo el móvil para meterlo en el diminuto bolso, me doy cuenta de que no le he preguntado a Haddie por los mensajes que me dejó en el buzón de voz anoche.

—¿Had? No te he preguntado por qué estabas tan animada por la fiesta de esta noche. ¿Qué famoso habéis conseguido que confirme su asistencia?

Me dedica una enigmática sonrisa.

—Al final no salió —reconoce, pero no suena preocupada.

Alejo la sensación de que, por algún motivo, se ríe de mí. Ladeo la cabeza y se da la vuelta para hablar.

—¡Vámonos!

La entrada del moderno club del centro es todo un espectáculo entre focos de luces, cordones de terciopelo y una alfombra roja lista para que la recorran los famosos que termina en un gran telón de fondo de Ron Merit, el nuevo producto que promociona la fiesta. Aparcamos en una de las plazas reservadas para Haddie y sus compañeros de PRX en el *parking* del lujoso y exclusivo hotel conectado al club, donde se celebra el evento, y dueño del mismo. Haddie enseña sus credenciales, lo que nos permite colarnos entre el alboroto y, poco después, estamos dentro del club abarrotado. El latido sordo de la música hace que me vibre el cuerpo.

Han pasado años desde la última vez que estuve en un club como este, y me lleva un tiempo acostumbrarme a la luz tenue y a la música atronadora para no sentirme intimidada. Me parece que Haddie se percata de lo nerviosa que me empiezo a poner y de cómo voy perdiendo la confianza, a pesar de lo *sexy* que voy vestida. En pocos segundos, me empuja a través de la masa de personas para llegar hasta el bar. Ignora la gran cantidad de botellas de Merit que cubren la barra y pide dos chupitos de tequila.

—Uno por la suerte. —Me sonrío.

—Y uno por valiente —completo nuestro antiguo brindis de la universidad.

Brindamos con los vasos y nos los bebemos de un trago. Me quema la garganta. Llevo mucho tiempo sin tomar un chupito de tequila, hago una mueca por la quemazón y me llevo el dorso de la mano a la boca para intentar sofocarla de alguna forma.

—Vamos, Rylee —grita Haddie, sin inmutarse por el licor—. ¡Nos queda otro!

Levanto el vaso con una sonrisa intrépida, brindo con el suyo y las dos volvemos a beber. El ardor del segundo no es tan malo y el líquido me calienta el cuerpo, pero sigue sabiendo a mierda.

Haddie me dedica una mirada cómplice y suelta una risita.

—¡Esto será muy divertido! —Me rodea con el brazo y me aprieta—. Llevo mucho tiempo sin tener a mi cómplice conmigo.

Le sonrío y asimilo el ambiente del club. Es una sala enorme con varios reservados de color violeta en la planta baja, rodeados por cordones de terciopelo. Una barra brillante con un espejo detrás ocupa una pared entera, lo que crea la ilusión de que el espacio es todavía más grande. En el centro del primer piso, hay una gran pista de baile con varios focos de colores en movimiento que dan sensación de vértigo. Unas escaleras llevan hasta una zona VIP elevada, donde los reservados de color verde azulado están delimitados por más cordones de terciopelo. Las camareras, todas con aspecto de modelo, revolotean entre la gente con pantalones ajustados, camisetas de tirantes entalladas que enseñan el ombligo y flores púrpuras en el pelo. El local es de lo más pijo y sofisticado, a pesar de los carteles de Ron Merit que hay por todas partes.

Son casi las once de la noche, la multitud crece y siento la energía palpitante del ambiente. En la zona VIP hay un grupo de gente reunido en una esquina y me pregunto quién será la celebridad de moda que Haddie y su equipo han conseguido que promocióne el nuevo producto. He asistido a suficientes reuniones de este tipo para saber cómo funcionan. Famosos sacándose fotos con el producto a promocionar equivale no solo a propaganda para ellos mismos, sino también para la empresa de Haddie.

Acepto la copa que Haddie me pasa, mi Tom Collins de siempre, y bebo un sorbo con la pajita mientras señalo a la parte de arriba. Hago la pregunta con la mirada en vez de levantar la voz por encima de la música, que empieza a

subir de volumen a medida que el club se va llenando más y más. Creo que quedan unos treinta minutos hasta que los decibelios sean tan altos que la única forma de comunicarse sea gritar. Haddie se inclina para contestarme al oído.

—No estoy segura. Hay varias personas que han confirmado su asistencia esta noche. —Se encoge de hombros de forma evasiva—. También hay alguna que otra sorpresa reservada.

La miro con los ojos entrecerrados y me pregunto por qué es tan poco clara. Sonríe de oreja a oreja como respuesta y me coge la mano para que la siga. Nos escurrimos entre la gente, caminando a la vez. El alcohol se abre paso por mi cuerpo poco a poco, me calienta, me alivia la tensión y me relaja los nervios. Por primera vez desde hace más de lo que puedo recordar, me siento *sexy*. Me siento guapa y sensual, y me siento cómoda por ello.

Aprieto la mano de Haddie mientras me arrastra hasta uno de los reservados violetas, el que está destinado a los trabajadores de PRX. Me mira por encima del hombro y me dedica una sonrisa sincera al ver que empiezo a relajarme. Atravesamos la multitud hasta el reservado, donde nos encontramos con dos compañeros de Haddie. Sonrío y los saludo rápidamente, los conozco de otros eventos a los que he asistido. Doy las gracias a uno de ellos por un cumplido sobre mi aspecto. Cuando nos sentamos, se oye un gran alboroto en la parte de arriba, donde antes habíamos visto al grupo de personas. Levanto la vista para ver lo que pasa y hay un grupo de mujeres que enseñan mucho más de lo que insinúan, con la esperanza de que el famoso que ha invitado PRX les haga caso.

Pongo los ojos en blanco con desaprobación.

—Zorras busca-fama —artículo hacia Haddie, que suelta una carcajada.

Termino la bebida cuando el ritmo pegadizo de una canción de los Black Eyed Peas llena la sala. Empiezo a mover las caderas con la música y, antes de que me dé cuenta, arrastro a Haddie de la mano a través de la gente hasta la pista de baile. La expresión de sorpresa de su cara me hace reír mientras cierro los ojos y dejo que la música me envuelva. Cantamos la letra al unísono y nos dejamos llevar en la pista.

No me sentía tan liberada desde hace mucho, me gustaría poder detener el tiempo en este momento. Quiero retenerlo en la memoria para que, la próxima vez que me hunda en la oscuridad, esta sensación me ayude a recuperarme y volver a la luz.

Haddie y yo nos movemos con la música, bailamos durante varias

canciones y con cada una de ellas se refuerza más mi confianza y me muevo con más fluidez. Algunos de los compañeros de Haddie, Grant, Tamara y Jacob, se nos unen cuando empieza a sonar *Too Close*, una canción antigua, pero de mis favoritas. Bailo con Grant de forma coqueta, interpretando la canción con él. Nos reímos y nos frotamos de forma inocente uno contra el otro.

Levanto los brazos por encima de la cabeza, los cruzo a la altura de las muñecas y muevo las caderas al ritmo de la música. El alcohol me vibra por el cuerpo. Cierro los ojos y absorbo la atmósfera que me rodea. Un hormigueo me recorre la columna y me hace abrir los ojos.

Levanto la vista y, a pesar de la masa de gente que se mueve al unísono en la pista de baile, me quedo parada, paralizada al instante. Veo a Colton. Está en una de las escaleras que bajan desde la zona VIP. En una mano sostiene una copa y la otra la apoya de forma casual sobre los hombros de una rubia escultural. Esta le acaricia la piel con suavidad a través de la parte desabotonada del cuello de la camisa. Ladea la cara para mirarlo e incluso desde la distancia percibo la adoración que siente, incluso aunque él mire hacia otro lado y se esté riendo con el hombre de su izquierda. Otro hombre corpulento y algo intimidante está detrás de él y escanea la sala con la mirada. ¿Su guardaespaldas, quizás? Colton sonrío a su acompañante masculino. Actúa de forma natural, con la guardia baja, lo que me permite apreciar por un momento lo devastadoramente atractivo que es. La rubia dice algo y Colton se gira hacia ella. Ella le quita la mano del pecho para posarla sobre su mejilla y le da un beso lento y seductor en los labios en un gesto de propiedad.

Se me revuelven las entrañas al verlo y se me nubla la vista de tal manera que no soy capaz de distinguir si Colton responde al beso con entusiasmo o si simplemente lo tolera. Se me seca la boca al instante. Los observo paralizada. Atontada, en realidad. No estamos juntos y la forma en que lo rechazo una y otra vez no demuestra que quiera lo contrario. A pesar del intenso e infundado dolor que siento, lo único que quiero es ser yo la que esté entre sus brazos. Que me bese a mí. En los pocos segundos en que todas estas emociones explotan dentro de mí, el dolor se convierte en ira. ¿Cómo he podido ser tan estúpida como para creer que alguien como él de verdad desearía a alguien como yo, cuando puede tener a alguien como ella?

Me percato por el rabillo del ojo de que Haddie se queda helada al darse cuenta de lo que veo. Voy a girarme para decirle algo cuando Colton aparta la barbilla de su mujer florero, levanta la vista y clava los ojos en los míos. El

corazón me da un vuelco y se me instala en la garganta. A pesar de la distancia que nos separa, percibo las chispas en su mirada.

Aunque una persona que estaba bailando me empuja, tengo la mirada fija en Colton. Tengo que salir de la pista antes de que las emociones me superen y las lágrimas hagan su aparición, pero estoy clavada en el sitio, incapaz de romper la inexorable fuerza magnética que ejerce sobre mí. Suelta a la rubia inmediatamente y se deshace de ella con facilidad. Le pasa la bebida al hombre que lo acompaña sin siquiera mirarlo y baja las escaleras con paso decidido. Me atraviesa con la mirada, sin perder la conexión en ningún momento.

Cuando llega a la pista de baile, la música cambia a un ritmo profundo y palpitante que envuelve la voz hipnótica de Trent Reznor. Sin una palabra ni una mirada, la horda de bailarines parece apartarse a su paso mientras cruza la pista en mi dirección. Tiene una expresión indiscernible, los músculos de la mandíbula le palpitan y las sombras de las luces juegan con los rasgos angulosos de su cara. Recorre la distancia deprisa gracias a sus largas piernas. Varias personas se giran al reconocerlo, pero la mirada hambrienta de sus ojos los disuade de acercarse. A pesar del volumen de la música, oigo a Haddie aguantar el aliento cuando Colton llega hasta mí.

Todas las cosas que quiero gritarle, todo el dolor que me gustaría escupirle, desaparece cuando lo tengo delante y, sin preámbulo, me agarra por la cadera y me obliga a pegarme a él. Me sujeta, me presiona contra su cuerpo y empieza a moverse. Me roza las caderas con las suyas en sincronía con el tempo de la música. No me queda otra opción que moverme con él y responder al ritmo animal de su cuerpo. Deslizo las manos sobre las suyas apoyadas en mis caderas y enlazo nuestros dedos para aferrarme a él.

Me aferro al viaje que, sin duda, está a punto de comenzar.

Nos seguimos mirando a los ojos. Levanto la cabeza para mirarlo. Separa ligeramente los labios y sisea cuando respondo al movimiento con las caderas. Tiene la mirada oscura, ardiente de deseo y desprende calor con una necesidad abrasadora que hace que se me endurecen los pezones y el cuerpo se me empieza a derretir por la necesidad de que me toque. La necesidad de que me posea.

Me muerdo el labio inferior cuando mueve nuestras manos entrelazadas de la cadera a mi espalda, me agarra el trasero a través del vestido sin soltarme. Nos seguimos moviendo con la música y siento la firmeza de sus muslos definidos contra mí. Percibo su excitación cuando se restriega contra mi vientre. Inclina la cara de manera que quedamos a pocos centímetros de

distancia. Cuando suspira me llega el aroma a alcohol.

Es, de lejos, uno de los momentos más eróticos que he vivido. El resto del mundo ha desaparecido. El efecto embriagador que tiene sobre mí bloquea a la multitud que nos rodea, que nos observa y que se fija en mí a causa del hombre que me acompaña. Solo estamos él y yo. Emoción. Reacción. Excitación. Expectativa.

La canción acaba, pero seguimos embelesados bajo el hechizo del otro. Respiro como si fuera la primera vez que lo hago desde que nos hemos tocado, una respiración larga y temblorosa. No me percató de que la música ha parado y el presentador del evento ha empezado a hablar con el micrófono sobre el producto a promocionar esta noche. A excepción de la pequeña multitud que nos rodea, todos se han girado hacia el escenario y escuchan.

Colton y yo no nos movemos, parece que apenas respiramos, aunque nuestros pechos se elevan con energía, nos absorbemos el uno al otro y la chispa de tensión sexual que hay entre nosotros está a punto de explotar.

—¡Colton, eh, Colton! —Una voz rompe la conexión y me saca del trance. Colton gira la cabeza para mirar al trabajador de PRX que lo llama—. Es la hora. Tienes que subir al escenario, ya.

Asiente secamente antes de volver a mirarme. Los ojos le arden con una urgencia que hace que me tiemblen las entrañas. Me suelta los dedos, me libera las manos y se aparta un poco. El calor de su cuerpo desaparece, pero todavía tiemblo por la conexión, siento el dolor del deseo. Me dedica una sonrisa lenta e insinuante y sacude ligeramente la cabeza. ¿Por mí? ¿Por sus propios pensamientos? No estoy segura.

Levanta una mano y me coge un mechón de pelo. Levanta las cejas como si me preguntara a qué viene el cambio. Me encojo de hombros con timidez, incapaz de articular palabra. Lo vuelven a llamar. Se gira para irse, pero llego a ver el cambio del Colton Donavan que conozco al personaje público. Distante e inalcanzable. *Sexy* e indomable.

No hemos cruzado una sola palabra y aun así siento que hemos dicho mucho.

Observo la anchura de sus hombros mientras camina entre la multitud hacia el escenario, con el guardaespaldas un paso por detrás para apartar a las personas que se aglomeran. Disfruto del espectáculo y una pequeña parte de mí quiere sonreír porque he visto al verdadero Colton. Al menos, eso espero.

Antes de poder terminar de verlo subir al escenario improvisado, Haddie

me agarra del brazo con firmeza y me saca a tirones de la pista de baile. Me resisto inútilmente y me arrastra por un pasillo, por delante de la cola del baño, hasta un pequeño camerino junto a la salida. Se gira y me mira con expresión de incredulidad.

—¡Ay, me haces daño! —espeto y me libero el brazo. No estoy muy emocionada por que me hayan alejado de Colton.

—¿Qué cojones ha sido eso? —pregunta enfatizando cada palabra. Ni siquiera sé qué contestar. Creo que sigo algo hechizada—. ¡Joder, Rylee! Básicamente os estabais follando con los ojos. O sea, me he sentido incómoda al miraros, como si os estuviese espiando en la cama. —Empieza a caminar de un lado a otro, como siempre que está agitada—. Y sabes que yo nunca me siento incómoda.

Se apoya contra la pared y levanta la vista al cielo, todavía con expresión desconcertada. Me quedo donde estoy y la miro. No sé cómo contestarle, así que vuelve a hablar.

—Sé que me contaste que os habíais enrollado —continúa, e ignora la risita infantil que se me escapa—, pero nunca me contaste que teníais esa chispa, esa química, esa intensidad. ¡Madre mía! O sea, esperaba que cuando lo vieras...

—¿Cómo? —Lo último que dice hace que se me active el cerebro—. ¿A qué te refieres con que esperabas?

Me sonrío algo avergonzada.

—Bueno, verás...

«¿Qué coño pasa aquí?».

—¡Déjate de rollos, Montgomery!

—A ver, anoche te llamaba para decirte que lo habíamos pescado para el evento; Merit es uno de sus nuevos patrocinadores. Como sea, te llamaba porque estaba como loca. Pensaba que nos sentaríamos al fondo y babearíamos al mirarlo, no sabía nada de lo que había pasado. Hablé con Dane y fue cuando descubrí que habías salido con él. —Se empieza a atropellar al hablar. Con la cabeza le pido que siga, tengo los ojos entrecerrados y los labios fruncidos—. Entonces, llegaste a casa y todo salió a la luz.

—¿Y qué? Decidiste no contármelo porque...

—Bueno —medita—. Cuando me lo explicaste todo, no tenía ni idea de que teníais una conexión tan magnética. Así de envolvente. Creí que, con suerte, os encontraríais y podría ayudarte, darte un empujoncito. Echarte una

mano para que te divirtieras un poco.

Resoplo con fuerza y la miro fijamente en silencio. Sé que tiene buenas intenciones, pero no necesito que me lleven de la mano como a un niño. Estoy enfadada con ella. Estoy enfadada con Colton por venir con esa mema, por bailar conmigo y sujetarme como si le perteneciera. Por hacer que lo desee tan fuerte que me arden las entrañas. El silencio se asienta entre nosotras.

—No te enfades, Ry. Lo siento. Lo hacía porque te quiero.

Se muerde el labio inferior y hace un mohín, consciente de que no puedo enfadarme con ella mucho rato. Esbozo una sonrisa dulce como muestra de que la perdono.

Apoyo la espalda en la pared, cierro los ojos y escucho los aplausos del público por algo que ha dicho el presentador. La pregunta que no hace más que rondarme la cabeza sale a la superficie.

—¿Quién es ella? —pregunto, en referencia a la rubia.

¿Será una de sus amiguitas habituales que saben que no existe ninguna esperanza de relación? ¿Alguien que conoció en un bar? ¿Por qué la besa si me dice que me desea? ¿No me invitó a venir porque no soy lo bastante guapa, ni sexy ni glamurosa para acompañarlo en público?

—¿Qué más da? —farfulla—. O sea, joder, Rylee, los dos juntos sois como...

—¿Quién es?

—No lo sé. —Sacude la cabeza—. Solicitaron entradas para diez personas, no dieron nombres.

Suelto una retahíla de palabrotas sin sentido, suelo hacerlo cuando me enfado. Haddie me observa con cautela.

—Háblame, Ryles —me apremia—. ¿Qué se cuece es esa cabecita tuya?

—No me miento a mí misma, ¿verdad? —Haddie me mira confusa—. Quiero decir, no me lo estoy inventando, ¿no? ¿La química? ¿Colton?

—¿Estás loca? —tartamudea. Me agarra por los hombros y me sacude—. ¡Pensaba que ibais a combustionar de repente hace un momento! ¿Cómo puedes preguntar eso?

El público vuelve a estallar y el ruido se hace eco por el pasillo. Oigo claramente la voz de Colton por el micrófono. El tono áspero que tan bien conozco me atrae. La muchedumbre aplaude por algo que dice y espero a que el ruido se calme antes de hablar.

—Si le gusto tanto, si tenemos tanta química, ¿por qué ha venido con la

rubia esa? ¿Por qué la besa? ¿Por qué no me lo pidió a mí? ¿O es que solo soy la chica a la que quiere tirarse a escondidas? —La confusión y el dolor son palpables en mi voz.

Haddie ladea las caderas mientras medita lo que he dicho.

—No lo sé, Rylee. Hay muchas posibilidades. —Levanto las cejas con incredulidad—. Puede que ya la hubiese invitado antes de conocerte. O que de verdad te desee y solo sea un entretenimiento hasta que tú le digas que sí.

Resoplo otra vez.

—¿En serio? ¿Tú la has visto?

—¿Y tú te has visto? —reprende—. ¿Te has mirado al espejo, Ry? Ya eres preciosa cualquier día normal y hoy estás impresionante. Estoy hasta las narices de repetírtelo. ¿Cuándo vas a empezar a creértelo? —Pongo los ojos en blanco como una cría. Me ignora—. Tal vez sea uno de sus «acuerdos», o una zorra busca-fama que ha conocido aquí, o a lo mejor es una amiga.

—¿Cuándo fue la última vez que le diste un beso así a un amigo? —la corto. Me mira con los brazos cruzados—. ¿Qué se supone que debo hacer?

—Yo diría que sigas haciendo lo que sea que haces. Está claro que le gustas, con cabezonería y lengua viperina incluidas.

—¿Pero cómo...? ¿Qué hago?

—Rylee, si estás enfadada con él, adelante. No te ha impedido decirle lo que hayas querido antes y todavía te desea. Solo porque te has decidido a acostarte con él...

—¿Cómo sabes que lo he decidido?

—Cielo, por favor, lo llevas escrito en la cara, y en el cuerpo, ya que estamos. Además, cualquiera que haya presenciado el espectáculo de antes va a pensar que ya lo habéis hecho. —Se ríe con compasión cuando abro los ojos como platos—. Escucha, Rylee, todas las mujeres que hay aquí esta noche harían cola si a Colton le diera por chasquear los dedos. Todas, menos tú. Es él quien te persigue. ¿Cuántas veces en la vida crees que una mujer le ha dicho que no? A lo mejor le gusta. Y si es así, no va a cambiar solo porque hayas decidido ceder. —Menea las cejas.

—Es que es eso —confieso—. ¿Soy un desafío o me desea de verdad? Y, una vez que pase, entonces, el desafío habrá acabado. ¿Qué pasa si ya no le intereso?

—La verdad, ¿a quién cojones le importa? —responde—. Siempre piensas demasiado, le das demasiadas vueltas a todo, Ry. Olvídate de tu conciencia por

un momento, no hagas caso de sus estúpidas advertencias y ve a por lo que quieres. Ve a por Colton, por el amor de Dios. —Suelto un tembloroso suspiro al escuchar lo que dice—. Sé tú misma, Rylee. Te ha funcionado hasta ahora.

Asiento varias veces con la cabeza sin dejar de mirarla. Esbozo una sonrisa tímida.

—Tal vez tengas razón.

—Vaya, ¡aleluya! —grita y agita las manos por encima de la cabeza—. Por fin me escuchas. —Me agarra de la mano y me arrastra por el pasillo—. Vamos a arreglarte un poco, a darte un poco de valor líquido, y veremos a dónde te llevan la noche y el sexy de Colton.

Ha pasado más o menos una hora desde la charla alentadora de Haddie y, con ayuda de una constante ingesta de alcohol, he recuperado la confianza. Hemos bailado y socializado con algunos de sus colegas y ahora estamos sentadas en el reservado violeta, descansando un rato antes de volver a la pista. He intentado desesperadamente no buscar a Colton con la mirada. Supongo que lo más probable es que esté besando a la rubia en alguna esquina. Sin embargo, cuando veo un grupo grande de gente, no puedo evitar echar un vistazo. También me doy cuenta de que Haddie observa cómo lo busco, así que intento mirar de reojo y ser sutil. Me dice que seguramente está ocupado con los ejecutivos de Merit. Agradezco la explicación y que intente hacerme sentir mejor, así que me lo saco de la cabeza. O lo intento, más bien, con la ayuda de Tom Collins.

Las bebidas de Haddie desaparecen mucho más despacio que las mías, ya que, técnicamente, está trabajando y se quiere asegurar de permanecer cuerda. A mí me ha subido un poco, pero no voy borracha. Odio la falta de control que acompaña a beber demasiado alcohol. Se ríe de mí porque le he pedido por tercera vez que me cuente lo que le ha pasado con un famosillo pretencioso con el que tuvo que tratar a principios de semana.

—Rylee, cariño, eres...

—Disculpad, señoritas, ¿os importa si nos unimos a vosotras?

Me doy la vuelta y veo a dos hombres atractivos detrás de mí. Haddie me mira levantando las cejas, interrogante, y se gira para mirar al más alto de los

dos, el que nos ha hablado.

—Por supuesto que no, caballeros —responde y esboza una sonrisa lenta y sexy—. Me llamo Haddie, esta es mi amiga Rylee.

Me señala con una inclinación de cabeza mientras los dos se introducen en el reservado con nosotras. El hombre alto de pelo negro se sienta al lado de Haddie, y el otro, un rubio con aspecto de surfista, se sienta a mi lado en el banco. Tiene una sonrisa amable y nerviosa y le da un sorbo a su bebida.

—Hola Rylee, me llamo Sam —se presenta y levanta la mano. Se la estrecho y le dedico una tímida sonrisa. Miro a Haddie de reojo, que habla con el otro caballero con su cara de coqueteo—. Esto, eh, me ofrecería a invitarte a algo, pero tienes el vaso lleno.

—Gracias.

Aparto la mirada y me llevo la copa a la boca para dar un pequeño sorbo por la pajita.

—Esto está a reventar.

—Sí, lo sé —grito por encima del ruido.

Me dice algo más, pero no lo entiendo bien porque en el reservado de al lado explota una fuerte ovación. Me acerco la mano a la oreja para indicarle que no le oigo. Se acerca más a mí, pasa un brazo sobre el respaldo por detrás de mi espalda y se inclina.

—Digo que parece que te lo pasas bien, que me había fijado en ti antes y que me alegro de que...

—La dama está conmigo.

Contengo el aliento cuando oigo el tono férreo de la voz de Colton, una amenaza evidente en sus palabras. Aparto la mirada como un resorte para mirar a Haddie, a quien los ojos le brillan de placer antes de dedicarme una sonrisa tranquilizadora y prudente. El corazón me va a mil por hora y tengo la piel de gallina, todo porque no puedo evitar reaccionar a él y la proximidad de su cuerpo.

Despacio, me giro a mirarlo y deliberadamente apoyo la espalda sobre el pecho de Sam, que me roza el hombro con el brazo que tiene apoyado sobre el respaldo. Levanto la mirada para cruzarla con la de Colton e intento ignorar la punzada de lujuria que siento entre los muslos. Va algo despeinado y lleva las mangas de la camisa enrolladas en el codo. Ese músculo que me resulta tan irresistible le palpita en la barbilla y los ojos le arden de irritación. He bebido lo suficiente como para desafiarme, para probar lo enfadado que está en

realidad.

—¿Estoy contigo? —pregunto con sarcasmo. Colton me fulmina con la mirada y siento que el cuerpo de Sam se tensa y se remueve nervioso, inconsciente de la partida de ajedrez en la que está participando involuntariamente como peón—. ¿De verdad? Yo creí que estabas con ella. — Me incorporo para mirar detrás de él y busco a su acompañante. Levanto las cejas y continúo—. Ya sabes, la rubia de antes.

—Muy bonito, Rylee —escupe impaciente. Aparta la mirada de mí y la clava en Sam, con una advertencia en los ojos para que aparte las manos.

Me irrita que haya estado en el club la última hora y media, haciendo Dios sabe qué con la rubia, y aun así piense que puede aparecer de la nada y reclamarme.

Me parece que no. Estiro el brazo hacia atrás, poso la mano sobre la rodilla de Sam y doy un ligero apretón.

—No te preocupes, Sam, no estoy con él —hablo en voz lo bastante alta para que Colton me oiga.

Haddie abre los ojos como platos cuando le oye soltar un gruñido. Sam se estremece detrás de mí. Me giro a mirar a Colton con una sonrisa desafiante y una mirada retadora.

—No me presiones, Rylee. No me gusta compartir. —Cierra y abre los puños—. Me perteneces.

Levanto las cejas, cada vez más insolente.

—No me digas, As. —Tiene la mirada fija en la mano que apoyo en la rodilla de Sam—. Anoche estabas conmigo, hoy estás con ella. —Me encojo de hombros con tranquilidad, a pesar de que por dentro estoy de todo menos tranquila, el corazón me late a toda velocidad y se me acelera la respiración—. Por lo que veo, ella te pertenece —lo imito de forma infantil.

Colton se pasa una mano por el pelo y suspira exasperado mientras ojea a todos los que estamos en el reservado. Intenta controlar la frustración por tener esta conversación en público.

—Rylee. —Respira hondo—. Eres, eres... —Mira alrededor, a la multitud y luego vuelve a mirarme a los ojos—. Me pones a prueba de todas las formas posibles. Me apartas —gruñe al darse cuenta de que está hablando en voz alta—. ¿Qué se supone que debo hacer?

Lo miro de arriba abajo y hago una mueca pensativa. La verdad es que me lo estoy pasando bien al hacer que el hombre seguro de sí mismo, que

siempre consigue lo que quiere, tenga que esforzarse por algo.

—Todavía no estoy segura de lo que quiero —lo provoco. Haddie contiene el aliento al oírme hablar con frivolidad y el hielo del vaso de Sam entrechoca cuando se bebe de un trago lo que quedaba para calmar la ansiedad—. Una chica tiene derecho a cambiar de opinión —me burlo con la cabeza inclinada para mirarlo—. De hecho, somos famosas por ello.

—Entre otras cosas —escupe con sequedad, da un trago y me observa por encima del vaso—. Los dos podemos jugar a esto, Rylee —advierte—. Y estoy seguro de que tengo mucha más experiencia que tú.

La valentía que demuestro se tambalea un instante ante la mirada de aviso que me dedica. Aparto la mano de la rodilla de Sam y me deslizo hasta el borde del asiento sin apartar la mirada ni un instante. Nos quedamos así varios segundos.

—Te haces la dura, Rylee —reprende.

Miro a Haddie de reojo. Tiene la cara impasible, pero su mirada dice que no se puede creer lo que pasa. Me pongo en pie para enfrentarme a él, enderezo los hombros y levanto la barbilla, desafiante.

—¿Y?

Chista, sacude la cabeza y da un paso adelante.

—Espero que te lo estés pasando bien, porque estás dando todo un espectáculo—. Me pone un dedo bajo la barbilla y me levanta la cara para que lo mire a los ojos—. No me gustan los juegos, Rylee —advierte en voz lo bastante baja como para que solo yo pueda oírlo—, y no voy a tolerar que jueguen conmigo.

La tensión sexual es palpable. El aire se espesa entre nosotros. Inspiro despacio y deliberadamente mientras trato de pensar una respuesta inteligente, pero la cercanía de Colton me nubla los sentidos y me agudiza los sentidos.

—Pues gracias por la información. —Le pongo una mano en el pecho y me inclino para acercarle los labios al oído—. Yo también te voy a explicar una cosilla, As. No me gusta que me hagan sentir que soy el segundo plato de tu ejército de rubitas. —Retrocedo un paso y me obligo a esbozar una sonrisa confiada—. Empiezas a desarrollar el hábito de venir a por mí cuando sé que acabas de estar con otra. Eso va a tener que cambiar o entre nosotros no volverá a pasar nada —termino y nos señalo a ambos con la mano y con las cejas levantadas—. Eso, si es que me interesa siquiera que pase algo. —Curva los labios.

¡Dios, es guapísimo! Incluso cuando tiembla de ira desprende una sensualidad salvaje que me resulta casi imposible de ignorar. Me giro para mirar a Haddie en busca de apoyo, cuando escucho que una voz seductora lo llama.

—Colt, ¿cariño?

Me entran ganas de vomitar.

Vuelvo a girarme hacia él y una mano con una manicura cara se desliza entre su brazo y su torso para apoyarse sobre su pecho. Se tensa por el tacto y abre mucho los ojos como respuesta. Se acaba la bebida y sisea entre dientes por el escozor del alcohol en la garganta. Procedo a observar cómo la rubia de antes se desliza a su lado, me mira de arriba abajo con desdén en un intento de marcar territorio. Una chispa de reconocimiento le estalla en los ojos cuando se da cuenta de que soy la chica por la que antes la dejó sola en las escaleras. Si las miradas matasen, no sobreviviría. Sin embargo, a pesar de todo, los ojos de Colton siguen fijos en los míos.

Me entran náuseas solo de ver cómo le pone la mano encima y de imaginar que Colton le preste un mínimo de atención. Sacudo la cabeza asqueada y chasqueo la lengua.

—Ahí tienes un claro ejemplo —digo. Miro a Haddie de reojo y a los dos hombres sentados con nosotras—. Lo siento, pero tengo que irme.

Haddie se pone a recoger el bolso, preocupada, pero le hago un gesto sutil con la cabeza para indicarle que se quede. Me doy la vuelta para mirar a Colton por última vez, y con la mirada espero que quede claro el mensaje que quiero dar. Es tu elección. Ella o yo. Elige. Ahora. Última oportunidad.

Aparto la mirada y la conexión se rompe. Se mantiene estático mientras la rubia lo envuelve como una chaqueta barata. Supongo que ya ha elegido. Intento salir del reservado lo más calmada posible. Trato de escapar del peligroso camino por el que, sin duda, Colton me llevaría.

Una vez que estoy fuera de su vista, atravieso a ciegas la masa de personas y el dolor me consume por dentro. Me duele el corazón al ser consciente de que nunca podré competir con alguien como ella. Nunca. Intento contenerme y abrirme paso hasta el bar. Quiero entumecer los sentimientos que llegué a creer que eran reales. Que eran recíprocos. Que volvía a ser posible.

¡Mierda! Me trago las lágrimas que amenazan con escapárseme, me cuelo en un espacio vacío que encuentro en la abarrotada barra y, por alguna especie de milagro, el camarero está justo delante de mí.

—¿Qué te pongo? —pregunta por encima del barullo.

Lo miro por un momento mientras valoro las opciones. Me decanto por algo rápido y que me aturda.

—Un chupito de tequila, por favor —pido, lo que llama la atención del hombre que tengo al lado. Me escanea de arriba abajo y me encojo de hombros, incómoda por el interés no deseado.

El camarero me pasa el chupito desde el otro lado de la barra, lo cojo y lo miro en silencio por un instante mientras en la cabeza recito el brindis de Haddie. Sin duda, me hace falta un poco de valor. Aunque sea falso. Me lo bebo sin pensarlo dos veces y hago una mueca por el ardor. Cierro los ojos cuando el calor me baja por la garganta e ignoro la invitación a otro trago del hombre de al lado.

Saco el móvil del bolso y le mando un mensaje a Haddie para decirle que estoy bien, que se lo pase en grande esta noche y que nos vemos en casa. Sé que si no estuviera aquí por trabajo, ahora mismo estaría conmigo para llevarme a casa. Levanto la vista del teléfono para mirar al camarero. Necesito otro chupito. Algo que mitigue el rechazo. Paseo la mirada por la barra y veo a Colton venir hacia mí a paso rápido.

A pesar del atisbo de esperanza que siento, maldigo, dejo un par de billetes sobre la barra, giro sobre los talones y salgo pitando hacia la salida más cercana. Encuentro una enseguida y abro las puertas de un empujón. Me encuentro en un pasillo vacío y oscuro y me siento aliviada cuando las puertas se cierran detrás de mí, lo que amortigua el ruido de la música. El momento de soledad se esfuma cuando la puerta se abre de par en par pocos segundos después y Colton aparece. Nos miramos a los ojos, los suyos llenos de ira y espero que vea el dolor en los míos, luego le doy la espalda y me precipito por el pasillo.

Suelto un grito ahogado de frustración cuando Colton me alcanza, me agarra del brazo y me da la vuelta para que lo mire. Solo se oyen nuestras respiraciones agitadas mientras nos miramos, los dos con los nervios a flor de piel.

—¿Qué cojones crees que haces? —gruñe sin soltarme el brazo.

—¿Perdona? —espeto.

—Tienes la maldita costumbre de escapar de mí, Rylee.

—¿Y a ti qué te importa, don envío-señales-confusas? —respondo y me suelto el brazo de un tirón.

—Mira quién habla, encanto. Ese tío, ¿eso es lo que quieres, Rylee? — pronuncia mi nombre como un insulto—. ¿Un revolcón rápido con Joe, el surfista? ¿Quieres follar con él y no conmigo?

Noto en su voz que está al límite. La amenaza es clara. En este pasillo oscuro, con los rasgos ocultos por las sombras y los ojos brillantes, parece, sin duda, el chico malo intimidante que insinúan las revistas.

—¿No es eso lo que tú quieres, Colton? ¿Un polvo rápido para inflarte el ego? Pasas una cantidad ingente de tiempo intentando aplacar esa debilidad tuya. —Le sostengo la mirada—. Además, ¿por qué te importa? Si no recuerdo mal, estabas bastante ocupado con esa rubia colgada del brazo.

Aprieta y afloja la barbilla al mirarme y mueve la cabeza en círculos antes de responder.

—¿Raquel? Es intrascendente —afirma, como si fuese algo sin importancia.

Me puedo tomar esa respuesta de muchas formas y todas significan que las mujeres le importan menos que nada.

—¿Intrascendente? —pregunto—. ¿Eso voy a ser después de que me folles? —Me pongo rígida y enderezo los hombros—. ¿Intrascendente?

Le hierve la sangre. ¿Por mí? ¿Por lo que he dicho? Da un paso adelante y retrocedo, chocando contra la pared que tengo detrás. Levanta una mano y la vuelve a bajar indeciso, tensa los músculos de la barbilla y la vena del cuello le palpita. Inclina la cabeza a un lado, cierra los ojos y maldice en silencio. Vuelve a mirarme y una mezcla de sentimientos le arde en lo más profundo de los ojos: frustración, ira, deseo y mucho más. La intensidad con que me mira hace que me sienta incómoda, como si me pidiera permiso. Asiento con la cabeza y se lanza. Esta vez, no duda.

En menos de un suspiro, sus labios están sobre los míos. Toda la rabia contenida, la frustración y la hostilidad explotan cuando nuestras bocas chocan, apretamos los puños y nos arden las entrañas. No hay nada dulce en la forma en que nos unimos. Una necesidad voraz me consume cuando me acaricia la espalda con una mano, me agarra por el cuello para apretarme contra él y me asalta la boca. La otra mano la tiene abierta sobre mi espalda, arqueada contra la pared, con posesión. Atrás quedan los besos y las caricias dulces de ayer.

Presiona los labios sobre los míos y me invade la boca con la lengua, enredando, jugando y atormentando la mía. Coloca las manos sobre la mía,

que forma un puño con la tela de su camisa. Me coge de las muñecas, me sujeta los brazos sobre la cabeza y me sostiene las manos contra la pared. Con la mano libre me coge de la barbilla cuando rompe el beso. Aparta la cara y me sostiene la mirada, tiene los ojos oscurecidos y temblando de deseo.

—No eres intrascendente, Rylee. Nunca podrías serlo. —Sacude ligeramente la cabeza y el tono de su voz me hace vibrar. Apoya la frente sobre la mía, casi rozándome la nariz con la suya—. No, tú y yo, juntos —rechina las palabras—. Cuando pase, serás mía. —Sus palabras me acarician la piel, me penetran el alma y se quedan ahí—. Mía —repite para asegurarse de que entiendo lo que pretende.

Cierro los ojos y saboreo las palabras. Me deleito con la idea de que Colton quiere que sea suya. Seguimos con las frentes apoyadas una en la otra mientras me dejo llevar por el momento, por las sensaciones y por la desaparición de las dudas. Se aleja un paso de mí y me suelta las manos con suavidad. Seguimos con la mirada fija en el otro y percibo lo que me parece un atisbo de miedo en la suya.

Levanto la mano con timidez y le toco la cadera. Me abro paso bajo la tela de su camisa que lleva por fuera del pantalón para posar las manos en su piel. Para sentir bajo los dedos a este hombre tan viril y vibrante. Siempre han sido sus manos las que estaban sobre mi piel. Él tenía el control. Hasta ahora nunca había tenido la oportunidad de sentirla bajo las palmas.

Consigo mi objetivo y con los dedos acaricio la firmeza de sus músculos definidos, que se tensan cuando los toco. Los recorro despacio hasta llegar al torso, recorro cada línea y siento cada una de sus respiraciones que responden a mi roce. Escuchar cómo responde es una sensación embriagadora. Las pupilas se le dilatan por el deseo cuando deslizo las manos por los pectorales, descendiendo por las costillas y bajo los brazos hasta arañarle la espalda.

Cierra los ojos en un momento de éxtasis, claramente disfrutando del lento asalto al que lo someto. Me pongo de puntillas y, dudosa, me inclino hacia él para besarlo. Con las manos le agarro por los hombros para tirar de él hacia mí. Inclino la boca sobre la suya y con la punta de la lengua le recorro el labio inferior.

Me roza las mejillas con los dedos y apoya las palmas de las manos en mi mandíbula para enmarcarme el rostro mientras profundiza el beso con ternura. Me absorbe con los labios y con la lengua, despacio, suavemente, me separa poco a poco los labios y se funde con la mía. La delicada muestra de afecto me llega al corazón, me deshace poco a poco y me reduce a una bola de

deseo. Me deja sin aliento con cada caricia. Suspiro entre sus labios mientras le clavo las uñas en los hombros, un signo de la creciente impaciencia que siento porque quiero más. Necesito más.

Es evidente que Colton lucha por controlar el ansia, su cuerpo se tensa bajo mis manos y su impresionante erección me presiona el estómago. Continúa con el tierno pero implacable ataque a mis sentidos y se concentra únicamente en mi boca. Me seduce los labios. Su aliento se mezcla con el mío. Su acción es mi reacción.

Se detiene de pronto y apoya las manos en la pared, detrás de mí. Deja caer la frente sobre mi hombro de forma que entierra la nariz y la boca en el hueco de mi cuello. El pecho se le alza con fuerza en busca de aire, como el mío, y me alivia que parezca estar tan afectado por el encuentro como yo. Estoy algo confusa por la forma en que actúa, pero aprovecho el momento para dejar que se recomponga mientras los latidos del corazón se me acompañan. De forma inconsciente, aprieto las rodillas para tratar de acallar la incesante presión que siento en el vértice de los muslos.

Siento el calor en el cuello cuando jadea, desesperado por recuperar el control.

—Dios bendito, Rylee —murmura y sacude la cabeza. Rueda sobre mi hombro y me esparce besos dulces por el cuello—. Tenemos que salir de aquí antes de que me hagas perder el control en el pasillo.

Levanta la cabeza para mirarme y me quedo paralizada por lo que dice. No hay duda, esto es lo que quiero. Lo quiero a él. Pero no puedo ignorar los nervios, la ansiedad, el miedo a decepcionarlo por mi falta de experiencia en la materia.

—Ven. —No me da tiempo a responder antes de agarrarme de la mano, pasarme el brazo por los hombros para pegarme a él y echar a andar por el pasillo—. Tengo una habitación reservada para esta noche. —La fuerza de su brazo me sujeta y me lleva hacia mi fruto prohibido del Jardín del Edén.

Lo sigo sin rechistar e intento acallar las dudas que me resuenan en la cabeza y que, ahora que no me aturde con sus besos, empiezan a hablar a gritos. Rápidamente, llegamos al ascensor del final del pasillo y, en pocos segundos, entramos. Colton saca una tarjeta del bolsillo y la inserta en el panel para marcar el piso superior. El ático.

Retrocede hasta mí cuando el ascensor empieza a moverse y me coloca una mano en la parte baja de la espalda. El silencio es palpable e intensifica las

mariposas que me bailan en el estómago.

—¿Por qué el cambio? —me pregunta Colton mientras coge entre los dedos un mechón de mi pelo alisado para intentar aliviarme la ansiedad.

—Intentaba encajar en el molde —bromeo, reflexiva, en referencia a las numerosas fotos que encontré en Internet de él con mujeres con el pelo liso. Arruga las cejas sin entender lo que digo—. A veces va bien cambiar.

Usa la mano que tiene en mi espalda para darme la vuelta hacia él e inclina la cabeza para mirarme a los ojos.

—Me gustan los rizos —dice con dulzura y el ego se me infla por el cumplido—. Te pegan.

Ahora que me tiene en posición, levanta una mano para apartarme un mechón rebelde de la cara, me coloca un dedo bajo la barbilla y lo mantiene ahí mientras me escruta la mirada.

—Tienes una oportunidad para marcharte —me advierte cuando el ascensor indica que hemos llegado a nuestro piso. El tono ronco con el que habla hace añicos lo que me queda de autocontrol.

Mi corazón late frenético. Sacudo la cabeza de forma poco convincente cuando no consigue encontrar las palabras para hablar.

Ignora la puerta abierta del ascensor y continúa mirándome a los ojos con intensidad.

—No seré capaz de parar, Rylee —admite mientras se frota los ojos como si le doliera hacerlo.

Suelta un largo suspiro, me libera y se pasa los dedos por el pelo. Me da la espalda, levanta la mano y pulsa el botón de bloquear la puerta, luego apoya las manos en la pared del ascensor. La anchura de sus hombros llena el espacio. Le cuelga la cabeza mientras farfulla las siguientes palabras.

—Quiero tomarme mi tiempo contigo, Rylee. Hacerte disfrutar lenta y suavemente como te mereces. Llevarte hasta el límite. Y luego follarte como necesito. Rápido y duro hasta que grites mi nombre. Tal y como he deseado desde que te caíste al suelo en aquel armario y entraste en mi vida.

Tengo que morderme el labio inferior para contener un gemido. Reprimo la necesidad de dejarme caer contra la pared en busca de algo de alivio.

—Cuando salgamos del ascensor, no creo que pueda controlarme, no creo que pueda apartarme de ti, Rylee. No puedo resistirme a ti. —Tiene la voz afligida, tranquila y llena de verdad. Se gira para mirarme con la cara rebosante de emociones. Veo en sus ojos el reflejo de un hombre a punto de

perder el control—. Decide, Rylee. Sí o no.

Capítulo 12

Lo miro a través de las pestañas, con el labio inferior entre los dientes y asiento para concederle permiso. Como me sigue mirando sin moverse, encuentro las fuerzas para hablar y aplaco los nervios.

—Sí, Colton.

Al instante, aplasta la boca contra la mía, el ansia es palpable cuando me saca del ascensor hacia el ático. Me río con libertad mientras intenta meter la llave en la ranura sin dejar de besarme. Por fin, consigue abrir la puerta y continuamos nuestra nada grácil entrada sin despegar los labios el uno del otro ni un momento. Cierra de una patada y me aprieta contra él. Encaja las manos entre la puerta y mi culo. Me agarra las nalgas con fervor y me presiona contra su cuerpo musculado.

Me pierdo en él. En su toque, su calor, sus elogios silenciosos cuando me llena de besos en los labios, en el cuello y en la piel desnuda del escote. Me dejo llevar por el momento y disfruto de lo que es volver a sentir algo. Volver a desear.

Intento desabrocharle la camisa con torpeza, ansiosa por sentir su piel contra la mía, pero me entorpece constantemente al no dejar de mover los brazos para acariciar cada centímetro de mi piel. Con los labios, encuentra el punto exacto debajo de mi mandíbula y me olvido de los botones. Aprieto los puños sobre la camisa cuando las sensaciones me superan. Me consumen. Se me escapa un grito ahogado y siento una pequeña explosión que me baja desde el cuello hasta el centro del estómago. Colton vuelve a apretarme las nalgas con las manos y le rodeo la cadera con las piernas al mismo tiempo que él me levanta. Con una mano me sujeta la espalda mientras con la otra se mete bajo la tela de mi vestido para llegar hasta mi pecho. Me inclino cuando me frota el pezón endurecido con el pulgar y el índice. La descarga eléctrica que me provoca el toque hace que el calor se extienda hasta mi sexo y me dispare los

sentidos.

Colton empieza a moverse mientras me sujeta y con los labios se alimenta de la línea hipersensible de mi hombro. Su erección me presiona entre los muslos. A cada paso que da, se frota contra mí, lo que me provoca una increíble fricción sobre el clítoris. Me aprieto contra él, soy una masa de tensión que va creciendo y, poco a poco, alcanza el límite de mi deseo. Entramos en la habitación de la *suite* y, a pesar del exceso de sensaciones que me asalta, sigo nerviosa. Se detiene al borde de la cama y bajo las piernas para posar los pies en el suelo. Vuelvo a intentar desabrochar los botones, esta vez con éxito. Me suelta por un momento, da un paso atrás y separa los brazos para dejar caer la camisa al suelo.

Admiro, por primera vez, el torso desnudo de Colton y es absolutamente magnífico. Tiene la piel dorada y unos músculos muy bien definidos en el abdomen. Los anchos hombros se van estrechando hasta la cintura, donde empieza esa «V» tan *sexy* que se hunde por debajo de donde empiezan los pantalones. Lleva una especie de tatuaje en el costado derecho, pero no consigo distinguir lo que es. Le cubre el pecho una ligera capa de pelo y, por debajo del ombligo, entre unos abdominales bien marcados, sigue un estrecho rastro que desaparece bajo el cinturón. Si no tuviese ya las hormonas revolucionadas, solo verlo me haría convulsionar.

Levanto la vista de su torso y lo miro a los ojos. Me devuelve una mirada encendida de deseo y de lujuria. Esboza una sonrisa *sexy* mientras se quita los zapatos y los calcetines antes de volver a acercarse. Levanta las manos y me acuna la cara, acerca la boca a la mía y me da un beso suave y tortuoso que hace que me presione contra él. Me desliza las manos por la cara hasta los hombros y me las baja lentamente por el torso, hasta que la tela desaparece y da paso a la piel desnuda de mis muslos.

—Dios, Rylee, me muero por sentir tu piel en la mía. —Juguetea con el bajo del vestido por un momento, antes de agarrarlo y levantarlo despacio—. Sentir tu cuerpo debajo de mí. —Lo que dice me resulta hipnótico. Tentador—. Mi polla enterrada en ti —murmura a centímetros de mis labios antes de apartarse hacia atrás, sin dejar de mirarme, para sacarme el vestido por encima de la cabeza.

Me voy a quitar los zapatos, pero Colton me coge las manos antes de que pueda alcanzarlos.

—Ah, ah —dice con una sonrisa lasciva—. Déjatelos.

Contengo el aliento y las inseguridades hacen acto de presencia al verme ante él solo con un sujetador, una tira de seda como un intento fallido de bragas y los tacones de aguja.

—Creo que...

—¡Chsss! —me susurra a los labios—. No pienses, Rylee, ya no es momento de pensar. —Nos hace retroceder y choco contra la cama con la parte de atrás de las rodillas. Me tumba despacio sin dejar de besarme—. Ahora toca sentir —dice con exigencia. Con una de las manos me agarra la nuca, mientras que la otra la desliza sobre la tela negra de mi sujetador hasta mis costillas, y luego vuelve a subir. Se me escapa un gemido. Necesito que me toque tanto como necesito respirar.

—Déjame mirarte —susurra y se incorpora sobre los codos—. Dios, eres preciosa.

Las palabras me paralizan y me entran ganas de cubrir las cicatrices que me marcan el abdomen, quiero darme la vuelta para que no me pregunte por ellas, para que no me lo recuerde. Sin embargo, no hago nada de eso. En su lugar, me recuerdo que debo respirar mientras me recorre el cuerpo con los ojos. Sé en qué momento exacto las ve, la sorpresa se le instala en la cara por un instante antes de volver a levantar la vista hacia mí con el ceño fruncido de preocupación.

—¿Rylee? ¿Qué...?

—Ahora no.

Extiendo la mano y lo agarro del cuello para atraerlo hacia mí y le doy un beso exigente que anula el poco control que me queda y hace callar todas las preguntas antes de que le dé tiempo a hacerlas. Una pasión carnal explota en mi interior mientras lo agarro, lo beso, lo acaricio y le clavo las uñas en la piel. Le recorro el cuello con la lengua y un gruñido salvaje se le escapa de lo más profundo de la garganta. Me palpa los pechos, introduce los dedos bajo la tela y baja las copas para dejarlos al descubierto. Empieza el tortuoso descenso con la boca hasta llegar a la dura punta de mi pezón.

Grito de placer mientras me recorre el pecho con la lengua y lo succiona con su boca caliente y hambrienta. Con la otra mano me asalta el otro pecho y me estira el pezón entre los dedos índice y pulgar, lo que desdibuja la delgada línea entre el dolor y el placer. La certera atención que presta a mis tetas hace que el sexo me explote en llamas. Se aprieta, palpita y se humedece, le suplica que me lleve hasta el límite. Me remuevo debajo de él para intentar aliviar el

intenso dolor que va creciendo, pero la espiral de necesidad es tan fuerte que me cuesta respirar.

Le enredo los dedos en el pelo cuando se mueve desde mi pecho entre succiones, besos y pellizcos y empieza a bajar por mi abdomen. Aprieta los pechos y respiro hondo cuando deliberadamente deposita un sendero de besos sobre la peor de mis cicatrices.

—Preciosa —repite, mientras continúa el tortuoso descenso.

Se detiene en la parte superior de mis bragas y siento que sonrío con la boca pegada a mi piel.

Levanta la vista con una sonrisa de lo más pícara.

—Espero que no les tengas demasiado cariño.

Ni siquiera me da tiempo a responder antes de que me las arranque. Suelta un ronroneo satisfecho mientras con el dedo recorre la pequeña tira de rizos que hay bajo la tela.

—Me gusta —gruñe y sigue bajando el dedo por debajo de la franja donde ya no tengo pelo—. Y esto todavía más.

Se me corta la respiración cuando desliza un dedo entre mis pliegues y empieza a acariciarme despacio adelante y atrás.

—Ah, joder —gimo y, con las manos, me agarro a las sábanas de la cama.

Chispas de placer me explotan en los ojos como pequeños destellos de luces blancas bajo los párpados cerrados. Colton contiene el aliento al introducirme un dedo pausadamente.

—Rylee —gruñe y la forma en que se le rompe la voz al pronunciar mi nombre traiciona su muro de control—. Mira lo húmeda que estás para mí, nena. Siente cómo me aprietas.

Arqueo la espalda con los hombros contra el colchón cuando, con el dedo, forma círculos dentro de mí y me roza en ese punto exacto en mi interior, antes de retirarse para volver a repetir el proceso.

—Las cosas que quiero hacer con este coñito apretado tuyo —murmura y acerca la otra mano para abrirme.

Sus palabras directas me excitan. Despiertan sentimientos inesperados. Me retuerzo debajo de él cuando el aire frío de la habitación me golpea los hinchados pliegues.

—Mírame, Rylee. Abre los ojos para que pueda verte mientras te follo con la boca.

Necesito toda mi fuerza de voluntad para salir del coma inducido de placer

y abrir los ojos. Levanta la vista y me mira con los ojos entrecerrados desde el vértice de mis muslos.

—Eso es, nena —canturrea mientras baja la cabeza hasta que siento el placentero calor de su boca cuando me captura el centro de mi deseo, a la vez que desliza dos dedos dentro de mí.

Grito y lanzo la cabeza hacia atrás al sentir una explosión de placer.

—¡Mírame! —exige de nuevo.

Abro los ojos, el erotismo de que me observe mientras me da placer es más de lo que nunca he vivido.

A una lentitud casi dolorosa, me acaricia con la lengua por encima y en círculos mientras con los dedos continúa el placentero masaje interno. Los retira y los empuja de nuevo y, pausadamente, me roza las paredes internas. Curvo las caderas hacia él, suplicando por más presión al borde de perder la cordura.

—Dios, Rylee, eres tan receptiva —exclama—. Jodidamente *sexy*.

Sustituye el calor de su boca por la yema del pulgar y el ritmo y la fricción de piel contra piel es justo lo que necesito. Se desliza hacia arriba mientras con los dedos continúa con la enloquecedora tortura a mi sexo. Me besa, muerde y lame hasta llegar a la altura de mi cara. Me hace sentir deseo de una forma que nunca había conocido.

—Déjate ir, Rylee —exige, y su erección me presiona placenteramente en un costado—. Vuelve a sentir, encanto —murmura mientras le rodeo los hombros con las manos y le clavo las uñas en la piel.

El nudo de tensión crece cada vez más y exige ser liberado. Arqueo las caderas hacia él frenéticamente y acelera el ritmo de los dedos. El roce y la penetración me llevan hasta una inconsciencia eufórica.

—Córrete para mí, Rylee —gruñe cuando alcanzo el límite y grito al sentir el orgasmo que explota dentro de mí, me hace vibrar y arrasa con cada nervio de mi cuerpo. Se me flexionan los músculos como reacción y le atrapan los dedos, lo que le hace gruñir por la sensación de placer.

—Eso es, nena, eso es —susurra mientras me ayuda a salir de las envolventes olas del clímax.

La cama se hunde cuando se levanta y abro los ojos. Me mira con una expresión de satisfacción en la cara y deseo en los ojos mientras se desabrocha los pantalones despacio.

—Me dejas sin aliento —alaba mientras lo observo y me esfuerzo por

recuperar el aliento—. No sé qué es más *sexy*, Rylee, si ver cómo te corres o hacer que te corras. —Los ojos le brillan de lujuria por el pensamiento—. Supongo que tendré que volver a hacerlo para averiguarlo.

Me dedica una sonrisa traviesa, llena de desafío. Se me tensan los músculos ante lo que dice y me sorprende que solo con eso mi cuerpo ya está listo para seguir. Me muerdo el labio cuando se baja los pantalones junto al bóxer y su impresionante erección queda a la vista.

¡Madre mía!

Me sonrío como si supiera lo que pienso y se arrastra por la cama sobre sus firmes y tersos muslos. Agarra uno de mis pies por el tacón del zapato y desliza una hilera de besos por mi pantorrilla. Se detiene a la altura de la rodilla para acariciar con los dedos la sensible parte de atrás y, después, continúa la subida con la boca por mis muslos. Se detiene en el centro de mi placer y me da un ligero beso. Rueda los dedos con suavidad sobre mi sexo, me provoca, me prueba, me tienta. Le agarro del pelo con el puño.

—Colton —jadeo. Ese suave roce sobre mi piel sensible, ya es casi más de lo que puedo aguantar.

Levanta la vista y me da otro beso sobre la franja de pelo.

—Quiero asegurarme de que estás lista, nena —responde y saca un dedo húmedo de mi interior—. No quiero hacerte daño.

Mil pensamientos me cruzan la mente cuando lo veo meterse el dedo en la boca, esbozar una sonrisa diabólica y ronronear con aprobación. Se arrastra como un depredador y recorre el resto de mi cuerpo sin dejar de mirarme hasta llegar a mi boca. Con las manos me agarra los pechos y con la polla me presiona en el vértice de los muslos.

Las emociones se arremolinan dentro de mí mientras reaparece el vértigo del placer. Me separa las piernas con la rodilla y se incorpora para sentarse entre mis muslos. Se inclina sobre la cama y coge un paquete de plástico. Me zumba la cabeza. Estaba tan sobrepasada por todo lo que ha pasado la última semana que ni siquiera había pensado en protección. Y, aunque Colton no sepa que no puedo quedarme embarazada, me alegro de que tenga el suficiente sentido común como para haber pensado en ello.

Me apoyo sobre los codos mientras abre el envoltorio del preservativo y observo cómo lo desliza sobre su erección. Me mira a los ojos con deseo, lujuria y muchas más sensaciones.

—Dime lo que quieres Rylee.

Lo miro fijamente hasta que me veo atraída por sus dedos, que se deslizan sobre mi sexo y lentamente me separan. Contengo el aliento.

—Dímelo, Rylee —gruñe—. Dime que quieres que te folle. Quiero oírte decir.

Me muerdo el labio inferior mientras observo cómo apoya su erección sobre mi hendidura. Se queda quieto y levanto la vista a sus ojos. Lucha por mantener el control y se le marca la vena del cuello mientras me mira, a la espera de mis palabras.

—Fóllame, Colton —murmuro mientras, despacio, presiona la punta de la polla contra mi entrada.

Me tenso con la idea de tenerlo dentro, la sensación de estirarme hasta el límite y el ligero dolor que me recuerda que estoy viva, que estoy aquí con este magnífico hombre.

—Joder, Rylee —gruñe y empieza a bombear despacio—. Eres increíble, tan apretada —sisea y, con los dedos, me frota despacio el interior de los muslos—. Necesito que te relajes, nena. Déjame entrar, encanto.

Cierro los ojos por un instante cuando el dolor se convierte en una sensación de plenitud. Empuja más adentro, despacio, pausadamente, hasta que tiene la polla totalmente envuelta por mis paredes internas. Se queda inmóvil para dejar que mi cuerpo se ajuste a él y me observa. Tensa la mandíbula mientras intenta con todas sus fuerzas contenerse. Resulta de lo más estimulante saber que puedo llevar al límite a un hombre como él.

Aprieto los músculos a su alrededor y me pego a él mientras levanto el torso para ver el punto de unión entre nuestros cuerpos.

—Dios bendito, Rylee —advierde—, si vuelves a hacer eso, me voy a correr ahora mismo.

Lo miro lascivamente y empieza a moverse. Sale de mí por completo y luego, despacio, vuelve a deslizarse su cautivadora erección entre mis pliegues. La sensación es exquisita, vuelvo a caer sobre la cama y dejo que me domine el placer de sentir cómo me penetra una y otra vez. Le rodeo las caderas con los muslos y acelera el ritmo. Los músculos se le tensan bajo la bronceada piel por el movimiento. Alterna la mirada entre mis ojos y el lugar donde se unen nuestros sexos.

Poco a poco, el calor se extiende de nuevo por mi cuerpo y arqueo la espalda cuando la fricción de su erección frota mis terminaciones nerviosas. Las paredes de mi sexo se ciernen sobre él, le aprietan y le succionan a un

ritmo cada vez más rápido.

Se inclina sobre mí y apoya el peso del cuerpo sobre los antebrazos por encima de mi cabeza. Me besa con pasión carnal, sin contenciones. Dientes que chocan, labios que succionan, lenguas que se enredan. Le rodeo el torso con los brazos y tenso las piernas alrededor de sus caderas, al tiempo que clavo los talones en el colchón. Necesito estar lo más cerca posible de él. Necesito que esté lo más dentro posible de mí. Necesito sentir el roce de su piel perlada de sudor sobre la mía.

La presión aumenta hasta el punto en que ya no soy capaz de besarle, porque lo único en lo que me puedo concentrar es en la ola imparables que está a punto de atravesarme. Colton se da cuenta de cómo me tenso y de que el momento se acerca, así que continúa el ritmo castigador. Me coloca una mano debajo del culo para empujar mi pelvis contra la suya y provocar que se rocen, lo que representa la fricción perfecta que necesito en el clítoris. Antes de darme cuenta, todo explota.

Me arqueo sobre la cama y sacudo las caderas de forma incontrolable cuando el orgasmo más fuerte que jamás he tenido me recorre de arriba abajo. Es como si me hubiesen empujado al borde de un acantilado y estoy en caída libre. El placer es tan fuerte que casi roza el dolor y le clavo los dientes en el hombro para intentar sofocarlo. La ola de placer me derriba mientras Colton embiste un par de veces más antes de gritar mi nombre. Se tensa y palpita de manera irregular dentro de mí al encontrar su propio desahogo. Le tiemblan los músculos mientras deja que el clímax lo atraviese antes de relajarse poco a poco. Después, entierra la cabeza en mi cuello con la respiración acelerada, igual que la mía, y el corazón latiendo contra mi pecho.

El orgasmo sigue causando estragos en mi interior y los músculos de mi vagina se contraen alrededor del miembro semierecto de Colton, que sigue dentro de mí. A cada temblor, siento que se tensa por la sensación y un gruñido gutural se le escapa de la garganta. Es reconfortante sentir su peso sobre mí, tranquilizador, me hace olvidar lo relajante que puede ser.

Nunca había vivido el sexo así. Tan impactante, tan hedonista, tan increíble.

Seguimos tumbados sin movernos durante un rato, mientras nos recuperamos del subidón. Me acaricia el cuello y me besa una y otra vez en el mismo punto, incapaz de moverse. Cierro los ojos. Casi no me creo que este aquí con un hombre tan magnífico.

Deslizo los dedos con parsimonia por su espalda y aspiro su aroma tan

masculino y terrenal. Me estremezco cuando gruñe y se aparta de mí despacio, no me gusta la sensación de vacío. Ata el condón con un nudo y lo tira al suelo, junto a la cama, antes de volver a mi lado. Se tumba sobre el costado y apoya la cabeza en la mano para mirarme mientras recorre con un dedo mi pecho, lo que me provoca un largo y lento suspiro.

Levanto la vista hacia él y nuestros ojos se encuentran durante un instante; en silencio reflexionamos sobre el otro y la experiencia que acabamos de compartir. No consigo descifrar su mirada. Es demasiado cauto. Miro al techo cuando me empieza a dominar el pánico. ¿Ahora qué? Colton se ha salido con la suya y el desafío ha terminado. Mierda. Max era el único con el que me había acostado. Teníamos una relación. Hacíamos el amor, no era algo casual. Y, aunque lo que acaba de pasar seguramente ha significado para mí mucho más que para Colton, ¿qué tengo que hacer ahora? Con Max no tenía que pensar si debía irme después. ¿O debería quedarme? ¿Colton quiere que me quede? ¿Qué cojones hago? ¿Así son los rollos de una noche? Joder.

—Deja de pensar, Ryles —murmura Colton.

Me estudia con la mirada. Me quedo de piedra, sorprendida de lo mucho que estamos en consonancia a pesar de conocernos desde hace tan poco tiempo. ¿Cómo lo sabe?

—Tensas todo el cuerpo cuando le das demasiadas vueltas a algo — explica, lo que responde a mi pregunta no formulada—. Apaga el cerebro — me ordena mientras me coge de la cadera y me atrae hacia él—, o tendré que obligarte.

Intuyo cómo sonrío por su tono de voz y me río.

—Vaya, ¿en serio?

—Soy muy persuasivo —se burla y me acaricia la caja torácica con la mano libre. Se detiene a tocarme el pecho y, con el dedo, me roza el pezón—. ¿No crees?

—¿No me acabas de decir que no piense?

Suelto un suave gemido y levanto la barbilla cuando se inclina hacia mí para besarme en varias partes.

—Me encantan las mujeres obedientes —murmura.

Su erección se vuelve a formar poco a poco contra mí y, antes de que me dé tiempo a procesar su gran capacidad de recuperación, Colton nos hace girar y quedo sentada sobre él.

Me siento a horcajadas sobre su cuerpo y miro su sonrisa arrogante. Me

devuelve la mirada y con los ojos me recorre el torso. Noto que se sigue endureciendo debajo de mí.

—Dios, Rylee, eres capaz de volver loco a un hombre —dice mientras se incorpora para quitarme el sujetador.

Mis pechos quedan al descubierto, pesados y llenos de deseo. Colton gruñe al verlos antes de levantarse para chupar uno de ellos y aprieto los muslos con lujuria alrededor de sus caderas como respuesta.

Levanto la cabeza y arqueo la espalda para darle un mejor acceso a mi pecho. Los pensamientos que me acechaban hasta hace un momento desaparecen entre el aluvión de besos ardientes. Me rodea con las manos y siento que se mueven en busca de algo antes de escuchar el revelador ruido del plástico al rasgarse. Se pone el condón sin dejar de repartir besos sobre mi piel hasta llegar a mis labios. Inclina la boca y da pequeños y delirantes sorbos de la mía mientras con una mano me agarra del pelo. Murmura un suave elogio entre cada beso y cada uno de ellos alimenta mi ansia de él.

—Levántate para mí —susurra y me apoya una mano en la cadera para ayudarme a moverme, mientras con la otra coloca su rígido miembro en mi entrada.

Me muerdo el labio con expectación y Colton me mira fijamente mientras descendo despacio para dejar que la punta de su erección entre en mí. Me detengo un momento para que mis fluidos le cubran y así facilitarle la entrada. El deseo en los ojos de Colton me hace sentir poderosa cuando descendo centímetro a centímetro hasta que está totalmente dentro de mí. Gimo lentamente cuando se estira para proporcionarme una sensación de plenitud absoluta. Necesito quedarme quieta un momento para ajustarme a su cuerpo y a tenerlo dentro. Colton cierra los ojos y echa la cabeza atrás con los labios ligeramente abiertos, por donde se le escapa un gemido.

Me agarra las caderas y me mueve sobre él. Me incorporo hasta que sale de mí casi por entero y luego vuelvo a dejarme caer, después me inclino hacia atrás para sentir el roce sobre el punto exacto dentro de mí.

—Joder —sisea—. Vas a hacer que pierda la cabeza, Rylee.

Gime con fuerza mientras me besa con posesión antes de dejarse caer sobre la cama. Acompasa el empuje de sus caderas con mis movimientos y pronto nos movemos a un ritmo frenético, los dos en busca de más. Nos empujamos y nos tentamos el uno al otro al borde del precipicio.

Miro a Colton, se le marcan los tendones del cuello y la punta de la lengua

le asoma entre los dientes. Se le oscurece la mirada por la lujuria, no puede ser más *sexy*. Con las manos me agarra las caderas y tensa los músculos al sujetarme y levantarme mientras se hunde en mí. El placer me recorre por entero y hace que todo me dé vueltas. Entrelazo los dedos con una de las manos de Colton para usarlo como apoyo. Él mueve la otra mano hasta donde se unen nuestros sexos y con el pulgar me acaricia el clítoris, lo manipula como un auténtico experto.

Se me acelera el cuerpo, los músculos se me tensan alrededor de Colton y, de nuevo, entro en un estado de inconsciencia brutal. Grito su nombre cuando una ola de calor abrasadora me recorre por entero, me envuelve y me rodea con una niebla que me consume.

—Joder, Rylee —maldice Colton mientras se incorpora sin ralentizar el ritmo.

Toma el control para dejar que me pierda en el orgasmo. Me rodea con los brazos y me sujeta con firmeza con sus fuertes bíceps. Acerca la boca a la mía y me da un beso devorador que me vacía por dentro. La sobrecarga de sensaciones que me ataca desde cada nervio de mi cuerpo es tan abrumadora que lo único que consigo comprender es que me ahogo en Colton Donavan.

Su cuerpo se tensa y sus embestidas se vuelven más agresivas. Me aprieta más fuerte con los brazos y las palmas de las manos apoyadas en mi espalda. Entierra el rostro en mi cuello y grita mi nombre, que suena como una bendición en sus labios, antes de alcanzar el límite. Convulsiona de forma salvaje cuando le llega el desahogo.

Nos quedamos como estamos, abrazados, conmigo sentada sobre él y las cabezas enterradas en el cuerpo del otro. Ninguno de los dos habla y las emociones me dominan.

¡Mierda! ¿Cómo he sido tan estúpida para creer que podía tener sexo casual? Los sentimientos bullen dentro de mí. Sentimientos que sé que nunca serán recíprocos, así que intento mantener la compostura. Me obligo a mantener la calma, ya me derrumbaré cuando esté sola.

Colton mueve las piernas y se recuesta. Me coge la cabeza entre las manos y me atraviesa con la mirada.

—¿Estás bien? —susurra.

Asiento con la cabeza e intento que no se me note la inquietud en los ojos.

Se inclina y me besa. Un beso tan dulce y cariñoso que tengo que contener las lágrimas porque me desarma y me desgarrar por dentro. Cuando abre los

ojos, se me queda mirando un rato. Algo le cruza la mirada por un instante, pero no logro descifrarlo.

Sacude la cabeza, me aparta de encima y sale de la cama sin decir una palabra. Se levanta a toda prisa, evita mi mirada interrogante, se pasa la mano por el pelo y murmura una palabrota. Observo sus hombros anchos y tonificados y su atractivo trasero mientras entra en el baño. Oigo correr el agua y otra maldición ahogada.

Me tapo con las sábanas. De pronto, me siento sola e incómoda. Poco después, Colton reaparece en la puerta del baño con un bóxer negro. Me mira desde ahí. El calor y la emoción de hace unos minutos ha desaparecido de sus ojos. Los ha reemplazado una mirada fría y distante. Ya no está relajado. La tensión alrededor de sus ojos y en la mandíbula son evidentes.

—¿Quieres tomar algo? —pregunta con voz cortante—. Necesito algo de beber.

Niego con la cabeza con miedo de que, si hablo, el dolor que me provoca este distanciamiento repentino empeore las cosas. Se da la vuelta y sale de la habitación. Supongo que ahí tengo mi respuesta. No era más que un desafío.

Desafío conquistado, ahora soy desechable.

Sostengo la mano contra el pecho en un intento de ahogar el dolor y reducir la sensación de que me han utilizado. Pienso en Max y en la forma en que me trataba después de hacer el amor, como si fuera tan frágil como para poder romperme. Me acariciaba, me abrazaba y me hacía reír. Me hacía sentir querida. «Mi precioso e idealizado Max». ¿Qué he hecho? ¿Cómo he mancillado así nuestra memoria al acostarme con alguien cuando técnicamente estoy prometida?

Los gritos de su madre me retumban en los oídos al gritarme que es culpa mía que haya muerto, que yo lo he matado y que todas sus esperanzas y sueños se han ido con él. La culpa y la vergüenza me aplastan. Tengo que salir de aquí. Estos pensamientos me zumban en la cabeza mientras aparto las sábanas, recojo mi ropa desperdigada y me escurro dentro del baño.

La presión en el pecho por intentar contener las lágrimas es insoportable mientras me abrocho el sujetador con torpeza. Me pongo el vestido por la cabeza y forcejeo para meter los brazos por los tirantes. No tengo ropa interior. Mis bragas están destrozadas en algún rincón del suelo y no vale la pena buscarlas. Me falta un pendiente, pero me da igual. Me arranco el otro y me miro en el espejo. Veo el dolor mezclarse con el arrepentimiento. Cojo un

pañuelo de papel y me limpio el lápiz de ojos corrido mientras reúno fuerzas para marcharme. Tras unos instantes en los que oculto las emociones y pongo los pensamientos en orden, estoy lista.

Abro la puerta del baño y echo un vistazo afuera. Me alivia y me entristece que Colton no esté sentado esperándome. Pero ¿qué esperaba después de la forma en que ha actuado? ¿Que estuviese sentado en la cama esperando para profesarme su amor eterno?

—Follar y hasta nunca —mascullo entre dientes mientras salgo de la habitación y entro en la sala de estar de la *suite*.

Colton está en la cocina, con las manos apoyadas sobre la encimera y la cabeza gacha. Me quedo quieta un momento para observarlo, admirar las líneas de su cuerpo y desear más de lo que puede darme. Se mueve y da un largo trago del líquido ambarino de su vaso. Lo vuelve a posar con un golpe seco y el hielo tintinea al chocar dentro del vaso. Se da la vuelta y le falla el paso cuando me ve vestida y lista para irme.

—Pero ¿qué...?

—Oye, Colton —empiezo en un intento de controlar la situación antes de sufrir una humillación mayor—. Soy una chica lista. Ya lo entiendo.

Me encojo de hombros e intento evitar que se me quiebre la voz. Me mira y percibo los engranajes de su cabeza intentando averiguar qué hago lista para irme.

—Seamos claros, tú no eres el tipo de hombre que se queda a pasar la noche y yo no soy el tipo de chica que tiene una aventura y se va.

—Rylee —objeta, pero no dice nada más.

Da un paso hacia mí, pero levanto la mano para detenerlo. Me mira fijamente y sacude ligeramente la cabeza para procesar mis palabras.

—Venga, seguramente estás acostumbrado a esto. —Doy un par de pasos hacia él, orgullosa de mi falsa chulería—. Voy a ahorrarme el bochorno de que me pidas que me vaya y hacer el paseo de la vergüenza ahora y no por la mañana.

Colton me observa, se nota que se pelea con alguna emoción invisible y aprieta la mandíbula. Cierra los ojos un segundo antes de volver a mirarme.

—Rylee, por favor, escúchame. No te vayas —pide—. Es solo que...

Se pasa una mano por la nuca con expresión confusa en la cara al ser incapaz de encontrar las palabras, o bien de terminar la mentira.

Quiero creerle cuando me pide que me quede, pero no soy idiota. La

dignidad es lo único que me queda, ya que mi inteligencia ha quedado destrozada y esparcida por la cama.

—Colton. —Suspiro—. Ambos sabemos que no lo dices de verdad. No quieres que me quede. Has reservado una habitación para esta noche con la esperanza de echar un polvo. Seguramente habías pensado que sería con Raquel. Una bonita *suite* en la que no habría dramas ni complicaciones, un lugar del que podrías marcharte por la mañana sin echar ni un vistazo a la persona que estaría dormida en la cama. En fin, me he metido en esto voluntariamente —reconozco. Camino hacia él y le apoyo una mano en el pecho. No deja de mirarme en ningún momento—. Ha sido genial, As, pero esto. —Me señalo a mí misma y a la habitación—. Esta no soy yo.

Me mira y me traspasa con la mirada con tal intensidad que acabo apartando los ojos un momento.

—Tienes razón, tú no eres así —concede, comedido, y vuelvo a mirarlo.

Levanta el vaso y se acaba el resto del contenido, dos piscinas esmeraldas me siguen observando por encima del borde de cristal. Cuando termina, se pasa la lengua por los labios y ladea la cabeza como si le estuviera dando vueltas a algo.

—Cojo las llaves y te llevo a casa.

—No te preocupes. —Sacudo la cabeza y cambio el peso de una pierna a otra mientras estudio cómo guardar las apariencias cuando la humillación me inunda—. Cogeré un taxi, será más fácil para los dos. —Necesito hacer un esfuerzo titánico para ponerme de puntillas y darle un beso casto y casual en la mejilla. Lo miro a los ojos y trato de fingir indiferencia—. No te preocupes, Colton, has llegado a la línea de meta y ondeado la bandera a cuadros —digo por encima del hombro cuando empiezo a caminar hacia la puerta, con la barbilla alta a pesar de que me tiemble el labio inferior—. Solo estoy siendo precavida antes de que me saques la bandera negra.

Cruzo la puerta y camino hasta el ascensor. Cuando me doy la vuelta para darle al botón de la planta baja, veo a Colton apoyado en el marco de la puerta de la *suite*. Tiene la boca torcida mientras me observa con la mirada distante y la expresión endurecida.

No dejo de mirarlo hasta que se cierran las puertas y una única lágrima me rueda por la mejilla, la única traición de mi cuerpo ante la tristeza y la humillación. Por fin estoy sola. Apoyo la espalda en la pared y dejo que las emociones me asalten, aunque sigo luchando contra las lágrimas. Todavía

tengo que llegar a casa.

El trayecto en taxi es rápido, pero doloroso. Los silenciosos sollozos que se me escapan en el asiento de atrás no sirven para aliviar la brutal realidad de lo que acaba de pasar. Cuando llegamos a casa, algo después de las tres de la mañana, me alivia descubrir que Haddie ya ha llegado, pero está dormida, porque ahora mismo no podría soportar un interrogatorio.

Me meto en mi habitación y enciendo los altavoces del iPod a un volumen casi inaudible, busco *Unwell* y le doy al modo repetición. Mientras escucho las conocidas palabras de Rob Thomas, me quito la ropa y me meto en la ducha. Huelo a Colton y a sexo y me froto con desesperación para librarme de su olor. No sirve de nada. Haga lo que haga, todavía lo huelo. Todavía noto su sabor. Aún lo siento. Dejo que el agua se lleve el torrente de lágrimas y que esconda mis sollozos.

Cuando ya estoy empapada y no me quedan lágrimas, me levanto del suelo de la ducha y vuelvo al dormitorio. Me pongo una camisola y unas bragas, me derrumbo en el reconfortante calor de mi cama y me rindo al sueño.

Capítulo 13

Huelo a gasolina y a suciedad, y a algo amargamente metálico. Me inunda los orificios de la nariz y se me filtra en la cabeza antes de que empiece a sentir el dolor. En ese momento de silencio, antes de que el resto de mis sentidos se vean asaltados por la destrucción que me rodea, me siento en paz. Me siento tranquila y completa. Por algún motivo, sé que recordaré este momento y desearé recuperarlo. Desearé recordar cómo era antes.

Llega el dolor, incluso antes de recuperar del todo la consciencia para poder abrir los ojos. No hay palabras para describir la agonía, es como si me clavaran un millón de cuchillos y me desgarraran la piel una y otra vez. Sin parar.

En ese segundo entre la consciencia y la inconsciencia, siento un dolor irregular. Abro los ojos y respiro desesperada en busca de aire. Cada respiración me duele, me quema y me ahoga. Veo la devastación a mi alrededor, pero mi cerebro no procesa el cristal destrozado, el humo del motor ni el metal aplastado. No comprendo por qué no puedo mover el brazo, doblado de forma extraña, para soltar el cinturón de seguridad. Por qué no me libera.

Es como si todo fuera a cámara lenta. Partículas de polvo flotan en silencio en el aire. Un hilo de sangre me baja despacio por el cuello. Tengo las piernas entumecidas y la sensación es cada vez mayor. La desesperanza se va apoderando de mí, se filtra en mi alma y lo cubre todo con sus maliciosos dedos.

Lo oigo. Oigo la respiración entrecortada de Max y, a pesar de la confusión provocada por el *shock*, me enfado conmigo misma por no haberlo buscado antes. Giro el cuello hacia la izquierda y lo veo sentado a mi lado. Las preciosas ondas de su pelo rubio están teñidas de rojo, la herida abierta que tiene en la cabeza parece extraña. Quiero preguntarle qué ha pasado, pero

no me funciona la boca. No emite las palabras. El miedo y el pánico le llenan los ojos y arruga la cara de dolor. Le sale un hilillo de sangre de la oreja, creo que es algo malo, pero no estoy segura de por qué. Tose. Suena raro y unas manchitas rojas aparecen en el parabrisas reventado. Levanta la mano, busca a ciegas en cada objeto que hay entre nosotros, como si le hiciera falta el tacto para guiarse, hasta que encuentra la mía. No siento el tacto de sus dedos.

—Ry —jadea—. Ry, mírame.

Tengo que concentrarme con todas mis fuerzas en levantar la cabeza y mirarlo a los ojos. Siento el calor de una lágrima en la mejilla y el sabor salado en los labios, pero no recuerdo haber llorado.

—Ry, no estoy demasiado bien.

Veo que intenta sin éxito respirar hondo, pero desvío la atención cuando me parece escuchar a un bebé llorando. Giro la cabeza para mirar: no hay nada más que pinos. El movimiento repentino me mareo.

—Rylee, necesito que te concentres, mírame —me pide entre jadeos.

Vuelvo la cabeza hacia él. Es Colton. ¿Qué hace aquí? ¿Por qué está cubierto de sangre? ¿Por qué está en el asiento de Max? ¿Por qué lleva su ropa? ¿Qué hace en su sitio?

—Rylee —suplica—. Ayúdame, por favor. Sálvame. —Respira con dificultad y de forma irregular. El agarre de sus dedos sobre los míos se relaja. Cuando habla es apenas un susurro—. Eres la única que puede salvarme. Me muero. Necesito que me salves.

Se le cae la cabeza hacia un lado, despacio. Abre la boca cuando la sangre de la comisura se espesa, no hay expresión en sus hermosos ojos esmeralda.

Oigo los gritos. Son altos y desgarradores. No terminan.

—¡Rylee! ¡Rylee!

Lucho contra unas manos que me agarran. Me sacuden. Me alejan de Colton, pero él me necesita desesperadamente.

—¡Joder, Rylee, despierta!

Es la voz de Haddie. ¿Cómo ha bajado por el barranco? ¿Ha venido a salvarnos?

—¡Rylee! —Me sacude con fuerza—. ¡Despierta, joder!

Me incorporo en la cama y Haddie me rodea con los brazos. Tengo la garganta seca, dolorida de gritar, y el pelo pegado al cuello por el sudor. Me esfuerzo por respirar y mis jadeos ahogados se mezclan con la respiración agitada de Haddie por el esfuerzo. Me rodeo el torso con las manos de forma

protectora y tengo los brazos cansados por el esfuerzo.

Rylee me acaricia las mejillas con la cara a centímetros de la mía.

—¿Estás bien? Respira, cielo, respira —me calma sin apartar las manos de mí para tranquilizarme y hacerme saber dónde estoy.

Suspiro temblorosa y apoyo la cabeza en las manos antes de frotarme la cara. Haddie se sienta a mi lado y me abraza.

—¿Era la misma de siempre? —pregunta. Se refiere a la pesadilla recurrente que me atormentó durante más de un año después del accidente.

—Sí y no.

Sacudo la cabeza. No pregunta más. En vez de eso, me deja tiempo para que expulse la pesadilla de mi cabeza.

—Todo era igual, pero cuando me vuelvo a mirar después de oír al bebé llorar, es Colton, no Max, al que veo morir.

Se sorprende por el comentario y frunce el ceño.

—Hacía siglos que no tenías una pesadilla. ¿Estás bien, Ry? ¿Quieres hablar de ello? —pregunta mientras estira el cuello para escuchar la música casi inaudible que sale de los altavoces. Entrecierra los ojos al reconocer la canción.

—¿Qué te ha hecho? —quiere saber.

Retrocede para sentarse con las piernas cruzadas frente a mí. Tiene los ojos llenos de rabia.

—Estoy hecha un lío —confieso y sacudo la cabeza—. Ha pasado tanto tiempo... A veces me parece que me he olvidado de cómo era su cara y después la veo tan clara en sueños... Entonces, el pánico por estar atrapada en el coche me aplasta. A lo mejor es que me abruma tantas emociones. —Recojo el edredón para evitar su mirada interrogante—. Ha pasado tanto tiempo desde la última vez que sentí algo, que puede que esta noche me haya llevado al límite, me ha superado la...

—¿La qué, Rylee? —apremia cuando me callo.

—La culpa —lo digo con tranquilidad y dejo que flote entre las dos. Haddie me coge la mano y la aprieta con cariño para tranquilizarme—. Me siento tan culpable, tan herida, tan utilizada y tan todo.

—¿Utilizada? ¿Qué cojones ha pasado? ¿Tengo que partirle la cara a ese cabrón arrogante? —amenaza—. Cambiaré el tono si hace falta. O sea, anoche me sorprendió cuando llamó para asegurarse de que habías llegado bien a casa y eso.

—¿Que hizo qué?

—Llamó a las tres y media o así. Cogí el teléfono. Ni siquiera sabía que estabas en casa. En fin, vine aquí y comprobé que estabas dormida. Me pidió que te dijera que lo llamaras. Que quería explicarse, que lo habías malinterpretado.

—¡Bah!

Es lo único que consigo decir mientras medito sobre sus palabras. «¿Ha llamado de verdad?».

—¿Qué pasa, Ry? —vuelve a preguntar y esta vez sé que no será fácil ignorarla.

Le cuento todo lo que ha pasado, desde que me separé de ella hasta que me despertó entre gritos. Incluyo los sentimientos al comparar el «después» con Max y con Colton, lo rechazada que me sentí.

—Supongo que me siento culpable por todo lo de Max. Quería a Max. Lo quería con cada fibra de mi ser. Pero el sexo con él, hacer el amor con él, no era nada comparado con lo que sentí con Colton. Quiero decir, apenas conozco a Colton y supo apretar todos los botones, físicos y emocionales. —Busco las palabras adecuadas, superada por todo—. No sé. Supongo que creí que el sexo debería ser así con el hombre con el que me iba a casar, no con alguien a quien no le podría importar menos. —Me encojo de hombros—. Alguien que solo me ve como otra muesca en el cabecero.

—Rylee, no puedo decirte que está mal. Si Colton hace que te sientas viva después de tantos años, entonces no veo el problema. —Me aprieta la mano y me mira con sinceridad—. Max no va a volver. ¿Crees que le gustaría que te quedases paralizada para siempre?

—No. —Sacudo la cabeza y me limpio una lágrima silenciosa—. Lo sé, de verdad. Pero la culpa no se irá por el hecho de que yo esté aquí y él no.

—Ya lo sé, Ry. —Nos sentamos en silencio unos segundos antes de que continúe—. Sé que no estaba allí, pero a lo mejor malinterpretaste a Colton. O sea, algunas de las cosas que te dijo...

—¿Cómo es posible, Had? Maldecía entre dientes como si hubiese cometido un error enorme. En un momento me besa con toda la ternura del mundo mientras me mira a los ojos y al siguiente se pone a soltar palabrotas y se aleja pitando de mí.

—A lo mejor se asustó.

—¿Qué dices? —La miro como si estuviera loca—. ¿Don no-me-van-las-

novias se asustó de qué? ¿Cree que me voy a volver loca por él después de una noche de sexo?

—¡Una noche de sexo alucinante! —me corrige, lo que me hace reír y sonrojarme al recordarlo—. Bueno, desde luego no se te da bien ocultar lo que sientes. Parece que el sexo casual no es lo tuyo.

—Como si pudiese aprenderlo en una clase en la universidad. A ver, sé que soy fácil de leer, pero no estoy enamorada de él ni nada parecido —me defiendo de todo corazón, a pesar de que sé que lo que sentí anoche entre nosotros fue algo más que lujuria.

A lo mejor sí le asusté. Ese momento, al final, en la cama, cuando me abrazó y me miró a los ojos, me llegó de verdad. Me dio esperanzas. A lo mejor se dio cuenta y lo aplacó antes de que fuera demasiado lejos.

—Claro que no lo estás —dice con una sonrisa de complicidad—, pero no es eso a lo que me refiero. Tal vez, solo tal vez, don no-me-van-las-novias sintió algo por ti. Tal vez se asustó de lo que sintió al estar contigo.

—¡Ya, claro! Esto no es una peli romántica de Hollywood, Had. La chica buena no consigue hacer cambiar al chico malo y se enamoran perdidamente —comento con sarcasmo mientras me dejo caer sobre la almohada y suspiro.

Una pequeña parte de mí revive las palabras de Colton de la noche anterior. «Soy suya. Nunca podría ser intrascendente. No se puede controlar conmigo». Esa parte sabe que Haddie tiene razón. Es posible que lo haya asustado de alguna manera. Tal vez porque soy del tipo de mujer con la que uno se casa, o eso me han dicho, y no es lo que busca.

—Tienes razón —admite—. Pero eso no significa que no puedas pasar una buena cantidad de horas follando con él hasta reventar. —Se deja caer en la almohada conmigo y las dos nos reímos—. Tendría sus ventajas —continúa—. No hay nada como un chico malo para pasar el rato. ¿Te acuerdas de Dylan?

—¿Cómo olvidarlo? —respondo y pienso en la aventura que tuvo el verano pasado con el duro y guapísimo Dylan, después de salir de una relación de un año y medio—. Ñam.

—¡Exacto!

Las dos nos callamos.

—Puede que Colton sea tu Dylan. El que te ayude a superar todo lo de Max.

—Puede ser... —medito—. Joder —gruño—. ¿Qué se supone que voy a hacer ahora?

—A ver, teniendo en cuenta que son... —Levanta la cabeza para mirar el reloj—... las cinco de la mañana, deberías volver a dormirte. Dale un día, luego llámalo. Escucha lo que tenga que decir y luego ya veremos. Recuerda nuestro mantra: canaliza a tu zorra interior. Sé imprudente y no pienses en lo que pasará mañana. Concéntrate solo en el aquí y el ahora con él.

—Ya, tal vez.

Nos quedamos un rato en silencio. ¿Estoy exagerando las cosas? No lo creo, pero en el fondo intento justificar sus acciones. Sé que volvería a hacerlo si me dieran la oportunidad y, por el bien de mi cordura, tengo que racionalizarlo todo para volver a ponerlo todo en su sitio. Los sentimientos y las sensaciones que me provocaba eran demasiado intensas. Todo era demasiado. A lo mejor fue la caída después del subidón de alcohol lo que hizo que todo pareciera tan raro. Hizo que pareciera tan despegado. Me regaño. Sé que ese no fue el caso, pero intento desesperadamente canalizar a mi zorra interior.

Estoy fuera de mi zona de confort. Espero descubrir cómo jugar a este juego sin quemarme en el intento.

—¿Quieres que me quede contigo? —pregunta Haddie, rompiendo el silencio. Solía dormir conmigo cuando tenía noches realmente malas para ayudarme a espantar las pesadillas.

—No, creo que estoy bien. De todas formas, gracias. Por todo.

Se inclina y me da un beso en la frente.

—¿Para qué están las amigas? —dice mientras camina hacia la puerta—. Que duermas bien, Ry.

—Buenas noches, Had.

Cierra la puerta y suspiro mirando al techo. Los pensamientos me rondan la cabeza hasta que me vence el sueño.

Capítulo 14

Estoy tan agotada que duermo hasta más tarde de las seis y media, la hora a la que me suelo levantar. Ya son las nueve cuando me pongo el chándal y bajo a desayunar.

Haddie está sentada en la mesa de la cocina, descalza, con las uñas de los pies pintadas de rosa y las piernas apoyadas en la silla vacía que tiene enfrente. Me observa con cautela desde detrás de su taza de café.

—Buenos días.

—Buenos días —mascullo, sin una pizca del buen humor que suelo tener por las mañanas—. Salgo a correr un rato —explico mientras me ato el reproductor de música en el brazo.

—Me lo imaginaba —dice al ver mi aspecto—. ¿Estás de mal humor porque sí o porque te obligas a salir a correr después de la ingesta excesiva de alcohol y el maratón de sexo con un adonis? Me sorprende que puedas caminar.

—Me parece que alguien está celosa —me burlo.

—Joder, claro que sí —bromea—. Ahora tengo más telarañas que tú. —Me río y el mal humor disminuye—. Oye, en serio, ¿estás bien?

—Sí. —Suspiro—. Voy a seguir tu consejo. Intentar vivir el momento y todo eso.

Me encojo de hombros y Haddie asiente con la cabeza.

—¡No intentes sonar tan convincente! —exclama mientras se levanta, consciente de que tengo que resolver algunas cosas por mí misma—. Aquí me tienes si me necesitas. Pásalo bien.

—Gracias.

El aire fresco, el asfalto bajo los pies, la música en los oídos y el movimiento de los músculos me provocan una sensación catártica y masoquista cuando empiezo el octavo y último kilómetro. Lo necesitaba. Me hacía falta salir, aclararme las ideas y darme algo de tiempo para pensar. Mis músculos, doloridos por el baile y el sexo de anoche, son ágiles y se mueven de forma automática. A pesar de que me gustaría correr otro kilómetro extra, la estupidez de saltarme el desayuno antes de la carrera significa que no aguantaré mucho más. La música de Pitbull me retumba en los oídos, el ritmo constante de la canción me impulsa los pies y vuelvo a darle vueltas a la noche anterior.

Colton. Todavía intento procesar todo lo que pasó. Es la oportunidad que he estado buscando para ser despreocupada y vivir el momento. Para sentirme viva y no solo vivir. Decido que puedo acostarme con Colton con emociones de por medio, pero estas tienen que venir potenciadas por la excitación y la lujuria, no por el amor, la devoción y la esperanza de llegar a más. Me tengo que seguir comportando como la mujer bocazas y atrevida de hasta ahora, porque en el momento en que sospeche que quiero más, se largará. Y lo que hay entre nosotros habrá acabado.

Reflexiono sobre esto en el último medio kilómetro que me queda y recuerdo lo que me hizo sentir físicamente. Está claro que no le falta experiencia, pues es más que diestro en muchas facetas del sexo. Me sonrojo y refuerzo la decisión de que puedo estar con Colton sin enamorarme de él. Espero. Voy a disfrutar de cada segundo, porque sé que no es de los que se quedan.

Escucho *Closer* de Teagan & Sara mientras giro la esquina hacia mi calle. Me fallan los pies cuando veo un Range Rover blanco aparcado en la entrada de casa. He perdido totalmente el ritmo al verlo aquí. Colton está apoyado en el capó del coche, su oscura figura contrasta con el blanco. Lleva una camiseta azul marino que se ajusta perfectamente a su torso y deja intuir los músculos que hay debajo. Músculos que todavía siento bajo las yemas de los dedos. Lleva unos pantalones cortos estampados a la altura de la cadera y tiene las piernas cruzadas en los tobillos en una postura casual. Lleva chanclas. El estilo casual le sienta de maravilla. Realza la intensidad que emana de forma natural. Tiene la cabeza gacha, concentrado en el móvil que sostiene en la mano, y lleva el pelo despeinado con gomina para darle el aspecto de un desorden perfecto. La punzada de deseo que me azota es tan fuerte, tan abrumadora, que

casi me tengo que llevar una mano al pecho para contenerla. Me obligo a acordarme de respirar y a volver a moverme.

Hacia casa. Hacia Colton.

«Mierda, estoy en problemas». Lo admiro desde lejos, se le ve tan impresionante y atractivo que me doy cuenta de que todo lo que he pensado mientras corría, cada condición, cada razonamiento, cada justificación de por qué está bien acostarme con él, no importa. Verlo aquí y ahora me hace darme cuenta de que haré lo que haga falta para volver a estar con él, sin importar las consecuencias. Necesito revivir lo que me hizo sentir anoche.

Como si fuera una señal, Colton levanta la vista del móvil y me mira a los ojos. Esboza una lenta sonrisa de suficiencia mientras recorro los últimos pasos hasta la entrada de casa. Me quito los auriculares y me río cuando suena *Your Body Is Blasting* de Christina Aguilera. Me recorre de arriba abajo con la mirada y disfruta de mis pantalones piratas ajustados de deporte y del top de tirantes a juego en el que se me marca una «V» de sudor sobre el pecho.

—Hola —digo sin aliento, todavía jadeante por el ejercicio.

—Hola, Rylee.

El tono áspero de su voz al pronunciar mi nombre es como un afrodisíaco y me provoca un escalofrío en la columna y mariposas en el estómago.

—¿Qué haces aquí?

Lo miro confusa, sorprendida de encontrarlo en la puerta de mi casa, y disimulo los saltos de alegría que doy por dentro.

—Verás —dice, mientras se separa del coche y yo camino hacia él. Emanando una confianza que la mayoría de la gente mataría por tener—. Según tú, ayer llegué a la línea de meta. —Esboza una sonrisa provocativa—. Pero parece ser que se me olvidó recoger el trofeo.

—¿Trofeo?

Me da la mano, sin apartar los ojos de mí, que le brillan divertidos, y tira de ella para empujarme contra su pecho.

—Sí. Tú.

Ay, Dios, joder. La cabeza me va a mil por hora. ¿Qué contesto a eso? ¿A él? Si lo único en lo que pienso es en el calor de su duro cuerpo sobre el mío y en que ha venido aquí por mí después de que me marchara ayer por la noche. Me recuerdo que tengo que respirar, su mera presencia hace que me olvide de las funciones más básicas. Rápidamente, trato de recuperar la compostura, me digo que tengo que mantener nuestras interacciones a mi

manera, volver a mi naturaleza sarcástica, y así asegurarme de no perder la cabeza.

La voz de Haddie dentro de mi cabeza me grita que canalice a mi zorra interior, que vaya a por ello.

Respiro de nuevo antes de levantar la vista para enfrentarme al desafío de sus ojos. Su olor es pura masculinidad, jabón mezclado con colonia, me inunda la nariz y me nubla la mente.

—Verás, As, creo que te has fijado en el premio equivocado. —Aparto la mano de la suya y se la poso en el pecho para apartarlo juguetonamente y alejar su cuerpo del mío—. Si buscas un trofeo, elige uno entre tu grupito de preciosidades. Seguro que cualquiera de ellas estará encantada de pasearse colgada de tu brazo.

Lo rodeo para dirigirme a la puerta de entrada. Me giro a mirarlo con una sonrisa. Me encojo de hombros y doy un paso atrás.

—¿Por qué no llamas a Raquel? ¿Así se llama? Seguro que te perdona por lo de anoche. Veamos, estuviste...

Me doy la vuelta y doy un paso hacia la puerta, fingiendo que busco una palabra adecuada. Me encojo de hombros y sin darme la vuelta comento:

—Decente. Seguro que se vuelve loca por algo «decente».

Ojalá pudiera ver la cara que ha puesto por el golpe directo que le he asestado, pero me conformo con oírlo resoplar. No tengo que esperar mucho para averiguarlo, pues, en un suspiro, Colton me agarra del brazo y me da la vuelta hacia él, presionando mi cuerpo contra el suyo.

—Decente, ¿eh? —pregunta y me traspasa con la mirada.

En sus ojos se refleja ira, humor y desafío, todo mezclado con deseo. Siento su aliento en la cara, su boca a centímetros de la mía, tan cerca que tengo que apretar los puños para resistir la tentación de besarle.

Necesito toda la serenidad que me queda para mantener esta fachada de indiferencia y esconder lo mucho que me excita, el cómo me calienta por dentro y hace trizas mi autocontrol solo con el sonido de su voz, el roce de su piel y su naturaleza dominante.

A propósito, me muerdo el labio inferior y levanto la cabeza para mirarlo a los ojos de nuevo.

—Ligeramente por encima de la media, diría yo.

El sarcasmo empapa cada palabra, miento descaradamente y le sonrío.

—A lo mejor tengo que volver a enseñártelo. Te aseguro que «decente»

está muy lejos de la realidad.

Resopla en voz alta cuando vuelvo a empujarlo lejos de mí y me pavoneo de forma provocativa hacia el interior de la casa.

—Tengo que estirar —digo y siento cómo se mueve detrás de mí—. ¿Vienes? —pregunto con inocencia y con una sonrisa de victoria en la cara que no puede ver.

—Si sigues moviendo el culo así, sí —farfulla en voz baja y me sigue al interior de la casa.

Lo llevo hasta el salón con la esperanza de que Haddie esté en alguna otra parte y le indico que se siente en el sofá. Entonces, me siento en el suelo justo delante de él para estirar. Extiendo las piernas y las abro todo lo que puedo, luego bajo el pecho hacia el suelo con las manos por encima de la cabeza. Con la ayuda del sujetador deportivo y la presión del suelo, mis pechos suben hacia arriba y asoman por encima del top. Colton me devora con los ojos, se detiene en mi pecho y observa lo flexible que soy. Sisea de deseo y traga saliva con dificultad.

—Entonces, Colton —digo mientras me estiro sobre una pierna y giro la cara para mirarlo—, ¿qué puedo hacer por ti?

—¡Joder, Rylee!

Se pasa una mano por el pelo, con los ojos fijos de nuevo en mi escote, antes de levantarlos hacia mí. Sin querer, se humedece el labio inferior con la lengua.

—¿Qué? —contesto y pongo ojitos de cordero degollado, como si no tuviera ni idea de por qué se altera.

Nunca me había puesto en plan *femme fatale*, nunca había tenido valor para ello, pero hay algo en Colton que hace que me sienta atrevida y osada. Es realmente embriagador ver cómo reacciona.

—Tenemos que hablar sobre anoche.

Entrecierra los ojos cuando cambio de posición, ahora tumbada sobre la espalda. Levanto la pierna derecha por encima de la cabeza y la presiono contra el pecho, con la espinilla a centímetros de la nariz. Levanto la cabeza y lo miro entre el hueco de mis piernas para animarlo a que continúe. Se aclara la garganta y se toma un minuto para recordar por dónde iba.

—¿Por qué te fuiste? ¿Por qué saliste corriendo? ¿Otra vez?

Cambio de pierna y me tomo mi tiempo para levantar la izquierda por encima de la cabeza. Suelto un gemido bajo por lo bien que siento destensar

los músculos.

—Colton...

—¿Puedes parar, por favor? —ladra mientras se remueve inquieto en el sofá y se ajusta el bulto incipiente que presiona contra la costura de sus pantalones cortos—. Joder —maldice de nuevo cuando me doy la vuelta en una postura infantil, con el culo a la vista—. No puedo concentrarme si sigues doblándote y estirándote con esas mallas apretadas.

Lo miro por encima del hombro desde mi posición estirada y pestaño con inocencia.

—¿Decías? —pregunto, fingiendo que no le he oído.

Colton suspira exasperado.

—Vas a conseguir que me olvide de disculparme y que te folle aquí mismo en el suelo. Duro y rápido, Rylee.

—Ah.

Es lo único que consigo articular ante su amenaza con atisbos de promesa que hace que me tiemble todo el cuerpo, más que dispuesto a volver a recibir su diestro toque. Separo los labios para acordarme de respirar. Se me endurecen los pezones solo de pensarlo. Cambio de posición y me siento con las piernas cruzadas mientras me ajusto el top para ocultar la excitación que siento.

—Aunque creo que soy yo quien te debe una disculpa, Colton.

Ignora lo que digo y me sostiene la mirada, distintas emociones le cruzan los ojos.

—¿Por qué te fuiste?

La exigencia de su voz me hace tragar saliva y mi confianza se tambalea. Me encojo de hombros.

—Por un montón de razones, Colton. Ya te lo dije, yo no soy así. No me van los líos de una noche.

—¿Quién ha dicho que fuera un lío de una noche?

Una burbuja de esperanza explota dentro de mí, pero la contengo rápidamente. ¿No ha sido cosa de una noche? ¿Entonces, qué cojones ha sido? Intento averiguar lo que busca. Lo que cree que hay entre nosotros. Lo miro a los ojos en busca de alguna pista, pero su expresión no me dice nada.

—¿Cómo? —pregunto confundida—. Me he perdido. Pensaba que el compromiso no iba contigo.

—Así es. —Se encoge de hombros—. No te creo.

Cruza los brazos en el pecho, con los bíceps presionando contra las mangas de la camiseta, y se recuesta en el sofá. Levanta las cejas y espera a que responda.

—¿Qué? —No entiendo a qué se refiere.

—Tus excusas para irte ayer. No me las creo. ¿Por qué te fuiste, Rylee?

Supongo que eso pone punto final a la discusión sobre lo de no tener novia. Pero ¿qué pasa con el comentario de que no fue un lío de una noche? En cuanto a una respuesta, ¿cómo le explico lo que me hizo sentir anoche cuando me dejó sola en la cama? Utilizada y avergonzada. ¿Cómo le digo que me hizo daño sin que parezca que siento algo por él? Los sentimientos significan drama y me ha dejado claro que ni lo quiere ni lo tolera en su vida.

—Es que...

Suspiro, me quito la coleta que me recoge el pelo y dejo que me caiga por la espalda mientras busco las palabras adecuadas. Lo miro a los ojos y deduzco que ser sincera es lo más fácil.

—Dejaste claro que habías acabado conmigo. Con nosotros. —Siento calor en las mejillas al ruborizarme. Me avergüenzo por parecer una chiquilla quejica y necesitada—. Soltando palabrotas para demostrar que mi presencia ya no era bien recibida.

Me observa con cautela y parpadea repetidas veces mientras sopesa mis palabras. Trato de mantenerme inexpresiva para ocultarle lo dolida que estoy y, sin embargo, miles de emociones le cruzan la cara mientras se esfuerza por mantener la calma.

—¡Dios bendito, Rylee! —murmura y cierra los ojos por un momento. Abre y cierra la boca como si fuera a decir algo más. Al final, me mira de nuevo—. No te haces una idea... Haces que...

Se detiene a media frase antes de levantarse de pronto y caminar hacia la ventana. Maldice por lo bajo y palidezco ante la intensidad de su reacción.

—Solo quería protegerte...

Se vuelve a callar y suspira. Se lleva una mano a la nuca y sacude la cabeza. Se queda ahí un momento, mirando al patio, los dos en silencio.

¿Hago que qué? ¿Protegerme de qué? «Termina las frases», suplico en silencio mientras observo cómo tensa el cuerpo enmarcado por la luz de la mañana. Ojalá fuese sincero por una vez. Ojalá me diera una señal de que lo que pasó fue para él algo más que un revolcón. Daría cualquier cosa por verle la cara ahora mismo. Así podría intentar adivinar las emociones que me

oculta.

Se da la vuelta y cualquier rastro de sentimientos le ha desaparecido de la cara.

—Te pedí que te quedaras —pronuncia las palabras como si fuese la única disculpa que va a ofrecer por lo que hizo—. Es lo único que te puedo dar ahora mismo, Rylee. Para lo único que sirvo.

Tiene la voz ronca e impregnada de lo que parece arrepentimiento. Me da la sensación de que quiere decirme mucho más de lo que dice, pero no sé el qué. Las palabras flotan en el aire entre nosotros por un momento, aprieta la mandíbula y me mira con intensidad.

Resoplo, incómoda por el silencio, y trato de no dar demasiado sentido a sus palabras.

—Vamos, Colton, los dos sabemos que no lo decías en serio.

Me levanto de la alfombra, me retuerzo el pelo y lo recojo en un moño.

Da un par de pasos hacia mí y tuerce los labios, como si ese gesto fuese suficiente para evitar que diga nada más. Nos quedamos a unos palmos de distancia, nos miramos, los dos a la espera de que el otro dé el próximo paso. Me encojo de hombros, bajo la mirada y jugueteo con el anillo del anular derecho. Vuelvo a mirarlo, con la esperanza de que la explicación que le dé ahogue cualquier pregunta que pudiera hacerse sobre tener que lidiar con mis expectativas de futuro. Un pasado con problemas significa drama y ya ha admitido que odia el drama.

—Digamos que me fui por motivos que no necesitas saber. —No aparta la mirada y, en silencio, pregunta por más. Resoplo—. Llevo muchas cargas a la espalda, As.

Espero que suelte un suspiro, que fabrique una fachada inexpresiva que refleje a un hombre que se distancia de las complicaciones, pero ninguna de las dos cosas pasa. En vez de eso, esboza una sonrisa arrogante y me mira divertido, ambas cosas alivian su gesto severo.

—Verás, Rylee —enfatisa con un atisbo de diversión en la voz—, yo arrastro más cargas que nadie, encanto. Suficientes para llenar la bodega de un avión.

A pesar de la sonriente fachada, un atisbo de oscuridad le cruza la mirada por un momento al recordar algún pensamiento desagradable.

Madre mía. ¿Ahora qué digo? ¿Cómo le contesto después de que insinúe tener un pasado oscuro y sórdido? ¿Qué narices le pasó? Lo miro con los

ojos como platos y me muerdo el labio inferior. ¿Es ese el motivo por el que no le va lo de tener novia? O sea, hemos pasado de las bromas y el flirteo a una conversación seria. ¿Y por qué parece que sea algo normal para nosotros?

«Porque me importa. Porque esto importa». Las palabras me cruzan la mente y tengo que alejarlas de mí, con miedo de creérmelas.

Se acerca un paso más y bajo los ojos un momento al visible pulso en la base de su mandíbula. Me apetece levantar las manos y tocarlo. Incluso consolarlo. Sentir el calor de su piel bajo las palmas. Suspiro en voz baja y levanto de nuevo la mirada, Colton esboza una sonrisa provocativa.

—Va a ser interesante —murmura y juguetea con un rizo rebelde que cuelga a un lado de mi cara.

Con los dedos me recorre el moño y tira para deshacer el nudo. El pelo me cae libre por la espalda, como una cascada de rizos. Pasa una mano por él y se detiene en mi nuca, donde el pelo está húmedo por el sudor. Me estremezco de pensarlo, pero a él no parece importarle, pues aprieta el puño y me sujeta por los rizos para que no pueda apartar la mirada.

—¿Y eso por qué? —pregunto, y una carga eléctrica me recorre y me sacude por la posesividad del agarre. Me hipnotiza, sus ojos, las líneas de su cara, la sensualidad de su boca y la forma en que le palpitan los músculos de la barbilla cuando está en conflicto.

—Verás, parece que tus cargas hacen que te asuste sentir y que te alejes constantemente, que huyas de mí —gruñe mientras desliza perezosamente un dedo por mi hombro desnudo. Lucho para evitar que mi cuerpo se incline de forma automática hacia su toque adictivo, pero no puedo. Ladea la cabeza y observa mi reacción—. En cambio, ¿las mías? Hacen que busque la sobrecarga sensorial por medio del contacto físico, la estimulación de piel contra piel. De ti debajo de mí.

Ahí está el problema: cuando habla de mí, habla de sentimiento y emociones; sin embargo, cuando se refiere a él, solo habla de contacto físico. Trato de apagar la mente. Me digo que el contacto físico es lo que quiero de él. Lo único que puedo conseguir. Reconocer que es lo único que llegaremos a compartir.

No me resulta difícil de recordar, ya que Colton se inclina y me besa con ternura. Todas las dudas desaparecen con el roce. Un beso suave, casi un suspiro, en el que nos hundimos poco a poco. Separo los labios y desliza la lengua dentro de mi boca para acariciarme y fundirse con la mía. Unos roces

perezosos y sin prisas de lengua y de las yemas de sus dedos cuando con ellos me recorre los hombros desnudos y las vértebras del cuello. Podría besarlo así para siempre, permanecer en este confuso estado de deseo. El olor a tierra de su aroma me envuelve y su embriagador sabor me consume. Solo con tocarme me arde la piel. Gruñe contra mi boca mientras me besa y el sonido vibra a través de mí.

Un dolor cálido y relajante se filtra en mi pecho y se extiende por el resto del cuerpo. Desconecto la mente y me entrego a los sentidos. Me deleito con las sensaciones que me provoca. Es como un fuego en una noche helada, como el sol que me calienta la piel en una fría mañana de primavera, el viento que me azota la cara en otoño. Es todo lo que me hace sentir viva, llena y hermosa.

Y deseada.

Meto las manos bajo el dobladillo de su camisa y las deslizo por su espalda. La piel se calienta bajo mi toque. Necesito conectar con él tanto como la luz del sol. Cuando nos tocamos, cuando lo siento, no dudo ni por un segundo que quiero esto. Que es justo lo que necesito, el tiempo que dure, porque por la oportunidad de estar con él, de seguir bajo su hechizo, apartaré a un lado mis necesidades y las enterraré para así ser quien él quiere que sea.

Colton me acuna la cara con las manos, el beso se suaviza y termina con un roce de labios tan tierno que hace que me estremezca. Suspiro contra su boca mientras me rodea con un brazo; sus fuertes músculos me envuelven en su calor. Descanso la cabeza sobre su pecho y huelo el lino limpio y el jabón fresco. Oigo el latido de su corazón, fuerte y firme contra mi oído. Cierro los ojos y deseo que este momento dure eternamente.

Apoya la barbilla sobre mi cabeza. Inhala una respiración irregular antes de hablar.

—No hay palabras para expresar cuánto te deseo, Rylee. —Me aprieta más contra él—. Cuánto me atraes.

Disfruto en silencio de la confesión con una imperceptible sonrisa en los labios. Tal vez sí le afecto. Alejo la idea de la cabeza, no quiero complicar las cosas en exceso, analizar ni pensar demasiado en este momento tan dulce y simple entre nosotros.

—¿Rylee?

—¿Sí?

—Sal conmigo, en una cita de verdad. —Su cuerpo se tensa contra el mío,

como si le costase formular la pregunta. Admitir que eso es lo que quiere—. Sal conmigo, no porque haya pagado por ello, sino porque de verdad lo quieres.

Me lleno de euforia al pensar en volver a verlo. En volver a pasar tiempo juntos.

—Di que sí, Rylee —murmura con un ligero tono de desesperación y me da un beso en la cabeza—. No te imaginas cuánto deseo que digas que sí.

Me inclino hacia atrás, sorprendida por la vulnerabilidad que demuestra tanto con la voz como con el cuerpo. ¿Por qué le preocupa que diga que no cuando cualquier otra diría que sí? Levanto la vista para mirarlo e intentar adivinar lo que siente. Veo pasión y humor, deseo y desafío, promesa y miedo. ¿Por qué este maravilloso hombre atormentado quiere pasar tiempo con alguien tan ordinario como yo? No tengo la respuesta, pero, en este momento, al mirarlo, soy capaz de ver en sus ojos mucho más de lo que le gustaría. Y lo que veo me asusta de tantas maneras que tengo que archivarlas para analizarlas más tarde cuando esté sola. Repetirlas.

Tener esperanza.

Levanto una mano para acariciarle la ligera barba y me gusta la sensación de la tosquedad bajo los dedos. La textura me confirma que el momento es real, que de verdad está aquí. Me pongo de puntillas y le doy un beso suave y casto en los labios.

—Sí.

Respiro y, con esa respuesta, a pesar de todo el autoconvencimiento mental al que me someto, sé que Colton Donovan acaba de abrir la primera grieta en el muro protector de mi corazón.

Asiente sutilmente con la cabeza, con una sonrisa tímida en la cara, sin decir nada. Me acerca a él una vez más.

—¿Esta noche? —pregunta.

Me quedo quieta y repaso el calendario mentalmente, consciente de que no tengo planes pero sin querer parecer demasiado impaciente.

—Te recogeré a las seis —decide antes de darme tiempo a contestar.

Me suelta y me mira a los ojos para comprobar que lo he oído. Ya no queda ni un solo rastro de vulnerabilidad en su mirada. La confianza habitual lo ha sustituido.

Me muerdo el labio inferior y asiento con la cabeza, de repente me siento tímida. Me coge la barbilla y me acaricia el labio con la yema del pulgar.

—Hasta luego, encanto.

—Adiós —exhalo, ya lo echo de menos.

Camina hacia la puerta, la abre y se da la vuelta hacia mí.

—Oye, ¿Ryles?

—¿Sí?

—Se acabó lo de huir —advierde con una sonrisa pícaro y cierra la puerta después de salir.

Se va y vuelvo a respirar. Tiene una presencia tan fuerte y tan dominante que inunda toda la estancia y se filtra en mis sentidos. Con él lejos, puedo procesar lo que acaba de pasar y respirar tranquila.

Me quedo donde estoy mirando a la puerta y cierro los ojos mientras asimilo todo lo que acaba de ocurrir. No se ha resuelto nada. No ha respondido ninguna pregunta: ¿por qué no tiene novias? ¿Qué hay entre nosotros si no ha sido un rollo de una noche? ¿Qué iba a decir en realidad cuando dijo que yo le hacía algo? ¿De qué me quiere proteger? ¿Cuáles son esas cargas tan pesadas que arrastra?

Doy un largo suspiro. Han quedado muchas cosas sin decir, pero, al mismo tiempo, muchas se han dicho sin palabras. Me siento en el sofá, la cabeza me da vueltas por todos los acontecimientos de la semana pasada.

—¿Ya se ha ido? —pregunta Haddie en voz baja desde el otro lado de la pared.

—Sí, cotilla. —Río—. Ven aquí y suelta lo que piensas.

—¡Madre de Dios! —grita y viene corriendo a sentarse a mi lado—. ¡Cita ardiente esta noche! —canturrea y levanta las manos al aire—. Guau, me hace falta una ducha fría después de esto.

—¿Nos has visto?

Me sonrojo al instante, avergonzada ante la idea de haber tenido público.

—No, para nada, no es eso —corrige—. Estaba en la cocina cuando habéis entrado. Si me hubiera ido, me habrías visto y no quería apartar la atención de tu numerito en el suelo —bromea en referencia a mi rutina de estiramientos—. Solo lo he oído.

Me ruborizo al saber que ha escuchado la conversación, pero también me tranquiliza. Ahora me puede dar una opinión objetiva sobre el intercambio.

—¿As? ¿Sabe de qué viene?

—¡No! —Me río.

—Joder, Ry. —Sacude la cabeza—. A ese tío lo tienes atontado.

Titubeo. La afirmación me pilla por sorpresa. Jugueteo con la cutícula de una uña e intento no precipitarme a sacar conclusiones.

—¡Qué va! Es más bien pura lujuria salvaje.

—Yo no lo veo así —responde y levanto las cejas, interrogante—. La palabra que me viene a la cabeza es «colgado».

—¿A qué te refieres?

—¡Venga ya, Rylee! ¿Fuerte y rápido? —escupe.

—Solo es sexo. —Me encojo de hombros—. No compromiso.

—¿No hay palabras para expresar cuánto te deseo? —dice.

—Otra vez, sexo —corrijo.

—¿No te imaginas cuánto deseo que digas que sí?

—Porque supone que terminará en sexo —replico con una sonrisa.

—¿Qué hay de eso de que no fue un rollo de una noche? —lo vuelve a intentar, divertida. Esboza una sonrisa en sus labios en forma de corazón, convencida de que esta vez ha demostrado que me equivoco.

—Semántica —respondo—. ¿Tal vez quiera un rollo de treinta noches? Lo único que dijo es que no fue de una.

—Eres incorregible. —Se ríe, me pone la mano en la rodilla y me da un suave apretón—. Bueno, de todas formas van a ser treinta noches de sexo salvaje —comenta entusiasmada, es evidente lo emocionada que está por mí—. ¡Esta noche vuelves a salir con él! ¡En una cita de verdad!

—Lo sé. —Suspiro y sacudo la cabeza al pensar en pasar más tiempo con Colton—. Al menos, habrá una conversación antes del sexo —bromeo, aunque la parte racional dentro de mí sabe la verdad.

Haddie estalla en carcajadas.

—Ay, Rylee, mi niña prudente. —Me da una palmadita en la pierna—. Va a ser más que divertido verte experimentar todo esto.

Levanto las cejas y sacudo la cabeza. Quiero tanto a Haddie y estoy tan confusa por toda esta situación con Colton... Doy un largo suspiro, dejo caer la cabeza en el respaldo del cómodo sofá y la inclino hacia un lado para mirarla.

—Lo he manejado bien, ¿verdad? He intentado con tantas fuerzas ser lo que él quiere que sea y...

—¡Eres lo que él quiere, Rylee! Sino no te habría seguido hasta casa —exclama, irritada por tener que volver a explicármelo—. Venga ya, Ry —dice,

ajena a lo que pienso—. ¡Lo que has hecho ha sido brillante! Anoche te largaste después del sexo y a la mañana siguiente lo tienes esperando en tu puerta. O sea... —Sacude la cabeza con una sonrisa de complicidad—. Eso es más que sexo, Ry. A ese tío lo tienes colado.

Lo que dice me cala hondo, pero me da miedo creérmelo. Me da miedo hacerme ilusiones de una posibilidad de futuro con Colton. Mi cabeza intenta aplacar lo que siento, pero falla miserablemente. La romántica incurable que hay en mí se permite soñar por un momento. Tener esperanza. Cierro los ojos y me pierdo en la idea de una posibilidad.

—¡Mierda!

Me froto la cara con las manos cuando me entra el pánico.

—¿Qué pasa?

Haddie abre los ojos y los entrecierra al observarme.

—¿Qué pasa si no puedo hacerlo?

—¿A qué te refieres exactamente? —pregunta con cautela—. Porque si es al sexo, ya es un poco tarde, hermana.

—Muy graciosa —resoplo—. Me refiero a apagar las emociones. ¿Y si me enamoro, Had? —Me incorporo y me paso los dedos por el pelo, lo que me hace pensar en Colton—. O sea, es un arrogante y un presuntuoso, que me advierte sobre él y al mismo tiempo me dice que no puede alejarse de mí. Es temerario, apasionado, sexy a rabiar y mucho más. —Me aprieto los ojos con los dedos y me quedo así un minuto, Haddie me deja ese tiempo para procesarlo todo—. No dudo que es una posibilidad. —La miro—. ¿Y si pasa, qué?

—Me parece que Colton no es el único que está colgado —dice con dulzura y la fulmino con la mirada. Se acerca a mí y me apoya la cabeza en el hombro—. Nadie te va a culpar por tener miedo, Ry, pero en la vida hay que arriesgarse. Hay que divertirse y no ir siempre sobre seguro. ¿Y qué si es algo temerario? Tal vez sea bueno que te asuste un poco. La vida empieza cuando sales de tu zona de confort. —Se recuesta y frunce las cejas—. Disfruta de un poco de sexo salvaje con él. Está claro que le gustas. Quién sabe, a lo mejor se acaba convirtiendo en algo más. A lo mejor no. Al menos te habrás arriesgado.

Capítulo 15

«La vida empieza cuando sales de tu zona de confort». Pienso en las palabras de Haddie mientras me arreglo para la cita con Colton. La canción que suena de fondo me hace sonreír. Es la que Colton mencionó en el mensaje que me envió.

Ponte algo informal. Como parece que prefieres escapar a hablar conmigo, usaré el mismo medio de comunicación que tú para darte mensajes. Taio Cruz, Fast Car. Nos vemos a las seis.

Haddie sonrió con complicidad cuando le enseñé el mensaje y se levantó a buscar el iPad para ponerme la canción. Se rio a carcajadas cuando escuchó la letra. «Te quiero conducir como a un coche de carreras». De lo más apropiada para Colton.

Cuando termina, buscamos una canción con la que responder.

—Algo que le haga pensar en ti el resto del día y que le deje de piedra — explica Haddie mientras revisa las canciones de su inmensa colección musical. Varios minutos después, grita—. ¡Esta es perfecta, Rylee!

—¿Cuál es?

—Tú escúchala —dice cuando empiezan a sonar las primeras notas.

Suelto una risotada al reconocer la canción y me gusta lo sensual que es. Antes de darnos cuenta, empezamos a bailar por la habitación cantando a grito pelado. ¡Es perfecta! *Sexy*, sugerente y demuestra seguridad, todo lo que siento pero no me atrevo a mostrar delante de él. Antes de que se me vaya el coraje, cojo el teléfono y contesto al mensaje:

Bonita canción, As. Te va de maravilla. Yo tengo otra para ti que me pega a

mí. Mya, My love is like whoa! Te espero a las seis.

A los pocos minutos, recibo una respuesta:

Joder, me la has puesto dura. A las seis.

Sonrío al acordarme de nuestro encuentro previo y me emociono ligeramente por el efecto que causé en él. Me miro en el espejo y analizo lo que me he puesto, siguiendo el consejo de Colton de llevar algo informal. He optado por mis vaqueros favoritos de True Religion y un jersey de cachemir violeta de manga corta con escote de pico sexy, pero de buen gusto. Paso de pedirle a Haddie ayuda con el maquillaje esta noche y me encargo yo misma. Algo natural y ligero: un poco de colorete, brillo de labios, la raya del párpado algo difuminada y un rímel grueso que me resalte los ojos. A pesar de pasar un rato jugueteando con el pelo, al final decido dejarlo suelto. Para terminar, me pongo un par de pendientes de perla y un par de brazaletes de oro en la muñeca.

Doy vueltas al anillo del dedo anular y considero si llevarlo o no. Me lo quito y lo miro. Tres finas tiras de diamantes entrelazadas. Pasado, presente y futuro. Todavía lo oigo susurrarme esas palabras al oído mientras miramos el anillo en mi dedo la noche que se me declaró. Cierro los ojos y sonrío por el recuerdo, sorprendida cuando las lágrimas que me suelen acechar no aparecen. Jugueteo con él por un instante antes de quitármelo con vacilación. Lo observo y lo dejo en el joyero. Vuelvo a cogerlo indecisa, cientos de emociones estallan dentro de mí.

«Un nuevo comienzo», me recuerdo con un largo y profundo suspiro, y vuelvo a dejarlo en el joyero. He llevado ese anillo todos los días durante tres años. Me siento desnuda sin él, por dentro y por fuera. Muevo los dedos y observo la franja de piel más clara que ha estado protegida del sol. Siento como si me quitasen un peso de encima y al mismo tiempo una tristeza que ya es hora de dejar atrás. Beso el lugar donde llevaba el anillo y susurro un «te quiero, Max». Me tomo un segundo para asimilar la importancia de este momento antes de volverme de nuevo hacia el espejo para darme los últimos retoques.

Me estoy poniendo unas botas de tacón negro cuando suena el timbre. Me llevo una mano a la barriga, me resulta extraño estar nerviosa. Ya me ha visto

desnuda y, aun así, siento mariposas en el estómago. Haddie me grita que ya abre ella. Cojo la cazadora de cuero y el bolso, me miro en el espejo una última vez y salgo al pasillo. Nerviosa, me paso las manos por el costado y las caderas para estirar la camiseta. La alfombra que cubre el suelo de madera silencia el ruido de los tacones. Oigo la risa del Colton mientras giro la esquina hacia el salón.

Está de espaldas a mí cuando entro en la habitación. Contengo el aliento al verlo. Lleva unos tejanos oscuros de cintura baja que le realzan el culo y los muslos. «Qué bien le queda la tela vaquera», de eso no cabe duda. Lleva una camiseta blanca de algodón que se ajusta a la perfección al ancho de sus hombros y su fuerte espalda. El pelo se le riza en la nuca y me entran ganas de enredar los dedos en él. Emanan *sex appeal*, rebeldía y confianza. Con mirarlo solo una vez, el deseo y el miedo me golpean simultáneamente. «Y esta noche es todo mío».

Antes de que Haddie se dé cuenta de que he entrado al salón, Colton se calla a media frase. Me tenso por la expectativa, y la profunda ansia que despierta en mí alcanza nuevos niveles cuando me mira por encima del hombro al sentir mi presencia. Juro que casi se puede ver la electricidad en el aire cuando nuestras miradas se encuentran.

—Rylee —pronuncia mi nombre en una respiración, solo esa palabra deja entrever muchas promesas para la noche.

—Hola, As.

Me resulta imposible ocultar cómo me alegro de volver a verlo. Sonrío y espero que note las ganas que tengo de pasar tiempo junto a él, pero a la vez temo que perciba las emociones que se esconden debajo de la emoción.

Caminamos el uno hacia el otro y me dedica una sonrisa deslumbrante. Nerviosa, jugueteo con la correa del bolso mientras me mira.

—Tan preciosa como siempre —murmura y me quedo sin aire. Levanta la mano y me acaricia el brazo desnudo, un contacto casual, pero con mucho poder—. ¿Estás lista?

—Dos simples palabras. Es todo lo que son, pero Colton consigue que suenen sugerentes. Asiento con la cabeza y murmuro una afirmación. Me pilla desprevenida cuando se inclina y me da un beso en la punta de la nariz. Un gesto de lo más simple, pero totalmente inesperado por parte de alguien como él.

—Vámonos, pues.

Miro por encima del hombro y sonrío a Haddie para despedirme en silencio. Levanta los pulgares en señal de apoyo antes de que nos vayamos.

Colton me pone la mano en la parte baja de la espalda mientras caminamos hacia el Range Rover y solo con ese simple toque me calma los nervios. Antes de abrir la puerta del copiloto, mueve la mano hasta mi estómago y me aprieta contra él. Contengo el aliento. El contacto inesperado aviva las llamas del fuego que ya ha encendido dentro de mí. Con la otra mano, me abraza los hombros y agacha la cabeza para enterrarla en el hueco de mi cuello. El calor de su aliento, el roce de su barba de tres días, la intimidad del contacto y el poder echar un vistazo al lado más cariñoso de Colton, me hace cerrar los ojos por un momento para tranquilizarme y acallar las sensaciones que se revolucionan dentro de mí.

—Gracias por decir que sí, Rylee —murmura y me besa en el hueco debajo de la oreja—. Ahora, vamos a pasarlo bien.

Apoyo la cabeza en su mejilla y, con los ojos cerrados, disfruto del calor de su piel contra la mía. Me suelta, demasiado pronto para mi gusto, y me abre la puerta del coche. Cuando llega al asiento del conductor, vuelve a sumirse en ese silencio inquietante. Se pone el cinturón y me mira de reojo. A pesar del temor que percibo en sus ojos, levanta la mano y me da un ligero apretón en la rodilla para calmarme.

Conducimos rodeados de un cómodo silencio y me dedico a observar la línea de los árboles de la calle al pasar. Ha salido la luna, llena y brillante, e ilumina la cálida noche de enero. Miro a Colton, las luces del salpicadero le iluminan la cara. Un mechón de pelo negro le cae sobre la frente y le miro los ojos, rodeados por espesas pestañas, que observan la carretera que tenemos delante. Tiene un perfil impresionante, con la nariz imperfecta, una fuerte estructura y unos labios perfectamente esculpidos. Bajo la mirada hacia sus musculosos brazos y sus manos expertas sobre el volante. La combinación de pelo oscuro, ojos translúcidos y piel bronceada con esa actitud de indiferencia, una actitud que te hace desear ser la única que le importa y la que consiga romper su coraza, debería ser ilegal. Deja sin respiración.

Cuando vuelvo a mirarlo a la cara, Colton me echa un vistazo y me sostiene la mirada antes de volver a centrarse en la carretera. Esboza una sonrisa tímida, el único gesto que hace como respuesta a mi silencioso escrutinio. El coche acelera, entramos en la autopista y me río de él.

—¿Qué pasa? —pregunta con simulada inocencia y me aprieta la rodilla.

—Sí que te gusta ir rápido, ¿eh, As? —Capto la insinuación en cuanto termino de hablar.

Me mira con una sonrisa pícaro y enfatiza cada palabra.

—No te haces una idea.

—En realidad, creo que sí —respondo irónica. Colton inclina el cuello para soltar una carcajada y sacude la cabeza—. No, en serio. ¿Qué es lo que te atrae tanto de la velocidad?

Reflexiona sobre ello un momento antes de responder.

—Intentar domar... —Se para y reconsidera la respuesta—. No, más bien intentar controlar lo incontrolable, supongo.

—Esa sí que es una metáfora apropiada.

No puedo evitar pensar que, en realidad, se refiere a algo más profundo.

—¿Por qué lo dices? —Me sigue la corriente.

—Una vez alguien me dijo que debería investigar a los tíos con los que salgo. —Lo miro y levanta las cejas—. Menudo salvaje estabas hecho de niño, ¿eh?

Colton me dedica la más deslumbrante de las sonrisas.

—Nadie podría decir que era aburrido ni predecible —reflexiona y mira por el retrovisor para cambiar de carril—. Además, es lo que pasa cuando huyes de tus demonios. —Antes de que me dé tiempo a procesar las palabras, cambia de tema con habilidad—. ¿Comida o diversión primero?

Quiero hacerle preguntas, descubrir qué quería decir con el comentario de antes, pero me muerdo la lengua y contesto.

—¡Diversión! ¡Sin lugar a dudas!

—Buena elección —responde, luego maldice por lo bajo cuando suena el teléfono en el manos libres—. Perdona —se disculpa antes de contestar.

En la pantalla del salpicadero aparece el nombre de Tawny y se me ponen los pelos de punta. Investigarlo me proporcionó más información que los líos en los que se metía. Sé cómo es Tawny y sé que ha ido con ella a un montón de eventos en el último año. Y ya van dos veces de tres que estoy con Colton y ella lo llama. La punzada repentina de celos me sorprende, pero aumenta cuando le oigo la familiaridad que tiene.

—Hola, Tawn. Estás en manos libres —avisa.

—¡Ah!

No puedo evitar alegrarme un poco cuando escucho el tono de sorpresa.

—Creí que habías cortado lo de Raquel.

—Así es —contesta cortante—. ¿Qué quieres, Tawny? —pregunta con algo de irritación.

Menudo comentario más malicioso. ¿Y si Raquel hubiera estado con él en el coche? Me da la sensación de que está marcando su territorio.

La llamada se queda en silencio.

—Eh, bueno, solo llamaba para decirte que las cartas oficiales para los patrocinios han salido hoy. —Al ver que Colton no contesta, continúa—. Eso es todo.

¿Cómo? ¿Trabaja para él? ¿Trabajan juntos? ¿A diario? Justo lo que necesito para que los celos me coman la cabeza. Maravilloso, joder.

—Genial, gracias por decírmelo.

Le da al botón de colgar y la llamada se corta de golpe. Colton suspira y una parte de mí se alegra de la impaciencia que demuestra.

—Perdona —repite, seguramente por la referencia a Raquel que ha hecho Tawny.

Así que había algo entre ellos. No era solo una chica cualquiera que conoció en el club. Mi lado malo se alegra de que, al menos, esa noche se fuera conmigo. Mi parte compasiva se apena de ella porque sé que Colton no es alguien fácil de olvidar.

—No pasa nada.

Me encojo de hombros y entonces veo dónde nos encontramos. Estamos saliendo de la ciudad, vamos en dirección contraria a donde me esperaba.

Nos sumimos en un cómodo silencio durante un par de minutos, entonces Colton da un giro y las brillantes luces de una noria iluminan el cielo. Lo miro y el corazón me da un vuelco cuando lo veo sonreír como un niño. Cruza las puertas señaladas y reduce la velocidad por el camino de tierra lleno de baches.

Abro los ojos de par en par al ver la escena que tengo delante.

—¿Te parece bien? —pregunta, y juro que lo noto nervioso, aunque no me parece posible. No en Colton Donavan, el hombre siempre seguro de sí mismo. ¿O sí?

Asiento la cabeza y me muerdo le labio inferior mientras sale del coche y lo rodea para abrirme la puerta.

—Estoy emocionada —le digo cuando me da la mano para ayudarme a salir.

Cierra la puerta y se gira hacia mí, apoyo la espalda en el coche. Los ojos le brillan de deseo al mirarme, lleva las manos a mi cuello y me acaricia las mejillas con los pulgares.

Tensa la mandíbula mientras sacude ligeramente la cabeza, una respuesta silenciosa a algún tipo de guerra interna que hace que esboce una sonrisa casi imperceptible.

—Encanto, me moría de ganas de hacer esto desde que me fui de tu casa esta mañana. —Se aproxima sin apartar la mirada—. Desde que recibí tu mensaje. —Levanta las cejas—. Me ciegas, Rylee.

Sus palabras me llegan al alma mientras recorre la poca distancia que queda entre los dos.

Captura mi boca con la suya en un beso que me deja sin aliento. Su sabor adictivo me tienta y me aturde, casi me hace perder el equilibrio. Me posee con cierta urgencia, pero, aun así, el beso está tan lleno de ternura y de emociones no identificables que no quiero que termine.

Pero lo hace, y me agarro con los dedos a sus brazos para estabilizarme. Me da un beso suave en la nariz y murmura:

—¿Lista para divertirnos un poco?

No sé qué espera que responda, ya que me acaba de dejar sin respiración, pero consigo articular las palabras cuando por fin me libera y abre la puerta de atrás.

—¡Sin lugar a dudas!

Saca una gorra de béisbol negra, algo gastada y con un punto deshilachado en la visera. El logo es un remiendo cosido de un neumático con dos alas saliendo del tapacubos que se enrolla por los bordes.

Colton se la pone en la cabeza y usa las dos manos para ajustar bien la visera, luego se gira hacia mí y sonrío avergonzado.

—Lo siento. Es más fácil si voy de incógnito desde el principio.

—No te preocupes —contesto y me muerdo el labio—. ¡Me gusta!

—¿De verdad?

Me da la mano y empezamos a caminar entre los coches aparcados de camino a la entrada.

—Sí, me van los jugadores de béisbol —bromeo y lo miro de reojo.

—¿Los conductores de coches de carreras no? —pregunta y me tira de la mano.

—No especialmente —replico inexpresiva.

—Tendré que esforzarme un poco más para convencerte —comenta sugerente.

—Te hará falta mucho poder de convicción. —Esboza una sonrisa pícaro con los ojos ocultos por la sombra de la gorra. Balanceo nuestras manos—. ¿Te apetece un desafío, As?

—Ay, Rylee —reprende—. No pidas algo que no puedes manejar. Ya te dije que puedo ser muy persuasivo. ¿No te acuerdas de la última vez que me desafiaste?

Tira de mí para acercarme a él y me rodea los hombros con el brazo.

¿Cómo olvidarlo? Estoy aquí por culpa de ese ridículo desafío.

Nos acercamos a la taquilla y Colton me suelta la mano para sacar las entradas y una pulsera que nos concede acceso a todas las atracciones. Cruzamos las puertas y Colton se clava bien la gorra para que le cubra los ojos, luego coloca una mano en mi espalda. El olor a polvo, aceite de freír y a barbacoa me inunda las fosas nasales mientras mis ojos se acostumbran a las luces parpadeantes. Escucho el ruido de la montaña rusa que tenemos a la derecha y los gritos de los que van montados en ella cuando empieza la bajada. Hay niños pequeños embelesados por todas partes, con un globo en una mano y la otra cogida a la de sus padres. Parejas de adolescentes pasean cogidos de la mano, emocionados por estar aquí sin supervisión paterna. No puedo evitar sonreír, pues, a pesar de los años que tengo, estoy emocionada, no había estado en una feria desde que tenía su misma edad.

—¿A dónde vamos primero? —pregunta Colton mientras paseamos de la mano por la calle principal, sonrientes y rechazando educadamente las ofertas de «ganar un premio» de los feriantes.

—Las atracciones, por supuesto —afirmo y miro alrededor—. Aunque no sé a cuál.

—¡Eres de las mías!

Se da una palmada en el pecho con la mano libre y me sonrío.

—¡Una yonqui de la adrenalina! —respondo y le doy un golpe en el muslo con la cadera.

—¡Tú lo has dicho! —Ríe mientras nos acercamos a lo que parece ser el centro del «Camino de las Atracciones», según indica el cartel—. Bueno, Rylee, ¿cuál eliges?

Miro alrededor y me doy cuenta de que hay varias mujeres que nos observan. Al principio me preocupa que hayan reconocido a Colton, pero

después me doy cuenta de que, seguramente, solo echan un vistazo al tío bueno que tengo al lado.

—Pues... —Observo las atracciones que nos rodean y me decido por mi favorita desde hace mucho. Señalo a la que tenemos más cerca—. ¡Me encantaba cuando era cría!

—Las tazas giratorias, todo un clásico —ríe Colton y tira de mí en esa dirección—. ¡Venga, vamos!

Su entusiasmo es contagioso. Alguien que da vueltas a una pista a cientos de kilómetros por hora, se codea con las estrellas más famosas de Hollywood y que podría estar en cualquier otro lugar mucho más glamuroso ahora mismo, emocionado por subir a una simple atracción de feria. Conmigo. Que alguien me pellizque.

Nos ponemos a la cola y me da un golpe suave con el hombro.

—Cuéntame más cosas de ti.

—¿Ahora toca el interrogatorio? —bromeo, divertida—. ¿Qué quieres saber?

—¿Cuál es tu historia? ¿De dónde eres? ¿Cómo es tu familia? ¿Cuáles son tus vicios ocultos? —sugiere, me coge la mano y se la lleva a los labios. Ese gesto de cariño se cuela entre las murallas de mi corazón.

—Todos los detalles jugosos, ¿no?

—¡Exacto! —Se le ilumina la cara con una sonrisa y me acerca a él para apoyarme una mano en el hombro—. Cuéntamelo todo.

—A ver, me crié en una familia típica de clase nadie en San Diego. Mi madre tiene un negocio de interiorismo y mi padre repara objetos antiguos.

—Genial —exclama y me levanta la mano para entrelazarla con la que tiene apoyada en mi hombro—. ¿Cómo son?

—¿Mis padres?

Asiente con la cabeza. La pregunta me sorprende porque no es para nada superficial. Es como si de verdad quisiera conocerme.

—Mi padre es un perfeccionista, le gusta que todo esté en orden; sin embargo, mi madre es muy creativa, un espíritu libre. Los polos opuestos se atraen, supongo. Nos llevamos muy bien. Les dio mucha pena que me quedase en Los Ángeles después de la universidad. —Me encojo de hombros—. Son geniales, pero se preocupan demasiado. Como todos los padres, ya sabes. —Avanzamos en la cola cuando el siguiente grupo de personas sube a la atracción—. Tengo mucha suerte de tenerlos —digo, y siento una punzada de

nostalgia. Hace ya un par de semanas que no los veo.

—¿Algún hermano? —pregunta Colton mientras juguetea con mis dedos.

—Un hermano mayor, Tanner. —Pensar en él me hace sonreír. Colton se da cuenta de la veneración en mi voz al hablar de él y me sonrío—. Viaja mucho. Nunca sé dónde va a estar la siguiente semana. Es corresponsal de prensa en Oriente Medio.

Se percata de que frunzo el ceño.

—No es el trabajo más seguro del mundo ahora mismo. Parece que te preocupas mucho.

Me inclino hacia él.

—Bastante, pero lo que hace le encanta.

—Lo comprendo perfectamente. —Avanzamos otra vez—. ¿Qué piensas? ¿Nos tocará esta vez?

Me coloco delante de él y me pongo de puntillas para evaluar la cosa. Siento un cosquilleo cuando Colton apoya las manos a ambos lados de mi torso, entre la cintura y la cadera. Miro un poco más de lo necesario para que no aparte las manos.

—Creo que la siguiente —contesto y vuelvo a apoyar los talones en el suelo.

En vez de apartar las manos, me rodea con los brazos y apoya la barbilla en mi hombro. Me recuesto contra él, suavidad contra dureza, y cierro los ojos para disfrutar del momento.

—Venga, acaba de hablarme de ti —me susurra al oído, y al hablar me roza el cuello con la aspereza de su barba.

—La verdad es que no hay mucho que contar. —Me encojo de hombros sin moverme demasiado, no quiero que me suelte—. Practiqué muchos deportes en el instituto, estudié en la UCLA y Haddie fue mi compañera de habitación en primero. Cuatro años después, me especialicé en Psicología y Trabajo Social. Conseguí trabajo y llevo ahí desde entonces. Bastante aburrido.

—Lo normal no es aburrido —me corrige—. Es deseable.

Quiero preguntarle a qué se refiere, pero la cola avanza y llegamos al suelo inestable de la atracción. Nos metemos en una de las tazas, bajamos la barra de seguridad y esperamos a que todas las demás se llenen. Colton me rodea la espalda con el brazo y continúa con el interrogatorio.

—¿Qué hay de los vicios ocultos? ¿Qué necesitas para vivir?

«¿Aparte de ti?». Casi se me escapa, pero me contengo. Lo miro y entrecierro los ojos mientras le doy vueltas a la pregunta.

—No te rías —advierto.

Suelta una carcajada.

—Ahora me ha picado la curiosidad.

—A ver, aparte de las típicas cosas de chicas, el vino, los bombones y el helado de menta con chocolate... —Hago una pausa para pensar y esbozo una sonrisa—. Diría que la música. —Colton levanta las cejas—. No es muy escandaloso que se diga, lo sé.

—¿Qué tipo de música?

Me encojo de hombros.

—De todo tipo, en realidad. Depende de cómo me sienta.

—Cuando más lo necesitas, ¿qué escuchas?

—Me da vergüenza decirlo. —Me tapo los ojos con las manos—. La lista de los cuarenta, sobre todo las canciones de pop cursis.

—¡No! —grita con horror fingido y ríe a carcajadas—. Por favor, dime que no te gustan las *boy bands* —se burla sarcástico. Cuando lo miro con una enorme sonrisa, rompe a reír—. Mi hermana y tú os llevaríais de maravilla. He tenido que escuchar esa mierda durante años cuando éramos críos.

¿Piensa presentarme a su hermana? Rápidamente, disimulo la sorpresa de la cara y contesto.

—¡Pues tiene un gusto musical excelente! —bromeo—. Oye, vivo en una casa llena de adolescentes, oigo música de los cuarenta constantemente.

—Buen intento, pero no hay nada que justifique que te gusten las *boy bands*.

—¡Eres todo un machote!

—¿Preferirías que fuera otra persona? —pregunta, y me da con el dedo en la punta de la nariz cuando me río y niego con la cabeza. Se inclina hacia delante y mira alrededor para ver cuándo vamos a empezar a movernos—. Allá vamos.

No se me escapa que solo hemos estado hablando de mí. Estoy pensando en ello cuando la atracción empieza a dar vueltas y a girar a toda velocidad. Caigo contra Colton y me rodea con el brazo para sujetarme con fuerza contra él. Se ríe como un crío por la emoción y le digo que cierre los ojos para amplificar las sensaciones. Estoy segura de que dice algo de enseñarme eso mismo más tarde, pero se me olvida preguntar porque, tan pronto como

empieza, el viaje termina.

Nos montamos en otras atracciones: las sillas voladoras, el remolino; nos besamos en el paseo de los amantes en la Casa de la Risa, levantamos las manos por encima de la cabeza en la bajada de la montaña rusa y nos balanceamos a un lado y a otro en el barco vikingo. Nos bajamos de la lanzadera después de que el estómago nos dé un vuelco y Colton afirma que deberíamos beber algo.

Nos acercamos a un puesto de comida donde compra un par de bebidas y un algodón de azúcar gigantesco. Me mira, muy serio.

—No hay feria que valga si no acabas con un empacho mortal de azúcar.
—Me mira con una sonrisa de niño travieso que me derrite el corazón.

Me río mientras caminamos hasta un banco cercano. Cuando estamos a punto de llegar, oigo una voz detrás de nosotros.

—¿Disculpe?

Nos giramos y vemos a una mujer de mediana edad.

—¿Sí? —pregunto, aunque está claro que no le podría importar menos. Tiene la atención fija en Colton.

—Perdón por interrumpir, pero mi amiga y yo tenemos una apuesta, ¿es usted Colton Donavan?

La mano de Colton se tensa contra la mía, pero se mantiene inexpresivo. Esboza una sonrisa y me mira de reojo antes de contestar a la mujer que tenemos delante.

—Muy halagador por su parte, señora, pero siento decepcionarla. La verdad es que me lo dicen mucho. —La decepción aparece en el rostro de la mujer—. De todas formas, gracias por el cumplido, soy As Thomas —dice Colton, y levanta la mano para estrechársela.

«¿As?». Escuchar la mezcla del mote que le he puesto y mi apellido me hace sonreír ante la idea de que ha pensado en nosotros dos combinados. Conectados.

La mujer le estrecha la mano no muy convencida y farfulla:

—Encantada de conocerle. —Avergonzada por la interrupción, se da la vuelta en cuanto puede y vuelve con sus amigos.

—Igualmente, señora —grita Colton a su espalda. Relaja la rigidez de los hombros en cuanto le damos la espalda y volvemos a caminar en dirección al banco. Suspira en voz baja—. Odio hacer eso. No me gusta mentir así —explica—. Pero en cuanto una persona me reconoce, todo se desmadra.

Empiezan las fotos con el móvil, las publicaciones en Facebook y, antes de darnos cuenta, estamos rodeados de *paparazzis* y me paso el resto de la velada atendiendo a extraños e ignorándote a ti.

La explicación me coge por sorpresa y me halaga.

—Así es mi vida —continúa—, la mayoría del tiempo. Ya de por sí me crié en una familia famosa, pero además elegí ser una persona pública. Acepto que me van a seguir, a hacer fotos y a pedir autógrafos. Lo entiendo —dice mientras nos sentamos en el banco—, y no me importa, de verdad. Quiero decir que no me quejo. Normalmente me gusta, sobre todo cuando son niños. Pero algunas veces, como esta noche. —Se ajusta la gorra más abajo—. No quiero que me molesten. —Se inclina hacia delante y ladea la cabeza para no darme en la frente con la visera—. Quiero que estemos tú y yo solos.

Se acerca y me da un beso corto, pero dulce, para enfatizar sus últimas palabras.

Me aparto y le sonrío con coquetería mientras levanto una mano y juego con los mechones de pelo rizado que le salen por debajo de la gorra en la nuca. Nos miramos el uno al otro unos segundos y expresamos sin palabras cientos de sentimientos: lujuria, deseo, placer, diversión y compatibilidad. Ensancho la sonrisa.

—As Thomas, ¿eh?

Me devuelve la sonrisa y se le arrugan las comisuras de los ojos.

—Fue lo primero que se me ocurrió. —Se encoge de hombros y levanta las cejas—. Si hubiese dudado, se habría notado que mentía.

—Cierto —concedo y cojo un poco del algodón de azúcar que me ofrece—. Madre mía, ¡es lo más dulce que he probado nunca!

—Lo sé. Puro azúcar. —Ríe y me mira con los ojos bien abiertos—. ¡Por eso está tan bueno! —Echa un vistazo a las atracciones—. ¿Sabes?, cuando era pequeño, después... —Hace una pausa—. Después de conocer a mis padres, me malcriaban llevándome a partidos de béisbol. Me ponía malísimo de comer estas cosas.

Esboza una sonrisa casi imperceptible al recordar. No puedo evitar preguntarme cómo sería su vida antes de conocer a sus padres.

Nos sumimos en un cómodo silencio y observamos las atracciones y a la gente que nos rodea mientras comemos el algodón de azúcar. Me lo estoy pasando de maravilla. Colton es atento y encantador y parece realmente interesado en conocerme como persona. Supongo que me esperaba un interés

más superficial, pero estaba equivocada.

Me aprieta la rodilla con la mano y señala a la única atracción en la que todavía no hemos subido.

—¿Lista para la cremallera, Ryles?

Palidezco al pensar en meterme en una jaula diminuta que da vueltas por el aire. Que me empujen y me sacudan mientras estoy encerrada. Trago saliva.

—La verdad es que no. —Sacudo la cabeza.

—Vamos, ánimo —me presiona, divertido.

La claustrofobia me acecha y meneo los hombros para alejar la sensación.

—Lo siento, no puedo —farfullo y me sonrojo avergonzada—. Soy muy claustrofóbica —le explico mientras me aparto el pelo de la cara.

—Me he dado cuenta —afirma con ironía. Levanto las cejas y continúa—. El almacén, ¿te acuerdas? ¿Detrás del escenario? —dice con una sonrisa pícara.

—Ah, sí. —Me pongo colorada, avergonzada por cómo actué entonces—. ¿Cómo olvidarlo?

—¿Siempre has sido así o es que tu hermano te encerró en un armario y se olvidó de ti cuando erais pequeños? —se mofa y se ríe divertido al pensarlo.

—No.

Sacudo la cabeza y aparto la mirada con la esperanza de que no se haya dado cuenta de que las lágrimas empezaban a brotar de mis ojos por el recuerdo. A pesar de que han pasado dos años, cuando los viejos demonios salen a la superficie me duele como si fuera ayer. Levanto la mano para tocar el anillo de compromiso y me encuentro con un espacio vacío. Respiro agitadamente y cierro los ojos un instante para controlar las emociones. Me enfado conmigo misma por reaccionar así ante la sugerencia de subir a una estúpida atracción de feria.

Colton deja de reírse al momento, cuando se da cuenta de lo nerviosa que estoy, y me rodea los hombros con el brazo para acercarme a él.

—Oye, Rylee, lo siento. No pretendía...

—No, no pasa nada —interrumpo e inclino la cabeza para quedar fuera de su alcance, avergonzada por mi reacción, y para escapar del calor de su cuerpo—. No tienes que disculparte. Soy yo la que debería hacerlo. —Asiente con la cabeza y con los ojos me suplica que siga hablando—. Tuve un accidente de coche bastante malo hace un par de años. Estuve un tiempo atrapada. —Sacudo la cabeza para despejar los vívidos recuerdos—. Desde

entonces, no soporto estar en espacios pequeños, sentirme acorralada.

Me coloca las manos en la espalda y me acaricia para tranquilizarme.

—¿Las cicatrices? —pregunta.

—Ajá —contesto, con la voz todavía temblorosa.

—¿Pero ya estás bien? —La preocupación real que demuestra me hace mirarlo y sonreír.

—Físicamente, sí —contesto mientras me acomodo contra él y apoyo la espalda sobre su pecho. Me rodea con el brazo de forma inmediata—. Emocionalmente... —Suspiro—. Tengo mis días. Ya te lo dije, Colton, cargas.

Me da un beso en un lado de la cabeza y deja los labios ahí. Intuyo las preguntas que le gustaría hacerme. ¿Qué pasó y cómo de malo fue? ¿Por qué un accidente es una carga emocional que me hace huir de él? No quiero que la noche se estropee, así que cojo un poco de algodón de azúcar y me doy la vuelta para mirarlo, con la rodilla doblada sobre su muslo. Le acerco el algodón a la cara.

—¿Te gusta muy dulce, As? —coqueteo con él, me paso la lengua por el labio inferior y, después, de forma provocativa, coloco el algodón entre los labios.

Se inclina hacia mí con los ojos oscurecidos por el deseo y una sonrisa pícara.

—Encanto, tú ya eres lo bastante dulce.

Da un mordisco al trozo de algodón que tengo en la boca, me muerde el labio inferior intencionadamente y tira de él. Después, lo recorre con la lengua. Me excita escuchar el grave gruñido que se le escapa. Me entran ganas de llenarme de él. Aquí y ahora.

—Desde luego, me gusta cómo sabe —murmura contra mis labios—. Habrá que guardar esto para después. —Me roza los labios con los suyos—. Por si necesitas endulzarte un poco cuando acabe contigo.

Siento cómo sonrío junto a mi boca. Sus sugerentes palabras me provocan una punzada en la parte baja del estómago. La promesa de más hace que me humedezca y convierte esa punzada en una quemadura ardiente.

Suspiro, totalmente hechizada y embelesada. Apoyo la frente en la suya y me tomo un minuto para recomponerme.

—Bueno —dice, se aparta y me da un beso en la frente—. Nos quedan dos cosas por hacer antes de irnos.

Se levanta del banco, sujeta la bolsa cerrada con el algodón de azúcar

debajo del brazo y, con una sonrisa en la cara, me da la mano para levantarme.

—Ah, ¿sí? ¿Y cuáles son?

—Subir a la noria —dice, y me da una palmadita en el culo—. Y te tengo que conseguir un peluche.

Me río en voz alta y nos dirigimos a la noria. La cola es corta y hablamos, sorprendidos, de la cantidad de cosas que tenemos en común a pesar de venir de mundos tan distintos. De lo mucho que se parecen nuestros gustos y de que nos gustan las mismas películas y programas de televisión.

Nos llevan hasta la cabina y nos sentamos con la barra de seguridad sobre el regazo. Empezamos a movernos despacio y Colton me rodea con el brazo.

—Al final no terminaste de hablarme de ti.

—¿Qué es esto? —Río—. No se me ha escapado que tú todavía no has soltado prenda.

—Seré el siguiente —promete, y me da un beso en la sien mientras me recuesto entre el calor y la seguridad de sus brazos, y la cabina asciende. Señala a un vendedor que hace malabares con pelotas en el suelo a nuestros pies—. Dime Rylee. ¿Cómo te imaginas el futuro? ¿Un buen marido, dos coma cinco hijos y una valla blanca?

—Tal vez. Algún día. Pero el marido tendrá que ser y estar bueno —bromeo y me río en voz alta—. Pero nada de niños.

Se tensa por lo que digo y el silencio es ensordecedor hasta que responde.

—Me sorprendes. Te encantan los niños. Trabajas con ellos a diario. ¿No quieres tenerlos?

Noto la confusión en su voz y cómo mueve la mandíbula apoyada sobre mi cabeza.

—Ya veremos lo que me depara el destino —contesto y espero que le valga con esa respuesta y no indague más—. ¡Mira! —Señalo la línea del horizonte donde la mitad de la luna llena asoma sobre las colinas, feliz por cambiar de tema—. Es precioso.

—Sí —murmura y nos sentamos a observar la escena mientras seguimos subiendo—. Sabes lo que hay que hacer cuando lleguemos arriba, ¿verdad?

—No, ¿el qué? —pregunto y me separo del calor de su abrazo para mirarlo.

—Esto.

Acerca la boca a la mía y me agarra del pelo. El ansia del beso es tan notable que me pierdo en él y en el momento. Con la lengua me abre los

labios y lame la mía de forma seductora. Siento el ligero balanceo de la noria, el calor de sus dedos al rozarme la mejilla, el dulce sabor a algodón de azúcar y el silencioso sonido de mi nombre entre sus labios. La sensación cuando la cabina empieza el descenso hace que nos retiremos, dejando a un lado la abrasadora pasión que arde entre los dos.

—Dios bendito —murmura, divertido mientras se remueve en el asiento para ocultar la erección que le presiona la costura del pantalón—. Haces que me porte como un adolescente. —Sacude la cabeza, avergonzado.

—Vamos, As —digo con el ego por las nubes—. Me debes un peluche.

Treinta minutos y varios juegos después, me duele el costado de reírme de las payasadas de Colton, pero soy la orgullosa dueña de un asimétrico perro de peluche gigantesco. Me apoyo en la pared de uno de los edificios permanentes del recinto, con una pierna doblada y el pie apoyado en la pared, y mi nuevo amigo apoyado en la cadera. Observo a Colton jugar a un último juego, coge el premio pequeño que ha ganado y se lo da al niño que está a su lado en la caseta. Le revuelve el pelo al chico y le sonrío a su madre antes de volver conmigo. Los músculos se le marcan debajo de la ropa al moverse. Soy incapaz de apartar la vista de él, tiene un cuerpo hecho para el pecado. También me doy cuenta de que no soy la única que lo mira, la madre sigue a Colton con la mirada cuando se va, con expresión satisfecha.

—¿Te diviertes? —pregunta cuando se acerca y tira de la oreja del perro de peluche.

Sonrío como una tonta. Como si le hiciera falta preguntarlo. Estoy aquí con él, ¿no?

Me acaricia la mejilla con el dedo.

—Me encanta cuando sonrías, Rylee. Como ahora. —Me coge por el cuello y con el pulgar me recorre el labio inferior. Me mira a los ojos y casi me traspasa—. Se te ve tan despreocupada y alegre. Tan guapa.

Inclino la cabeza y separo los labios por el roce del pulgar.

—¿Tan distinta a ti? —pregunto. Levanta las cejas interrogante—. Cuando sonrías, pareces pícaro, parece que vas a causar problemas. —«Y a romperme el corazón», pienso. Sacudo la cabeza cuando esboza esa misma sonrisa de la que hablo. Le acaricio el pecho con la mano libre y disfruto de cómo sisea en respuesta, así como del fuego en sus ojos—. Llevas «chico malo» escrito en la cara.

Ensancha la sonrisa.

—Chico malo, ¿eh?

Ahora mismo, en este momento, no existe la más mínima posibilidad de que pudiera resistirme a él con esa sonrisa, esos ojos esmeralda y ese pelo alborotado. Lo miro a través de las pestañas y me muerdo el labio inferior.

—Dime, Rylee, ¿eres una de esas chicas a las que les van los chicos malos? —pregunta, con la voz teñida de deseo, los labios a centímetros de los míos y con una mirada desafiante.

—Para nada —susurro, apenas consigo mantener la calma suficiente para hablar.

—¿Sabes qué les gusta hacer a los chicos malos?

Me coloca una mano en la parte baja de la espalda y me empuja contra él. Siento una explosión de placer ahí donde nuestros cuerpos se juntan.

«¡Ay, Dios!». Su toque. Su cuerpo duro contra el mío me hace desear cosas que no debería. No de él. Pero ya no me quedan fuerzas para resistirme. Respiro entre jadeos, no muy segura de si seré capaz de hablar.

—No...

Es lo único que consigo articular como respuesta. Entre suspiros, Colton estrella la boca contra la mía en un beso abrasador que me arrasa con un deseo casi mortal. Me besa como si estuviésemos en la intimidad de su dormitorio. Me recorre el torso con las manos, me acaricia el cuello y me acuna la cara mientras, despacio, reduce la intensidad del beso.

Me besa en la nariz, gesto que ahora le representa, y después se retira, todavía con esa expresión maliciosa en la mirada.

—¿A los chicos malos? —dice mientras la cabeza todavía me da vueltas—. Nos gusta...

Se inclina y acerca los labios a mi oreja, el calor de su aliento me hace cosquillas en la piel. Estoy convencida de que va a decir algo erótico, algo picante que quiere que hagamos, porque hace una pausa llena de significado que me deja expectante.

—¡Cenar!

Echa la cabeza atrás y suelto una carcajada mientras lo empujo con la mano que tengo en su pecho. Se ríe conmigo y me quita el peluche de los brazos.

—¡Te pillé! —dice, y me da la mano. Así, nos despedimos de la feria.

Caminamos hasta el coche mientras charlamos animadamente y salimos del *parking*. Colton enciende la radio y canturreo por lo bajo mientras

conduce.

—Sí que te gusta la música, ¿eh?

Le sonrío y sigo cantando.

—Te sabes la letra de todas las canciones que suenan.

—Es mi terapia particular —contesto mientras ajusto el cinturón de seguridad para poder volverme hacia él.

—¿Tan horrible es la cita que necesitas terapia? —bromea.

—¡Cállate! —me río de él—. Hablo en serio. Es terapéutico.

—Explícate —me pide, con el ceño fruncido de la concentración cuando llegamos a la interestatal 10.

—La música, las palabras, las sensaciones que representan, lo que no dicen. —Me encojo de hombros—. No sé. A veces creo que la música expresa las cosas mejor que yo. Así que, indirectamente, cuando canto, todo lo que me da demasiado miedo decir, puedo dejarlo salir con una canción. Supongo que es la mejor forma de describirlo.

Me ruborizo y me siento tonta por no ser capaz de explicarlo mejor.

—No te avergüences —me dice y levanta la mano para apoyarla en mi rodilla—. Lo entiendo, sé lo que quieres decir.

Limpio la pelusa imaginaria de mis vaqueros, un hábito nervioso que tengo cuando me siento acorralada.

—Después del accidente. —Trago saliva, sorprendida de que me encuentre lo bastante cómoda como para contar esto de forma voluntaria. Partes de mí de las que casi nunca hablo—. Me ayudó muchísimo. Cuando volvía a casa del hospital, la pobre Haddie acabó hasta las narices de escuchar las mismas canciones una y otra vez, hasta me amenazó con tirarme el iPod a la basura. —Sonrío al acordarme de lo harta que estaba de Matchbox Twenty—. Incluso ahora lo uso con los chicos. Cuando llegan por primera vez o lo están pasando mal, cuando no pueden expresar cómo se sienten, usamos la música para ayudarlos. —Me encojo de hombros—. Suena ridículo, lo sé, pero funciona.

Colton me mira con expresión sincera.

—Los quieres mucho, ¿verdad?

Contesto sin pensármelo ni un instante.

—Con todo el corazón.

—Tienen suerte de tenerte para luchar por ellos. Es un camino muy duro para un niño. Te puede dejar bien jodido. —Sacude la cabeza y se queda en

silencio.

Percibo la tristeza que emana de él. Bajo la mano y enredo los dedos con los suyos, apoyados sobre mi pierna, y le doy un apretón de apoyo. ¿Qué le pasó a este hombre tan maravilloso para que un momento esté *sexy* y divertido y al siguiente callado y meditabundo? ¿Qué le hace poner esa mirada angustiada? ¿Qué le ha empujado a conseguir siempre lo que quiere, a tener éxito a toda costa?

—¿Quieres hablar de ello? —pregunto en voz baja. No quiero ser cotilla, pero quiero que comparta conmigo los secretos que le atormentan.

Suspira en voz alta y el silencio enrarece el ambiente. Le miro de reojo y lo veo fruncir los labios por el estrés. Las luces de los coches al pasar le dibujan sombras en la cara que le hacen parecer todavía más inaccesible. Me arrepiento de haber preguntado, tengo miedo de haberlo obligado a sumergirse en sus recuerdos.

Colton aparta la mano de la mía, se quita la gorra y la tira al asiento trasero. Se revuelve el pelo y aprieta la mandíbula una y otra vez.

—Joder, Rylee. —Estoy convencida de que eso es todo lo que voy a conseguir, pero, entonces, continúa—. No... —Se calla y sale de la autopista. Agarra el volante con fuerza con las dos manos—. No necesito atormentarte con mis demonios. Llenarte la cabeza con mierdas que pondrían cachondo a un loquero. Darte munición para diseccionar y echármelo en cara por todo lo que haga y lo que diga, cuando lo joda todo.

Me doy cuenta inmediatamente de que ha dicho «cuando» y no «si». La crudeza de las emociones que esconden sus palabras me sacude más fuerte incluso que la intensidad con la que las dice. Los años de experiencia me dicen que todavía está sufriendo, que sigue lidiando con lo que sea que le pasó hace mucho tiempo.

Nos paramos en un semáforo y Colton se frota la cara con ambas manos.

—Oye, lo siento.

—No tienes que disculparte, Colton. —Levanto la mano y le aprieto el brazo—. Ni lo pienses.

Agacha la cabeza un instante y cierra los ojos. La levanta de nuevo y me mira con una sonrisa reservada y llena de pesar.

—Gracias —murmura.

Vuelve a mirar a la carretera y pisa el acelerador cuando la luz del semáforo cambia.

Capítulo 16

Nuestra cena tardía es increíble. Colton me lleva a un restaurante modesto con ambiente surfista en la Carretera 1, al norte de Santa Mónica. A pesar de que es sábado por la noche y el local está abarrotado, en cuanto ve a Colton, la encargada lo saluda y nos conduce a una mesa algo más privada en el patio con vistas al mar. El ruido de las olas hace de música de ambiente para la velada.

—¿Vienes mucho por aquí? —pregunto con ironía—. ¿O solo te aprovechas de que la encargada está loquita por ti para conseguir la mejor mesa?

Me dedica una sonrisa que me para el corazón.

—Rachel es una buena chica. Su padre es el dueño. Tiene una escalera para subir al tejado. A veces subíamos juntos a beber unas cervezas, charlar un rato y escapar de la locura. —Se inclina hacia delante y con el dedo me da un golpecito en la punta de la nariz—. Espero que te parezca bien.

—¡Pues claro! Me gusta el ambiente relajado —le digo. Cuando ensancha la sonrisa y se le oscurecen los ojos, lo miro confundida—. ¿Qué pasa?

Da un sorbo de su botella de cerveza con expresión divertida.

—A mí también me gusta que estés relajada, no solo el ambiente.

El comentario me provoca mariposas en el estómago. Suelto una risita y le doy un manotazo medio en broma. Me coge la mano y se la lleva a los labios como por casualidad, después se la lleva al muslo y la sujeta ahí con su mano.

—No, en serio —explica—, esto es mucho más de mi estilo que la vida y las expectativas de lujo y *glamour* de mis padres. A mi hermana le va mucho más ese estilo que a mí.

Pone los ojos en blanco, aunque la adoración que siente por ella resulta evidente cuando la menciona.

—¿Cuántos años tiene?

—¿Quinlan? Veintiséis, y es un grano en el culo. —Ríe—. Ahora está en la Universidad del Sur de California. Es prepotente, autoritaria, sobreprotectora y...

—Y te quiere con locura.

Esboza una sonrisa de niño mientras me da la razón asintiendo con la cabeza.

—Así es. —Medita sus palabras con esmero—. El sentimiento es mutuo.

Resulta encantadora su capacidad de expresar cuánto quiere a su hermana, sobre todo en un hombre que, de otro modo, nunca está dispuesto a mostrar lo que siente.

Llega la camarera, lo que pone en pausa la conversación, y me pregunta si estoy lista para pedir, aunque no aparta la mirada de Colton. Quiero decirle que la entiendo, que a mí también me tiene hechizada. No estoy segura de lo que quiero, así que miro a Colton.

—Tomaré lo mismo que tú.

Levanta la vista y me mira sorprendido.

—Tienen las mejores hamburguesas, ¿qué te parece?

—De maravilla.

—Eres de las mías —bromea, y me aprieta la mano—. Dos hamburguesas surfistas con patatas y otra ronda de bebidas, por favor —le dice a la camarera y, cuando le devuelvo el menú, me doy cuenta de que se ha sonrojado por la atención de Colton.

—Háblame de tus padres.

—Vaya, vaya. Es la hora de diseccionar a Colton, ¿eh? —se burla.

—Tú lo has dicho, As. Escúpelo —digo y bebo un sorbo de vino.

Se encoge de hombros.

—Mi padre destaca en todo lo que hace. Absolutamente en todo. Es comprensivo, siempre ve el lado positivo de las cosas y ahora es un gran amigo para mí. Mi madre es más reservada. Pero es la que mantiene unida a la familia. —Sonríe ligeramente al pensarlo—. Pero tiene carácter y un don para el drama cuando lo considera necesario.

—¿Quinlan es adoptada?

—No. —Se acaba lo que le queda de cerveza y sacude la cabeza—. Es biológica. Mis padres decidieron que con una era suficiente por el horario tan loco que llevan y los viajes de grabación. —Levanta las cejas—. Entonces, mi

padre me encontró.

La simplicidad de la última afirmación y la crudeza que esconden las palabras son de lo más profundo.

—¿Fue difícil? ¿Que ella fuera biológica y tú adoptado?

Medita la pregunta y gira la cabeza para mirar el restaurante.

—A veces creo que me aprovechaba un poco. Sin embargo, llegado el momento, me di cuenta de que mi padre no tenía por qué haberme llevado a casa aquel día. —Juguetea con la etiqueta de la botella vacía—. Podría haberme entregado a los servicios sociales, y a saber qué me habría pasado, porque no es que sean la mejor organización que se diga. Pero no lo hizo. —Se encoge de hombros—. Con el tiempo, me di cuenta de que me querían, que de verdad querían que estuviera con ellos, porque se quedaron conmigo. Me hicieron parte de la familia.

Me quedo algo sorprendida por la sinceridad de Colton, esperaba que esquivase las preguntas. Se me parte el corazón al pensar en el niño que fue. Sé que está omitiendo lo duro que debió de ser llegar a una familia ya formada.

—¿Cómo fue crecer con unos padres famosos?

—Está claro que ahora me toca a mí el interrogatorio —bromea mientras estira el brazo y lo apoya en mi respaldo para jugar con uno de mis rizos—. Hicieron todo lo que pudieron para alejarnos a Quin y a mí de todo eso. Por aquel entonces, los medios no eran como ahora. —Se encoge de hombros—. Había normas estrictas y cenas familiares obligatorias los domingos cuando mi padre no estaba de viaje. Para nosotros, las estrellas de cine que venían a las barbacoas no eran más que Tom y Russell, como cualquier otra persona que se invita a una reunión familiar. No conocíamos otra cosa. —Esboza una amplia sonrisa—. Dios, cómo nos consintieron, intentaban compensar todo lo que me había perdido los primeros años de vida.

Deja de hablar cuando nos traen la comida. Le damos las gracias a la camarera y añadimos las salsas a las hamburguesas, cada uno sumido en sus pensamientos. Me sorprende cuando Colton vuelve a hablar y me sigue explicando cosas de su infancia.

—Daba un montón de problemas —reconoce—. Siempre la liaba de una forma u otra y tenían que arreglar el desastre. Les desafiaba. Me rebelaba contra ellos, y contra todo, en realidad, a cada oportunidad.

Doy un mordisco a la hamburguesa y se escapa un gemido de lo buena que

está. Sonríe.

—¡Te dije que eran las mejores!

—¡Está increíble! —Acabo de masticar—. Buenísima. —Me limpio la comisura del labio con una servilleta y continúo con el interrogatorio—. ¿Por qué Donovan? ¿Por qué no Westin?

—¿Por qué «as»? —contraataca con una sonrisa desafiante—. ¿Por qué no «semental» o «amorcito»?

Tengo que esforzarme mucho para no estallar en carcajadas. En vez de eso, ladeo la cabeza, lo miro divertida y frunzo los labios. Sentía curiosidad por cuánto tiempo iba a tardar en hacerme esa pregunta.

—Lo de semental no podría sonar peor. —Al final me río, apoyo los codos en la mesa y la cabeza en las manos—. ¿Estás evitando la pregunta, As?

—No. —Se recuesta en la silla sin apartar la mirada—. Te responderé si tú me respondes a mí.

—¿Así es como funciona? —Arqueo una ceja—. ¿Enséñame lo tuyo y te enseñaré lo mío?

La mirada de Colton se ilumina y refleja desafío y diversión.

—Nena, ya he visto lo tuyo —dice, me dedica una rápida sonrisa y recorre la distancia que nos separa para besarme. Después se aparta, antes de que me dé tiempo a disfrutar de verdad el beso. El cuerpo me zumba de excitación y frustración—. Aunque estaría encantado de volver a ver todo el paquete.

Se me nubla la mente y se me tensan los músculos solo de pensarlo, la tensión sexual es palpable entre los dos. Cuando creo que ya puedo hablar sin que me falle la voz, continúo.

—¿Cuál era la pregunta? —bromeo y pestañeo con coquetería.

—¿As? —Se encoge de hombros y saca la lengua para lamerse el labio inferior—. ¿Por qué me llamas así?

—Es algo que Haddie y yo nos inventamos hace muchos años en la universidad.

Colton levanta las cejas en un silencioso intento de que le cuente más, pero solo le sonrío con timidez.

—Entonces, ¿significa algo? ¿Y no se refiere a mí en particular? —pregunta y mueve la mandíbula a un lado y a otro pensativo mientras espera una respuesta que no voy a darle—. Y no me lo vas a contar, ¿verdad?

—No.

Le sonrío y doy un sorbo de vino y observo cómo frunce el ceño mientras

sigue dándole vueltas al asunto.

—A ver —murmura y entrecierra los ojos—. Atractivo y Seductor.

Sonríe, orgulloso de sí mismo por haber descubierto lo que cree que significan las siglas.

—No —repito con una sonrisa de oreja a oreja.

Ensancha la sonrisa y me señala con la cerveza.

—Lo tengo —dice y arruga la nariz de forma adorable al pensar—. Altamente *Sexy*.

La forma en que sonrío y la mirada encantadora de sus ojos me hacen reír a carcajadas. Levanto la mano, la poso sobre la suya y se la aprieto.

—Ni te acercas, As —bromeo—. Ahora te toca a ti contestar a la pregunta.

—¿No me lo vas a decir? —pregunta, incrédulo.

—No —respondo, divertida por su reacción—. Ahora deja de darme largas. ¿Por qué Donavan y no Westin?

Me mira un momento mientras valora las opciones.

—Te lo sacaré de una forma u otra, Thomas —dice en tono sugerente.

—Seguro que sí —concedo, consciente de que seguramente me sacará mucho más que eso.

Me observa un instante y una mezcla de emociones le bailan en los ojos color esmeralda. Se encoge de hombros con aire despreocupado y mira al mar, lo que me impide leer lo que piensa.

—Al principio mis padres usaban el apellido Donavan para protegerme cuando era pequeño. Cuando viajábamos o teníamos que usar un alias, lo utilizábamos. —Da un sorbo a la cerveza—. Luego, cuando crecí y me metí en el mundo de las carreras, no quería que me considerasen un niño malcriado de Hollywood que se aprovecha del nombre y del dinero de su padre para triunfar. —Me mira y me roba una patata del plato, a pesar de tener un montón en el suyo—. Quería ganármelo. Ganármelo de verdad. —Me sonrío de nuevo—. Ahora da un poco igual. No me podría importar menos lo que escriben sobre mí. Lo que piensen los demás. Pero, por aquel entonces, me importaba.

Nos quedamos en silencio. Me cuesta relacionar al Colton arrogante, *sexy* y problemático que representan los medios, con el hombre que tengo delante. Un hombre seguro de sí mismo, pero que, al mismo tiempo, una parte de mí siente que lucha por encontrar su lugar en el mundo. Por probar que es merecedor de todo lo bueno y lo malo que le ha pasado en la vida. Me da la sensación de que el verdadero Colton es un poco de cada, ángel y demonio.

—Bueno, cuéntame, ¿cómo descubriste este sitio?

Levanto la copa por el tallo, remuevo el vino distraídamente y bebo un trago.

—Un día volviendo de hacer surf cuando estaba en la universidad — reflexiona y hace una mueca cuando oye el chillido de una mujer en el restaurante que lo reconoce y grita su nombre.

Ignoro a los transeúntes que se empiezan a congregarse dentro para echar un vistazo y sigo con la conversación.

—No te imagino en la universidad.

Acaba de masticar el trozo de comida que tiene en la boca antes de contestar.

—Ya, yo tampoco. —Se ríe y bebe otro trago de cerveza—. Creo que rompí el corazón a mis padres cuando dejé los estudios al segundo año en Pepperdine, sin título.

—¿Por qué no acabaste?

Me estremezco cuando el *flash* de una cámara ilumina la oscuridad de la noche. En un gesto casual, cambia de postura en la silla de una forma tan fluida que es obvio que está bien ensayada. Ahora da la espalda al centro del restaurante, para que se le vea menos. Me da igual. Así está más cerca de mí y los dos miramos al mar iluminado por la luna desde la terraza.

—Te podría dar la típica respuesta de que soy un espíritu libre, etcétera, etcétera. —Agita la mano con indiferencia—. No era lo mío. —Se encoge de hombros—. Estudio intenso, formatos establecidos, plazos de entrega, sistema estructurado... —Finge estremecerse de terror.

Le sonrío y sacudo la cabeza. Me recuesto en la silla donde ahora los dedos de Colton me acarician perezosamente entre los hombros.

—Ya, desde luego no te imagino espantando las moscas en clase.

—Dios, ¡mis padres se pusieron como locos! —Suspira en voz alta al recordar—. Se habían gastado un montón de dinero en profesores particulares para intentar que me pusiera al día cuando me adoptaron. —Sacude la cabeza y sonrío—. Todo para que acabara por dejar los estudios.

Me meto una patata frita en la boca.

—¿Cuántos años tenías cuando...? O sea, ¿cómo los conociste? —Una sombra le cruza la cara y me regaña mentalmente por preguntar—. Lo siento, no quería ser cotilla.

Se queda mirando al mar sumido en sus pensamientos por un momento

antes de contestar.

—No, no hay mucho que contar. —Se limpia las manos en la servilleta del regazo—. Tenía... Conocí a mi padre delante de su caravana en el estudio de Universal.

—¿En el rodaje de *Tinder*? —pregunto, pensando en la película que encontré cuando lo busqué en Google. Era la película por la que su padre ganó un premio de la Academia.

Colton levanta las cejas y se queda con la cerveza suspendida a medio camino hacia su boca.

—Alguien ha hecho los deberes —me dice, no sé si molesto o divertido.

Le dedico una sonrisa tímida, algo avergonzada.

—Alguien me dijo una vez que no es seguro salir con alguien sin investigarlo un poco primero —explico.

—No me digas —bromea y se recuesta en la silla.

Cruza los brazos sobre el pecho, con la cerveza en la mano y los bíceps marcados bajo el dobladillo de las mangas.

—Sí —le tomo el pelo—, pero, de todas formas, contigo da igual.

—¿Y eso por qué? —pregunta y se lleva la botella a los labios.

No puedo separar los ojos de su boca sobre la botella. Saca la lengua para lamerse los labios después de beber. La cabeza se me va a la imagen de tener esos labios sobre mí, lamiéndome y probándome.

—No creo que importe cuánto descubra sobre ti —le digo y me inclino para susurrarle al oído—. Sigo creyendo que eres peligroso. —«Para mí», añadido en silencio.

Se aparta y me mira fijamente a los ojos, luego se inclina para darme un beso suave en los labios y apoya la frente sobre la mía.

—No te haces a la idea —murmura contra mi boca.

Una ola de confusión me atraviesa a causa de sus palabras. Un minuto, actúa de forma pícaro y, al siguiente, es de lo más comedido. Decir que es volátil es un eufemismo.

Terminamos de cenar y seguimos hablando cómodamente, interrumpidos solo una vez por un fan que le pide una foto y un autógrafo. Rachel hace un buen trabajo manteniendo a los admiradores a raya con la excusa de que el patio está cerrado por una fiesta privada.

Entiendo por qué vuelve locas a las mujeres. Por qué intentan marcar su territorio con él como Tawny antes. Se recuesta en la silla y se estira antes de

beber el último trago de cerveza. Me mira y sonrío cuando, despacio, le recorro el torso y los bíceps con la mirada antes de volver a fijarme en su cara. Se me tensa el estómago al acordarme de su cuerpo apretado contra el mío sobre el colchón.

—¿Ves algo que te guste? —pregunta mientras, a propósito, se levanta la camiseta para rascarse un picor imaginario y dejar a la vista sus abdominales justo por encima de la cintura de los vaqueros. Respiro hondo y Colton se rasca como si nada el hilo de pelo hasta donde desaparece bajo el botón. «¡La madre que lo parió!».

Lo miro a los ojos y me devuelve una mirada teñida de deseo mezclado con diversión. «Los dos podemos jugar a esto». Pienso en Haddie y en su consejo. «Canaliza a tu zorra interior», me repito como si fuera un mantra. Trato de convocar la sensualidad que tengo para intentar competir con el encanto arrollador de Colton.

Cambio de postura en la silla, doblo las piernas y me siento sobre el pie. Me inclino sobre la mesa y me apoyo sobre los codos para dejar el escote a la vista. Colton me recorre con los ojos desde los labios, baja por la curva de mi cuello y se detiene en el relieve de mis pechos. Saca la lengua y con ella se humedece el labio inferior sin apartar la mirada. Sigo avanzando hasta quedar a centímetros de su boca.

—¿Algo que me guste? —repito sin aliento cuando bajo la mirada a sus labios, y luego vuelvo a sus ojos—. No sé —susurro como si lo estuviera meditando—. Todavía estoy probando el producto para comprobar que es de calidad.

Estamos apenas a un suspiro de distancia y, cuando se dispone a besarme, convenientemente me retiro de nuevo hacia la silla, negándole el contacto.

Un brillo de impaciencia parpadea en los ojos de Colton antes de que curve las comisuras de los labios y me mire mientras sacude la cabeza.

—¿Así es como quieres jugar, Rylee? —La inocente pregunta esconde un indicio de advertencia. La intensidad de su mirada hace que mi cuerpo reaccione; el pulso, la respiración, las terminaciones nerviosas, todo se revoluciona—. ¿Quieres hacerte la difícil, encanto? —pregunta, mientras se saca la cartera del bolsillo de atrás y deja sobre la mesa una generosa cantidad de billetes.

Se ríe. La vibración reverbera a través de mí mientras sigo observándolo en silencio, con una sonrisa tímida en la cara a pesar de saber que, cuando se

trata de Colton, tengo las de perder. Levanta la mano y la coloca bajo mi barbilla para acariciarme el labio inferior con la yema del pulgar. El deseo se retuerce dentro de mí, necesito que me toque.

Colton se inclina con una mirada decidida y acerca la boca a mi oreja. El calor de su aliento me pone la piel de gallina incluso antes de que me roce.

—Verás, encanto, si quieres hacerte la dura —susurra y me recorre la línea del cuello con el dedo—, te has equivocado de hombre para andarte con jueguitos. —Acerca los labios al lóbulo de mi oreja y lo chupa, provocándome una punzada de deseo justo en el centro de mi sexo—. Arqueo el cuerpo inintencionadamente, consciente de que detrás de nosotros hay un restaurante lleno de gente—. ¿Tu mamá nunca te dijo que hacerse la difícil es una forma infalible de conseguir al hombre que quieres?

Habla con voz seductora, hipnótica y *sexy* a rabiar. Continúa el recorrido con el dedo, baja por mi hombro y continúa hasta mi cadera. Con la palma de la mano me acaricia el muslo y la desliza despacio hasta llegar al vértice de mis piernas. Coloca el pulgar sobre mi hendidura y, hábilmente, presiona la dura costura del pantalón sobre mi clítoris. Contengo la respiración.

—¿Quieres jugar duro, encanto? Bienvenida a las ligas mayores.

Suelto el aire, con sus palabras dispara mi ya excitada libido. Se inclina y me da un beso juguetón en los labios. Se aparta con una mirada de triunfo. Levanta las cejas, baja la mirada a mi pecho y luego vuelve a mirarme a los ojos.

—Además, Rylee, te traicionan los pezones.

¿Cómo? Bajo la mirada y veo dos marcas puntiagudas contra la tela del jersey, consecuencia de mi excitación. ¡Mierda!

Colton se levanta de pronto, sonriendo de oreja a oreja y me da la mano.

—Vamos —dice, y lo único que pienso es que espero que, pronto, se cumpla el deseo de mi cuerpo de que me vuelva a tocar.

Salimos del restaurante por una puerta trasera que Rachel nos indica para evitar a los *paparazzis* de la entrada. Llegamos hasta el coche sin complicaciones y rápidamente Colton conduce hasta la Carretera 1. Vamos en silencio y el aire del coche echa chispas a causa de la tensión sexual.

No tengo claro a dónde vamos, pero soy lo bastante lista como para saber que los dos deseamos lo mismo. No hacen falta palabras. Lo noto en la forma en que Colton agarra el volante. Emanan ondas invisibles de deseo y expectación.

Finalmente, salimos de la autopista a las afueras de Pacific Palisades y entramos en una calle a un par de manzanas de la playa. Colton aparca delante de una casa de estilo toscano y se baja del coche sin decir ni una palabra. Su casa, ¿tal vez? Gracias al brillo de las farolas veo el estuco veneciano de la fachada con detalles de hierro forjado y un patio cerrado con una puerta rústica. Es de lo más agradable y no se parece en nada al lugar donde me había imaginado que Colton viviría. Supongo que había supuesto que le iría la arquitectura moderna, las líneas limpias y los estilos monocromáticos. Abre la puerta trasera y saca las cosas antes de abrir la del copiloto y ayudarme a salir del coche. Me da la mano para guiarme por la acera adoquinada sin hablar ni establecer contacto visual.

Me pregunto si me estoy imaginando cosas, porque de pronto me siento incómoda. ¿Por qué se comporta así? ¿Me he perdido algo? Empiezo a ponerme nerviosa al darme cuenta de que lo que había supuesto que pasaría cuando crucemos la puerta, ahora ha cambiado debido a alguna razón desconocida. Me detengo detrás de Colton en el acogedor patio junto a un pequeño balancín situado entre plantas hydrangeas y plumerias.

Oigo el repicar de las llaves y a él maldecir entre dientes al intentar abrir con la que no es. Entonces, Colton abre la puerta principal, me posa la mano en la espalda y me conduce al interior. Mete el código de la alarma, pero esta sigue pitando mientras lo intenta dos veces más antes de conseguir que pare.

La casa está pintada en tonos tierra y algún destello de color destaca en cojines y jarrones. Hay pequeños toques aquí y allá, toques femeninos, que me hacen pensar que en algún momento debió de contratar a una interiorista. «O vivió con una mujer». Entro al salón dubitativa, con las manos entrelazadas frente a mí, sin saber qué hacer ni decir. Por primera vez en lo que va de noche, me siento incómoda en compañía de Colton. La puerta se cierra y después oigo las botas de Colton contra el suelo de madera mientras camina detrás de mí y se dirige a la cocina.

Toda la complicidad de antes ha desaparecido, perfectamente escondido detrás de esta fachada silenciosa. Abre un armario en busca de algo y maldice por lo bajo cuando no lo encuentra, luego abre otros dos y suspira.

—¿Qué cojones?

«Lo mismo pienso yo». Se le nota la tensión en los hombros. En las líneas de la boca. Las dudas y la ansiedad se apoderan de mí mientras me acerco a él.

—Tienes una casa preciosa. —Las palabras salen como un chillido,

traicionando mi inquietud.

Colton levanta la vista por mis palabras y me mira a los ojos, valorando lo que digo.

—Eso depende —murmura y lo miro perpleja. Cierra la puerta del armario y rodea la isla central para acercarse a mí. Tiene los ojos inexpresivos. Cautos—. Conduje hasta aquí sin pensar. —Sacude la cabeza a modo de disculpa—. Traerte aquí ha sido una estupidez.

Esas palabras y el repentino rechazo duelen como una bofetada. Miro al suelo humillada y me rodeo el pecho con los brazos, una forma inútil de protegerme. Las lágrimas amenazan con salir a la superficie. Ya es la segunda vez que, llegados a este punto, de pronto, se distancia de mí sin ninguna explicación. Primero me hace sentir como si solo tuviera ojos para mí y luego es como si no soportase verme. Cambio el peso de pie y me prometo que no voy a llorar delante de él. No le voy a dar la satisfacción de ver cómo me afecta, a pesar del poco tiempo que hace que nos conocemos.

Doy un largo suspiro y me preparo para marcharme, ahora que de repente ya no soy bienvenida. Cuando me convengo de que puedo enfrentarme a él, levanto la vista y veo que se quita la camiseta. Cuando termina de sacarla y su cara queda a la vista, la tira encima del sofá sin mirar. Tiene los ojos fijos en mí, la mandíbula tensa y no deja de mover las manos, como si le dolieran de ganas de tocarme. La intensidad con que me mira me deja sin aliento.

Ahora me toca a mí decirlo. «¿Qué cojones?». No entiendo nada. El doctor Jeekyll se ha convertido en Mr. Hyde y está repitiendo su actuación. Primero parece que se está disculpando por traerme a su casa porque se arrepiente y ahora está desnudo de cintura para arriba, una imagen de lo más arrebatadora, y me mira como si quisiera devorarme sin parar siquiera a respirar.

Aparto la mirada de sus ojos y le recorro el cuerpo. Tensa el torso ante mi escrutinio. Los vaqueros se le ajustan a la cadera y la «V» de sus músculos se hunde bajo la tela del pantalón. Me encuentro pensando en que me muero por probar su sabor. Quiero pasar la lengua por esos músculos y llegar hasta el final de ese triángulo invertido. Quiero tenerlo en la boca, tentarlo con la lengua y hacer que pierda el control. El cuerpo me palpita de deseo, ansioso por que lo satisfagan.

—¿Tienes idea de lo que me haces? —pregunta en voz baja. Levanto los ojos hasta los suyos. Las emociones no expresadas que esconde su mirada me sorprenden, me envuelven y me asustan—. No la tienes, ¿verdad?

Sacudo la cabeza y me muerdo el labio inferior. Lo único que sé es lo que él me hace a mí. El poder que tiene para hacerme sentir. Para hacerme olvidar. Con solo tocarme acalla las dudas que me rondan la cabeza.

Despacio, da un paso en mi dirección.

—Te quedas ahí de pie con esa mirada inocente en tus deslumbrantes ojos violetas. Con el pelo cayendo en cascada a tu alrededor como si fueses un hada. Y esos labios, Dios, esos labios tan *sexys* que se hinchan y se vuelven tan suaves después de besarte. Sueño con esos labios. —Me atrapa con sus palabras, como una lenta seducción. Se acerca y me coge de las manos—. La expresión de tu cara parece vulnerable, Rylee, pero tu cuerpo, tus curvas, son puro pecado. Hacen que me vuelva loco por volver a probarte. Me hacen pensar en cosas que seguramente harían que te sonrojases. —Se humedece el labio inferior con la lengua—. Las cosas que quiero hacer con ese cuerpo tuyo, encanto.

Contengo la respiración. La crudeza de sus palabras me deja desprotegida, extasiada. Me animan. Hacen otra grieta en los muros de mi corazón.

—Haces que te necesite, Rylee —susurra con voz ronca mientras avanza otro paso.

Se me pone la piel de gallina cuando levanta el brazo y me acaricia el costado. Se detiene, casualmente, a la altura de las costillas para deslizar el pulgar por la parte inferior de mi pecho. Respondo al toque de forma casi instantánea y se me eriza el pezón. Se inclina hacia mí, su cara tan cerca de la mía que distingo las motas más oscuras en el verde de sus ojos. Tan cerca que entiendo las palabras que no ha dicho en voz alta. «Haces que te necesite... y nunca he necesitado nada de nadie».

La confesión es como una cerilla en un charco de gasolina. Sus palabras hacen explotar en llamas la pequeña parte de mí que tiene esperanzas de que podamos llegar a más. Lo miro a los ojos mientras recuerdo comentarios al azar del tiempo que hemos pasado juntos y me atrevo a imaginar las posibilidades. Me ha ablandado, ha acabado conmigo y me ha endurecido en apenas unos segundos.

—¿Colton? —Me tiembla la voz, sobrepasada por la emoción—. Colton, yo...

No llego a terminar la frase. Se abalanza sobre mí y estrella los labios contra los míos. Todo el flirteo inocente de la noche explota entre los dos como un torrente de bocas que se buscan y manos que avanzan a tientas. La

urgencia es palpable. La necesidad de sentir la piel del otro es primaria. Colton me suelta las caderas y me agarra por el dobladillo del suéter para tirar de él y quitármelo por encima de la cabeza. Solo rompe el beso cuando la tela se pone en medio. Lo tira al suelo y vuelve a asaltar mi boca.

Hambre. Es a lo que sabe el beso. Lo que me provocan sus manos al tocarme. Lo que siento por dentro. Quiero cada centímetro de su piel. Quiero perderme en él, perderme en las sensaciones y quedar devastada con solo tocarme.

—Joder, Rylee.

Se aparta de mí, los dos respiramos con dificultad y nos late el corazón a un ritmo frenético. Me acuna la cara con las manos y la mirada oscurecida de sus ojos me indica que lo entiende. Siente la misma hambre que yo.

—Me desmontas, Rylee. Llevas toda la noche provocándome. No me queda nada de control. —Aprieta los párpados y siento como su miembro palpita contra mi estómago—. No creo que pueda ser suave.

—Pues no lo seas —susurro y me sorprendo de mis propias palabras.

No quiero que me sigan tratando como si fuera de cristal. Como hacía Max. Quiero sentir la violenta pasión cuando se abandone a la pasión y me haga suya sin miramientos. Quiero que me domine y no necesitar pensar en nada, dejarme llevar.

Abre los ojos como platos por lo que digo y se le escapa un gutural gemido desde lo más profundo de la garganta. Entonces se lanza sobre mí, me devora. La desesperación late entre los dos. Me empuja, nuestras piernas se enredan y con las manos nos agarramos a cada centímetro de piel expuesta. Choco contra la dura superficie de granito de la isla de la cocina y Colton busca a ciegas el cierre de los vaqueros. Me los baja por las caderas y con total facilidad me levanta sobre la encimera.

El frío de la losa de granito es como una lluvia de mordiscos sobre mi piel desnuda y añade toda una nueva dimensión a las sensaciones ya amplificadas de mi sexo. Colton me quita los pantalones y la ropa interior por los pies y me abre las rodillas. Se acerca a mí y ejerce presión entre mis piernas mientras vuelve a besarme. Me recorre el pecho con las manos y me acaricia las tetas a través de la fina tela del sujetador para después continuar el descenso hasta el vértice de mis muslos. Desliza un dedo sobre mis pliegues y después lo introduce dentro de mí. Estoy mojada y expectante.

—Dios, Rylee —sisea mientras arrastra el dedo arriba y abajo,

empapándome con mi propia humedad y, al mismo tiempo, dándome placer. Con la otra mano se desabrocha el botón del pantalón. Baja la mirada para observar la maravillosa tortura a la que somete mi sexo y acerca los labios a mi boca—. Quiero sentirte. Sin nada entre los dos —murmura. El ansia que siento se vuelve más profunda por sus palabras—. ¿Confías en mí si te digo que me he hecho pruebas? Siempre uso protección. Nunca he follado sin ella. Estoy limpio. —Me besa otra vez, mete la lengua entre mis labios, me lame, me prueba, me tienta—. Joder, quiero sentirte.

—Sí, yo también. Por favor —jadeo mientras mete un dedo dentro de mí, soy incapaz de formar una frase coherente—. La píldora, sí, te creo. —Doy un grito ahogado cuando empieza a hacer círculos con el dedo.

—Túmbate —me ordena mientras se quita los vaqueros y me coge las piernas a la altura de las rodillas para levantarlas.

El contacto de la fría piedra contra la espalda hace que me arquee al mismo tiempo en que me abre y empuja dentro de mí. Grito por la abrumadora sensación de la repentina invasión y de sentirme llena. Se queda quieto, totalmente clavado en mí, para dejar que el placer y el dolor disminuyan mientras mi cuerpo se estira y se adapta a él.

—Joder, Rylee —resopla, empieza a perder el control. Me recorre el cuerpo con la mirada hasta llegar a mis ojos. Tensa los músculos del pecho y aprieta la mandíbula. Los ojos le brillan con una necesidad salvaje mientras trata de reprimirse—. Me encanta cómo me envuelves. Es como puto terciopelo.

Suspiro mientras palpita dentro de mí. Ya no le queda ni rastro de control.

—Sí, Colton, sí —grito cuando sale de mí y me embiste de nuevo.

Las sensaciones me traspasan mientras me agarra por las caderas y tira de mí de modo que mi culo ya no está apoyado sobre la isla. Se mueve a un ritmo castigador y empuja una y otra vez. Sin romper el ritmo, se tumba sobre mí, enlaza las manos con las mías y me las sujeta por encima de la cabeza. Con una mano las mantiene ahí, mientras con la otra me aprieta un pecho. Me pellizca el pezón con los dedos y me provoca un gemido que devora cuando de nuevo su boca está sobre la mía.

En la casa no se oye nada más que el choque de piel contra piel, nuestras respiraciones entrecortadas, los gemidos de placer y de súplica, y los gritos de éxtasis. El orgasmo va creciendo dentro de mí, las paredes de mi sexo se estrechan mientras Colton sigue bombeando dentro y fuera y golpeando cada

uno de mis nervios con su miembro de acero. Pero, entonces, veo que está al borde de perder el control y de llegar al límite cuando me suelta las manos y se apoya sobre los codos de manera que queda suspendido sobre mí. Da un último empujón antes de gritar mi nombre y salir repentinamente de mí.

Mi cuerpo se tensa ante la sensación de vacío y Colton entierra la cabeza en mi pecho. Convulsiona al alcanzar el clímax. ¿Con las manos? No entiendo nada. Gruñe a causa del violento placer que le recorre el cuerpo. Le desaparece la tensión de los músculos y me acaricia la piel desnuda con los labios. El roce hace que me retuerza, pues me tiemblan todos los nervios del cuerpo a causa de la pérdida del creciente orgasmo.

Sonríe contra mi abdomen como si oyese lo que pienso y murmura:

—Quiero que te corras para mí, Rylee. Quiero saborear tu dulce sabor.

¡Ah! Proceso el motivo por el que se apartó hace un momento. Su boca. Sobre mí.

—Colton...

—¡Chsss! —me susurra en la oreja, y con los labios roza ese punto tan sensible bajo el lóbulo. Arqueo el cuello hacia atrás y le araño la espalda. Sisea y deja un rastro de besos por mi cuello hasta llegar a la otra oreja.

—Me has provocado toda la noche, Rylee —dice con voz áspera, teñida de deseo—. Ahora me toca devolverte el favor.

Un escalofrío me recorre la espalda y no tiene nada que ver con la superficie de granito sobre la que estoy tumbada. El cuerpo de Colton me flanquea, pero percibo cómo extiende la mano y oigo una bolsa arrugarse por encima de la cabeza. Me giro para ver lo que hace y con la otra mano me sujeta la mandíbula.

—De eso nada —advierte—. Quédate quieta. No arruines la sorpresa.

—¿Colton?

Frunzo el ceño, siento curiosidad por saber a qué se refiere, pero al mismo tiempo me tenso por sus palabras. No me gustan mucho las sorpresas, sobre todo si estoy desnuda y vulnerable.

Suelta una risotada sexy y profunda.

—Va a ser muy difícil para ti, ¿verdad? —Cuando no contesto, se incorpora sobre el codo y me mira—. Creo que ya va siendo hora de que dejes de pensar, Rylee. Deja de intentar averiguar cómo va a acabar todo cuando apenas hemos empezado. —Me da un casto beso en los labios—. Quédate aquí, no te muevas, ¿vale?

El tono autoritario que utiliza me pone a mil, pero los motivos que esconde me turban. Dejo de sentir su peso sobre mí y le oigo salir de la cocina. Un cajón se abre y se cierra. Tengo miedo. Para la mujer despreocupada que hay dentro de mí y que se muere por salir, todo esto es excitante. Para la loca del control que llevo dentro, no es nada agradable. ¿Confío en él? Sí, sin lugar a dudas. ¿Por qué? No estoy segura, y eso me aterroriza.

Vuelve de la cocina y se inclina sobre mí con una sonrisa lasciva en los labios.

—No te imaginas lo preciosa que estás ahora mismo.

No contesto, solo me muerdo el labio inferior cuando siento sus dedos en mi sexo. Me abre y me acaricia despacio. Me arqueo para disfrutar del roce. Inmediatamente, se retira.

—Colton...

—No, Rylee —provoca—. Estoy al mando. Aquí y ahora.

Pestaño mientras levanto los ojos para mirarlo. El corazón me late a toda velocidad. Lo pezones se me erizan solo de pensarlo. El aturdimiento que me provoca la cercanía de Colton se ve teñido por el miedo. Entregarle el control a otra persona es algo desconocido para mí. Y entregarme sin pensar, todavía más.

—Deja de darle vueltas, nena —susurra y me coloca las manos por encima de la cabeza—. Quiero que me des el control para que lo único que tengas que hacer sea sentir. No podrás planificar cada movimiento si no sabes cuáles van a ser, ¿no?

«¡Mierda? ¿Qué va a...?», se me queda la mente en blanco cuando estrella los labios contra los míos. Me retuerzo para mover las manos y se ríe mientras nos besamos.

—Lo siento, encanto —murmura—. Vas a descubrir que, a veces, no tener el control es extremadamente liberador.

Me rodea las muñecas con algo y las ata al grifo del otro lado de la isla. Mientras proceso lo que está haciendo y pienso en cuántas veces lo habrá hecho antes, todo se vuelve negro cuando me pone una venda en los ojos. Jadeo.

—Hora de seguir tu consejo, Rylee.

«¿Qué? ¿Cuándo le he pedido que me ate y se aproveche de mí?»

—En la feria me dijiste que cerrase los ojos para amplificar las

sensaciones.

Con el pulgar me acaricia el contorno de los labios.

«¡Joder! Soy una bocazas».

Algo suave, pero grueso me acaricia la piel del estómago, me sube por el torso y forma círculos alrededor de mis pezones. Contengo la respiración cuando, lo que sea con lo que me toca, me roza la parte superior de las piernas y después por la parte interior de ambos muslos, uno detrás de otro. El sexo me palpita por el tacto, desesperado por aliviar el palpitante dolor. Lo único que me toca el cuerpo es ese objeto desconocido. Lo único que se oye es mi propia respiración. La expectativa crece dentro de mí mientras continúa con este asalto lento y tortuoso a mis sentidos.

Nunca había necesitado tanto que me tocaran como en este momento. Lo único en lo que pienso es en cuándo me va a tocar. No puedo hacer nada más que concentrarme en las sensaciones. Todas mis terminaciones nerviosas esperan con ansia que me toque. Ha conseguido que me olvide de pensar en el siguiente paso y que me concentre en disfrutar del momento. He perdido la noción de todo lo que me rodea. No existe nada excepto él, la desesperación por que me toque y el ansia de mi cuerpo por alcanzar el clímax.

Colton no emite ningún sonido, excepto por la casi inaudible respiración que se le escapa por la boca en respuesta a las reacciones de mi cuerpo ante la deliciosa tortura de la privación sensorial.

Se detiene en mi pecho derecho y, antes de que me dé tiempo a procesar la sensación, me toca por primera vez. Me captura el pezón con la boca. Levanto las caderas, extasiada al sentir el calor de su boca sobre mi sensible piel.

—¡Colton! —grito y tiro de las ataduras que me retienen las manos, deseosa por tocarlo. Quiero enredarle los dedos en el pelo y pegar su cuerpo al mío.

Me arrastra el pezón con un leve mordisco y, entonces, el calor de su boca desaparece y reaparece en mi otro pecho. Siento el tacto del extraño objeto acariciándolo en círculos antes de que su boca se cierre sobre él. Gruñe en voz baja.

—Delicioso —murmura y me doy cuenta de que lo que está utilizando es el algodón de azúcar.

Me dispongo a hablar, pero me callo cuando me besa y siento el dulce sabor azucarado en su lengua. Es un beso suave, delicado. Un beso relajado sin una pizca de urgencia, pero que aun así parece desesperado. Me recorre el

cuello con los labios hasta el lóbulo de la oreja. Una tortura lenta y maravillosa que hace que lo desee más que nunca.

El algodón de azúcar me baja por el torso hasta el sexo. Aleja el dulce de mi piel y acerca los dedos, me acaricia y satisface la adicción de mi cuerpo a su toque. Jadeo mientras nos besamos y Colton me devora con un gemido de deseo. Con habilidad, me provoca con las puntas de los dedos y levanto la pelvis hacia su mano. Quiero más. Necesito que me roce para acercarme más al límite.

Suelto un bufido cuando me abre y, muy despacio, desliza un dedo dentro de mí. El calor me recorre, siento cómo los músculos de mi vagina se tensan a su alrededor y el fuego me quema las venas. Mueve la mano y, con el pulgar, me encuentra y me estimula el clítoris. Saca el dedo e introduce dos dentro de mí. Los dobla para rozar ese punto hipersensible de mi interior y acompasa el movimiento de los dedos y la lengua mientras aumenta el ritmo. Aprieto los puños en las ataduras, me clavo las uñas en las palmas de las manos cuando acelera.

Estoy muy cerca de llegar al éxtasis y, de repente, ya no. Colton se ha retirado. Grito su nombre, frustrada. Desesperada. Se ríe en voz baja.

—Todavía no, encanto. Es lo justo —me susurra al oído—. Voy a volverte loca, igual que tú a mí.

Siento un cosquilleo en los labios y los abro, aceptando el mordisco de algodón de azúcar en la lengua.

—Quiero llevarte hasta el límite, Rylee, hasta que no puedas pensar en nada más que en mí y grites mi nombre cuando tu cuerpo explote y se deshaga de placer.

Sus palabras son hipnóticas, seductoras. Y sin tener idea de qué va a pasar, la boca de Colton se cierra sobre mi clítoris mientras desliza dos dedos dentro de mí. Doy un grito ahogado por el delicioso placer que me atraviesa. Colton me chupa y me provoca hasta que tenso las piernas impaciente. Sus dedos entran y salen de mí sin descanso, me tientan, me frotan y me llevan al borde de la locura. Levanto las caderas, estoy extasiada por cómo me toca, pero todavía quiero más. Jadeo de deseo y gimo de placer cuando siento que el orgasmo empieza a formarse bajo su toque. Estoy muy cerca. A solo unos roces del clímax, Colton aleja la boca de pronto. Deja los dedos dentro de mí, pero no los mueve.

«¡La madre que lo parió!». Respiro acelerada en busca de aire y mantengo

el cuerpo en tensión, expectante de que el más mínimo movimiento me haga explotar.

—Niña impaciente —me regaña, y su aliento me hace cosquillas sobre la piel inflamada—. Voy a tener que arreglar esto.

Antes de terminar la última palabra, aparta los dedos y me penetra de una embestida, se entierra hasta el fondo en mi interior.

—¡Dios, joder, Colton!

La súbita sensación de plenitud, el inesperado golpe, hacen que me retuerza contra su dura erección.

Colton se retira despacio para volver a clavarse en mí y continúa repitiendo el movimiento, marcando un ritmo delirante que me lleva hasta el límite.

—Córrete para mí, Rylee —gruñe.

Sus palabras resultan mi perdición. Se me entrecorta la respiración. Se me acelera el pulso. Se me tensan los músculos. Levanto las caderas para intensificar la sensación de calor hasta que sobrepaso el límite. Exploto como la pólvora. Un calor abrasador me recorre el cuerpo. Las sensaciones se desbordan dentro de mí cuando la primera ola del orgasmo me atraviesa. Grito de forma incoherente y mi sexo palpita alrededor de su erección. No se mueve para dejarme absorber la intensidad total del clímax. Expulso el aire que contenía y relajo los músculos despacio antes de que la siguiente ola me sacuda.

Esta vez es más de lo que puedo soportar. La tensión de mis músculos le provocan el orgasmo. Retrocede y acomete un par de veces más mientras mis paredes se adhieren a él. Grita mi nombre cuando su propio clímax lo arrolla y me embiste una y otra vez hasta que siento la calidez cuando se derrama dentro de mí.

Se derrumba sobre mí y entierra la cara en la curva de mi cuello. Respiramos al unísono y sé que sonrío. Me tiembla el aliento al coger aire y el ritmo frenético de mis latidos empieza a calmarse. «Ha sido... ¡guau!». Me dispongo a quitarme la venda de los ojos, pero me acuerdo de que sigo teniendo las manos atadas.

Me remuevo debajo de él. Se ríe sobre mi cuello y la vibración me traspasa el pecho.

—¿Entiendo que quieres recuperar las manos?

—S-s... —No soy capaz de hablar. Todavía estoy procesando todo lo que

ha pasado.

Se levanta y me desata. En cuanto tengo una mano libre, me quito la venda de los ojos y estos se ajustan fácilmente a la luz tenue de la cocina. Tengo el rostro de Colton sobre el mío, concentrado en deshacer el otro nudo. Relaja los rasgos cuando me libera la otra mano de lo que parece ser una cuerda de terciopelo rojo.

Levanto las manos para acariciarle las mejillas cuando baja la vista hacia mí y un mechón de pelo rebelde le cae por la frente. Me dedica una tímida sonrisa. Levanto la cabeza y le beso con dulzura en los labios, la única forma que encuentro para expresar cómo me siento, la única forma de transmitir cuánto ha significado para mí lo que acaba de pasar sin que salga corriendo.

Vuelvo a apoyar la cabeza, pero Colton sigue con los ojos cerrados y los labios curvados en una sonrisa. Sacude la cabeza sutilmente antes de abrir los ojos y apartar el peso de mí.

—Vamos —dice y me tira de los brazos para levantarme—. No debes de estar muy cómoda.

Me bajo de la encimera de un salto y, de pronto, me siento incómoda al estar desnuda. Busco mi ropa mientras Colton se pone los vaqueros. Me coloco los tirantes del sujetador mientras observo cómo se abrocha los botones del pantalón y deja el de arriba sin cerrar. Tengo que ahogar un suspiro de aprobación al verlo desnudo de cintura para arriba.

Me abrocho el sujetador y me pongo la camiseta. Me paso los dedos por el pelo alborotado y me detengo cuando alcanzo a ver los tatuajes del costado de Colton. Nunca había conseguido verlos enteros, así que me detengo a observar. Son cuatro símbolos, todos del mismo estilo, que forman una línea vertical. Las tres primeras imágenes son sólidas, están completamente llenas de tinta, mientras que la cuarta es solo un contorno. Ladeo la cabeza e intento averiguar lo que son cuando Colton levanta la vista y capta la curiosidad de mi mirada.

Capítulo 17

—¿Qué son los tatuajes?

Gira el cuerpo y levanta el brazo para que pueda verlos mejor.

—Son nudos celtas.

—¿Qué significan?

—Nada en realidad —contesta con aspereza mientras abre la nevera, que está casi vacía, y saca una cerveza.

—Venga ya —apremio, curiosa por el hecho de que ahora evite la pregunta cuando ha estado tan comunicativo toda la noche. Me ofrece una cerveza y la rechazo negando con la cabeza—. No pareces de los que se marca la piel de forma permanente sin una buena razón.

Me apoyo en la encimera vestida únicamente con la ropa interior y la camiseta mientras da un largo trago a la cerveza y me mira por encima de la botella. Me recorre las piernas de arriba abajo con la mirada antes de volver a subir hasta mis ojos.

—Cada uno significa una cosa. —Levanta el brazo para enseñarme los nudos y me acerco a él. Señala el primero, justo debajo de la axila—. Este representa la superación de las adversidades de la vida. —Pasa al siguiente—. Este es el símbolo de la aceptación, el siguiente el de la curación y el de abajo es el de la venganza.

Levanta la cabeza despacio, con los ojos oscurecidos y me mira fijamente, a la espera de una reacción. A la espera de que le pregunte por qué necesita aceptación, curación y venganza. Nos quedamos en silencio hasta que suspira y sacude la cabeza, asombrado de haberme contado tanto.

Doy un paso hacia él, levanto la mano, dubitativa, y acaricio el tatuaje con los dedos. El significado de los nudos resuena en mi cabeza. De alguna manera, sé que son una representación de su pasado y el punto en el que se encuentra en su forma de lidiar con él. Se estremece cuando lo toco.

—Te quedan bien —susurro e intento convencerle de que lo comprendo—. ¿Te los hiciste todos a la vez? ¿Por qué tres son en color y el último no?

Me ignora y va a por otra cerveza.

—No.

Es todo lo que consigo y su tono indica que se acabó la conversación.

—Entonces, ¿eres irlandés?

—Eso dice mi padre.

«Don expresivo». Supongo que por hoy se acabó lo de hablar de él. Le ha dado al interruptor imaginario y aquí estoy, otra vez, intentando no perderme entre sus volubles cambios de humor. ¿Ahora qué? ¿Me lleva a casa? ¿Me quedo a pasar la noche? ¿Pido un taxi?

Confundida, cojo los pantalones y me los pongo, tratando de no parecer un pato mareado cuando se me queda atrapado un tobillo. El calor de sus ojos sobre mí casi me traspasa, aunque no me atrevo a mirarlo.

—Bueno, Colton.

Levanto la vista mientras termino de abrocharme los vaqueros y, como imaginaba, me está observando, con una sonrisa divertida en la cara y las cejas arqueadas.

Tal vez él tenga experiencia en este tipo de situaciones, pero yo no, y no sé qué debo hacer. Me ruborizo. Pienso en algo de lo que hablar, algo que aplaque mi ansiedad hasta que me proporcione algún tipo de señal sobre qué hacer ahora.

—Los chicos están como locos por ir a la pista a verte probar el coche. —Resopla, sacude la cabeza y contiene una risotada—. ¿Qué? —pregunto, confundida por la reacción.

—Ahora estás en modo negocios, ¿eh? —Lo miro con cautela mientras camina hacia mí, consciente de la mirada depredadora con que me observa—. ¿Cómo es que hace diez minutos estabas desnuda y totalmente entregada y ahora de repente estás nerviosa y te sientes incómoda con solo estar en la misma habitación que yo?

«Tal vez porque dominas cualquier espacio en el que estás». Levanta la mano para estirarme un rizo. Se le oscurecen los ojos mientras me mira.

—¿Tanto miedo doy, Rylee?

Mierda. Tengo que esforzarme más para que no sea tan fácil leer lo que siento.

—No estoy nerviosa —respondo con demasiada energía, lo que deja claro

que miento.

—Venga, Rylee, no está nada bien mentirle a alguien que, técnicamente, todavía está dentro de ti.

El rubor aumenta. Bueno, si lo describe así...

—No miento. Solo quiero... eh... dejarlo todo atado para poder decírselo a los chicos.

Levanta las cejas y sonrío con suficiencia. Miento de pena y sé que no le puedo engañar.

—Qué momento tan oportuno para preguntar. —Sonríe—. A ver... —Me pone la mano en la nuca y me da un beso suave en los labios—. Tengo la agenda en casa. Te mandaré un mensaje con la fecha.

Abro los ojos a mitad del beso cuando proceso lo que ha dicho. ¿Cómo? Tensa el cuerpo cuando se da cuenta de lo que acaba de decir. ¿Me he perdido algo? Lo miro a los ojos y retrocede un paso. Su mirada es indescifrable.

—¿Esta no es tu casa? —Sacudo la cabeza—. ¿Qué me he perdido?

Colton se pasa la mano por el pelo y suspira.

—Es mi casa, pero no suelo quedarme aquí. —Me mira con cautela, tenso. Su ansiedad me pone nerviosa.

—Ah, vale. ¿Y dónde sueles...?

Entonces, me doy cuenta de todo. Se equivocó con la llave en la puerta, no conseguía recordar el código de la alarma, ni encontrar algo en los armarios de la cocina, la nevera vacía... Luego, murmuraba que no tendría que haberme traído aquí. ¿Cómo he podido ser tan ingenua? Levanto los ojos para mirar los suyos y se percata de que lo sé. Su mirada lo dice todo. Trago el nudo que se me ha formado en la garganta.

—Esta casa es tuya, pero no es donde vives —pronuncio cada palabra muy despacio—. Es el lugar donde traes a tus citas, o como quiera que las llames, para tirártelas. —Me atraganto con las últimas palabras—. ¿No es así?

—No, no es cierto —dice reticente, con la voz compungida.

Bufo ante su respuesta.

—¿Entonces qué coño es, Colton? Voy a necesitar que me lo aclares teniendo en cuenta que «todavía estás dentro de mí», como me has recordado tan amablemente. ¿Hablas de la casa o de nosotros?

Me mira sin decir nada, con los ojos verdes brillando como los de un cachorrito herido.

—De nosotros —musita.

Salgo de la cocina moviendo exageradamente los hombros. Necesito alejarme de él, de cómo me mira. ¿Por qué cojones me siento culpable cuando no he hecho nada malo? ¡Ah! Menuda mierda. Camino hasta el salón, no quiero que me vea las lágrimas de dolor que se me escapan. Las limpio rápidamente con el dorso de la mano y me centro en el colorido cuadro que hay encima de la chimenea.

—¿No es tu picadero? Entonces, explícame qué se supone que debo pensar. Me dices que no te van las novias, solo las relaciones informales. ¿Aquí es donde las traes para pasar un buen rato sin compromisos?

—Rylee —pronuncia mi nombre como una súplica. Está justo detrás de mí. No le he oído seguirme, estaba demasiado distraída con mis propios pensamientos—. No hago más que joder las cosas contigo —murmura para sí.

—En eso tienes razón. —Me doy la vuelta para enfrentarme a él—. ¿Qué pasa? ¿Te gusto lo suficiente para follarme, pero no para quedarte después ni para llevarme a tu casa de verdad? ¡Increíble! —Resoplo, tengo la confianza por los suelos. ¿De verdad creía que me parecería bien? Justo cuando creo que puedo olvidar a Max, me hace retroceder de un salto como si me hubiese mordido una serpiente. ¡Capullo!—. A lo mejor me puedes explicar un poco mejor cómo va esto. Ayudarme a entender qué cojones tienes en la cabeza. —¿Por qué pregunto? No es que de verdad me interese conocer los detalles de sus escarceos sexuales, saber qué más cosas habrán pasado sobre la encimera de la cocina—. Quiero decir, si eso es lo que soy para ti, al menos tengo derecho a saber qué esperar. Cómo comportarme. —Las palabras están llenas de ira mezclada con sarcasmo. Cruzo los brazos sobre el pecho, un mecanismo de defensa inútil contra él.

—¿Ry? Eh... —Percibo el arrepentimiento en sus ojos. Me observa en silencio durante un par de minutos mientras detrás de su fachada tiene lugar una lucha interna—. Rylee, esto no es lo que había planeado para mí, ni para nosotros. —Hace una pausa y me mira cargado de emociones—. Tú. Lo que eres para mí, lo que somos, me aterroriza.

¿Cómo? ¿Qué? Las palabras de Haddie me vienen como una ráfaga. Quiero derretirme por lo que dice, ante la idea de que le afecto tanto, pero una parte de mí me dice que me toma el pelo. Una excusa fácil para justificarse. Me dice lo que quiero oír para volver a llevarme a la cama, crisis evitada, para luego pasar de mí a la primera oportunidad. Odia el drama y acabo de provocar uno bueno. No voy a dejar que el rey del juego se burle de mí.

—¿Que yo te asusto? Mierda, Colton, acabo de dejar que me ates, me

vendes los ojos y hagas lo que quieras conmigo en la encimera de la cocina. Un tío al que solo conozco desde hace dos semanas cuando solo he estado con otra persona en toda mi vida. ¿Y yo te asusto a ti?

Abre los ojos como platos, sorprendido por lo que acabo de confesar. Levanto las manos, exasperada, para seguir adelante y no tener que explicar ese dato sobre mí misma.

—Aquella noche, en la playa, me dijiste que establecías unas pautas, que evitabas las promesas de futuro o no sé qué mierdas. Dime, Colton, ¿eso lo haces antes o después de traerlas aquí, de llegar a este punto? —Estoy desatada, la ira y la humillación me consumen. Me mira sin decir nada, con los ojos abiertos y los brazos lánguidos a los lados—. Venga. Ya que no has tenido la cortesía de dejarme saber dónde me metía, creo que al menos ahora deberías decírmelo.

—Rylee, eso no es lo que...

—Estoy esperando, Colton. —Me siento en el borde del sofá de cuero color *beige* y me cruzo de brazos. Creo que voy a necesitar estar sentada para esto—. ¿Cómo estableces ese acuerdo mutuo de «lo único que vamos a tener es sexo y nada más»?

Suspira y se frota la mandíbula con la mano antes de mirarme. Por fin habla, con voz suave y dubitativa, como si le diera miedo responder.

—Normalmente, encuentro a alguien con quien me llevo bien. Nos damos cuenta de que nos gustamos. —Se encoge de hombros como si pidiera disculpas—. Entonces, le digo que disfruto de su compañía y que me gustaría pasar más tiempo con ella, pero que lo único que le puedo ofrecer son un par de noches a la semana, aquí. —Señala la habitación en la que estamos—. Y algo de diversión.

No estoy segura de querer oír el resto.

—Continúa.

Ladea la cabeza y me traspasa con la mirada, la persona tímida en que se había convertido hace un momento desaparece para volver a dejar paso al hombre seguro de sí mismo al que estoy acostumbrada.

—La primera vez que nos vemos aquí...

Me observa con cautela, sabe que estoy pensando en que esta es nuestra primera vez aquí. ¿Es lo que tenía preparado después de follarme en la cocina? Frunzo los labios e intento mantener una expresión enigmática. Asiento para que continúe y la ira se me arremolina en el estómago.

—Bueno, nos sentamos y le explico que quiero pasar tiempo con ella, pero que no habrá un final feliz. Nunca. Si acepta mis términos y mis condiciones, entonces me encantaría estar con ella aquí, ir con ella a los eventos a los que me tocará asistir y permitirle disfrutar de la fama y las ventajas de estar conmigo, hasta que nuestro mutuo acuerdo llegase a su fin.

¡Guau! Tardo un minuto en procesar todo lo que ha dicho. Eso sí que es dejar las emociones a un lado. Parece más una transacción comercial. Me mira sin un ápice de vergüenza.

Lo observo con los ojos como platos.

—¿Esto te funciona? —escupo, desconcertada—. ¿Por qué no contratas una puta y ya está? O sea, viene a ser lo que haces. —La cabeza me da vueltas con tanta información, pero la masoquista que llevo dentro todavía quiere conocer más detalles. Quiere escuchar cada palabra para así tener en cuenta la advertencia y salir indemne—. Una cara bonita para colgarte del brazo y usar cuando te apetezca.

—No estoy de acuerdo —responde con violencia—. No es así. Nunca cambio sexo por dinero, Rylee, jamás. Ya te lo dije una vez, no lo volveré a repetir.

Como si tuviera derecho a enfadarse. Acaba de decirme que espera que sea una mujercita sumisa que se contente con las sobras que vaya a tirarme. Tengo demasiadas cosas en la cabeza como para formular una respuesta inteligente y coherente.

—¿Qué...? —pregunto, por fin, buscando las palabras adecuadas—. Dices que estableces unas normas. ¿Te importa si te pregunto cuáles son?

Siento curiosidad y al mismo tiempo estoy horrorizada. No comprendo que haya elegido vivir así cuando está claro que podría tener a quien quisiera.

Está incómodo, incluso demasiado avergonzado como para responder, lo que me da una pizca de esperanza. Aunque no sé de qué.

—Sé que suena frío, pero he llegado a la conclusión de que poner todas las cartas sobre la mesa de antemano minimiza las complicaciones y reduce las expectativas. Una vez conocen las condiciones, saben perfectamente en qué se están metiendo.

—¡Yo no! —grito—. ¡No me lo dijiste!

Se dispone a hablar, pero levanto una mano para callarlo. Necesito un momento para pensar y procesar todos estos ideales de mierda. Agacho la cabeza y trago saliva. ¿Esto es lo que soy para él? ¿Una complicación? Joder,

a veces demasiada información es algo malo. Me muerdo el interior del labio, pensativa.

—¿Por qué no decir simplemente «amigos con derecho a roce» o «follamigos»?

Los ojos le brillan de irritación y cambia de posición, inquieto, mientras se pasa la mano por el pelo haciendo caso omiso de mi comentario.

—¿De verdad quieres saberlo, Rylee? ¿Quieres conocer las condiciones? —pregunta.

Asiento y me muerdo el labio inferior.

—Siento curiosidad —digo y, a la vez, pienso que un psiquiatra se lo pasaría de muerte con esta conversación—. Supongo que intento entenderlo. Entenderte a ti. Quiero saber qué habrías esperado de mí.

Levanta las cejas por el comentario y sé que me ha entendido. He hablado en pasado. Sabe que no hay ninguna posibilidad de que acepte ese acuerdo ridículo.

Se sienta delante de mí con los ojos clavados en los míos.

—¿Qué habría esperado de ti?

—Sí, tus exigencias —digo con sarcasmo.

Suspira con vacilación y asiento con la cabeza para que continúe.

—Exijo monogamia y confidencialidad, mi reputación y la de mi familia me importan mucho. —Hace una pausa y me mira fijamente para comprobar si debería seguir hablando o no—. ¿Qué más? —Respira hondo—. Buena higiene, que esté sana, limpia de drogas y que no tenga ninguna ETS. Los anticonceptivos son algo obligatorio, ya que, como te dije, los niños no son ni serán nunca una opción en el futuro.

Se calla y no estoy segura de si ha terminado o si está pensando en más puntos. Por irónico que parezca, no creo que las condiciones sean para nada descabelladas. Quiero decir, tal vez sea demasiado para tratar en una primera cita, pero, desde luego, son cosas que me gustaría saber si fuese a comprometerme en algún tipo de relación con alguien. Aunque, claro, para comprometerse con una relación, tiene que existir una expectativa de futuro y de la posibilidad de un sentimiento romántico, dar y recibir.

—Entonces, ¡vaya! —digo, y me doy un momento para procesarlo todo—. Una lista de lo más detallada. ¿Hay más?

—Sí —reconoce—. Pero me parece que ya hemos agotado bastante el tema, ¿a ti no?

Asiento en silencio, pero ya que he llegado hasta aquí, voy a intentar conseguir las respuestas que quiero de él.

—Bueno, tal vez quieras omitir el momento *Pretty Woman* en el que dejas el dinero sobre la mesita cuando has acabado con ella. —Me fulmina con la mirada, he dado en el clavo—. O sea, todo se hace bajo tus condiciones. Déjame adivinar, ¿no duermes con ella porque es demasiado íntimo? ¿O le compras ropa y la paseas por ahí entre polvo y polvo mientras ella lo aprovecha para hacer despegar su carrera de modelo? ¿Qué saca ella de todo esto exactamente, As, aparte de un revolcón rápido con un capullo? Y no me refiero a lo que tienes entre las piernas.

De repente, se me revuelve el estómago y me doy cuenta de que no me interesa conocer los detalles. No quiero que me hable de las reglas y condiciones a las que acceden las mujeres para acostarse con él y pasear de su brazo en público.

Estoy de los nervios. Todo esto me supera y me siento fuera de lugar. Entiendo que, según el acuerdo habitual, se usan el uno al otro. Eso lo capto. Él consigue una compañera y ella la publicidad que tal vez dispare su futura carrera. Creo que lo que más me duele es que no tengo ninguna intención de usarle. No soy una modelo ni una aspirante a actriz. Me preocupa que haya utilizado como cebo el dinero para Cuidados Corporativos. De ese modo, podría justificarse por utilizarme.

Las lágrimas me oprimen la garganta. Estoy muy enfadada y, aunque parezca extraño, no es con Colton. Estoy enfadada conmigo misma por creer, en el fondo, a pesar de mi fachada de no querer ninguna futura relación con él, que había algo de esperanza. Ahora sé mucho más de lo que quería, pero lo bastante como para saber que lo que me ofrece no es suficiente.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué esto es lo único que te permites tener cuando mereces mucho más?

La forma en que me mira me hace ver que la sinceridad de mis palabras le afecta.

Apoya la cabeza en las manos y eleva los hombros al suspirar. Vuelve a mirarme con un millar de emociones en la cara.

—No me gusta el drama que eso implica, Rylee. Llevar la cuenta de lo que aporta cada uno, los celos a causa de mi estilo de vida y de la prensa, las expectativas por dar el siguiente paso. Demasiadas cosas. —Hace una pausa, me observa y le cambia el tono—. Una relación es más de lo que puedo

manejar con la vida que llevo.

Lo miro a los ojos y veo la sarta de mentiras que me está soltando. Hay algo más. ¿Por qué le da tanto miedo acercarse a alguien? ¿Qué le ha pasado para que sea así?

—Esa respuesta es una mierda y lo sabes —espeto—. Esperaba más de ti.

—Rylee, no soy uno de tus niños con problemas que necesitan ayuda. Llevo jodido demasiado tiempo como para arreglarlo a estas alturas, así que no me mires como si supieses más que yo. Algunos de los mejores loqueros de Los Ángeles no han podido hacer nada, así que dudo que tú sí.

Sus palabras duelen. El dolor se me instala en el pecho mientras él se queda ahí sentado, observándome en silencio. Me está apartando de él. La mirada fría y distante con que me mira deja claro que se está cerrando en banda. Me aparta cuando todavía sigo luchando por él. Pero ¿por qué?

Me levanto del sofá y paseo por la sala para procesarlo todo. Cuanto más lo pienso, más me cabreo.

—Dime una cosa, Colton.

Me doy la vuelta. Tengo un remolino de emociones en mi interior. Quiero irme, que me deje sola, pero, aun así, no puedo dejar de mirar al desastre que tengo delante. Soy incapaz de detener a la parte de mí que quiere ayudarlo.

—¿Esto es lo que soy para ti? ¿Este es el tipo de «relación», y uso ese término a la ligera, que quieres que haya entre nosotros? —pregunto con voz temblorosa.

—Rylee, eso no es... —Sacude la cabeza, se frota la cara con ambas manos, una lucha emocional delante de mis narices—. Al principio, sí —admite—, pero después de la última semana, después de esta noche, ya no estoy seguro.

—¿Qué pasa? ¿Ya no soy lo bastante buena para ti?

¿Qué narices me pasa? Primero me enfado porque piensa en lo nuestro como en un acuerdo mutuo, y luego me enfado porque no lo hace. «¡Aclárate, Rylee!».

—¡Mierda, Rylee! —sisea y se levanta de repente. Se pasa las manos por el pelo y camina hasta mí. Levanta la mano para tocarme, pero se lo piensa mejor cuando encojo el hombro para apartarme—. No sé lo que quiero.

Contrae los músculos de la mandíbula y tensa el cuello. Aprieta y relaja los puños con los ojos cerrados y respira hondo antes de volver a abrirlos para mirarme. Me parece vislumbrar un atisbo de miedo que se convierte en

resolución cuando toma las riendas.

—Pero, sea lo que sea, sé que lo quiero contigo.

Tengo que controlar la oleada de sentimientos que me provocan sus palabras. Lo quiere conmigo. Pero ¿el qué? Está tan cerca que me entran ganas de tocarlo. Aliviar el miedo que le veo en los ojos. Pero sé que si lo toco, si estamos piel contra piel, accederé a todas sus ridículas exigencias. Y, en el fondo, sé que a pesar de lo mucho que lo deseo, no creo poder ser lo que él quiere.

—El modo en que hago las cosas, mi acuerdo, como tú dices. —Sacude la cabeza—. Es la única forma que conozco, Rylee. No sé ser de otra manera. —Levanta la mano para coger la mía y necesito armarme de valor para no reaccionar al contacto—. Es todo lo que puedo darte ahora mismo. —La solemnidad de su voz me cala hondo y hace que me dé un vuelco el corazón.

Le doy la espalda y cruzo la habitación. Cojo la cerveza sin pensarlo y doy un trago largo. Odio el sabor de la cerveza, pero ni siquiera lo noto. Estoy cansada, herida y ya no puedo contener las lágrimas. Se me encharcan los ojos y una única lágrima me corre por la mejilla. Me quedo de espaldas a él para no ver la cara que pone cuando hablo.

—No sé si puedo hacerlo, Colton. —Sacudo la cabeza y suspiro.

—Rylee, no seas ridícula.

—¿Ridícula? —escupo—. No, ridículo es que creyera, ni por un segundo, que podía hacerlo, Colton. —Me encojo de hombros, triste y resignada—. Me he metido en esto, lo que sea que tenemos, convencida de que lo único que querías de mí era un par de revolcones rápidos. —Me giro para mirarlo y hace una mueca por lo que digo—. Tal vez una aventura, y creí que sería capaz de hacerlo. Solo sexo. Pero ahora que me lo ofreces de verdad, no creo que pueda. —Se me escapa otra lágrima solitaria y la sigue con la mirada antes de volver a centrarse en mis ojos.

—¿A qué te refieres, Rylee? —Su máscara flaquea por un momento y deja entrever un atisbo de pánico y vulnerabilidad—. ¿Por qué no?

Una pequeña parte de mí disfruta de la idea de que mi amenaza lo asuste, pero quedarme no va a solucionar nada. Me aprieto los ojos con los dedos. Tengo una pinta horrible ahora mismo: el pelo encrespado, el rímel corrido, el lápiz de labios desaparecido, pero me da igual. Por dentro estoy mucho peor que por fuera.

—Cuando me digo a mí misma que lo único que hay entre nosotros es

sexo sin sentimiento ni posibilidad de futuro, es una cosa.

Sin pensar, sucumbo a la adicción. No me resisto. Levanto la mano y le acaricio la mejilla con los dedos. Se encoge y luego ladea la cara sobre mi mano. Me aparto ante el sutil rechazo.

—Pero cuando lo dices tú. Cuando te oigo hablar de todas esas normas y condiciones, es algo totalmente distinto. —Cierro los ojos un instante para controlar el temblor de la voz—. No voy a ser intrascendente, Colton. Ni para ti, ni para nadie.

Colton se pasa la mano por el pelo y se frota los ojos.

—Eso no es lo que eres para mí, Rylee —musita y me mira a los ojos.

Lo miro. Quiero creerle, de verdad que sí, pero no puede hacerme eso. Me merezco más. Quiero más de lo que me ofrece.

—Tal vez sea verdad, Colton, pero no es suficiente.

Me parte el corazón pronunciar estas palabras.

—Por favor, Rylee, inténtalo —me insta—. Inténtalo a mi manera.

—¡No te molestes, Colton! —espeto y levanto las manos al aire—. No soy una de tus muñequitas que haría cualquier cosa por oír lo que acabas de decir. Seguro que tienes a un montón haciendo cola, listas para convertirse en tu juguete. Coge a una de ellas y vuelve a dejarla donde la encontraste cuando te aburras. Pero yo no, As. Yo no funciono así. —El enfado ha vuelto, a pesar del agotamiento y del dolor que siento en el corazón.

Colton me observa. Estamos a un palmo de distancia, con la mirada fija en el otro y, aun así, es como si estuviéramos muy lejos. Resulta difícil de creer que hace menos de una hora estábamos haciendo el amor.

—Rylee —suplica.

—¿Qué, Colton? —escupo y me estremezco por el tono.

—La primera noche... —susurra, luego se detiene, se da la vuelta y se marcha a la cocina.

—¿Qué pasa con la primera noche? —Le sigo y me apoyo en la parte de atrás del sofá—. Debería haberme dado cuenta entonces. Cuando te acostaste conmigo y después me humillaste al salir pitando de la cama como si te hubiera quemado.

—Lo hiciste.

—¿Qué? ¿De qué coño hablas?

—La primera noche —continúa y hace caso omiso de mi comentario—. Después de la segunda vez... —dice y respira hondo. Se mira los pies

descalzos, con la cadera apoyada en la encimera y las manos metidas en los bolsillos. Desprende oleadas de incomodidad—. Te besé y te pregunté si estabas bien. —Asiento con la cabeza, recuerdo la sinceridad que hubo en ese momento—. Te lo juro, Rylee, fue como si me vieras de verdad, por dentro. —Levanta los ojos para mirarme y reflejan cientos de emociones—. Y ahí estabas, sentada, con el pelo negro sobre los hombros y la sábana atada a la cintura. —Sacude la cabeza—. Tenías los labios hinchados y una mirada tan sincera y confiada. En ese momento, me di cuenta de que había significado más para mí. —Tiene la voz compungida por la emoción—. Que significabas más para mí que nada que pueda recordar. Jamás.

Lo miro, me pasan mil cosas por la cabeza, pero, sobre todo, sus palabras resuenan en cada rincón de mi interior que se muere por ser querido, necesitado y deseado. Al menos, ahora sé por qué reaccionó de esa manera. Por qué apareció por la mañana en la puerta de mi casa. Se reavivan mis esperanzas. A lo mejor puedo hacerlo. Tal vez, con el tiempo, pueda demostrarle que podemos ser algo más. Retuerzo las manos para contener mi repentino entusiasmo.

—Me asustaste, Rylee. Me quemaste. —Se pasa la mano por el pelo y se oscurecen los ojos—. Entonces me di cuenta, igual que ahora, que al final te destrozaré.

—¿Qué? —Levanto la cabeza de golpe y mis esperanzas se rompen en mil pedazos. ¿Lo he entendido bien?

—No puedo hacerte eso, Rylee. —Aprieta los puños mientras se debate con sus emociones—. He intentado avisarte, pero me atraes demasiado. No consigo alejarme de ti.

La cabeza me da vueltas al intentar no perderme entre sus cambios de humor.

—Dices que no puedes hacerlo, que me vas a destroz, pero luego dices que no puedes alejarte de mí, a pesar de que eres tú quien me está advirtiéndome. Me alejas de ti y luego apareces en la puerta de mi casa o me das noches como esta. —Entro en la cocina y me detengo delante de él—. ¿En qué quedamos, Colton?

Sin decir ni una palabra, tira de mí y me atrae hacia su pecho; me abraza con fuerza y entierra la nariz en mi pelo. Llevo las manos a su espalda y disfruto del calor, sorprendida por la inesperada muestra de afecto. La necesidad que siente por mí es evidente. Sale de él y me envuelve el alma.

Tengo que esforzarme al máximo para no decirle que sí. Que haré lo que sea solo para tener una pequeña parte de él, tanto significa para mí. Pero la cabeza gana al corazón. Ojalá pudiera hacerla callar y hundirme entre sus brazos. Bloquear todo lo demás.

—Voy a hacerte daño, Rylee. Y ya significas demasiado para mí como para hacerte eso.

Me pongo rígida por sus palabras. Sin embargo, a pesar de ellas, me abraza con más fuerza. Trato de apartarme, pero no me suelta. Al final, me rindo y apoyo la cara en su pecho, inhalo el olor de los dos, siento la aspereza del pelo de su torso y escucho el firme latido de su corazón.

—Es la primera vez que alguien me importa lo suficiente para querer parar. Pero saberlo con anticipación no va a ser suficiente para detenerme, y no puedo hacerte eso, Rylee. —Eleva el pecho al respirar hondo—. Por eso no puedo seguir con esto. No podemos.

—Pero ¿por qué, Colton? ¿Por qué no puedes? ¿Por qué no podemos? — Me entra el pánico. Ahora que quiero estar con él, me rechaza. O tal vez sea exactamente por eso. Me agarro a un clavo ardiente.

—Escucha, no nos confundamos. No soy y nunca seré el chico que llevas a casa para presentarle a tu madre, Ry. Soy con el que sales para cabrearla y reafirmar tu independencia. No me quieras hacer parecer mejor de lo que soy.

Sigo sin tragármelo. ¿Por qué tiene una visión tan horrible de sí mismo? Me puede repetir esa respuesta de mierda hasta la saciedad y seguiré sin creérmela.

—¿Quién te ha hecho esto?

Nos quedamos en silencio un momento mientras medita una respuesta. Al final, suspira.

—Ya te lo dije, Rylee, tengo cargas suficientes para llenar un avión.

Me aparto de su pecho, necesito mirarlo a los ojos, mirar dentro de ellos. Cuando lo hago, sé que sufre, pero también se cierra en banda. Se distancia de mí para evitar que le haga daño. «¿Y qué pasa conmigo?», me entran ganas de gritarle. ¿Qué pasa con mi dolor? ¿Por qué todo tiene que ser tan complicado? ¿Por qué no podemos dejarnos llevar y disfrutar del viaje? ¿Esperar a que me conozca de verdad y se enamore de mí? Porque si no se enfrenta al trauma que lo ha hecho así, nunca lo superará. Nunca será capaz de tener una relación normal. Tiene razón. Las cargas que arrastra van a arruinar cualquier oportunidad que tengamos.

—No me lo trago, Colton.

Al oírme, aparta las manos de mis brazos, ahora también se distancia de mí físicamente.

—No puedo darte más, Rylee. —Mira el suelo y luego levanta la vista de nuevo, con su fachada perfectamente levantada—. Así es como soy.

Las lágrimas se me acumulan en los ojos y susurro:

—Y así soy yo, Colton.

Al pronunciar esas palabras, lo sé. Ya había empezado a enamorarme de él. Con defectos y todo. De alguna forma, a pesar del poco tiempo que hemos pasado juntos, ha conseguido atravesar las barreras que me protegen el corazón y, poco a poco, el amor se ha ido formando. Por eso sé que no puedo hacer esto. No puedo dejar que me rompan el corazón. Ya me destrozaron una vez, no sobreviviría de nuevo. Y sé perfectamente que querer a Colton y no ser correspondida acabaría conmigo.

—Supongo que hemos llegado a un punto muerto.

Tiene la voz ronca y se mete las manos en los bolsillos. El peso de las manos hace que los vaqueros se le bajen un poco más sobre las caderas. Tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no mirar el triángulo invertido de músculos que le asoma sobre la cintura del pantalón. No hace falta que me recuerden lo que ya no es mío.

—Será mejor que me lleves a casa. —Esquivo su mirada, incapaz de enfrentarme a él al pronunciar estas palabras.

—Rylee...

—Me merezco algo más, Colton —susurro y levanto los ojos—, y tú también.

Se agarra a la encimera de la cocina mientras digiere lo que acabo de decir, tiene los nudillos blancos y el gesto torcido por la angustia.

—Por favor, quédate a pasar la noche.

La desesperación le tiñe la voz, sé que es sincero, pero por los motivos equivocados. Lo hace porque quiere aliviar el dolor que me está causando, no porque quiera que lo nuestro sea algo más que un acuerdo.

—Los dos sabemos que esta historia no termina así. —Se me escapa una lágrima—. Siento no ser lo que quieres. Por favor, llévame a casa.

El silencio impera en el coche en el viaje de vuelta. En la radio, la aterciopelada voz de Adele canta acerca de no encontrar nunca a alguien como tú. Sería difícil comparar a alguien con Colton. De vez en cuando, lo miro de reojo y observo cómo las sombras y las luces de la noche juegan con los ángulos de su cara. Sé que hago lo correcto, lo hago por mí, pero de todas formas me duele el corazón al pensar en alejarme de este hombre tan hipnótico.

Llegamos a mi casa después de haber intercambiado menos de diez palabras. A pesar de la agitación interna, sigo sintiéndome cómoda en presencia de Colton.

Me abre la puerta del coche y me ayuda a salir con media sonrisa en los labios. Me coloca una mano en la parte inferior de la espalda mientras caminamos hacia la entrada. En la puerta, iluminada por una única luz en el porche, me giro y lo miro. Pronunciamos el nombre del otro a la vez y sonreímos. Sin embargo, las sonrisas nunca llegan a los ojos. Reflejan una tristeza cansada.

—Tú primero —digo.

Suspira y me mira. Me gustaría que fuera capaz de expresar todas las emociones que le veo en la mirada, pero sé que nunca tendrá la oportunidad. Levanta la mano y me acaricia la mejilla con el dorso de la mano. Cierro los ojos por la sensación. Cuando para, los abro, anegados en lágrimas, y lo miro.

—Lo siento —susurra.

Se disculpa por muchas cosas. Por lo que no ha podido ser. Por lo que debería ser. Por hacerme daño. Por no ser la persona que necesito. Por no ser capaz de enfrentarse a su pasado.

—Lo sé.

Levanto la mano y se la paso por la mandíbula sin afeitar, por el pelo ondulado y luego vuelvo a su rostro. Es como si quisiera grabar sus rasgos en la memoria. Algo a lo que aferrarme. Y es que a pesar de que todavía tenemos que trabajar juntos, esta será la última vez que me permita tocarlo. Sería demasiado peligroso para mi corazón herido.

Me pongo de puntillas y le rozo los labios con los míos. En un segundo, Colton me rodea con los brazos y me levanta para ponerme a su altura. Nos miramos fijamente. Se inclina sobre mí para reanudar el beso. Hay algo diferente en él. Nos estamos diciendo adiós sin palabras. Todo el dolor y las

posibilidades que hemos callado, expresadas en este suave intercambio. La desesperación y la necesidad carnal de antes han desaparecido para dar paso a una dolorosa resignación. Terminamos el beso despacio, Colton me suelta y me deslizo sobre su cuerpo. Una vez tengo los pies en el suelo, apoya la frente sobre la mía. Mantenemos los ojos cerrados mientras disfrutamos de este último momento juntos.

Levanto las manos y las coloco sobre su corazón, todavía frente contra frente.

—Ojalá me explicases por qué no tienes relaciones, Colton —susurro, a punto de romper a llorar—. A lo mejor así entendería esto, a ti, mejor.

—Lo sé —musita como respuesta. Se mueve y me besa en la punta de la nariz.

Esto acaba conmigo. Las lágrimas me caen silenciosas por las mejillas mientras Colton se despide entre susurros. Se da la vuelta sin mirar atrás y se apresura a recorrer el camino hasta el coche.

No soporto verlo marchar. Me peleo con torpeza con la cerradura hasta que consigo abrir, entro y cierro de un portazo. Apoyo la espalda en la puerta y me dejo caer al suelo. Las lágrimas silenciosas se convierten en sollozos incontrolables.

Haddie me encuentra en esa misma posición momentos después. La he despertado con mi entrada nada delicada.

Capítulo 18

Esta semana ha sido una mierda. Los candidatos al puesto vacante en el Hogar han sido un horror. Nada cualificados, decepcionantes, sin ningún tipo de interés.

Tampoco ayuda tener la cabeza en otra parte. Estoy cansada porque no consigo dormir más que cortos periodos interrumpidos por pesadillas sobre Max y Colton. Sin duda, mi subconsciente se lo está pasando en grande jugando con mis emociones.

Estoy de mal humor porque acabo comiendo todo lo que veo, pero no tengo ganas de salir a correr ni de hacer ejercicio para quemar todas las calorías extra que me meto en la boca para aplacar la miseria.

Estoy irritable porque Haddie me vigila sin descanso, me llama cada hora para comprobar cómo estoy y apagar Matchbox Twenty cada vez que me pilla escuchándolo.

Estoy irascible porque Teddy me ha reenviado un *e-mail* de Tawny con una lista de todos los eventos a los que tengo que asistir para promocionar la nueva asociación con Empresas CD. Lo que significa que tendré que estar al lado de Colton, la causa de mi estado de abatimiento. A pesar de que han pasado cuatro días, nada me ha servido para aliviar el dolor que me oprime el corazón y el alma desde la última vez que nos vimos. Me entran ganas de gritarme a mí misma que espabile, que solo nos conocemos desde hace un par de semanas, pero nada funciona.

Todavía lo deseo. Todavía lo siento.

Soy patética.

El único contacto que hemos tenido fue un *e-mail* que me envió al día siguiente de dejarme en casa. En el mensaje solo decía:

Whataya Want From Me de Adam Lambert.

Escuché la canción y la letra me confunde. Me dice que no habrá nada entre nosotros y luego me envía una canción para pedirme que no me rinda mientras soluciona todas sus mierdas. Una parte de mí se alegra de que se comunique conmigo, pero, al mismo tiempo, me entristece que no me deje lamerme las heridas. Ni siquiera tenía pensado responder hasta que oí una canción en la radio de Shane. Se la envié:

Numb de Usher.

Intentaba decirle que, mientras siguiese actuando de la misma forma, nada iba a cambiar, y que seguiría viviendo como dormido. No me contestó y no esperaba que lo hiciera.

Suspiro, sola en la cocina del Hogar. Zander está en una sesión de orientación con Jackson y los demás estarán en el colegio al menos otras dos horas. Voy por el último montón de currículums. Una de las candidatas vendrá a hacer una entrevista, pero, aparte de ella, no encuentro a nadie más remotamente cualificado.

El ruido sordo del teléfono me saca del trance. Lo busco a toda prisa para contestar y el corazón se me acelera con la esperanza de que sea Colton, a pesar de que no hemos hablado desde el domingo por la noche. La cabeza me dice que será él, pero, aun así, tengo esperanzas.

En la pantalla pone «número privado» y contesto casi sin aliento.

—¿Diga?

—¿Rylee?

El corazón me da un vuelco al oír su voz. La sorpresa me hace dudar antes de responder. Por orgullo, tengo que asegurarme de que no se me note el nerviosismo en la voz antes de responder.

—¿As?

—Hola, Rylee. —La calidez mezclada con alivio de su voz me provocan una sacudida de emociones contradictorias.

—Hola, Colton —contesto, empleando un tono de voz igual al suyo.

Suelta una risita por mi respuesta y luego se hace el silencio. Se aclara la garganta.

—Solo llamaba para informarte de que un coche os recogerá el domingo en el Hogar a las nueve y media. —Toda la calidez de hace un momento ha

desaparecido de su voz, ahora distante y profesional.

—Ah, vale.

Me dejo caer en el asiento, decepcionada porque solo llama para confirmar el correo que me envió uno de sus empleados hace dos días. Le oigo respirar al otro lado de la línea y se escuchan voces de fondo.

—Seguís siendo diez, ¿verdad? ¿Siete niños y tres tutores?

—Sí —contesto con tono cortante, se trata solo de negocios. Es la única manera que tengo para protegerme de él—. Están muy emocionados.

—Genial.

Otra vez nos quedamos en silencio. Tengo que pensar en algo que decir para que no cuelgue. A pesar de la tensión que hay entre nosotros, saber que está al otro lado de la línea es mejor a que no esté en absoluto. Sé que esta forma de pensar huele a desesperación, pero no me importa. Me exprimo el cerebro para formar una frase y, justo cuando pronuncio su nombre, él pronuncia el mío. Nos reímos.

—Perdona, tú primero, Colton. —Trato de disimular los nervios que me hacen temblar la voz.

—¿Cómo estás, Rylee?

«Fatal. Te echo de menos». Me obligo a sonar alegre, aliviada de que no esté delante de mí y no pueda verme en la cara que miento.

—Bien. Normal. Ocupada, ya sabes.

—Ah, lo siento. Entonces te dejo.

«¡No! ¡Todavía no!». Me esfuerzo por pensar en algo para mantenerlo al teléfono.

—Eh... ¿Listo para el domingo?

—Estamos en ello. —Intuyo algo de alivio en su voz, pero me convengo de que son imaginaciones mías—. El coche parece funcionar a la perfección. Hemos hecho algún arreglo en el coeficiente aerodinámico y parece que va mucho mejor. —Se le nota el entusiasmo en la voz—. Lo ajustaremos mejor el domingo. Y Beckett, mi jefe de equipo, cree que hay que arreglar la inclinación de las ruedas delanteras, y me preguntaste por qué no tenía relaciones.

¿Qué? ¡Joder! Menudo cambio de tema. No se me ocurre qué decir y apenas logro soltar un murmullo de confirmación, temerosa de que, si hablo, sea evidente lo mucho que me interesa saberlo, aunque al mismo tiempo me asuste.

Le oigo suspirar al otro lado de la línea y me lo imagino pasándose las manos por el pelo. Cuando por fin habla, es casi un susurro.

—Digamos que los primeros años de mi infancia... esos años fueron muy jodidos —explica, receloso.

—¿Antes de que te adoptaran?

Conozco la respuesta, pero es lo único que se me ocurre decir para que no dé la sensación de que siento pena por él. Y el silencio sería aún peor.

—Sí, antes de la adopción. Como resultado, ¿cómo explicarlo? —Se esfuerza por encontrar las palabras adecuadas—. Saboteo cualquier cosa remotamente parecida a una relación. Si las cosas van demasiado bien, lo estropeo todo, depende de a qué loquero le preguntes, adrede, sin querer o de manera subconsciente. La cago. Le hago daño a la otra persona. —Lo suelta todo de carrerilla—. Pregunta a mis pobres padres. —Se le escapa una risa de autocrítica—. Cuando crecía, los puteé muchas más veces de las que me gusta admitir.

—Colton, yo...

—Estoy programado así, Rylee. Te haré daño solo para probarte que puedo. Para demostrar que no te quedarás, a pesar de las consecuencias. Para probar que puedo controlar la situación y evitar que me hagan daño.

Se me pasan muchas cosas por la cabeza. La mayoría sobre lo que no me dice. Que su pasado le hace poner a prueba los límites de las personas con las que está para demostrarse que no merece su amor. Para probar que también lo dejarán. Siento lástima por él y por lo que fuera que le pasó de niño. Por otra parte, se ha abierto un poco, ha respondido parcialmente a la pregunta que le hice en el porche.

—Te lo dije, cargas suficientes para llenar un avión, encanto.

—No importa, Colton.

—Sí que importa, Rylee. —Se ríe nervioso—. No me voy a comprometer con nadie. Es más fácil para todos a largo plazo.

—As, no eres el primer tío que conozco con problemas de compromiso —bromeo para intentar restarle importancia al asunto, pero, en el fondo, sé que su incapacidad para comprometerse es algo mucho más profundo que la típica reticencia masculina.

Vuelve a soltar una risa nerviosa.

—¿Rylee?

—¿Sí?

—Te respeto y respeto tu necesidad de vivir el compromiso y las emociones que implica tener una relación. —Hace una pausa y el silencio se despliega entre los dos hasta que encuentra las siguientes palabras—. De verdad que sí. Pero yo estoy hecho así, por tanto no te sientas mal. Nunca habría funcionado.

Las esperanzas que me quedaban, que habían aumentado a pesar de mis fallidos intentos por controlarlas, estallan en pedazos.

—No te entiendo. Yo solo...

—¿Qué? —dice, distraído, le habla a una voz que se oye de fondo al otro lado de la línea—. ¡Salvado por la campana! Me necesitan en la pista. Más detalles que poner a punto. —Se le nota el alivio en la voz.

—Ah. Vale.

Estoy decepcionada. Quiero acabar esta conversación.

—¿Sin rencores, entonces? ¿Nos vemos el domingo en la pista?

Cierro los ojos un momento y tiño la voz de falsa indiferencia.

—Claro. Sin rencores. Hasta el domingo.

—Nos vemos, Ryles.

Cuelga el teléfono. Me siento sin oír nada. ¿Se ha dado cuenta de que acaba de usar su mecanismo de defensa? ¿Hacerme daño para mantenerme alejada? Ponerme en mi lugar para así mantener el control.

Estoy inquieta. Quiero terminar la conversación. Decirle que no tiene por qué ser así. Quiero consolarlo. Aliviar el pánico que le oprime la voz. Decirle que me ha hecho sentir algo después de mucho tiempo dormida. Confesar que quiero estar con él, a pesar de que en el fondo sé que acabaré destruida.

Cojo el teléfono mientras medito lo que voy a decir. Al final, lo único que escribo es esto:

¡Ten cuidado en la pista, As!

Responde al instante.

Siempre. Ya sabes que tengo unas manos estupendas.

Sonrío con tristeza. Me muero por tener lo que sé que nunca conseguiré.

Capítulo 19

El autobús se detiene a las puertas del autódromo Auto Club Speedway en Fontana. Los chicos no caben en sí de gozo y observan el enorme complejo con los ojos como platos. Se han puesto las camisetas y los pases de acceso que el equipo de Colton ha dejado en el bus para ellos. Sonríen de oreja a oreja y no dejan de soltar chillidos de admiración, lo que me hincha el corazón de alegría. Zander se levanta del asiento de un salto de forma inesperada, emana una energía tan evidente que me coge por sorpresa. Miro a Jackson y a Dane, mis compañeros, y veo que también se han dado cuenta.

Por primera vez desde hace una semana, tengo ganas de sonreír e, irónicamente, es Colton quien me ha hecho sentir así. Le agradezco los pequeños detalles que ha añadido para los chicos: una carta personalizada, las camisetas, los pases de acceso y los brillantes programas con su coche impreso en la portada. Cosas que les han hecho sentirse especiales. Importantes.

El autobús pasa por un túnel por debajo de las gradas y accede al interior del circuito. No creí que fuera posible, pero los chicos gritan y silban todavía más alto. Nos paramos y se abre la puerta. Al instante, un hombre sube al autobús, rebosante de entusiasmo. Nos hace bajar del vehículo y nos dirige hasta una sala de reuniones donde dice que nos recibirá Colton.

Me siento muy pequeña caminando por el gigantesco circuito. Al sur, hay una gran tribuna que se eleva hasta las alturas y la pista ovalada rodea todo el terreno a nuestro alrededor. Se oyen los rugidos de los motores y hay gente corriendo de un lado a otro en un garaje a nuestra derecha. A cada paso que damos, la ansiedad por ver a Colton aumenta. ¿Cómo reaccionará después de la confesión que me hizo por teléfono? ¿Actuará como si nada o seguirá existiendo esa energía magnética que nos atrae? A pesar de la ansiedad, tengo ganas de verlo en acción, en su elemento.

Llegamos a un edificio de ladrillo y nuestro guía, que durante el trayecto nos ha dicho que se llama David, nos conduce hasta una habitación con una puerta roja. Seguimos su consejo de juntarnos y los chicos charlan emocionados. Le hacen preguntas de todo tipo a David, que contesta con paciencia.

Cuando se tranquilizan un poco, les explica el motivo de la prueba.

—Cuando hacemos pruebas, pasamos mucho tiempo ajustando el coche. Pequeños retoques aquí y allá para que vaya más rápido y mejorar la estabilidad. Estos cambios son básicos para el rendimiento general del coche cuando empiece la temporada a finales de marzo. Además de los ajustes, Colton se reúne con el jefe de equipo, Beckett Daniels, y revisan todo en lo que se está trabajando. Ahí es donde está Colton ahora.

—Ya no.

Un escalofrío me recorre la columna cuando escucho la vibrante voz de Colton. Los chicos gritan emocionados al verlo. Miro a Zander y me da un vuelco al corazón cuando veo la genuina y amplia sonrisa de su carita.

—¡Hola, colegas! —les saluda Colton—. ¡Me alegro de que hayáis venido! ¿Listos para pasar un día genial?

El griterío se reanuda y respiro hondo, me preparo para darme la vuelta y enfrentarme a él. Al hacerlo, siento una presión en el pecho. Colton está en cuclillas, para estar a la altura de los más pequeños, y les revuelve el pelo divertido. Se ríe con sinceridad por algo que dice Scooter y después se incorpora despacio. Levanta la vista y me mira a los ojos.

Se me queda la mente en blanco y me deleito con la imagen. Lleva un traje rojo ignífugo, con la parte de arriba desabrochada y atada en la cintura. Debajo lleva una camiseta blanca ajustada con un logo descolorido en el pecho y un pequeño agujero en el hombro derecho. Tiene el pelo alborotado y la sombra de una barba incipiente. Inmediatamente, me concentro en lo mucho que me gustaría pasarle la lengua por los labios y enredarle las manos en el pelo.

Me muerdo el labio inferior y la punzada de dolor me recuerda que no va a pasar, y a la vez me ayuda a resistir los impulsos de pensar lo contrario. Colton sigue con los ojos fijos en los míos mientras los chicos que tanto adoro le rodean. Esboza una sonrisa lenta y torcida.

«A la mierda la resistencia. ¡Joder! Esto me supera».

—Hola, Rylee.

Hay muchas cosas escondidas detrás de esas dos palabras. Todo el dolor, la confusión y el exceso de análisis de los últimos días se desintegran. Por si no me había dado cuenta antes, con su mera presencia me nubla el juicio y el sentido común.

—Hola.

Es lo único que consigo articular mientras nos sostenemos la mirada, como si estuviésemos solos en la habitación. Muevo las manos, inquieta, e intento ignorar el deseo que me consume. Kyle le tira de la mano y, en un instante, aparta la vista de mí para volver a centrarse en los chicos.

Suelto el aire que contenía sin darme cuenta. Dane se acerca a mí y me susurra:

—¡Joder, Rylee! ¿Qué cojones pasa aquí? —Lo miro atónita, como si no tuviera idea de qué me habla—. Si no supiera que es imposible, te miraba como si quisiera devorarte de postre. —Me río de él y le doy un codazo en broma para evitar tener que responder y disimular el rubor que me aparece en las mejillas al acordarme de la otra noche y del algodón de azúcar—. ¡Está claro que a ese tío le gustas, nena!

—¡Bah, lo que tú digas! Ya sabes lo que dicen las revistas, Dane. Es un don juan, seguro que las mira así a todas.

Agradezco la distracción cuando Zander se desliza a mi lado y le pongo una mano en el hombro. Colton se da cuenta y aparta la mirada de los otros chicos para mirar a Zander. Se separa de los demás y se agacha delante de nosotros.

—¿Qué hay, Zander? Me alegro de que hayas venido.

Colton no se mueve, solo observa y espera alguna indicación por parte de Zander sobre cómo proceder. Contengo la respiración y un sonido ronco sale de la boquita de Zander. Pronuncia un ronco y bajo «hola» y la sonrisa prudente de Colton se ensancha de oreja a oreja. Se me escapa una lágrima, echo un vistazo a Dane y a Jackson y veo también en sus caras gestos de alivio y orgullo.

¡Zander ha dicho su primera palabra!

Colton se aclara la garganta y me da la sensación de que él también se ha emocionado un poco.

—Voy a necesitar que después me ayudes un poco, ¿te parece bien?

Cuando Zander asiente con la cabeza, Colton levanta la mano, despacio, para que el pequeño pueda ver sus intenciones y, cuando no se aparta, le

revuelve el pelo con cariño.

Colton me mira mientras se levanta y tengo los ojos llenos de lágrimas tanto por la reacción de Zander como por el hombre que tengo delante. Por todo lo que no habrá entre nosotros. Me dedica una sonrisa resignada de complicidad y vuelve a prestar atención a los seis chicos.

—Bueno, ¿listos para bajar a la pista, echar un vistazo al coche y prepararlo todo para la vuelta de prueba? —Colton retrocede divertido ante el griterío de los chicos—. ¡Me lo tomaré como un sí! —exclama y ríe.

Por el rabillo del ojo, me percató de que una rubia escultural entra en la habitación con una carpeta en una mano, una gorra de béisbol vieja en la otra y un pase de acceso oficial colgado del cuello. Se apoya en el marco de la puerta a observar a Colton y debe darse cuenta de que la miro, porque se gira y me repasa de arriba abajo. Al final me mira a los ojos, con una media sonrisa y una mirada mucho menos amistosa. Entonces la reconozco. Es Tawny Taylor: acompañante ocasional, empleada de Empresas CD y quién sabe qué más para Colton. Se me pone la piel de gallina al contemplarla: piernas largas, figura perfecta, pelo largo y rubio y una cara despampanante que me hace sentir de lo más insegura. ¿Por qué iba Colton a querer estar con alguien como yo cuando puede tener a alguien como ella?

Colton la mira cuando pronuncia su nombre con una vocecita ronca y lo interrumpe a mitad de una respuesta para Shane.

—Dadme un minuto, chicos —se disculpa y se acerca a Tawny.

Le ofrece la gorra de béisbol y Colton se pasa la mano por el pelo antes de ponérsela. Hablan en voz baja y consigo captar alguna palabra suelta entre los gritos de los chicos. Colton tiene las manos en las caderas, con sus anchos hombros que se ajustan perfectamente a la camiseta desteñida, mientras asiente con la cabeza. Ella le sonrío con complicidad y, cuando le apoya una mano en el brazo, la odio automáticamente. Reacciono al escuchar mi nombre. ¿Cómo? Tawny me echa un rápido vistazo antes de volver a mirar a Colton. Parece que están ultimando detalles, así que me concentro en los pósteres de las paredes. Oigo que Colton le da las gracias antes de volver con su público. Tawny se gira hacia la puerta y se percató de que la observo. Me dedica una sonrisa de lo más falsa y maliciosa. Esa sonrisa lo dice todo. Colton es su territorio y yo no soy más que una intrusa.

Bueno, ¡que empiece el juego, encanto!

Cuando Tawny se ha ido y ya he conocido a una competidora, vuelvo a

centrarme en Colton, que explica a los chicos cómo va a ser la prueba. Con paciencia y facilidad, responde a todas sus preguntas. Zander está muy cerca de él, escuchando la conversación atentamente y sin dejar de mirarlo ni un segundo. Cuando termina, David mira el reloj y se dispone a dar indicaciones:

—Muy bien, chicos, vamos a bajar a los boxes. Os sentaréis en las gradas que hay justo encima para verlo todo. También os daremos unos auriculares a cada uno para que nos escuchéis hablar con Colton. —Recoge su carpeta y se dirige hacia la puerta—. Si me seguís, iremos a prepararlo todo.

Los chicos se mueven inquietos mientras se colocan en fila detrás de David. Cojo el bolso y me dispongo a seguirlos, la ansiedad aumenta ante la posibilidad de quedarme a solas con Colton. Normalmente tengo una gran fuerza de voluntad, pero cuando se trata de Colton, es inexistente. Doy el primer paso y entonces me llama.

—Ry, ¿tienes un segundo?

Ignoro las cejas levantadas de Dane antes de darse la vuelta y seguir a los chicos. No sé si lograré que no se me trabe la voz, así que confío en que el haberme detenido sea respuesta suficiente.

—Me alegro de verte —dice con voz ronca.

Tomo aire y cierro los ojos un momento para borrar las emociones de la cara. Me doy la vuelta, despacio, con una falsa sonrisa de calma en los labios, mientras me recuerdo a mí misma sus palabras del otro día. La fuerza devastadora del efecto que tiene sobre mí me golpea en cuanto lo miro a los ojos.

«Nunca habría funcionado».

—Lo mismo digo, As.

Se sienta en el borde de la mesa, con un pie apoyado en la silla que tiene delante, y juguetea con las gafas de sol. El corazón me da un vuelco al verlo, consciente de que solo puedo tener una parte de él, no todo lo que necesito. Camino en su dirección, la química que hay entre nosotros es innegable y me atrae como un imán. Le sonrío con timidez mientras trato de mantener las emociones bajo control. Me detengo delante de él, me muero por tocarlo. Me mira las manos cuando las levanto y le quito una pelusa imaginaria de la camiseta.

—¡Pareces todo un profesional! —bromeo. Ansiosa, suelto lo único que se me ocurre.

Inclina la cabeza y arquea una ceja.

—¿Qué pasa? ¿Crees que finjo y solo es una actuación? —dice con sequedad y se levanta de la mesa.

Al incorporarse, su cuerpo queda a pocos centímetros del mío. Su aroma me envuelve y doy un paso atrás para impedirme volver a tocarlo. Lo que sea con tal de conservar la dignidad.

—No, no me refiero a eso. —Sacudo la cabeza nerviosa y retrocedo para poner algo de espacio entre los dos—. Es que estar aquí lo hace todo tan real, verte con el traje, las gradas, la enormidad de todo. —Me encojo de hombros—. Muchas gracias, Colton.

Me miro las manos donde, de forma instintiva, me dispongo a darle vueltas al anillo que ya no llevo en el dedo. En vez de eso, entrelazo los dedos y trato de ocultar las emociones que me nublan los ojos.

—¿Por qué?

—Por todo lo que has hecho. Las cosas del autobús para los chicos. Traerlos aquí hoy. Todo. —Lo miro con lágrimas de felicidad en los ojos—. La primera palabra de Zander.

—Un avance muy importante para curar heridas invisibles.

Sé que entiende estas palabras mejor que nadie. Con la mano, me limpia la lágrima solitaria que me cae por la mejilla. Ese acto tan sencillo de compasión me altera. Me mira a los ojos y veo lo que siente por mí. Ojalá él lo viera también. Se pone las gafas de sol, lo que bloquea mi capacidad de leer sus emociones, y me ofrece la mano.

—¿Bajas conmigo a los boxes?

Me quedo quieta y lo miro confundida, así que responde por mí y me coge de la mano. Caminamos en silencio, cada uno centrado en sus propios pensamientos. Demasiadas preguntas sin respuesta que me gustaría hacerle, pero este no es el momento ni el lugar. Me llevo una mano al estómago para tranquilizar los nervios que me revuelven las tripas.

—¿Por qué estás tan nerviosa? Soy yo el que va a conducir por la pista a trescientos kilómetros por hora.

Me paro y lo miro, incapaz de ver a través de los cristales oscurecidos de las gafas si realmente no se da cuenta de lo que me hace pasar tiempo con él, estar junto a él cuando no puedo tenerlo. Tengo que ir de puntillas y pensar cada movimiento. Decido tomar la salida fácil.

—Estoy nerviosa. ¿No te da miedo estrellarte?

—Me he estrellado cientos de veces, Rylee. —Se levanta las gafas para

mirarme a los ojos—. A veces, necesitas chocar un par de veces para aprender de tus errores, así, cuando se despeja el humo, estás mejor que antes. —Se encoge de hombros, me aprieta la mano y sonrío con timidez—. Además, las abolladuras te dan más carácter para el futuro. La belleza no dura eternamente.

Nos miramos fijamente y sé que no habla solo de las carreras. Le suplico con los ojos; en silencio, le pregunto las cosas que no me atrevo a pronunciar en voz alta, pero se pone las gafas de nuevo y finge que no ha visto nada. Vuelve a darme la mano y echa a andar.

Intento pensar en algo que decir para aligerar el paseo.

—¿No deberías tener una cara de concentración precarrera o algo parecido?

—Algo así —ríe—. Pero lo de hoy no es una carrera. Normalmente me pongo así una vez que entro en la pista. A mi hermana la saca de quicio.

—¿Y eso por qué?

—Porque dice que consigo aislarme de todo y de todos en un segundo — responde con ironía con una media sonrisa.

—Típico de los hombres. —Me río y sacudo la cabeza—. Gracias por el aviso, As.

—Y también dice que parezco mezquino. Trato de explicarle que es parte de mi trabajo, pero no se lo traga.

Caminamos un rato en silencio y sonrío. A la izquierda, oigo el rugido de un motor y, desde algún punto a mi derecha, me llega el chasquido de una llave inglesa.

—No estaba seguro de que fueras a venir hoy.

Lo que dice me sorprende, pero creo que lo disimulo bastante bien.

—Pensé que tal vez enviarías a otro tutor en tu lugar.

—No —murmuro cuando nos detenemos en la esquina del edificio y levanto la vista para mirarlo. ¿No se da cuenta de que, por mucho que me aparte, me veo inevitablemente atraída por él? ¿Que no podría mantenerme alejada ni aunque quisiera?—. Quería verte en tu terreno. Vivir la experiencia con los chicos.

Me observa un momento, saluda con la cabeza a alguien que pasa a nuestro lado y vuelve a mirarme.

—Me alegra que estés aquí.

—A mí también —respondo y lucho contra la urgencia de apartar la mirada de la intensidad de la suya.

—Te acompaño hasta aquí —dice, apoyado en la pared, con un pie sobre el muro del edificio.

—Ah.

Me acaricia los nudillos de la mano que tiene sujeta con el pulgar y esboza una sonrisa pícaro.

—¿No me das un beso de buena suerte?

Tira de mi mano y me acerca hasta su cuerpo. Me pone la mano libre en la espalda para sujetarme.

Las advertencias, las señales confusas, el dolor que me ha causado, todo desaparece cuando veo sus sensuales labios a centímetros de los míos. Todos los músculos por debajo de mi cintura se tensan de deseo. Cierro los ojos un momento y me humedezco los labios con la lengua, luego los abro y miro a Colton a los ojos. ¿Por qué no? De todas formas, el término «sensato» ha desaparecido de mi vocabulario durante las últimas semanas cuando se trata de él. La sensatez se me escapa entre los dedos como arena cuando estoy cerca de él.

—Es lo menos que puedo hacer —murmuro mientras se quita la gorra.

En el momento en que sus labios rozan los míos, me olvido de todo lo que nos rodea. En el beso vuelve todo el dolor, las emociones y el deseo de los últimos días, y sé que él hace lo mismo. Con las manos me aprieta la espalda, me tienta y me insta a recorrerle el pecho con las manos, acariciarle las líneas del cuello y enredar los dedos en los rizos de su nuca. Nuestros corazones laten al unísono mientras tomamos lo que necesitamos del otro, ignorando el punto muerto en que nos encontramos.

Cuando oigo a alguien gritar, vuelvo a ser consciente de lo que nos rodea.

—¡Vete a un hotel, Donovan!

Colton sonrío contra mis labios al romper el beso, mira a la derecha y, entre risas, grita:

—¡Que te den, Tyler! ¡Estás celoso!

Escucho una risotada cuando Colton vuelve a mirarlo y le acaricio la cara con las manos.

—¡Buena suerte, As!

Nos miramos un instante y luego se inclina para darme un beso suave en los labios. Una despedida silenciosa que me deja más confusa que nunca.

—Recuérdame que te lleve a la próxima carrera.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque si me besas así para desearme suerte en una prueba, me muero de ganas por ver cómo será cuando compita de verdad.

Levanta las cejas, esboza una sonrisa pícaro y me aprieta la cintura con las manos. Suelto una carcajada.

—¿Colton?

Giro la cabeza y me encuentro con los ojos llenos de sorpresa de una mujer despampanante a unos pasos a nuestra izquierda. Tiene una belleza clásica que me recuerda mucho a Haddie. Tirabuzones rubios le caen sobre los hombros y me mira pensativa con unos ojos color caramelo. Arruga los labios pintados mientras me observa. Es como si me dieran un puñetazo en el estómago. A pesar de estar abrazada a Colton, en el segundo que tengo para analizarla, veo el amor y la adoración absoluta hacia Colton en sus ojos. Sin embargo, hay algo diferente en ella y los sentimientos que expresan sus ojos son mucho más intensos que los de Tawny o Raquel.

¿Alguna vez acabará el desfile infinito de mujeres enamoradas de Colton?

—Justo a tiempo, como siempre —dice Colton con los dientes apretados sin siquiera mirarla. Lo observo, confundida por el beso que me da en la punta de la nariz antes de apartarse—. Rylee, te presento a la insufrible de mi hermana, Quinlan.

—¡Ah!

¡Ahora todo tiene sentido! Me libero de los brazos de Colton, la interrupción no me deja tiempo para pensar en lo que acaba de pasar. Levanto la mano para estrechársela, sonrojada al pensar en la primera impresión que se habrá llevado de mí.

—Hola. Soy Rylee Thomas.

Quinlan me repasa de arriba abajo, mira la mano que le ofrezco y después mira a Colton con incredulidad. Sacude la cabeza y le dedica una mueca de advertencia mientras ignora por completo mi mano. La dejo caer mientras Colton suspira a modo de aviso.

—¿Quin? —Ella lo mira como una madre que regaña a su hijo. Colton la fulmina con la mirada—. Q, deja de ser tan maleducada. Ahora mismo voy. Estoy un poco ocupado.

Resopla con grosería, me observa una última vez, se da la vuelta y se marcha por donde había venido.

—Lo siento —musita Colton—. A veces es de lo más irritante, da igual la edad que tenga.

Al decir eso, por alguna razón, lo entiendo. Cree que soy uno de los juguetitos de usar y tirar de Colton. Actúa como seguramente lo haría yo si fuera mi hermano. Asqueada. Harta.

—No pasa nada. —Doy un paso atrás—. Tienes que irte.

—Eso es verdad. —Asiente y se pasa los dedos por el pelo.

—Ten cuidado, Colton. Nos vemos en la línea de meta.

—Siempre.

Me dedica una rápida sonrisa llena de picardía y echa a andar hacia los boxes. Observo la forma tan *sexy* que tiene de caminar y cómo se vuelve a poner la gorra. Se gira a mirarme, con la visera ocultándole los ojos y con una sonrisa caprichosa en los labios. Lleva «peligro» escrito en la cara. Aunque solo sea eso, es la definición de *sexy*. Suspiro y sacudo la cabeza cuando le sonrío de manera instintiva. Se da la vuelta y lo miro hasta que desaparece.

Y ahora, ¿cómo empiezo siquiera a procesar todo lo que ha pasado en los últimos quince minutos?

Capítulo 20

—Vale, chicos, creo que el último ajuste lo ha clavado. ¡Buen trabajo! Voy a pisar a fondo los últimos veinte en cuanto cruce la línea.

La voz de Colton suena a través de los auriculares mientras le observamos cruzar la pista detrás de nosotros.

—No lo fuerces demasiado, Colt. Tenemos que arreglar un par de cosas más en el próximo descanso. No se vaya a quemar el motor antes de que podamos tocarlo.

—Relájate, Becks —bromea—. No voy a hacerle nada a tu bebé. —Oigo el rugido del motor de fondo cuando Colton sale de la segunda curva—. ¿David? ¿Estás ahí?

—¿Qué necesitas, Wood? —La voz de David me retumba en los oídos. ¿Wood? ¿Y eso de qué va?

A través del micrófono se escucha desacelerar el motor cuando entra en la tercera vuelta.

—Lleva a Zander al puesto de banderas. —La voz de Colton tiembla a causa de la vibración del coche cuando acelera—. Deja que la ondee. Luego los demás.

—Recibido.

Los chicos están escuchando con los auriculares y se giran a mirarme con los ojos como platos y sonriendo de oreja a oreja. David sube por las escaleras hasta la cabina donde estamos y, con gestos, pide a los chicos que le sigan. Dane baja con él y Jax me mira con una ceja levantada, interrogante.

—Adelante, Jax —digo sin levantarme—. Yo me quedo aquí.

Observo a los chicos bajar hasta el circuito, con las cabezas giradas hacia la derecha cuando Colton llega zumbando de la cuarta vuelta a la línea de meta. El ruido sordo del motor me invade los oídos y hace que me vibre todo

el cuerpo, me retumba en el pecho cuando pasa volando a nuestro lado. David dirige a los chicos a través de la pista y desaparecen de camino al puesto de banderas. Poco después, David sube a la pequeña plataforma blanca con Zander a su lado y esperan a que Colton vuelva a completar la vuelta. El pitido del motor aumenta de volumen cuando pisa el acelerador en la recta final. Antes de darme cuenta, completa los tres kilómetros de circuito y cruza de nuevo la línea de meta detrás de mí. Zander sujeta la bandera con las manos y David le ayuda con cuidado a ondearla cuando Colton se acerca y pasa a toda velocidad. Saco una foto de la sonrisa del pequeño antes de que baje por las escaleras para dejar subir a Aiden.

Ha sido un día increíble. Los chicos han vivido una experiencia única gracias a Colton y a su equipo. Me han entrevistado de *Los Angeles Times* y el *Orange County Register* para hablar de la colaboración para recaudar fondos de Empresas CD con Cuidados Corporativos. Un fotógrafo nos ha sacado fotos mientras contemplábamos las vueltas de prueba. Los chicos se han hinchado de chucherías y de una comida fantástica que el equipo de Colton ha traído para nosotros. Nos han tratado mejor de lo que nunca habría imaginado, sobre todo si tenemos en cuenta que lo de hoy no es ni una carrera ni un entrenamiento oficial.

Luego le saco una foto a Shane mientras ondea la bandera cuando Colton cruza la meta, feliz de haber captado la expresión de felicidad de su cara. Cuando levanto la vista de la cámara digital, Tawny está delante de mí con una mirada fría y calculadora en sus ojos azules como el hielo. Le dedico una mirada cauta, pero educada.

Se queda donde está, mirándome, así que decido dar el primer paso. El intento de intimidarme no tiene ningún efecto. Por una vez en la vida, doy las gracias por el agudo ingenio que tengo y en el que siempre pienso a posteriori porque creo que lo necesitaré.

—¿Puedo ayudarte en algo?

Cruza los brazos sobre su generoso pecho y apoya la cadera en la barandilla sin dejar de mirarme.

—Sabes que no eres su tipo, ¿verdad?

«Vaya, así que vas a ir por ahí».

Colton cruza la pista a nuestra derecha y espero a que el rugido ensordecedor pase antes de quitarme los auriculares. Me reclino en el asiento y me permito esbozar una sonrisa cómplice, la misma que tenía Colton en los

labios momentos antes.

—¿Y qué me quieres decir con eso? ¿Que tú sí?

Me estremezco por dentro por el último comentario, consciente de que efectivamente encaja a la perfección en el prototipo de Colton. «Eso me pasa por intentar ser graciosa».

Se ríe con malicia.

—Ay, muñeca, eres tan inocente que no tienes ni idea de dónde te has metido, ¿a que no?

¡Zorra condescendiente!

—¿Y qué? Si tuviera tanta experiencia como tú, ¿lo sabría? —digo con sarcasmo—. Vamos a dejar algo claro, lo que haya entre Colton y yo no es asunto tuyo. Y soy perfectamente capaz de cuidar de mí misma, Tawny. Pero gracias por la preocupación, aunque sea un error.

Me mira a través de las pestañas con expresión divertida.

—Verás, Rylee, todo lo que hace Colton es asunto mío. Me aseguro de ello.

La observo en silencio, sorprendida por su imprudencia y valorando si hay algo de verdad en lo que dice. Utilizo el cinismo para esconder el desconcierto en la voz.

—No sabía que necesitaba niñera. Parece perfectamente capaz de tomar decisiones por su cuenta. —Cruzo los brazos sobre el pecho, imitándola.

—No tienes ni idea, ¿verdad? —Suelta una risita maliciosa, su tono de condescendencia me empieza a crisar los nervios—. Todos los hombres necesitan una mujer que les susurre al oído, que les indique lo mejor para ellos. —Sonríe—. Y, Rylee, muñeca, yo soy esa persona para Colton. —Arquea las cejas—. Lo he sido y lo seguiré siendo.

Me tapo los oídos cuando Colton vuelve a pasar a nuestro lado, agradecida por tener un momento para procesar el comentario.

—Estoy bastante segura de que Colton no deja que nadie le diga lo que tiene que hacer, Tawny. Pero buen intento.

Si vuelve a soltar esa molesta risita de sabelotodo, la estrangulo.

—Sigue pensando eso, muñeca. —Se da un golpecito con una uña postiza en sus perfectos dientes blancos—. Antes de que te des cuenta, creerás que te ha dejado entrar. Y, a pesar del discursito de no querer novia, creerás que de verdad quiere algo más contigo. Que puedes hacerle cambiar a él y a su forma de actuar. Creerás haber domado esa rebeldía y haber dejado atrás su actitud

dominante.

Se gira para verlo volar por la recta final de la pista, antes de volver a mirarme y dar un paso más cerca.

—Y cuando eso pase, todo acabará más rápido que esa vuelta. No tienes lo que hace falta para mantenerlo a tu lado. Se aburre con facilidad. —Levanta las cejas mientras me evalúa—. ¡Dios mío! —exclama y se lleva una mano a la boca para esconder una sonrisa burlona—. Ya te has acostado con él, ¿no es así?

La miro e intento esconder la verdad, silencio como única respuesta. No quiero que se sepa que ha conseguido afectarme. Que sus comentarios malintencionados han conseguido molestarme y empiezan a alimentar todas las inseguridades que me acechan sobre por qué le gusto a Colton.

—Entonces, no quedará mucho.

—¿Para qué? —pregunto, aunque ya sé lo que va a decir.

Se pasa la lengua por los dientes dentro de la boca, como si buscase la frase perfecta con la que hacerme daño.

—He visto las idas y venidas de sus zorritas durante el tiempo suficiente como para daros como mucho dos meses, muñeca. Antes de que empiece la temporada, te habrá sacado de su vida y de su cama. —Me observa con los ojos entrecerrados, esperando una reacción que no le doy. Se acerca un paso más—. Solo quiero que sepas que será a mí a quien acuda entonces. Te lo dije. Soy la voz que le susurra —murmura las últimas palabras.

—Déjame adivinar, será contigo con quien encuentre su final feliz, ¿verdad? —replico con un tono de voz de lo más dulce a pesar de que me hierve la sangre de ira.

—Algún día, cuando se canse de matar el tiempo con pelanduscas como tú. —Suelta una risita y me repasa de arriba abajo—. Eres lista, eso lo admito. Pero conozco a Colton desde hace más tiempo que nadie y he invertido muchas horas. Sus padres me adoran. Soy la única a la que necesita. Tal vez todavía no se haya dado cuenta, pero me quiere.

—Me parece que deberías buscar algo mejor a lo que dedicar tu tiempo, muñeca —espeto, mientras me pongo en pie y me acerco a ella, harta de tanta diatriba egocéntrica—. Sentarse a esperar para ser el segundo plato debe de ser de lo más frustrante.

—Qué susceptible, ¿no? No mates al mensajero —contesta con las manos en alto—. Pensé que sería mejor evitarte el desengaño.

Consigo soltar una risotada seca.

—Sí, rebasas sinceridad por todos los poros. —Pongo los ojos en blanco —. Tu compasión es sobrecogedora.

Frunce los labios.

—Entre chicas tenemos que apoyarnos.

Ahora me río de verdad. ¡Menuda zorra!

—Sí, sin duda me cubres las espaldas. —Mientras me apunta con un cuchillo—. Gracias por el aviso, pero ya soy mayorcita, Tawny. Puedo cuidarme sola.

Echa la cabeza atrás para reírse en voz alta y luego me repasa otra vez de pies a cabeza con una mirada de desdén.

—Dios, te va a comer viva y a escupirte, y voy a disfrutar de lo lindo viéndolo.

Colton acaba la última vuelta y se dirige a los boxes, a nuestra derecha. Los chicos van a venir a buscarme de un momento a otro para bajar a ver el coche y, la verdad, ya me he cansado del discursito de Tawny de «voy a ponerte en tu sitio». He intentado poner la otra mejilla y no rebajarme a su nivel, pero todo tiene un límite.

Doy un paso más hacia ella y le susurro con desprecio:

—Será mejor que te acostumbres a mirar, Tawny, porque será lo único que hagas. Cuando grite un nombre, será el mío, encanto. —Levanto las comisuras de los labios con la voz imperturbable—. No el tuyo.

—¡Eso se creen todas! —espeto con sorna.

Qué ganas tengo de estrangularla. Borrarme esa sonrisa sarcástica de la cara y demostrarle que no tiene ni idea de lo que habla. Pero no puedo. Al final, tal vez tenga razón y eso me mata. Me recuerdo que tengo que mantenerme en guardia. Le dedico el mismo repaso que me ha dado antes y sacudo la cabeza con indiferencia.

—Una conversación de lo más estimulante, Tawny, pero me voy a pasar el tiempo con personas que lo merecen.

Bajo las escaleras a toda velocidad para asegurarme de tener la última palabra. Cuando llego al final, me dirijo hacia el lugar de donde procede el ruido del motor del coche de Colton. Cuando giro la esquina, veo a los chicos que siguen a David a los boxes. Acelero el ritmo para alcanzarlos e intento disipar la rabia y la irritación que Tawny me ha provocado.

Me encojo de hombros y me convengo de que no es más que una zorra

antipática que intenta aferrarse a alguien que no le pertenece. Una zorra antipática despampanante, pero una zorra antipática, a fin de cuentas. El hecho de que sea exactamente el tipo de Colton combinado con el miedo a que haya algo de verdad en lo que ha dicho hacen que me hierva la sangre.

Alcanzo al grupo cerca de la entrada del garaje, donde está el equipo de Colton. El ronroneo del motor se detiene y Colton le entrega el volante desmontable a uno de los miembros del personal antes de salir despacio del asiento. Levanta una pierna por el lateral, después la otra y apoya los pies en el suelo. Se toma un momento para estabilizar las extremidades antes de quitarse el casco y el pasamontañas blanco ignífugo. Acepta el Gatorade que alguien le ofrece, bebe un trago largo y se pasa la mano por el pelo empapado en sudor. Le dedica al hombre que se le acerca una amplia sonrisa y me lleva un momento reconocerlo. Es el mismo que estaba con él en la fiesta de Ron Merit.

Me quedo a un lado con los chicos, lejos del flujo de actividad del garaje. Varias personas hablan con Colton, que gesticula con las manos para explicar lo que dice. Otros miembros del equipo se ocupan del coche y utilizan varias herramientas para comprobarlo todo. Colton está como pez en el agua. Es fácil darse cuenta del entusiasmo y el respeto que siente por este deporte.

Sonríe de oreja a oreja y con sinceridad, y noto una punzada en el corazón al verlo. Siente verdadera pasión por el deporte que claramente adora y no puedo evitar pensar en cómo sería si, por fin, aceptase el amor de alguien. Se me retuerce el estómago al pensar que no será de mí. Alejo ese pensamiento de la cabeza, pero no desaparece del todo mientras lo observo.

La actividad desaparece cuando varias de las personas que hablaban con Colton se apartan y se encargan del motor en la parte de atrás del vehículo. Solo queda junto a él el hombre del club e intuyo la camaradería que hay entre los dos.

David indica a los chicos que entren al garaje; ellos se colocan en fila para seguirlo en silencio y no estorbar a nadie. Me quedo donde estoy, prefiero observar desde lejos. Colton los ve y aparta la atención de su conversación. Les dedica una gran sonrisa y espera a que lleguen hasta él antes de hablar.

—¿Qué os ha parecido, colegas?

Los chicos se ponen a gritar todo tipo de alabanzas desde «guay» hasta «alucinante». Se desabrocha el traje ignífugo y saca los brazos de las mangas, que deja caer y le cuelgan de la cintura. La camiseta, oscurecida por el sudor,

se pega a sus músculos bien definidos. Es una imagen de lo más *sexy* y me atrae como un imán.

—¡Me alegro de que os haya gustado! Ahora —dice, y rodea con el brazo al hombre del club—, este de aquí es una de las personas más importantes del equipo. Más importante que yo —bromea—. Nada de esto sería posible sin él. —Señala al garaje en el que estamos—. Os presento a Beckett Daniels, mi jefe de equipo.

Los chicos le dicen hola y les dedica una sonrisa. Ricky le hace una pregunta y la sonrisa de Beckett se ensancha mientras les hace una seña para que se acerquen al coche a mirar algo. Colton se queda donde está y los observa. Destensa los hombros y vuelve a beber un trago, luego recorre el garaje con la mirada. Una chispa de electricidad salta en el aire cuando nuestras miradas se encuentran, esboza una sonrisa torcida y le aparece el hoyuelo de la mejilla. Está de lo más *sexy*: caliente, sudoroso, despeinado y absolutamente irresistible. Echa un vistazo a Beckett para asegurarse de que todo marcha bien y camina hacia mí.

—Hola. —Sonrío sin poder evitarlo cuando le hablo.

—¿Sigues creyendo que finjo?

—No. —Me río cuando se detiene delante de mí.

—Bueno, mientras sea así, estoy haciendo bien mi trabajo —bromea y levanta una mano para estirarme un rizo.

Sacudo la cabeza y sonrío ligeramente, luego respiro. «Fingir está totalmente descartado cuando se trata de Colton en el dormitorio». Nos miramos, el garaje bulle de actividad a nuestro alrededor, pero nos mantenemos ajenos a todo.

—Te desenvuelves bien ahí fuera, As —consigo decir, por fin, para romper el silencio.

Bebe otro trago de Gatorade.

—No tienes ni idea de coches, ¿verdad? —Se ríe cuando sacude la cabeza y me uno a él—. Eso pensaba, pero gracias por el cumplido.

—He visto alguna carrera con mi hermano, y los chicos, por supuesto, han investigado todo lo que han podido en Google. —Me encojo de hombros y les echo un vistazo por encima del hombro—. Wood, ¿eh?

Me sonrío con timidez.

—No es lo que crees. Es un antiguo apodo. —Levanto las cejas, divertida—. Cuando me metí por primera vez en el mundo de las carreras, alguien me

empezó a llamar Hollywood. El mote era una mierda. Con el tiempo, se quedó en Wood. Los que me llaman así llevan conmigo mucho tiempo. —Mira un momento a Beckett—. Es gente en la que confío.

—La prensa se daría un festín con esto si se enterase.

—No hace falta que lo jures. —Ríe.

Los dos giramos la cabeza cuando escuchamos la risa de Shane. Beckett le rodea los hombros con el brazo y se ríe con él mientras David sube a Ricky al asiento del conductor para que se haga una foto.

—Muchas gracias, Colton. Has hecho que se sientan especiales por un día. —Vuelve a mirarme—. Gracias por todo, no te haces a la idea de lo que significa para ellos.

Se le oscurece el semblante durante un segundo.

—No es nada. —Se encoge de hombros y con la uña arranca la etiqueta de la botella de Gatorade—. Lo entiendo mejor que muchos.

Vuelve a mirar a los chicos, que por turnos se sientan en el coche para sacarse una foto. Nos quedamos mirándolos un rato. Colton se quita la gorra y se pasa las manos por el pelo. De reojo, veo que mira el reloj y, de nuevo, a los chicos.

Las palabras de Tawny me repican en los oídos. «Como mucho dos meses». ¿Y si tiene razón? Incluso si lo que sea que tenemos llega a durar tres o cuatro meses, no será suficiente. No creo que exista ninguna cantidad de tiempo que fuera suficiente para querer a alguien como Colton. Es una de esas personas que te consume por completo. Te llena, aunque nunca hubieras pensado que estabas incompleta. Te hace fuerte y débil al mismo tiempo. Sé que puedo quererle así, como se merece, pero no me dará la oportunidad. Tawny será una zorra impertinente, pero lo conoce mucho mejor que yo. Entre lo que ella me dijo, las confesiones del propio Colton, lo que he investigado y mi intuición, sé que me acabará haciendo pedazos si me permito enamorarme de él. No puedo dejar que pase. El viaje sería increíble, pero la desesperación tras la caída me destrozaría.

Colton rompe el hilo de mis pensamientos.

—Tenemos una reunión de diez minutos —dice mientras se gira a mirarme—. Si me esperas, te llevo a casa cuando termine.

Doy vueltas al anillo, me lo he vuelto a poner esta mañana, es una forma de consuelo. Me muero por decir que sí.

—No creo que sea una buena idea. —Sacudo la cabeza para esquivar su

mirada.

—¿Para quién? —pregunta, se gira y da un paso para acercarse a mí.

Su aroma me envuelve, ese olor a limpio y a fresco de su colonia, mezclado con su esencia masculina después del largo día de trabajo.

Lo miro con cautela y trato de mantener una distancia emocional.

—Para ninguno de los dos, Colton. Tú mismo lo dijiste la otra noche.

Se acerca un paso más y se me acelera el pulso.

—A lo mejor hoy pienso de otra manera.

Doy un largo suspiro y me repito que nada ha cambiado desde el sábado. Colton es quien es y no va a cambiar. Lo que pasa es que estar unos días separados le ha puesto cachondo y necesita descargar. Eso es todo. Me saca de la cabeza su último comentario y hago como si no hubiera dicho nada.

—Además, tengo que llevar a los chicos a casa. Son responsabilidad mía.

Avanza otro paso y le pongo las manos en el pecho para que no se acerque más. No creo que pudiera soportar tener su cuerpo presionando contra el mío. Ya me cuesta bastante resistirme con las manos sobre los firmes músculos de su pecho.

Colton me levanta la barbilla con la mano.

—¿Qué pasa, Rylee?

Me examina con los ojos para encontrar el porqué de mis dudas. ¿Cómo podría entender que lo que él considera una relación es algo inaceptable para mí? ¿Cómo le explico que, al alejarme y besarme al minuto siguiente, hace que me plantee lo que estoy dispuesta a ceder para tenerlo en mi vida?

—Tú —susurro.

—¿Yo? —pregunta.

—No dejas de confundirme, Colton.

Sacudo la cabeza ligeramente y, a pesar de saber que tocarlo hará mucho más difícil alejarme después, levanto un dedo y le acaricio el cuello de la camiseta húmeda.

—Primero me dices que no puedes alejarte de mí, luego que es mejor que mantengamos las distancias porque me harás daño. El sábado me dices que lo que sea que tengamos nunca funcionará a no ser que acepte tus condiciones y hoy me besas hasta dejarme sin aliento. —Retrocedo un paso y miro a los chicos, que hacen un recorrido por el garaje, para evitar sus ojos—. No puedo darte lo que quieres y tú no puedes darme lo que necesito. Es todo lo que sé. Lo único que entiendo, Colton.

Vuelve a dar un paso hacia mí y me tira de la coleta para obligarme a mirarlo a los ojos. A pesar del caos que nos rodea, las risas de los chicos, el chasquido del metal y el ruido de un compresor de aire a lo lejos, cuando nuestras miradas se encuentran, todo desaparece. Estamos solo él y yo. Un hombre demasiado irresistible para su propio bien y una mujer superada por todo.

—Por mucho que me repita que tenemos que acabar con esto, Rylee, por el bien de los dos, te sigo deseando. —Me coge la cara con la mano libre y me acaricia el labio inferior con el pulgar—. Desesperadamente —susurra, y sus palabras me llegan al alma—. No dejo de pensar en lo suave que es tu piel, en la sensación de tener tu cuerpo contra el mío o debajo de él. Lo apretada que estás cuando me hundo en ti.

Lo que dice, mezclado con la intensidad con que me mira, me deja sin respiración. Me hace vibrar con una necesidad arrolladora y que no sé si alguna vez llegaré a saciar.

—Joder, Rylee, me consumes. —Se inclina y me besa brevemente en los labios. La inocencia y la vulnerabilidad que esconde el gesto me cautiva—. Y no voy a parar hasta tenerte de nuevo.

Ahogo un grito. Me aparto de él y le sostengo la mirada un segundo más, luego la aparto y busco a los chicos por el garaje. Me doy cuenta de que, desde que hemos empezado a hablar, han llegado más personas. Beckett y Quinlan intercambian una mirada perpleja. David reúne a los chicos y sé que el momento se ha acabado.

—Solo te sentirás así hasta que encuentres a alguien dispuesto a cumplir tus requisitos —bromeo, con miedo de que lo que digo sea verdad.

Le doy la espalda y trato de recuperarme del impacto que me ha provocado su confesión, pero necesito demostrarle que todavía me queda algo de autocontrol con él.

—¿Por qué pierdes el tiempo conmigo cuando puedes tener a cualquier otra dispuesta a darte exactamente lo que quieres?

—Porque lo que quiero es a ti, Rylee, a nadie más. —Sonríe.

Es implacable, pero me da la sensación de que todavía busca superar un desafío cuando se trata de mí. Sacudo la cabeza.

—Tienes la costumbre de decirme lo que quieres, As, sin preguntarme lo que quiero yo.

Colton coge la gorra de béisbol y me la pone en la cabeza con una sonrisa

de oreja a oreja en la cara y una mirada lasciva.

—Verás, encanto. —Suelta una risotada grave mientras se aleja dos pasos de mí—. Sé exactamente lo que quieres.

Levanta la mano para indicarle a Beckett que ya va cuando este lo llama. Esboza una de las sonrisas más lujuriosas y traviesas que he visto jamás. El deseo me quema por dentro y me pongo tensa para sofocarlo.

—Y tengo las herramientas perfectas para dártelo.

Tras esas palabras de despedida, gira sobre los talones y camina hasta Beckett; su risa se escucha por todo el garaje. Beckett lo mira de arriba abajo, divertido, mientras Colton se despide de los chicos.

Cuando termina, se gira hacia mí y sonrío.

—¡Atracción Suprema!

Se ríe por mi cara de no entender nada.

—¿Qué?

—Lo que significa. —Sonrío y por fin lo entiendo. Sigue intentando adivinar qué quiere decir «as».

—No —contesto y trato de contener la sonrisa.

Da un paso atrás y se muerde el labio inferior, concentrado. Cuando se le ocurre otra posibilidad, se le iluminan los ojos y arruga las comisuras.

—¡Amante Soberbio! —me grita, lo que hace que Beckett ponga los ojos en blanco.

—¡Ay, por Dios! —Me río por su falta de humildad e imito a Beckett—. ¡No! —contesto y contengo una carcajada.

Colton retrocede otro paso, con expresión divertida, y sacude la cabeza.

—Hasta luego, Ryles.

—Hasta luego, As —mascullo y acepto de mala gana que en muchos sentidos tiene razón. Da igual lo inteligente o racional que sea, la atracción por él es demasiado fuerte.

Me coloco bien la gorra, me ajusto la coleta, ahora destrozada, y lo miro mientras rodea los hombros con el brazo a Beckett con camaradería mientras se alejan por el sendero. Sacudo la cabeza, abrumada por todo lo que ha pasado hoy, y me dispongo a recoger a mis entusiasmados y agotados chicos para volver a casa.

Capítulo 21

—¡Mira esto! —Dane me lanza las pruebas de impresión de un periódico encima del escritorio cuando entra en mi despacho de Cuidados Corporativos —. Tu escote va a salir en el periódico y vamos a conseguir algo de buena publicidad.

Levanto la cabeza para mirarlo, confundida, y luego bajo la vista al artículo. En la mitad inferior de la portada de la sección de deportes hay dos fotos de nuestra visita a la pista y el artículo que las acompaña. En la imagen de la izquierda aparece el coche de Colton con los chicos arrodillados delante y él en el centro. La de la derecha es una foto de cerca de Zander, Ricky y yo. Estoy en medio de los dos y, por desgracia, la postura de mis brazos hace que mi escote quede perfectamente a la vista bajo el cuello de pico de mi camiseta ajustada.

—¡Fantástico! ¡Por favor, qué vergüenza!

—Venga ya, Ry, estás buena. ¡Y los chicos están estupendos!

Le lanzo un boli y me río.

¿Cuándo lo mandan a imprenta? ¿Podemos pedir que cambien la foto?

—¡Ya, claro! Sabes que la han elegido para que los tíos que abran la sección de deportes lean el artículo y no pasen la página. —Pongo los ojos en blanco y el rubor me sube a las mejillas—. Piensa en ello como un pequeño sacrificio por el equipo.

—¿Qué?

—Es un buen artículo que nos dará muy buena publicidad. —Suelta una carcajada—. ¡Joder, si estuviera en tu acera, me guardaría la foto para divertirme luego!

—¡Cierra la boca! —le grito, incapaz de contener una carcajada.

—Venga, Ry, léelo. Te gustará lo que dice.

—¿De verdad? —Levanto una ceja mientras le echo una ojeada, satisfecha con lo que veo.

—De verdad. Es bueno —me dice, y se sienta delante del escritorio—. Dan muy buena información sobre el Hogar, la empresa y el nuevo complejo.

—¿Cuándo se publica?

—Este domingo, y el *O. C. Register* seguramente también saque algo, pero no me han dejado leer el borrador todavía.

—No está mal.

Lo aparto a un lado para leerlo más detenidamente luego.

—¿Qué tal tu entrevista? —me pregunta.

Habla de la candidata que tenía para el puesto de tutor. La he entrevistado esta mañana y he quedado bastante impresionada.

—La verdad es que era bastante buena. Casi demasiado buena para ser verdad, pero he comprobado sus referencias y creo que le haré una oferta. Me parece que se llevará bien con los chicos. Tendréis que ayudarme a prepararla, pero... —El teléfono me interrumpe. Echo un vistazo a la pantalla para ver quién es—. Es Teddy.

Dane se levanta de la silla y en voz baja articula que ya vendrá a verme luego mientras contesto.

—¡Hola, Teddy!

—¡Rylee! Me han dicho que nos han hecho un gran artículo en el *L. A. Times*. ¡Buen trabajo!

—Teddy, casi no te oigo. —Se escucha un crujido.

—Tengo que hablar contigo de...

La llamada se corta y la línea se queda en silencio. Espero un momento a que me vuelva a llamar, pero, como no lo hace, me pongo a trabajar con los presupuestos con los que estaba antes de que llegara Dane. Después de unos minutos, el teléfono vuelve a sonar.

—¿Diga?

—Rylee Thomas, por favor —dice una monótona voz de hombre por el auricular.

—Sí, soy yo.

—Hola, señorita Thomas. Soy Abel Baldwin.

«¡Mierda! ¿Quién habrá sido esta vez?».

—Buenas tardes, director Baldwin, ¿qué puedo hacer por usted?

—Verá, últimamente parece que Aiden no consigue mantener las manos quietas. Se ha metido en otra pelea en la clase anterior, señorita Thomas. — Tiene la voz teñida de desdén por tener que volver a lidiar con esto.

Es la tercera vez que las autoridades del colegio pillan a Aiden en una pelea en pocos meses. Sospecho que seguramente habrá habido alguna más de la que no se han dado cuenta. Ay, Aiden.

—¿Qué ha pasado?

—No estoy seguro. No quiere contármelo.

«Y tampoco es que te importe mucho».

—¿Qué dice el otro chico?

Una pregunta que siempre hago y nunca recibe una respuesta satisfactoria.

—Dicen que ha sido solo un malentendido.

—¿Dicen? ¿Hay más de uno? Espero que también estén en su despacho, señor Baldwin.

Se aclara la garganta.

—No exactamente. Están en clase.

—¿Cómo? —grito, perpleja por la obvia parcialidad.

—Creo que lo mejor es que venga a recoger a Aiden.

—¿Está expulsado? —pregunto con los dientes apretados.

—No, no lo está. —Se le nota en la voz que le irrita mi interrogatorio—. Si me dejara terminar, señorita Thomas...

—No está expulsado, pero me pide que vaya a recogerlo mientras que los otros chicos se quedan en clase. —La frustración resulta evidente en mi tono—. Seguro que puede entender por qué me disgusta lo que parece ser un claro favoritismo.

Se queda en silencio un momento mientras recojo mis cosas lo mejor que puedo con una mano para ir a buscarlo.

—Señorita Thomas, esa acusación es infundada y no tiene lugar aquí. Agradecería que viniese a recoger a Aiden para dejar que ambas partes se tranquilicen. De ninguna manera esto significa que Aiden sea culpable del asunto. Además, el chico tiene sangre en la ropa y, puesto que va contra la política de la escuela que se pasee por ahí de ese modo, creo que lo mejor para todos es mandarlo a casa.

Suspiro y me muerdo la lengua para no soltarle a este nada brillante director lo que pienso.

—Iré enseguida.

Aiden no dice ni una palabra en el camino de vuelta del colegio. Mi turno en el Hogar no empieza hasta dentro de tres horas, pero me parece que debería hablar con él a solas sobre lo que ha pasado. No le he presionado para que me lo cuente, pero tengo que saberlo. ¿Le están acosando? ¿Busca atención porque cree que no recibe suficiente? ¿Está liberando frustraciones por el pasado? Tengo que saberlo para pensar en cómo ayudarlo.

Antes de entrar en la casa, le indico por señas que se siente en los escalones del porche a mi lado. Pone los ojos en blanco, pero obedece. Me mira fijamente mientras proceso el labio hinchado con sangre seca en la comisura, la marca roja de la mejilla derecha o el principio de morado del ojo izquierdo. Se sonroja por el escrutinio.

—Ya sé que no quieres hablar de ello, colega, pero me tienes que contar qué ha pasado.

Le doy la mano mientras agacha la cabeza y sigue con la mirada a una hormiga que se arrastra despacio por el escalón debajo de nosotros. Nos sentamos en silencio y le doy algo de tiempo, pero al final le aprieto un poco la mano para indicarle que tiene que hablar.

—Es que se portaban como unos idiotas —refunfuña.

—¿Quién empezó, Aiden? —Como no contesta, vuelvo a la carga—. ¿Aiden? ¿Quién lanzó el primer puñetazo?

—Fui yo —dice en voz baja, con tanta pena y vergüenza que me rompe el corazón. Una lágrima le cae por la mejilla hinchada y sé que pasa algo.

—Habla conmigo, Aiden. ¿Quién ha sido y qué te han hecho para que quisieras pegarles?

Se limpia la lágrima con el dorso de la mano y deja una mancha de polvo a su paso.

—Me llamaron mentiroso —masculla y le tiembla el labio inferior—. Ashton Smitty y Grant Montgomery.

¡Mocosos! Los niños populares, privilegiados y sabelotodo de su curso cuyos padres nunca parecen estar presentes. Le rodeo los hombros con el brazo y lo acerco a mí para darle un beso en la cabeza.

—¿Sobre qué dijeron que mentías?

Su voz apenas es audible.

—Dijeron que miento sobre que el domingo fuimos al autódromo. Que es mentira que conozco a Colton.

Se me encoge el corazón. Tenía tantas ganas de ir al colegio para contárselo todo a sus amigos, tantas ganas de ser el chico guay por una vez y haber hecho algo que los demás no... Suspiro en voz alta y lo aprieto otra vez contra mí. Me apetece decirle que esos mocosos se lo merecían y que ha hecho lo correcto, pero no sería la manera más responsable de reaccionar.

—Aiden, lo siento mucho, colega. Siento que no te hayan creído. Siento que te hayan presionado, pero usar los puños no es la mejor manera de solucionar las cosas. Solo lo empeora todo.

Asiente con la cabeza de mala gana.

—Ya lo sé, pero...

—Aiden —le regaña—. Sin peros, no puedes solucionar las cosas a golpes.

—Lo sé, pero intenté decírselo a la señorita McAdams cuando empezaron a meterse conmigo y a empujarme y no me hizo caso.

Otra lágrima amenaza con escaparse entre sus gruesas pestañas.

—Bueno, pediré una cita para hablar con ella y el director Baldwin de esto. —Levanta la cabeza como un resorte y me mira con los ojos abiertos de miedo—. No voy a empeorar las cosas, Aiden. Solo voy a pedirles que tengan los ojos abiertos para asegurarme de que no permitan que vuelva a pasar. Me cercioraré de que los otros chicos no se enteren.

Asiente con la cabeza y suelta un gruñido evasivo.

—¿Me he metido en problemas? —Me mira asustado.

Lo rodeo con los brazos y lo abrazo fuerte, ya ha pasado por suficiente dolor y abandono. No lo suelto para intentar asegurarle que todo va bien, que meterse en un lío no significa que le vayan a dar una paliza ni a dejarle sin comer durante días.

—Sí, lo estás, pero me parece que esa sensación desagradable que tienes será seguramente la peor parte. —Relaja los hombros, aliviado, mientras preparo un plan en mi cabeza.

—Sabía que no serías capaz de mantenerte alejada de mí mucho tiempo.

La voz de Colton me llega desde el otro lado de la línea y es la arrogancia personificada. Solo ese tono *sexy* me acelera el pulso, pero tengo que apartar los sentimientos y centrarme en el plan para ayudar a restaurar la confianza de Aiden en el colegio.

—No llamo por mí, As.

—Ah, me encanta cuando te pones en plan negociadora agresiva y vas directa al grano. Me pone a mil, Ryles.

—¡Lo que tú digas! —exclamo, pero no consigo contener la sonrisa que se me forma en la cara.

—Venga, en serio, ¿qué pasa, encanto?

«¿Por qué me gusta tanto que me llame así? ¿Por qué me hace sentir que soy especial para él?».

—Es Aiden —digo, y le explico los detalles mientras me escucha con atención, a pesar de que se oyen voces de fondo—. ¿Sería posible que me mandases una foto firmada o algo que se lleve al colegio mañana para probar que te conoce y que de verdad estuvo allí el domingo?

Colton suelta una risotada que me deja totalmente confundida.

—Con eso solo conseguirás que le salten los dientes, Rylee. Es algo que haría un friki, esos mocosos se lo comerían vivo.

—Ah, eh, vaya, no tenía ni idea.

—Pues claro que no —se burla y me ofende ligeramente.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Y, por favor, no se te ocurra reunirte con el profesor o el director —masculla—. Es inevitable que alguien te vea y, entonces, solo empeorarás las cosas para Aiden.

—No iba a...

—Sí, claro que sí —bromea y me sorprende que me tenga tan calada—. Estoy seguro de que eras una niña pija que siempre terminaba los deberes antes de tiempo, ayudaba al profesor en clase y se juntaba con los niños guays. No te ofendas, Rylee, pero no tienes ni idea de lo que es ser un marginado a las puertas de la pubertad al que le dan una paliza día sí, día también, solo porque sí.

Me pone nerviosa que haya acertado tanto, pero, además, eso de entender lo que es ser un marginado me da alguna pista más sobre su infancia. Cuando no contesto, se ríe otra vez.

—Eras así, ¿verdad?

—Tal vez —respondo despacio y me sonrojo.

—No hay nada de que avergonzarse, Rylee, simplemente es diferente para los chicos como Aiden.

«Y como tú».

—Entonces, ¿qué sugieres que haga, ya que claramente no lo comprendo?

—Trato de ocultar el dolor en la voz.

—¿Mañana estás de guardia?

—Sí, ¿qué tiene que ver? —Como no contesta, lo llamo—. ¿Colton?

—Dame un segundo para pensar —me corta y palidezco por su tono. De fondo se oye a alguien que lo llama. Por supuesto, es una mujer—. ¿A qué hora salís para ir al colegio?

—A las ocho. ¿Por qué?

—Ahora mismo tengo las manos atadas —dice con inocencia, pero me vienen a la cabeza imágenes de cuerdas de terciopelo rojo y encimeras de granito frías. Me reprendo y me obligo a alejar esos pensamientos de la cabeza—. Vale. Mandaré algo para el Hogar antes de que os vayáis.

—¿Qué vas a...?

—Relájate, controladora. —Suspira—. Tengo algo pensado. Solo necesito mover un par de cosas para hacerlo.

—Vale, pero... —protesto, quiero saber más sobre lo que va a hacer.

—Rylee —me interrumpe—, esta es la parte en la que dejas que otra persona se encargue de los detalles. Lo único que tienes que hacer es decir «gracias, Colton, te debo una» y colgar.

Me quedo en silencio un instante, sé que tiene razón, pero aun así quiero saberlo.

—Gracias, Colton —concedo.

—¿Y?

No contesto durante unos segundos. Soy casi capaz de oírle sonreír.

—Te debo una.

—Te aseguro que me la cobraré.

Su risa seductora me llega a través del altavoz antes de que cuelgue y se escuche el tono de marcado.

Capítulo 22

¡Mierda! No tendría que haberle dicho nada a Aiden. No debería haberle contado que había preparado algo para arreglar lo que pasó ayer. No debería haber confiado en alguien como Colton cuando estoy tan acostumbrada a encargarme de todo. No me ha cogido el teléfono ni me ha respondido a los mensajes en toda la mañana.

Miro el reloj y ya ha pasado otro minuto, son las siete y cincuenta y dos, tengo que empezar a movilizar a los chicos para que lleguen a tiempo al colegio. Mike ya se ha llevado a Shane y a Connor al instituto. Bailey ha venido a recoger a Zander para llevarlo a su cita con el terapeuta y a Kyle al oculista antes de dejarlo en el colegio. Me he quedado al cargo de los otros tres chicos de primaria y debería haberlos hecho subir al coche hace ya diez minutos.

Vuelvo a mirar el reloj, las siete y cincuenta y tres. ¡Mierda!

—Rylee, ¿me vas a decir ya lo que pasa? —suplica Aiden con ojos esperanzados.

—Todavía no, cielo, es una sorpresa.

Ahora tengo que pensar en algo para compensar una promesa vacía.

Tengo ganas de estrangular a Colton. ¿Qué esperaba de un *playboy* egoísta? Supongo que si no existe la posibilidad de echar un polvo al final, entonces no le interesa. Doy un puñetazo a la mesa y los cubiertos rebotan. Sé que estoy reaccionando de forma exagerada después de todo lo que ha hecho por los chicos, pero, al mismo tiempo, está decepcionando a uno de ellos y a mí también.

Empiezo a empaquetar los almuerzos que Aiden me pasa con cara de concentración mientras intenta averiguar qué habré preparado para ayudarle.

—Venga, chicos, ¡tenemos que irnos! —grito.

Aiden, mi pequeño ayudante, sale de la cocina para ver qué hacen los

demás. Pasan unos minutos y no se oye el típico ruido de pies correteando; suspiro frustrada y salgo al pasillo.

—Ricky, Scooter, venga, ¡ya es la hora!

Doblo la esquina y me quedo de piedra cuando veo a Colton en el vestíbulo y la puerta abierta tras él. El sol le ilumina la espalda y enmarca su cuerpo y sus rasgos oscurecidos en un halo de luz. Delante de él, tres niños pequeños me dan la espalda y levantan la cabeza para mirarlo. Entra en la habitación, me sonrío brevemente y después se centra en Aiden.

—Bueno, colega —dice mientras evalúa sutilmente los moretones de la cara del pequeño—. ¿Listo para ir al cole?

—¿Qué? —pregunta, desconcertado, y se gira para mirarme con una mezcla de expectación y comprensión.

Miro a Colton y me pregunto qué habrá traído para arreglar la situación. Ladea la cabeza al darse cuenta de que ninguno de nosotros entendemos qué hace aquí.

—Voy a llevaros al cole.

La casa se queda en silencio hasta que los chicos se ponen a gritar y a dar saltos de alegría como locos. Su emoción es contagiosa y esbozo una sonrisa de oreja a oreja que hace juego con la de Colton. Da un paso al frente y se agacha delante de Aiden.

—Qué me dices, colega, ¿enseñamos a esos matones que se equivocan y que se pueden ir a la porra? —Los ojitos de Aiden se ensanchan y se le llenan de lágrimas mientras asiente con entusiasmo—. Id a por las mochilas, pues — les ordena mientras se incorpora.

Lo sigo con los ojos y, en ese momento, con el halo de luz que le rodea los rasgos oscurecidos, y ahora que ha venido a defender a unos niños a los que ya nadie hace caso, sé que estoy enamorada de Colton. Ha conseguido derrumbar las barreras de mi corazón y hacer que lo quiera. Levanto la mano y con la base me froto el esternón para intentar aliviar el repentino dolor que siento. Aliviar la devastación autoimpuesta e inagotable de Colton, y convencerme de que no puedo dejar que pase.

Colton me mira, interrogante.

—¿Rylee?

Sacudo la cabeza.

—Perdón.

Vuelvo a sacudir la cabeza y le sonrío mientras los chicos cruzan

disparados el pasillo hasta la puerta.

—Me parece que ya están listos. —Ríe mientras les hace salir de la casa.

Colton acelera a propósito el motor del Aston Martin cuando le enseño la entrada al *parking* del colegio. Voy en el asiento de delante y los niños van apretados en la parte de atrás, sonrientes y temblando de emoción. Miro a Colton, que esboza una media sonrisa mientras recuerda algo de su paso por la primaria, o eso imagino. Estoy a punto de decirle que hay un acceso directo a la zona para dejar a los niños, pero me muerdo la lengua. Está recorriendo el aparcamiento sin ninguna prisa y hace rugir el motor a cada oportunidad para llamar la atención de todos los que nos rodean.

Al final, llegamos a la fila de coches de padres que dejan a sus hijos, Colton se desvía y, con cuidado, se cuela por un camino estrecho que hay entre la fila y la acera, a pesar de las miradas asesinas que le lanzan. Sé que le encantaría pisar el acelerador y hacer una gran entrada, pero se contiene. Aparca justo delante de la entrada del colegio y coloca el coche de modo que el asiento del pasajero quede de cara a la multitud de estudiantes. Revoluciona el motor un par de veces más antes de bajar del coche y el rugido retumba en el silencio del aire tranquilo de la mañana.

Estira las piernas y se pone en pie junto a la puerta abierta. Levanta los brazos por encima de la cabeza y se estira los brazos con un gruñido en voz alta para asegurarse de que todos nos miren. Echo un vistazo alrededor y veo a varias madres que lo miran con descaro. Me río cuando intentan arreglarse el pelo de recién levantadas.

Colton cierra la puerta del coche y camina hasta el otro lado del coche. Me abre la puerta y salgo. Capto la diversión en sus ojos y la sonrisa de satisfacción que tiene en los labios. Se agacha y mueve el asiento hacia delante para que los chicos salgan de uno en uno.

Sus caras no tienen precio cuando observan a la multitud de gente. Por el rabillo del ojo, veo al director Baldwin acercarse desde lejos con una expresión de sorpresa en su severo rostro al ver un coche aparcado indebidamente en su *parking* perfectamente regulado. La gente susurra el nombre de Colton y sonrío. Él cierra la puerta del pasajero y se coloca junto a Aiden, Ricky y Scooter. Se inclina y le dice al primero:

—¿Ves a los abusones, colega?

Aiden busca entre el mar de rostros que nos rodean y se tensa cuando ve a los chicos. Sigo la dirección de su mirada, igual que Colton, y me encuentro con las miradas alucinadas de Ashton y Grant.

—Bueno, campeón, vamos a dejarles las cosas claras.

Nos movemos como una unidad hacia los dos chicos, que abren los ojos como platos al ver que nos acercamos. Tengo curiosidad por saber qué piensa hacer Colton cuando llegue hasta ellos. Echo un vistazo y veo que tiene el gesto relajado y esboza una gran sonrisa cuando llegamos delante de Ashton y Grant.

De reojo, veo al director Baldwin venir disparado hacia nosotros para poner fin a cualquier tipo de enfrentamiento antes de que empiece.

—¡Eh, tíos! —exclama Colton con entusiasmo y sospecho que planea «acabar con ellos con amabilidad». Los dos chicos se quedan boquiabiertos. Colton se gira hacia Aiden—. Oye, Aid, ¿son estos los chicos que no se creían que éramos colegas?

Me encantaría tener una cámara para capturar la cara de adoración de Aiden al contemplar a Colton. Lo mira con alivio e incredulidad, y veo brotar algo de orgullo.

—Sí...

La voz de Aiden suena como un graznido. La multitud que nos rodea crece.

—Chavales —dice Colton a Ashton y Grant—, tendríais que haber visto a Aiden el domingo. Le dejé traer a seis de sus amigos, incluidos los aquí presentes, Ricky y Scooter, a la pista a probar el coche. —Sacude la cabeza—. ¡Me ayudaron un montón! ¡Nos lo pasamos genial!

Ahora Ricky y Scooter también se yerguen orgullosos, me pregunto si Colton sabe lo que hace, no solo para su autoestima, sino también para su estatus en el colegio.

—Qué pena que no seáis amigos suyos —dice Colton mientras sacude la cabeza—. ¡A lo mejor podríais haber venido también!

Suena el timbre del colegio. El director Baldwin llega hasta nosotros, casi sin aliento e intenta dispersar a la multitud dirigiendo a la gente hacia las puertas. Mira a los chicos, que siguen observando a Colton, les dedica una mirada severa y se aclara la garganta, lo que los hace reaccionar. Colton esboza una sonrisa deslumbrante y les guiña un ojo.

—¡Hasta otra, chicos! ¡Aseguraos de saludar a mi colega Aiden cuando lo veáis en clase!

Asienten con la cabeza al director Baldwin y se obligan a apartar la vista de Colton para no estamparse contra un muro.

Cuando los niños han entrado, las madres siguen fuera sin una razón aparente, intentan parecer ocupadas atándose los cordones o buscando algo en sus enormes bolsos, algo que no van a encontrar porque tienen la mirada puesta en Colton.

—Niños, vosotros también —dice el director a mis chicos.

Colton me mira, interrogante, y asiento sutilmente con la cabeza para hacerle saber que este es el imbécil del que le hablé que se pone de parte de todos los que se pelean con Aiden. Colton le dedica la misma sonrisa reluciente.

—Un momento, por favor, señor. Quiero decirle adiós a mi chico.

No creía posible que las sonrisas de las caras de los niños se ensancharan más, pero lo hacen. Colton se gira para hablar con ellos, pero luego se lo piensa mejor y se dirige de nuevo a Baldwin.

—La próxima vez le vendría bien recordar que Aiden dice la verdad. A quien hay que mandar a casa es a los abusones, no a los buenos chicos como él. Tal vez no sea perfecto, pero solo porque no venga de un hogar tradicional, no significa que sea culpa suya.

Le sostiene la mirada y luego le da la espalda al director, que tiene los ojos como platos, despachándolo de forma muy efectiva. La expresión inquieta de Baldwin no tiene precio.

Colton se agacha y reúne a Ricky, Aiden y Scooter delante de él. Levanta las cejas y les sonrío.

—No creo que te vuelvan a molestar, Aiden. —Le revuelve el pelo con la mano—. De hecho, no creo que nadie vuelva a molestaros a ninguno de los tres, pero si pasa, me lo decís, ¿vale?

Los tres asienten con la cabeza, entusiasmados, mientras Colton se levanta.

—Hora de ir a clase —les digo, con la voz llena de gratitud.

Normalmente, protestan al oír estas palabras, pero hoy obedecen sin rechistar y, de hecho, parecen tener bastantes ganas de entrar en el edificio.

Colton y yo nos quedamos viendo cómo cruzan la puerta de entrada que el director Baldwin sujeta. Aiden se para en el quicio, se gira, todavía con gesto de asombro y dice:

—Gracias, Colton.

Después, desaparece dentro del edificio. Regresamos hacia el coche y capto la mirada de triunfo y orgullo de Colton. Tengo la sensación de que yo muestro la misma cara.

—¿Por qué has accedido a venir aquí si no te gusta el café?

Ignorando a mi sentido común, he aceptado ir a tomar un café con Colton al marcharnos del colegio. Todavía estoy aturdida por todo lo que ha hecho y creo que, al menos, debo dedicarle algo de tiempo a cambio. Tengo la cara de Aiden grabada en la cabeza. Creo que nunca la olvidaré.

—No me gusta el café, pero Starbucks tiene una selección genial de comida perjudicial para la salud. —Me río cuando sacude la cabeza. «Un poco como tú, Colton».

Hacemos nuestro pedido entre las miradas de los demás clientes que reconocen a Colton. No lleva la gorra de béisbol y no va de incógnito. Caminamos hasta una esquina donde, por suerte, hay una mesa vacía con dos sillas que parecen muy cómodas a cada lado. Nos sentamos, Colton saca las magdalenas de la bolsa y me pone la mía delante.

—Después de lo que has hecho hoy, probablemente los has convertido en las superestrellas del colegio.

Pone los ojos en blanco y se lleva un trozo de magdalena a la boca. Se limpia los labios y saca la lengua para lamer una miga. Una punzada de deseo me atraviesa el cuerpo. Curva las comisuras de los labios y me obligo a mirarlo a los ojos, que se han percatado de dónde tenía puesta la atención. Nos miramos y las palabras no dichas hacen saltar chispas entre los dos.

La camarera de la barra grita «as», Colton me sonrío y se levanta de la mesa para recoger las bebidas. Lo observo caminar, la tela vaquera se ajusta a sus largas y esbeltas piernas y la camisa verde de Henley se adapta perfectamente a sus anchos hombros y su estrecha cintura, con las mangas arrugadas a la altura del antebrazo. La camarera se sonroja, le da las bebidas y lo sigue mirando mientras se prepara el café.

Lo miro, confundida. Juntos estamos muy a gusto. En sintonía. Y, aun así, no podemos darnos lo que el otro necesita. A lo mejor soy egoísta, pero sé que no estaré satisfecha con solo piezas y trozos de él. Los restos que me

lance cuando le apetezca. Pero esa idea me confunde todavía más, pues desde que estamos juntos aún no le he visto actuar así conmigo. Me dice una cosa, sobre cómo funciona su acuerdo, pero actúa de otra manera totalmente distinta.

¿Vale la pena? Colton se acomoda en la silla delante de mí y esboza una sonrisa suave cuando me mira a los ojos. Sí, sin duda. ¿Pero qué quiero hacer? Suspira después de dar el primer sorbo.

—Ahora puedo pensar con claridad.

«Al menos uno de los dos puede, porque desde luego yo no».

—Me parece que no se te daba demasiado mal antes del café —bromeo y trago un mordisco de magdalena. Sonríe—. De verdad, Colton, gracias por aparecer y hacer lo que has hecho. Ha sido... Has sido... Lo que has hecho por Aiden ha sido insuperable, muchas gracias.

—No ha sido nada, Rylee. —Se da cuenta de que estoy a punto de contradecirle—. Pero de nada.

Asiento con la cabeza y le sonrío con timidez, feliz de que haya aceptado mi gratitud.

—¡La cara de esos mocosos cuando has aparecido no tenía precio!

Suelta una risotada.

—Sí, pero la cara del director ha sido todavía mejor —responde y sacude la cabeza al acordarse—. La próxima vez se lo pensará mejor antes de elegir un bando.

—Eso espero —murmuro y doy un sorbo al chocolate caliente intentando no quemarme la lengua. «Me quemaste». Las palabras de Colton eligen ese momento para venirme a la memoria. Las ignoro y doy un trago. El dichoso Colton me invade el pensamiento, me abrumba los sentidos y me nubla el corazón, todo a la vez.

Nos sentamos en un cómodo silencio a observar a los clientes y tomarnos las bebidas. Dejo el chocolate caliente en la mesa y, distraída, doblo las esquinas de una servilleta mientras decido si debo soltar el siguiente comentario que se me viene a la cabeza o dejarlo pasar. Típico de mí, no me puedo contener.

—¿Colton? —Arquea las cejas por la gravedad de mi tono—. Eres muy bueno con los chicos, mucho mejor que la mayoría, y aun así dices que no quieres tener hijos. No lo entiendo.

—Tener un niño y ser bueno con uno son dos cosas totalmente distintas. —

Se le tensa la mandíbula cuando ve algo fuera en el *parking*.

—Lo que has hecho hoy —le digo y poso la mano sobre la suya, lo que hace que vuelva a mirarme—. Le has demostrado a un niño que es digno de valía. Que es digno de que luchen por él.

Las emociones me inundan la voz. Con la mirada, trato de decirle que lo entiendo. Que hizo lo que deberían haber hecho por él cuando era niño. Incluso aunque desconozco lo que le pasó, tengo experiencia suficiente en mi trabajo para saber que nadie le defendió ni le hizo sentir que importaba hasta que conoció a Andy Westin.

—¿No es lo que haces tú todos los días? ¿Luchar por ellos?

Reflexiono mientras termino de masticar.

—Supongo que sí, pero sin el toque dramático. —Sonrío—. Yo estoy más bien entre bastidores. Ni de cerca tan segura ni tan notoria como tú.

—¿Qué puedo decir? —Juguetea con el protector de cartón de su taza de la café—. He estado en el lugar de Aiden, sé lo que es ser el chico raro que no encaja debido a circunstancias que escapan a tu control. Que te acosen y se rían de ti solo porque sí. —Me aprieta la mano—. Ya te haces a la idea.

Me invade la compasión al imaginarme un niño rubio con ojos verdes angustiados. Al pensar en todo lo que ha sufrido y en los recuerdos que le quedarán grabados para siempre en la memoria. Las cosas que se perdió, como unos labios reconfortantes que expresan amor incondicional, unos brazos cálidos que lo abrazasen fuerte o unos dedos que le hicieran cosquillas en la barriga hasta provocarle un ataque de risa incontrolable.

—No me mires así, Rylee —advierte, aleja la mano de mí y se recuesta en la silla—. No busco lástima ni compasión.

—Solo intento entenderte mejor, Colton. —Es la única disculpa que le voy a dar.

—Escarbar en mi pasado oscuro no te ayudará a entenderme. Esa mierda... —Agita una mano en el aire—. No es algo con lo que quiera atormentarte.

—Colton...

—Ya te lo he dicho antes, Rylee —me hace callar con tono severo—. No soy uno de tus niños. Mis problemas no tienen solución. Llevo jodido demasiado tiempo como para que ocurra un milagro.

Me mira con una mezcla de ira, vergüenza y exasperación y deja claro que la conversación se ha terminado.

Un silencio incómodo se instala entre los dos y no puedo evitar preguntarme qué le pasaría de niño. ¿Qué es eso a lo que le da tanto miedo enfrentarse? ¿Por qué cree que está tan roto?

El sonido de su voz me saca de mis pensamientos y hace que vuelva a prestar atención a la conversación.

—¿Qué pasará cuando un día conozcas a don perfecto y tengas tus propios hijos? ¿Cómo vas a equilibrarlo todo?

Aunque hayan pasado dos años, la punzada de dolor que me golpea me deja sin aire. Trago saliva para intentar quitarme el sabor ácido de la boca. Cojo la esquina de la servilleta y, con los dedos, rompo trocitos de papel mientras contesto.

—No puedo. Después del accidente, me dijeron que quedarme embarazada, tener un hijo... —Sacudo la cabeza con tristeza—. Era una posibilidad muy remota. Es casi como si tomara la píldora para siempre. Lo más probable es que nunca llegue a pasar. —«Otra vez». Levanto los ojos para mirarlo y balanceo la cabeza sutilmente hacia los lados—. No le doy muchas vueltas.

Contiene el aliento y la lástima emana de él en oleadas. No hay nada peor a que te miren así. Con lástima.

—Lo siento —murmura.

—Bueno, así son las cosas. —Me encojo de hombros, no quiero mortificarme con algo imposible—. Ya lo tengo prácticamente asumido —miento y, al más puro estilo Colton Donavan, cambio de tema—. Oye, As. —Meneo las cejas—. ¡Estabas de lo más sexy con el mono de carreras!

—¡Bonito cambio de tema! —Ríe.

—He aprendido del mejor —respondo y me chupo una miga del pulgar.

Cuando levanto la vista, Colton observa cómo me retiro el dedo de la boca. Los ojos se le empañan de intensidad y deseo mientras me observa. La tensión sexual es evidente. No podemos negar la atracción entre los dos.

—Sexy, ¿eh? —repite.

Ladeo la cabeza y frunzo los labios mientras lo examino.

—Quería...

Hablo en voz baja, insegura. La sonrisa que aparece en la comisura de los labios de Colton me infunde el valor que necesito. Saber que me desea y quiere más que lo que sea que tengamos me anima. Me da fuerzas para decirle lo que pienso.

—Quería que me follaras sobre el capó del coche.

Me sonrojo cuando lo miro a través de las pestañas.

Respira hondo, separa los labios y se le nubla la mirada de deseo.

—Vaya, vaya, señorita Thomas. —Se pasa la lengua por el labio inferior —. Habrá que satisfacer ese deseo.

—Ah, ¿sí?

El estómago me arde de deseo.

Se inclina sobre la mesa y acerca la cara a pocos centímetros de la mía.

—Siempre ha sido una de mis fantasías.

Creo que se va a inclinar y besarme. Me tiembla la barbilla de expectación, me fallan las conexiones neuronales cuando intento pedirle a mi cerebro que sea la voz de la razón para alejarme de Colton y del borde de la locura. Entonces, me suena la alarma del teléfono. Los dos nos sobresaltamos y nos apartamos de golpe.

—¡Mierda! Tengo que irme a una reunión —digo mientras recojo las sobras y la basura y lo meto todo en la bolsa vacía de la magdalena.

Colton me coge la mano y calma mi agitación. Espera a que lo mire a los ojos para hablar.

—Esta conversación no ha terminado, Rylee. No dejas de mandarme señales confusas que...

—¿Cómo? —chillo, anonadada, e intento liberarme la mano—. ¿De qué hablas? Eres tú quien envía señales confusas. ¡Me susurras cosas bonitas y, al momento siguiente, me apartas! ¿Estamos viviendo lo mismo? ¿En qué me he perdido?

—Lo juro por Dios —murmura en voz baja para sí. Me suelta la mano, se recuesta en la silla y sacude la cabeza con expresión divertida. Apenas entiendo las siguientes palabras cuando habla—. Casi ni siquiera hemos empezado todavía y ya me tienes dominado.

Se pasa una mano por el pelo, exasperado. Lo miro, no estoy segura de lo que quiere decir, pero no tengo tiempo para pedirle que me lo explique. Me levanto y Colton vuelve a cogerme la mano, tira de mí hacia él para obligarme a mirarlo a la cara. Cierra los ojos un momento, como si estuviera resignado, luego los abre y mira los míos.

—Quiero estar contigo, Rylee. De la forma que sea.

Con esas palabras, todo el aire desaparece, no puedo respirar. Estamos en un Starbucks abarrotado de clientes haciendo pedidos y hablando por el móvil y máquinas de café funcionando sin descanso, pero no oigo nada de eso. Solo

estamos Colton y yo, y sus palabras atronadoras.

Trago saliva mientras intento procesarlas. Incapaz de hablar, pasa un rato hasta que recupero la voz.

—¿De la forma que sea? —tartamudeo y abro los ojos con optimismo—. ¿Significa eso que estás dispuesto a intentar algo más que un acuerdo? ¿A comprometerte conmigo?

Tensa el cuerpo y cuando veo la forma en que me mira, me doy cuenta de que lo he entendido mal. Se me desinfla el pecho y mis esperanzas se rompen en mil pedazos cuando habla, incapaz de mirarme a los ojos.

—No me refiero a eso, Rylee. Lo único que conozco es la forma en que hago las cosas. Según mis normas. Me dan ese control que tan desesperadamente necesito para funcionar. Tiene que ser bajo mis términos.

Cambia de postura antes de mirarme a los ojos. En ellos veo un inesperado atisbo de vulnerabilidad.

—Rylee, esto es todo lo que puedo darte. Por ahora... ¿Lo intentarás al menos? ¿Por mí?

«¿Por ahora? ¿Lo intentarás por mí?». ¿Qué cojones se supone que significa eso? ¿Que existe una posibilidad de futuro? Quiero dejar de darle vueltas al comentario. La cercanía de Colton y las palabras que acaba de dejar caer como bombas sobre mi sentido común me dejan tartamudeando hasta que consigo responder con coherencia.

—Creí que decías que esto no iba a funcionar. Que necesitamos cosas diferentes. Que, creo que estas fueron tus palabras exactas, me ibas a destrozar —hablo con voz fuerte y decidida, pero no soy nada de eso ahora mismo.

Hace una mueca cuando le devuelvo sus propias palabras, ladea la cabeza y habla en voz baja.

—Sí, lo sé. No puedo impedir lo inevitable. Aun así, quiero que lo intentes.

Cegada por las emociones, ignoro su confesión de que me hará daño irremediablemente, porque en mi cabeza sigo dándole vueltas a una palabra: inténtalo. Quiere que lo intente. ¿Estoy dispuesta a ello? ¿Por él? ¿Por la posibilidad de un nosotros? La esperanza de poder demostrarle que no pasa nada por querer más. Que se merece mucho más. Mis pensamientos se desvían a las palabras de Tawny. «Que puedes hacerle cambiar y cambiar su forma de actuar. Y, cuando eso pase, todo acabará más rápido que esa vuelta». Sacudo la cabeza para sacármelas de la cabeza.

—No respondas todavía, Rylee —suplica al confundir mi gesto con una

negativa a la petición—. Cena conmigo antes de decir que no. —Retrocedo un paso, necesito distanciarme de él, aunque ya sé que diré que sí—. Quiero pasar al menos una noche más contigo. Lo necesito. —Me mira a los ojos en busca de una respuesta—. Te recojo mañana a las tres.

Lo miro fijamente.

—Sé conducir, Colton —contesto, exasperada de que, una vez más, haya decidido por mí. Si estoy dispuesta a intentarlo por él, ¿no debería él también esforzarse por mí?

—No. —Sonríe y me sostiene la puerta del local mientras salimos—. Yo conduzco. Así no podrás salir corriendo.

Capítulo 23

«No tenemos que arreglarnos el uno al otro. Ven. No tenemos que decir para siempre. Ven». Tarareo la canción de Kenny Chesney que suena por los altavoces del Range Rover mientras vamos hacia el norte por la Ruta Estatal 1. Sonrío por la coincidencia, Colton me ha mandado esta misma canción en un mensaje antes, y ahora suena en la radio mientras uno de los hombres de su personal de seguridad, Sammy, me lleva a dondequiera que esté.

Alcanzo la bolsa detrás de mí y reviso la ropa y los artículos de higiene personal que he metido. Saco un espejo de mano para comprobar cómo estoy. Llevo el pelo recogido en un moño alto elegante, pero al mismo tiempo natural, con varios rizos sueltos que me caen libremente por la nuca y a ambos lados de la cara. Dejo el espejo y me llevo las manos al cuello para comprobar el lazo del maxivestido de color azul, con la espalda al descubierto hasta justo debajo de los omoplatos. En silencio, le doy las gracias a Haddie por haberme sugerido que me lo pusiera. Bonito, informal y con el escote justo para hacer que Colton eche un vistazo; eso me dijo después de la segunda copa de vino.

Mientras seguimos avanzando hacia el norte, a mi derecha las suntuosas colinas dan paso al azul del mar. Me llevo una mano al estómago para intentar calmar las mariposas. No debería ponerme nerviosa por ver a Colton, pero lo hago. Creo que pase lo que pase esta noche, será un punto de inflexión para lo que somos. Apoyo la cabeza en el respaldo y miro por la ventana al interminable océano. Espero ser capaz de manejar las consecuencias de ese punto. Cierro los ojos un momento y me pregunto cómo es posible que una mujer inteligente como yo avance libremente hacia una devastación tan previsible.

Suena *Red* de Taylor Swift cuando entramos en Malibú. Escucho la letra y me siento identificada con ella. «Quererle es como conducir un Maserati

nuevo en un callejón sin salida». Sacudo la cabeza con la sensación de que ese callejón sin salida va a llegar mucho antes de lo que me gustaría.

Sammy gira a la izquierda en Broadbeach Road y me saca de mis pensamientos. A la izquierda, tengo una línea de casas caras que bordean la costa de la playa de Malibú. Casas de todos los estilos, desde los más modernos hasta los más clásicos, con jardines perfectamente cuidados y con enormes puertas cerradas.

Poco después, nos dirigimos a una entrada donde unas grandes puertas de madera se abren para nosotros. Entramos a una calzada de adoquines rodeada de césped y nos detenemos. Sammy me escolta fuera del coche y admiro la estructura de dos pisos que tengo delante. Tiene una fachada de piedra que parece impenetrable, la parte de arriba forma una especie de «U» estirada donde una terraza separa las dos secciones de la casa. No hay ventanas en las paredes que tengo delante y deduzco que por el otro lado es todo cristal para poder ver el Pacífico. Al nivel del suelo, debajo de la terraza, hay una gran puerta de madera en forma de arco que atrae mi atención cuando se abre despacio.

Colton está en el quicio de la puerta y me paro en seco cuando esboza una lenta y perezosa sonrisa. Verlo es como recibir un puñetazo en el abdomen que me deja sin aire. Me esfuerzo por respirar mientras lo admiro. No existe nada más *sexy*, con unos vaqueros desgastados, una camiseta negra desteñida y los pies descalzos. No entiendo por qué la visión de sus pies descalzos asomando por las perneras del pantalón me resulta tan atractiva, pero vale la pena echar otro vistazo. Recupero el juicio, a pesar de la sensación de nervios, y echo a caminar hacia él mientras me recorre el cuerpo con la mirada. Llego hasta la puerta y me quedo delante de él, con una sonrisa a juego con la suya.

—Te dije que te haría daño y aun así has venido —murmura, cautivado y con un atisbo de asombro en sus ojos verdes.

Antes de poder procesar las palabras, me da la mano y me acerca a él. Mis manos aterrizan sobre su pecho y palpan cada centímetro de músculo que hay debajo del suave tejido de algodón de la camiseta.

—Hola —musita con una sonrisa tímida y los ojos clavados en los míos.

—Hola.

Es lo único que alcanzo a pronunciar antes de que se incline para darme un beso lento y tentador en los labios que deja entrever las posibilidades de la noche. Cuando se aparta, todos los nervios de mi cuerpo vibran.

—Tan preciosa como siempre —dice, me da la mano y me acompaña dentro—. Bienvenida a mi casa.

La importancia de la afirmación no me pasa desapercibida. Esta es su casa. No un lugar al que lleva a las mujeres. Me pregunto si me habrá invitado para probar algo. Para demostrarme que lo intenta.

La mente se me queda en blanco cuando entramos al salón y me encuentro con una vista perfecta y sin obstáculos de una preciosa terraza con el mar de fondo. Las puertas correderas de cristal están abiertas y entra una ligera brisa marina al interior de la casa. Ahogo un grito cuando paso junto a Colton y salgo a la terraza para admirar las vistas.

—Es precioso —murmuro y me giro para mirarlo.

Se apoya en la parte de atrás de un sofá de cuero color chocolate, con las manos metidas en los bolsillos y una mirada tan penetrante que cuando conecta con la mía, de repente, me siento tímida. Como si pudiese ver dentro de mí: mis esperanzas, mis miedos y que estoy enamorada de él. Me incomoda la sensación de que todos mis sentimientos están expuestos, así que trato de romper la intensidad de la atmósfera.

—Gracias por traerme aquí, Colton.

Se incorpora del sofá, se acerca a mí y cada fibra de mi cuerpo tiembla anhelante por que me toque.

—Me alegra que estés aquí. ¿Quieres que te lo enseñe todo o prefieres tomar algo en el patio?

—Patio —contesto de inmediato.

Me muero por disfrutar del sol y de las preciosas vistas a su lado. Paseo por la amplia terraza que cuenta con una piscina infinita, una barbacoa incorporada, y uno de los muebles de jardín con el aspecto más cómodo que he visto jamás.

—Siéntate —ofrece—. Voy a por algo de beber. ¿Vino?

—Perfecto.

Ignoro la sugerencia de sentarme y camino hasta el borde de la barandilla para contemplar las vistas de la playa que se extiende a ambos lados. Me pregunto cómo será despertar todos los días con un paisaje tan espectacular. «Al lado de Colton y con unas vistas tan espectaculares, para ser exactos».

—Podría pasar todo el día aquí sentado. —Su voz me sorprende detrás de mí.

—Es muy relajante. —Llega a mi lado y deja una copa de vino sobre la

barandilla delante de mí—. Gracias. Me imagino que debe de distraer mucho cuando tienes otras cosas que hacer.

Colton me besa en el hombro desnudo, deja los labios junto a mi piel y murmura:

—No hay nada que me distraiga más que verte ahí de pie con el viento ondeándote el pelo y el vestido bailando alrededor y dejando a la vista esas piernas tan *sexys*.

Lo que dice es como una descarga eléctrica que alimenta el deseo que siento por él constantemente. A pesar del calor de su cuerpo detrás del mío, se me pone la piel de gallina.

—¿Intentas seducirme para que me acueste contigo, As?

—Si funciona, entonces sí.

«¿Cómo voy a decirle que no?».

—Ya te lo advertí —bromeo, fingiendo desinterés—. No me van los pilotos de carreras.

—Ah, cierto. —Se ríe, se coloca a mi lado y apoya la cadera en la barandilla, pero deja una mano en la parte inferior de mi espalda—. Se me olvidaba, lo tuyo son los jugadores de béisbol. —Bebe un trago de cerveza y me mira—. Aunque seguro que puedo convencerte.

Levanto una ceja y ladeo la cabeza mientras trato de no sonreír.

—Te hará falta mucho poder de convicción.

Se mueve rápido, mi espalda queda apoyada contra la barandilla y me atrapa con un brazo a cada lado. Percibo el calor de su duro cuerpo cuando se aprieta contra mí y esboza una sonrisa pícara.

—Ya te dije que puedo ser muy convincente, Rylee.

En un parpadeo, sus labios están sobre los míos, su lengua se fusiona con la mía y me asalta la boca con determinación. Le rodeo el torso con los brazos y los levanto para engancharme a sus hombros. Profundiza el beso, exige más, busca más y hace que me exploten chispas de deseo en el bajo vientre. Con una mano me agarra del culo para apretarme contra él y con la otra me acaricia la piel desnuda de la espalda. Gimo en voz baja a causa de la infinidad de sensaciones que me provoca con solo tocarme.

De repente, se escucha un ruido sordo y chillido, rompiendo el beso cuando algo intenta colarse con insistencia entre nuestras caderas. Suelto una carcajada cuando bajo la vista y me encuentro con una bola de pelo negra, blanca y morena gigante. Un precioso perro de gran tamaño se retuerce contra

nosotros, menea la cola con fuerza y nos empuja con su nariz húmeda.

Cojo la cabeza del perro entre las manos.

—¡Baxter! —le gruñe Colton—. Perdona. Está un poco descontrolado.

Acaricio al gigante peludo y, cuando le rasco detrás de las orejas, se sienta sobre el trasero en el suelo, complacido, meneando la cola y gruñendo de placer.

—¡La leche! ¿Cómo lo has hecho?

—¿El qué? —pregunto por encima del hombro mientras me agacho para seguir acariciando al perro.

—Nunca está tan tranquilo con nadie que no sea yo. Es sorprendente.

—Me gustan los perros.

Me encojo de hombros sin darle importancia, como si eso lo explicara todo, y muevo las manos para acariciarle el pecho, lo que provoca que agite una pata trasera del gusto.

—Es evidente —dice. Se agacha para darle un beso en la cabeza y rascarle el cuello. La imagen me hace sonreír—. Oye, grandullón, se supone que tienes que ayudarme a atraer a las chicas, no meterte en medio cuando nos besamos.

Me río cuando Baxter gruñe como si contestase.

—Es precioso, Colton.

—Sí, es de los buenos —comenta, me da la mano y tira de mí para levantarme—. Hoy todavía no lo he sacado y está enfadado conmigo.

—Pues vamos a sacarlo —propongo. Un paseo por la playa es un plan perfecto. Colton ladea la cabeza y levanta las cejas—. ¿He dicho algo malo? ¿Qué pasa?

—Nada, es solo que a veces me sorprendes —contesta y sacude la cabeza.

—¿Para bien o para mal? —pregunto por encima de la copa de vino.

—Para bien —afirma mientras me acaricia un rizo suelto que me cae por el cuello—. Eres tan diferente a lo que estoy acostumbrado.

¡Ah! Es verdad. Se me ha olvidado teñirme de rubia antes de venir. Me remuevo nerviosa por su mirada.

—¿Vamos? —pregunta mientras se dirige a los escalones que van desde el patio hasta la playa.

Le sonrío cuando me pone una mano en la espalda, me conduce escaleras abajo y tira de mí rápidamente a un lado cuando Baxter baja dando saltos entusiasmado.

Descalzos, paseamos el uno junto al otro por el sendero donde la tierra mojada se mezcla con la seca. Colton le lanza una pelota a Baxter mientras hablamos.

—¿Sabes? A mi hermana le sorprendió verte el otro día.

—¿En serio? No me di cuenta. Parecía simpática y abierta cuando la conocí.

Colton sonrío arrepentido.

—Perdona. Normalmente no es así.

—Ajá —murmuro, y mi cara transmite que me resulta difícil de creer—. No pasa nada, yo pensé que era miembro de tu ERP.

—¿ERP?

—Ejército de Rubias Perfectas.

—Venga ya. —Ríe—. ¡No soy tan horrible!

—Por favor, As, ¿te has buscado en Google últimamente?

Se queda callado y, por primera vez, me parece percibir vergüenza en sus mejillas.

—No me busco en Google —dice, por fin—, pero resulta bastante excitante pensar que miras fotos mías cuando no estás conmigo.

Giro la cabeza y observo las casas que tenemos a la derecha para ocultarle el rubor de mi cara.

Caminamos un poco más, cada uno sumido en sus pensamientos, hasta que me detengo para desenterrar una concha con el dedo gordo del pie que está parcialmente cubierta por la arena. Colton rompe el silencio.

—El otro día te mentí.

Dejo de mover el pie al oírlo, me pica la curiosidad, no sé a dónde quiere llegar. Lo miro.

—Continúa —le animo.

—Me preguntaste si alguna vez me daba miedo estrellarme. —Ah, vale. Nada grave—. Y el otro día, en la cama, me puse a darle vueltas. Quiero decir, a todos nos da miedo, pero intentamos sacárnoslo de la cabeza para que no afecte a nuestra manera de conducir. Supongo que decir que no fue un acto reflejo.

—¿Has tenido algún accidente grave? —Me lo imagino en un coche destrozado y no me gustan los sentimientos que esa imagen me suscita.

—Una o dos veces en las que me asusté de verdad —reconoce, se para y

observa a Baxter intentar morder la espuma de las olas—. Así que, sí, me acojona. Lo único que hace falta es un error, una sola vez, pero cuando llegue el día en que empiece a conducir con miedo y deje que eso me frene, entonces habrá llegado el momento de dejarlo.

—Tiene sentido —digo, aunque yo no me imagino dando vueltas a la pista a esa velocidad. No me imagino experimentar el terrible mareo y la desorientación más de una vez en la vida.

—Además, he pasado por cosas peores. —Se encoge de hombros, mirando al mar—. Al menos, en la pista, soy yo el que me pongo en peligro, nadie más. Todo el equipo me apoya.

«Y no estás acostumbrado a ello. A depender de otros o a necesitar nada de nadie».

Se oye una débil voz en la distancia, a la derecha, que nos grita.

—¡Hola, cariño!

Colton levanta la vista y esboza una sonrisa radiante al ver a una figura que se asoma por la ventana del segundo piso de una casa de madera junto a la que pasamos.

—¡Hola, Bette! —responde y agita la mano un momento antes de coger la mía—. Es Bette Steiner. Su marido era un magnate del *software*. Murió el año pasado, así que de vez en cuando me llama cuando necesita ayuda con algo.

Se inclina para rascar a un Baxter inquieto, recoger la pelota y lanzarla hacia el agua otra vez.

Así que el rebelde chico malo ayuda a sus vecinas ancianas. Sí que está lleno de sorpresas.

Caminamos un rato más sumidos en un cómodo silencio, con los dedos entrelazados y balanceando las manos alegremente. Las casas son preciosas y la mezcla del sol en la cara, la arena en los pies y Colton a mi lado, me calienta el corazón. Seguimos una curva de la playa donde los acantilados empiezan a elevarse, de modo que las casas están un poco más atrás, en vez de quedar justo sobre la arena, y Colton tira de mí hacia una roca bastante grande plana por arriba, en la base de una pequeña colina rodeada por varios tipos de vegetación orientada hacia el mar.

—Te contaré un secreto —dice mientras me ayuda a subir a la roca para después subir él de un salto y sentarse a mi lado.

—¿Ajá?

—Este lugar, aquí mismo, es mi pequeña porción de cielo. El lugar al que

acudo cuando necesito tomarme un descanso de todo.

Apoyo la cabeza en su hombro mientras miro a Baxter jugar entre las olas, feliz de que haya compartido algo conmigo.

—Tu lugar feliz —murmuro y lo miro.

Dios, está guapísimo con el pelo revuelto por el aire, aunque sigue pareciendo algo distante con los ojos escondidos tras las gafas de sol. Sonríe y me besa con suavidad en la frente.

Se queda un momento en silencio antes de hablar.

—Cuando era pequeño me imaginaba siempre un lugar así, «mi lugar feliz», como dices tú; al que me gustaría ir cuando...

Se calla y tensa el cuerpo al recordar. Poso la mano en su rodilla y con las uñas trazo líneas perezosas en su piel. Sé que no debería forzarlo, pero la necesidad que tengo de ayudar a la gente me supera.

—¿Cuándo qué, Colton? —Sacude la cabeza—. ¿Quieres hablar de ello?

—Nena, eso es agua pasada —dice, se encoge de hombros y me aparta antes de bajar de la roca de un salto—. No soy el único que ha tenido una infancia difícil.

Las emociones le empañan la voz mientras se aleja de mí un par de pasos. Me dispongo a hablar cuando me interrumpe.

—He ido a terapia con los mejores. En mi opinión, una forma de tirar el dinero de mis padres, ya que ninguno consiguió borrar ni arreglar nada. —El ruido de las olas casi ahoga sus siguientes palabras, y no tengo claro si quiere que las oiga, pero me provocan un escalofrío—. Soy mercancía dañada.

Quiero acercarme y decirle que una persona que sea «mercancía dañada» no ayuda a las señoras mayores con las tareas ni hace que los niños marginados se sientan especiales al defenderlos. Quiero decirle que se merece que lo quieran y tener una relación de verdad. Que lo que sea que le ocurrió de niño, por muy horrible e inimaginable que fuera, no define quién es ahora ni qué hará en el futuro. En vez de eso, recorro con la mirada las líneas de su cuerpo, quiero acercarme, pero no sé cómo reaccionaría.

Estoy tan centrada en Colton que no veo a Baxter acercarse hasta que decide sacudirse el pelaje mojado encima de mí. Suelto un chillido cuando el agua helada me toca la piel. Colton se gira para ver qué pasa y levanta la cabeza hacia el cielo riéndose de mí. Una risa profunda y sincera que le ilumina la cara y le hace relajar la tensión de los hombros.

—¡Baxter! —grito mientras Colton vuelve a mi lado, se quita las gafas de

sol y se las cuelga en el cuello de la camiseta. Lo miro con un falso puchero —. Ahora estoy empapada.

Colton encaja su cuerpo entre mis muslos; está de pie delante de mí mientras que yo sigo sentada. La altura de la piedra hace que estemos casi a la misma altura. Despacio, esboza una sonrisa pícaro y levanta una ceja.

—Empapada, ¿eh? —pregunta, me agarra por la cintura y tira de mí hacia él, de modo que sus caderas quedan justo en el vértice de mis muslos—. Me gusta cuando estás empapada, Ryles.

Trago saliva, la mirada empañada de sus ojos deja entrever la pasión, el deseo y mucho más. Se inclina y lleva las manos a mis hombros. Con los pulgares me acaricia el hueco de las clavículas y me besa en los labios. Con las uñas le recorro el pecho y el contorno del cuello. Jugueteo con el pelo de su nuca, ladeo la cabeza y profundizo el beso. El gruñido bajo que se le escapa de lo más profundo de la garganta me excita y me enciende, provocando latigazos de placer por todo mi cuerpo. A pesar de la descarga de sensaciones que me provocan sus labios, mantiene el beso a un ritmo lento y dulce. Suaves caricias, suaves roces con la lengua, ligeros cambios de ángulo y murmullos bajos de palabras dulces que me llegan al alma y me encogen el corazón. Colton se separa con un suspiro y me da un beso en la nariz.

Madre mía, desde luego sabe cómo besar a una mujer hasta que pierda el sentido. Si estuviera de pie, creo que tendrían que sujetarme para que no me fallaran las rodillas.

Me levanta la cabeza para obligarme a mirarlo a los ojos. La intensidad de su mirada me intimida. Sonríe con dulzura y sacude la cabeza como si hubiese algo que no consigue creerse. Baxter lo empuja con el hocico, celoso por la falta de atención, y Colton se ríe mientras se agacha a acariciarle la cabeza.

—Vale, vale, Bax, ¡no te voy a ignorar!

Le quita la pelota de la boca al perro y se da la vuelta para lanzarla hacia la playa.

Bajo de la roca de un salto y veo a Baxter salir corriendo, haciendo saltar la arena a su paso.

—¡Qué rápido es! —exclamo, mientras Colton me rodea la cintura con los brazos y me atrae hacia él.

Me abraza por detrás, mi espalda está contra su pecho, y apoya la barbilla en mi hombro. Relajo el cuerpo y al mismo tiempo me altero por el calor y la cercanía de Colton. Cierro los ojos un momento y disfruto de la muestra de

afecto tan poco habitual en él.

—Siempre hueles muy bien.

Me acaricia el cuello con la nariz y sus palabras vibran contra la sensible piel bajo mi oreja donde tiene los labios.

—Me asusta lo fácil que me resulta perderme en ti.

Me paralizó por sus palabras. Por mucho que quiera y necesite oírlas, elijo este momento para dejar que las inseguridades y la desconfianza me carcoman. Páginas y páginas de imágenes en Google de Colton y su Ejército de Rubias Perfectas. Es demasiado dulce. Demasiado experimentado. ¿A cuántas les habrá soltado las mismas palabras?

—¿Qué pasa, Rylee? —¿Cómo lo sabe?—. Te has puesto tensa de repente. ¿Qué se cuece en esa preciosa y fascinante cabecita tuya?

Sacudo la cabeza, me siento estúpida por lo que pienso, pero a la vez me da miedo la respuesta. Cuando intento alejarme de él, tensa los brazos.

—No es nada, Colton —musito.

—Cuéntamelo.

Respiro hondo y reúno fuerzas para preguntarle esas tres palabras que no me saca de la cabeza.

—¿Por qué yo?

—¿Por qué tú qué? —pregunta, confundido, y luego me suelta.

Aunque me haya liberado, avanzo un paso y me quedo de espaldas a Colton, no tengo valor para preguntárselo a la cara.

—¿Por qué yo, Colton? ¿Por qué estoy aquí? —Oigo que coge aire detrás de mí—. ¿Por qué no cualquiera de las mujeres que hubo antes de mí? Has estado con otras mucho más guapas, más *sexys*, más delgadas. ¿Por qué estoy yo aquí y no ellas?

—Para ser alguien tan segura de sí misma, tu pregunta me deja de piedra.

Su voz suena más cercana de lo que esperaba. Nos quedamos en silencio y, como no me doy la vuelta para mirarlo, me coge del brazo y entonces me gira.

—Mírame —ordena y me aprieta los brazos hasta que obedezco. Sacude la cabeza, desconcertado, y, me parece, algo sorprendido—. Lo primero, Rylee, eres una mujer preciosa y tremendamente sensual. Y ese culo... —Hace una pausa y suelta un gruñido gutural de satisfacción—. Ese culo vuelve locos a los hombres. —Resopla—. Me sentaría a mirarte todo el día.

Clava los ojos en los míos y veo que es sincero. Una parte de mí quiere

creerle. Aceptar que soy suficiente para él. Mueve las manos de los brazos a los costados, las desliza hasta mis caderas y vuelve a subir.

—En cuanto a las mujeres, tengo que admitir que sí, casi siempre he salido con chicas muy delgadas, pero, joder, Rylee, tus curvas son de lo más *sexy*. No te imaginas cómo me ponen. Se me levanta con solo verte caminar delante de mí.

Se inclina, su erección presiona contra mí, y me besa suavemente en los labios. Apoya la frente en la mía y con los dedos me hace cosquillas en la base del cuello.

—¿Que por qué ya no están aquí? —murmura y sus palabras me abanicán la piel antes de apartarse para mirarme a los ojos—. Es simple. Nuestro tiempo acabó.

Me separo de él e intento procesar la última parte.

—¿Se levantaron y se fueron sin más? —Trato de ocultar la desesperación en la voz, necesito saber dónde me he metido—. Quiero decir, ¿por qué terminó?

Me mira un momento antes de contestar.

—Algunas encontraron a otro que les ofrecía más, otras causaban demasiados problemas para mi gusto y otras querían la valla blanca y los niños perfectos —responde con indiferencia.

—¿Y supongo que entonces terminaste con ellas? —Asiente con cautela y ladea la cabeza mientras trata de averiguar por qué me interesa tanto—. ¿Quisiste a alguna?

—¡Joder, Rylee! —ladra y se pasa la mano por el pelo—. ¿Qué es esto? ¿Un interrogatorio?

Se aleja de mí un par de pasos, exasperado, pero si he llegado hasta aquí, no voy a parar hasta que descubra lo que quiero saber.

Me siento en la arena, consciente de que Baxter está bastante lejos, y me abrazo las rodillas contra el pecho mientras le doy vueltas al anillo del dedo.

—No, simplemente necesito saber dónde me meto. —Colton me dedica una mirada indescifrable—. En lo que ya me he metido —musito, más para mí que para él, pero sé que me oye, porque tensa la mandíbula por mis palabras—. Me dijiste que sabotabas todo lo bueno que te pasaba. Quiero saber si el amor es una de esas cosas.

Se acerca y se pasa una mano por el pelo. Tengo que estirar el cuello para mirarlo a los ojos.

—Soy incapaz de amar, Rylee —afirma, inexpresivo, en un susurro; luego mira al mar y se mete las manos en los bolsillos—. Hace mucho que aprendí que no importa cuánto quieras a alguien, cuánto lo desees o cuánto lo necesites. Al final, te acabarán dejando. —Coge una concha y la lanza—. Además, que alguien te diga que te quiera no significa que sea verdad, las palabras pueden ser mentiras y las acciones se pueden fingir.

Siento un escalofrío. Qué forma tan triste y horrible de ver la vida. Querer, pero no tener amor porque crees que te lo quitarán sin avisar. Estar tan herido que crees que son las palabras y las acciones las que hacen daño en lugar de la persona que hay detrás. Se me encoge el corazón al pensar en un pobre niño que ha tenido que vivir sin conocer el amor incondicional. Me duele por el hombre que tengo delante. Un hombre lleno de pasión, de vida y de posibilidades que se niega a sí mismo la única pieza que le ayudaría a sentirse completo.

Sin saber lo que pienso e ignorando la pena arrolladora que siento por el niño solitario que fue, continúa.

—¿Creí que a lo mejor quería a alguna de ellas? No lo sé, Rylee. Sé lo que ellas querían que sintiera. Que querían que les demostrase y les diese algo a cambio, pero ya te lo dije, no soy capaz de ello. —Se encoge de hombros como si fuese un hecho de lo más simple. Se gira a mirarme con un amago de sonrisa—. ¿Y tú qué? —pregunta, divertido—. ¿Has estado enamorada?

Lo miro una fracción de segundo y luego aparto la mirada hacia las olas mientras saco a la superficie los recuerdos que siguen ahí, pero que, poco a poco, se desvanecen. Sonrío con nostalgia al recordar.

—Sí, lo estuve.

—¡Baxter, ven! —grita Colton mientras me ofrece la mano para ayudarme a levantarme de la arena—. Volvamos —dice sin soltarme la mano, y no se me escapa el hecho de que no ha respondido a mi comentario.

Caminamos en silencio durante un rato y me doy cuenta de que quiere hacerme más preguntas, pero no sabe cómo. Suspira.

—Ni siquiera tengo derecho a sentirme así —comenta y se pasa la mano por el pelo—. Teniendo en cuenta que mi pasado es tan... —Se calla sin terminar la frase al mirarme a los ojos—. ¿Por qué me molesta? ¿Por qué la idea de imaginarte con otro me vuelve loco?

Una parte de mí disfruta del hecho de que le moleste.

—Supongo que no creías que me había pasado la vida esperando a ser tu

juguetito, As —bromeo y alejo la incomodidad que me provoca la siguiente pregunta que me hará.

Casi nunca hablo de lo que pasó. Nunca hablo de las consecuencias. Ni de la pérdida indescriptible que nunca olvidaré. Ni de las crueles y terribles palabras que su familia me dedicó. Las acusaciones que, a día de hoy, todavía me atormentan.

A pesar del tiempo que ha pasado, siento una punzada de dolor al hablar de ello. El tiempo lo ha mermado un poco durante los dos años que han pasado desde el accidente, pero las imágenes que tengo grabadas a fuego en la memoria siguen ahí. La culpa todavía me pesa tanto que a veces no me deja ni respirar. En el pasado me ha impedido vivir mi vida, arriesgarme o salir al mundo. No me dejaba darme una oportunidad como la que me he dado con Colton. Intento disimular los escalofríos que me causan los recuerdos y medito cuánto estoy dispuesta a revelar.

Colton me mira con un amago de sonrisa.

—Suéltalo, encanto. ¿Qué pasó?

Respiro hondo.

—No hay mucho que contar —empiezo y miro la arena mientras caminamos tranquilamente—. Éramos novios en el instituto, nos seguimos el uno al otro a la universidad, nos prometimos, estábamos planeando la boda... —Colton se tensa al escuchar mis últimas palabras y me aprieta la mano—. Y murió hace poco más de dos años. Fin de la historia.

Levanto la vista y Colton me mira. Me alegro de que las lágrimas que suelen inundarme los ojos al hablar de ello no aparezcan. Qué situación tan incómoda, estar enamorada de un hombre y llorar por otro.

Se para y me tira de la mano hasta que flaqueo. Me mira con compasión.

—Lo siento —dice con suavidad, me atrae contra su pecho y me abraza.

Entierro la cara en su cuello y me consuelo con el latido constante de su corazón bajo mis labios. Yo también lo abrazo, aspiro su maravilloso aroma, tan nuevo y al mismo tiempo tan reconfortante. Me besa en la frente y la dulzura del gesto es tan inesperada que se me forma un nudo de lágrimas en la garganta.

—Gracias —susurro. Levanto la cabeza para mirarlo y sonrío ligeramente.

—¿Quieres contármelo? —me anima mientras me acaricia el brazo y me coge de la mano para llevársela a la boca y besarme en el dorso.

¿Quiero hablar de ello? La verdad es que no, pero se merece saberlo. La mayor parte, al menos. Me coloca a su lado y me pasa un brazo por los hombros cuando echamos a andar de nuevo.

—La verdad, no hay mucho que contar. Íbamos a clase de Cálculo juntos, Max estaba en el último año y yo en el penúltimo. Típico romance de instituto. Partidos de fútbol, bailes, la primera vez... —Me encojo de hombros—. Me fui con él a estudiar a la UCLA, pasé con él los años de carrera y nos prometimos en mi último año.

Baxter vuelve a jugar con las olas y lo observo, una buena distracción de lo que voy a contar a continuación.

—Un fin de semana, Max quiso sorprenderme con un viaje por carretera. Dijo que era lo que el doctor había recomendado, antes de... —titubeo, no sé cómo continuar. Colton me aprieta la mano para animarme—. Antes de que la vida se volviera más estresante, nuevos trabajos, la boda, todo. No teníamos un destino fijo, solo conducíamos. Nadie sabía que nos habíamos ido, así que nadie nos esperaba en casa. Nos dirigimos al norte y acabamos en Mammoth, pasamos por el pueblo, pero nos metimos por una carretera de dos carriles no muy lejos de June Lake. Por suerte, había sido un invierno seco, así que no había mucha nieve en el suelo. Solo un par de montones aquí y allá. Era primera hora de la tarde y me moría de hambre, así que decidimos ir a explorar y encontrar el lugar perfecto para un pícnic. Menudos idiotas.

Sacudo la cabeza.

—Llevábamos los móviles encima, pero no había cobertura, así que los apagamos para no malgastar la batería.

Hago una pausa, necesito un minuto para recordar esos últimos momentos de despreocupación antes de que la vida cambiara para siempre. Suelto la mano de Colton y me rodeo con los brazos para refrenar los escalofríos.

Colton se da cuenta de la angustia que siento y me abraza, su cuerpo acecha el mío.

—Erais jóvenes, Rylee, no hicisteis nada malo. No te culpes por lo que pasó —dice, como si ya supiera que la culpa me consume cada día como una enfermedad.

Digiero las palabras, agradecida de que las haya dicho, pero todavía sin crérmelas del todo.

—Llegamos a una curva del camino tan tortuoso por el que conducíamos. Había un alce en la carretera y Max dio un volantazo para esquivarlo. —

Colton contiene la respiración, sabe cómo acaba esto—. Nos metimos en el carril contrario y las ruedas se salieron por el borde de la carretera porque Max había girado demasiado. No lo sé, todo pasó muy rápido.

Me estremezco de nuevo y Colton me abraza, me aprieta con los brazos como si la fuerza pudiera impedir lo inevitable.

—Recuerdo ver los primeros árboles cuando el coche se despeñó y empezamos a caer por el barranco. Recuerdo que Max sudaba y que me pareció muy raro porque casi nunca lo hacía.

El estómago me da un vuelco al recordar la sensación de ingravidez cuando el coche se levantó del suelo y la fuerza centrífuga que me lanzó como una muñeca de trapo cuando cayó. Con la mano, me limpio la única lágrima que me cae por el rabillo del ojo. Sacudo la cabeza.

—No creo que quieras escuchar esto, Colton. No quiero estropear la noche.

Sacude la cabeza, apoyada sobre mi hombro. Con los brazos me rodea la parte superior del pecho, de hombro a hombro y levanto las manos para enlazarlas con las suyas.

—No, por favor, sigue. Te agradezco que me lo cuentes. Que me dejes conocerte mejor.

A lo mejor si abro mi corazón, él también se sentirá lo bastante cómodo para hablarme de su pasado. Le doy vueltas a este pensamiento durante un par de segundos y llego a la conclusión de que, por mucho que me gustaría que pasase, la realidad es que me siento aliviada al hablar de ello por primera vez en mucho tiempo.

Respiro nerviosa antes de continuar.

—Lo siguiente que recuerdo es recuperar el conocimiento. Empezaba a oscurecer. El sol había quedado oculto tras la cima de la montaña, así que estábamos entre las sombras del profundo barranco en el que habíamos caído. El olor, Dios, nunca lo olvidaré y siempre me recordará a ese día. La mezcla de gasolina, sangre y destrucción. Estábamos en el fondo del barranco. Estábamos de lado, yo en la parte de arriba y Max abajo. El coche estaba destrozado. Había girado tantas veces que se había aplastado y el interior había quedado reducido a la mitad de lo que debería ser.

»Oía a Max. El ruido que hacía al intentar respirar, al luchar por seguir con vida, era horrible. —Me estremezco al recordar ese sonido que todavía me persigue en sueños—. Pero lo bueno es que significaba que todavía estaba

vivo. En algún punto durante esos primeros minutos en que recuperé la consciencia, me cogió la mano para intentar aplacar el miedo de despertar en aquel infierno.

—¿Necesitas hacer una pausa? —me pregunta con dulzura y me da un beso en el hombro desnudo.

Sacudo la cabeza.

—No, prefiero terminar.

—Vale, tómate tu tiempo —murmura mientras empezamos a caminar de nuevo.

—Me entró el pánico. Tenía que conseguir ayuda. Cuando me dispuse a quitarme el cinturón de seguridad, fue cuando sentí el dolor. No me funcionaba el brazo derecho. Se veía que estaba roto por varias partes. Solté la mano de Max con el izquierdo e intenté soltarme el cinturón, pero estaba atascado, un defecto raro de fabricación que estudiaron después de lo que pasó. Al parecer, era culpa del metal que se había encajado en el mecanismo por el accidente. Recuerdo mirar abajo y sentir que todo era un sueño, entonces me di cuenta de que estaba cubierta de sangre. La cabeza, el brazo, el abdomen y la pelvis me dolían tanto que preferiría morir a volver a sufrir esa tortura. Me dolía respirar. Mover la cabeza. Recuerdo que Max masculó mi nombre y busqué su mano a tientas. Le dije que iba a conseguir ayuda y que tenía que aguantar. Que lo quería. Cogí un trozo de cristal e intenté cortar el cinturón, pero lo único que conseguí fue cortarme la mano y apuñalarme a mí misma en el abdomen. Fue brutal. Perdía el conocimiento una y otra vez a causa del dolor. Cada vez que despertaba, el pánico me cegaba.

Llegamos a los escalones de su casa, Baxter da saltos con una energía inagotable. Colton se sienta en el primer peldaño y tira de mí para sentarme a su lado. Con los dedos de los pies, dibujo formas sin sentido en la arena.

—Llegó la noche, estaba oscuro, hacía frío y era aterrador. Cuando empezó a amanecer, Max apenas respiraba. No le quedaba mucho tiempo. Lo único que podía hacer era darle la mano, rezar por él y decirle que no pasaba nada por irse. Decirle que lo quería. Murió varias horas después.

Con el dorso de la mano me limpio las lágrimas que me caen por las mejillas e intento sacarme de la cabeza la imagen de la última vez que vi a Max.

—Estaba desesperada. Empezaba a quedarme sin fuerzas a causa de toda la sangre que perdí y sabía que me debilitaba y empeoraba por momentos.

Entonces, el pánico se apoderó de mí. Estaba atrapada y, cuanto más tiempo pasaba dentro del coche, más encerrada me sentía, como si las paredes se encogieran sobre mí.

»Cuando anocheció al segundo día, la claustrofobia me ahogaba y estaba totalmente ida. No podía lidiar con el dolor y la sensación de derrota, así que empecé a revolverlo todo dominada por el miedo, la ira y la decisión de que no quería morir todavía. Con tanto movimiento, de alguna manera mi teléfono, que había quedado atrapado bajo el salpicadero, cayó delante de mí.

Respiro hondo mientras recuerdo cómo tuve que usar cada fibra de fuerza y determinación que había dentro de mí para alcanzar ese teléfono. Mi salvavidas.

—Pasaron horas hasta que conseguí cogerlo y cuando lo encendí no tenía cobertura. Estaba devastada. Empecé a gritarle a la nada hasta que de repente me acordé de una historia que había escuchado en las noticias sobre cómo habían encontrado a un montañista perdido siguiendo la actividad del móvil, aunque no había cobertura.

»Sabía que, cuando no apareciera en el trabajo por la mañana, alguien llamaría a Haddie y todo se pondría en marcha. Siempre se preocupa y sabía que esa mañana tenía una reunión importante que no me habría perdido por nada. Pensé que a lo mejor podían rastrear mi teléfono hasta donde estábamos. Era una posibilidad remota, pero era mi única esperanza. —Con el pulgar, acaricio el anillo del dedo—. Me aferré a ella y dediqué todos mis pensamientos a pensar que funcionaría.

—Ni siquiera sé qué decir —comenta Colton después de aclararse la garganta.

Imagino que no se esperaba una historia así. No obstante, me impresiona su compasión.

—No hay nada que puedas decir.

Me encojo de hombros y levanto la mano para acariciarle la mejilla. Una silenciosa muestra de gratitud por dejarme hablar y escucharme sin interrupciones. Sin decirme lo que debería haber hecho, como la mayoría.

—Pasó casi otro día y medio antes de que me encontraran. Entonces, alucinaba. Estaba congelada y mentalmente trataba de escapar del interior del coche. Creí que el rescatador era un ángel. Miré por la ventanilla y el sol le caía sobre la espalda, lo iluminaba como si tuviera un halo. Más tarde me contó que le grité. —Suelto una risita al recordarlo—. Lo llamé hijo de puta y

le dije que no me llevaría. Que no estaba lista para morir.

Colton me acomoda sobre su regazo de forma que quedo sentada entre sus rodillas y besa el rastro que han dejado las lágrimas en mis mejillas.

—¿Por qué no me sorprende que mandases a la mierda a un ángel? —Se ríe y apoya los labios contra mi sien—. Es algo que se te da muy bien —bromea.

Me siento agradecida por el consuelo. Cierro los ojos y dejo que el calor combinado de los rayos de sol y de Colton derritan el frío que siento por dentro.

—Ya te lo dije, As, cargas.

—No —contesta, con los labios apoyados todavía en mi cabeza—, eso es solo una situación espantosa que escapa a tu control.

«Ojalá todos lo vieran así». Me encojo y alejo la idea de la cabeza.

—Demasiados pensamientos tristes en una noche tan bonita. —Suspiro, me recuesto y miro a Colton.

Me sonrío con tristeza.

—Gracias por contármelo. Seguro que no ha sido fácil.

—¿Qué quieres hacer ahora?

Esboza una sonrisa pícaro, me agarra por la cintura y me levanta con él mientras se pone en pie. No me suelta y me coge en brazos, ignorando mis gritos cuando comprendo sus intenciones y me carga sobre el hombro.

—¡Peso demasiado! ¡Bájame! —protesto cuando empieza a trotar escaleras arriba.

Le pego en el culo, pero continúa como si nada.

—Deja de moverte.

Se ríe y me devuelve el azote. Cuando llegamos arriba, me duelen los costados de reírme y Baxter nos ladra con energía. Colton no me suelta ni cuando llegamos al patio y le doy otro manotazo.

—¡Bájame!

—Me está costando mucho contenerme para no tirarte a la piscina —advierte.

—¡No! —grito mientras pataleo sin parar y Colton me balancea para que vea lo cerca que estamos del borde.

Se detiene ahí un momento y yo no dejo de gritar, pero finalmente se aleja y suspiro aliviada. Se para, tira de mis piernas hacia abajo y me deslizo sobre

su cuerpo. Cuando nuestras caras quedan a la misma altura, me sujeta con fuerza para mantenerme en el aire, consciente de que mi pecho presiona el suyo.

—Ahí está esa sonrisa que tanto me gusta —murmura y su aliento me hace cosquillas en la cara.

—¡Muy gracioso! —lo reprendo—. Eres...

No puedo terminar la siguiente frase porque su boca aterriza sobre la mía. Suave, delicado, y profundo, me rindo al beso. Necesito que el hombre viril que tengo delante me haga olvidar el pasado y me recuerde por qué no es malo seguir adelante. Nos perdemos en el beso mientras me desliza hasta soltarme en el suelo. Le acuno la cara con las manos y él me acaricia la piel desnuda de la espalda a medida que arrastra los dedos hasta mis caderas.

Suelto un gruñido de protesta cuando se separa de mí. En los ojos le bailan emociones imposibles de leer.

—¿Tienes hambre? —pregunta.

«Sí, de ti». Me muerdo el labio inferior y asiento con la cabeza para que no se me escape lo que pienso.

—Claro —contesto, doy un paso atrás y, al darme la vuelta, me encuentro con una mesa ya preparada—. ¿Qué? ¿Cómo?

Colton sonrío.

—Tengo mis métodos. —Se ríe, me lleva hasta la mesa y retira una silla para mí—. Gracias, Grace —dice hablando hacia las puertas abiertas de la casa y se oye una vaga respuesta desde el interior.

—¿Tu arma secreta?

—¡Siempre! —Nos sirve vino—. Grace es la mejor. Cuida de mí.

Mujer afortunada.

—Huele de maravilla —comento y bebo un poco de vino mientras Colton sirve lo que parece ser pollo con alcachofas y cabello de ángel.

—Uno de mis platos favoritos —reflexiona y se lleva un bocado a la boca.

Me mira mientras lo pruebo y se relaja cuando gimo con aprobación. La cena es ligera y relajada. La comida es excelente y me niego a aceptarlo cuando Colton me dice que Grace no revela sus recetas. Le digo que ya la convenceré de alguna manera.

Hablamos del trabajo y me pregunta qué tal le va a Zander. Le cuento que no ha vuelto a hablar, pero parece responder mejor. Le digo que los chicos lo han ascendido a la categoría de héroe y que no dejan de repetir cómo los

defendió en el colegio. Le explico cuál es el siguiente paso para conseguir los permisos para el nuevo complejo cuando nos den luz verde.

Me cuenta que ha estado ocupado con la promoción de la próxima temporada y con el día a día de la empresa. En la última semana, ha grabado un anuncio para Ron Merit, ha hecho una sesión de fotos para una nueva campaña de *marketing* y ha asistido a un evento de la IRL.

Nos sumimos en un ambiente relajado mientras compartimos cosas el uno con el otro y la situación resulta de lo más normal, a pesar de que, en realidad, es de lo más surrealista para mí. Cuando acabamos de cenar, se ofrece a enseñarme el resto de la casa, lo cual me apetece mucho. Colton vacía los vasos en el fregadero y me da la mano. Me lleva a una cocina de última generación hecha de granito templado combinado con electrodomésticos de acero inoxidable de primera calidad.

—¿Sabes cocinar, As? —pregunto mientras paso los dedos por la enorme isla central y pienso en que la otra cocina es muy distinta. Como no contesta, lo miro a los ojos y me sonrojo, sé que está pensando en lo mismo.

Sacude la cabeza y sonrío.

—Sé preparar alguna cosa si me hace falta.

—Es bueno saberlo —murmuro.

Colton me lleva a la siguiente habitación, un salón a un nivel inferior que se ve desde la cocina. Unos profundos sofás de cuero color chocolate, en los que parece que podrías hundirte hasta caer inconsciente, forman un semicírculo alrededor de un centro multimedia.

Pasamos por un despacho que rezuma masculinidad, decorado en cuero y madera oscura. Un amplio escritorio ocupa gran parte del espacio, las paredes están forradas de estanterías y hay una solitaria guitarra acústica apoyada contra la pared más alejada.

—¿Tocas? —pregunto mientras señalo el instrumento con la cabeza.

—Para mí mismo. —En su respuesta, hay una delicadeza inesperada que me hace girarme a mirarlo. Se encoge de hombros—. Me ayuda a pensar, a resolver las cosas que tengo en la cabeza. —Mientras habla, avanzo para adentrarme más en el despacho y paso los dedos por los libros mientras observo las fotos de su familia—. No toco para los demás.

Asiento con la cabeza, entiendo la necesidad de tener alguna cosa que te ayude a despejarte cuando algo te perturba. Sigo recorriendo las estanterías y una foto me llama la atención. Un Colton más joven, agotado aunque radiante,

vestido con el mono de carreras delante de su coche, con los brazos levantados en señal de victoria y una sonrisa de triunfo en la cara, todo en una lluvia de confeti. Lo único que me molesta de la foto es la mujer que está agarrada a su cintura. Lo mira con amor, adoración y reverencia. La reconocería en cualquier parte.

—¿De qué es esta foto? —pregunto sin darle importancia mientras me giro. Colton está apoyado en el marco de la puerta, observándome.

—¿A ver?

Ladea la cabeza y camina hasta mí. Me aparto y señalo la fotografía. Esboza una sonrisa y se le ilumina la cara.

—Fue la primera vez que gané una carrera en la Indy Lights. —Sacude la cabeza al recordarlo—. Menudo año.

—Háblame de ello. —Arquea una ceja como si se preguntara qué es lo que quiero saber en realidad—. Me apetece oírlo —lo animo.

—Era mi segundo año y creía que iba a perder la oportunidad si no conseguía alguna victoria. Había estado a punto de ganar muchas veces, pero siempre había algo que me lo impedía. —Levanta la foto del estante—. Al pensarlo ahora, sé que cometí un montón de errores de novato. Pero, en aquel entonces, estaba frustrado y me daba miedo perder la única cosa que de verdad amaba; tenía demasiado ego y no escuchaba mucho. Algunas cosas nunca cambian, ¿eh?

Levanta la vista y me sonrío.

—Como sea, nada parecía que fuera a salir bien en esa carrera. No conseguíamos preparar bien el coche porque la meteorología era errática. Pero, cuando quedaban cinco vueltas, me puse segundo. Adelanté al primer coche en un giro peligroso que nunca debería haber hecho, pero salió bien, y ganamos.

—La primera de muchas victorias, ¿no? —pregunto mientras le quito la foto de la mano y la estudio.

—Así es. —Sonríe—. Y, con suerte, esta temporada habrá más.

—¿Quién es? —pregunto señalando a Tawny, lo que de verdad me interesa saber.

—¿No conociste a Tawny en la pista el otro día?

—Ah. —Me hago la tonta—. ¿Es la chica con la que hablabas antes de la prueba?

—Sí. Lo siento. Pensé que os habrían presentado.

—No. —Vuelvo a dejar el marco en la estantería y lo sigo mientras salimos del despacho—. ¿Ya trabajaba para ti por aquel entonces?

—No. —Se ríe y luego me lleva hasta un estudio lleno de objetos del mundo de las carreras, una pantalla plana enorme y una mesa de billar—. Es una amiga de la familia y, prácticamente, nos criamos juntos. La verdad es que estuvimos saliendo en la universidad, y nuestros padres solían bromear con que acabaríamos casados algún día.

¡Guau! ¿He oído bien? Solo un tío podría soltar ese comentario como si nada delante de la mujer con la que esté haciendo lo que quiera que hacemos nosotros. ¿Sus familias creen que acabarán casados? ¡Joder! Trago saliva mientras me lleva hasta la habitación de invitados.

—¿Por qué rompisteis?

—Buena pregunta.

Suspira y me dedica una sonrisa con una extraña mirada que me hace plantearme si lo estoy presionando demasiado.

—No lo sé, era demasiado familiar. La veía más como una hermana pequeña. Simplemente, para mí, no funcionaba. —Se encoge de hombros—. Cuando se hizo esa foto, todavía salíamos. Al final quedamos como amigos. Es una de las pocas personas en las que confío y de las que dependo. Cuando se graduó en la universidad con un título en *marketing* y yo empecé ECD, me ayudó. Era buena en lo que hacía, así que cuando la empresa se convirtió en una realidad, la contraté.

Tal vez él busque una relación platónica, pero está claro que ella quiere mucho más. Dejo de mirar al marco y me doy la vuelta para centrarme en él. Me ofrece las manos.

—Vamos, te enseñaré el piso de arriba.

Subimos por unas escaleras más amplias de lo normal y me impresiona lo acogedora que resulta su fortaleza de piedra. Le digo que había asumido que sería fría y poco halagüeña, pero es todo lo contrario. Me cuenta que se decidió por la fachada de piedra porque requiere menos mantenimiento al estar expuesta a las duras condiciones de la costa.

Cuando llegamos arriba, nos encontramos con una habitación al aire libre, el patio que vi desde la entrada.

—Creo que estoy en el cielo —murmuro mientras admiro el espacio, mitad interior, mitad exterior.

Las luces envuelven el techo de enrejado cubierto por enredaderas y

centellean en el cielo del atardecer. Hay cuatro divanes que parecen muy cómodos repartidos por el espacio.

Colton se ríe de mí y me coge del brazo.

—Podemos disfrutarlo luego —dice y arquea las cejas.

—Un hombre de ideas fijas —bromeo, pero titubeo cuando entramos al dormitorio—. Guau —musito.

—Este es mi lugar favorito de la casa —comenta, y lo entiendo perfectamente.

Una cama grande orientada al mar. La habitación está decorada en tonos marrones claros, azules y verdes. Hay un sillón doble en una esquina con una mesita de café delante llena de revistas y libros. En otra esquina, hay una gran cama para perros delante de una chimenea con varios juguetes y una manta azul arrugada. Lo que más destaca del espacio es la pared de cristal, desde la que se puede sentir la brisa marina.

Observo las luces distantes de los barcos que vuelven a casa y las siluetas de los surfistas que esperan una última ola antes de retirarse.

—Tu casa es increíble.

Colton me pilla por sorpresa cuando me rodea la cintura con los brazos para acercarme a él. Tengo la espalda contra su pecho y me acaricia el cuello con la nariz.

—Gracias —murmura y me deja un rastro de besos suaves por el hombro.

Me estremezco y se me escapa un suspiro. Apoya las manos en mi estómago y me aprieta contra él, mis curvas se adaptan a la perfección a sus músculos. De nuevo, tiene la boca sobre mi oreja y me besa en ese punto tan sensible bajo el lóbulo.

—No sabes lo mucho que me gusta que estés aquí —susurra y su aliento me hace cosquillas en la oreja.

Suspiro, echo la cabeza hacia atrás y la apoyo en su hombro.

—Gracias por esta noche.

Suelta una risita.

—Espero que eso no signifique que ha terminado, porque acabo de empezar. —Con las manos me recorre el torso arriba y abajo, y con las yemas de los dedos me roza los pechos. Una pequeña pista de lo que está por venir. Me arqueo contra él, vibrante de deseo, y el corazón se me derrite por su dulzura.

Levanto la cabeza y me atrapa la boca con la suya. Con la lengua me

separa los labios y lame la mía. Prueba. Provoca. Juega. Deleita. Me giro hacia él, ansiosa por alimentar mi insaciable deseo. Me empotra contra la pared de cristal, con las palmas de las manos apoyadas a ambos lados de mi cabeza mientras aprieta su cuerpo contra el mío.

Se le escapa un gemido cuando le muerdo el labio inferior y, con la lengua, repaso la línea de su mandíbula sin afeitar. Llevo la boca hasta su oreja y le muerdo el lóbulo.

—No —le susurro al oído—. La noche no ha terminado, As. —Bajo por su garganta y vuelvo a subir mientras dejo un rastro de besos sobre su piel—. Acaba de empezar.

—Rylee —gime, un sonido de puro placer.

La espontaneidad de su reacción me llena de fuerza. Quiero enseñarle cómo me hace sentir. Expresárselo con acciones, ya que soy incapaz de hacerlo con palabras. Paso la lengua por el hueco de su clavícula y el grueso pelo de su pecho me hace cosquillas en los labios. Su aroma me envuelve y, cuando termino, comienzo el ascenso de besos hasta la otra oreja.

—Quiero probarte, Colton.

Contiene el aliento y, de pronto, tengo sus manos en las mejillas. Acerca mi cara a la suya y, con los pulgares, me roza los labios hinchados. Busca mis ojos con los suyos; no sé por qué, pero la profunda emoción de su mirada es lo único que necesito. Nos miramos durante lo que parece una eternidad, atrapados en un confuso estado de deseo.

El silencio continúa hasta que Colton suelta un gruñido.

—Dios, sí, Rylee.

Luego estrella la boca contra la mía. Su beso es como una explosión de todo lo que veo en sus ojos: ansia, pasión, deseo y una inesperada urgencia. No me queda otra que dejar que Colton tome todo lo que quiera y me rindo de buena gana a las órdenes que da sin palabras. Me entrego a él, en cuerpo y alma, mente y corazón.

Me separo del beso con una mirada lasciva que evita que Colton vuelva a tirar de mí hacia él. Respiramos agitados por la expectación. Me muerdo el labio inferior mientras esbozo una sonrisa pícaro. Empiezo a pensar en lo mucho que me apetece deslizar la lengua por su cuerpo y hacer que se estremezca.

Levanto las manos y estoy sorprendida conmigo misma. La chica tímida y pasiva de Max, que consideraba atrevido hacer el amor con las luces

encendidas, ya no existe. Colton me hace desear cosas que nunca imaginé que querría. Me hace sentir *sexy*, deseable, codiciada.

Arrastro el dobladillo de la camisa de Colton hasta que le arañó el abdomen. Con una uña, le recorro el estómago justo hasta la cintura de los vaqueros y sonrío cuando separa los labios y la mirada se le oscurece de deseo.

Empiezo a quitarle la camiseta.

—Deja que te ayude —dice con voz rasgada mientras levanta las manos y tira del cuello de la camisa para quitársela de un solo gesto, de una forma que solo un hombre, a quien no le importa el peinado o el maquillaje, puede hacer.

—Tal y como me gustas —murmuro.

Me tomo un momento para disfrutar de la visión de sus esculpidos hombros y su delgado torso, y bajo la mirada hasta el sendero de pelo en medio de la *sexy* «V» de músculo que desaparece bajo la cintura del pantalón.

—Soy todo tuyo para que te aproveches de mí —musita con una sonrisa de lo más sensual y dejando entrever las cosas que quiere que le haga. Deja las manos a los lados, ofreciéndose a mí.

Le agarro del cuello y acerco su cara a la mía. Presiono los labios contra los suyos y meto la lengua en su boca, apartándome cada vez que intenta controlar el beso.

—Te deseo —susurro.

Recorro su fuerte torso con dos dedos y con las uñas le arañó con suavidad, lo que hace que contraiga los músculos. Con la boca sigo el mismo camino, pero a un ritmo mucho más lento. Colton deja caer la cabeza hacia atrás y suelta un gemido cuando me detengo a lamerle los pezones. Me acaricia los brazos, las sube hasta mis hombros y juguetea con el lazo que llevo en la nuca. Levanto la vista hacia él desde detrás de las pestañas, mientras con la boca abierta le beso los músculos del abdomen.

—Me toca a mí, Colton.

Doy un paso atrás. Sin romper el contacto visual, me llevo las manos a la nuca y, despacio, deshago el lazo.

—Hace calor aquí, ¿no te parece? —le provoco y respiro hondo para dejar que la tela del vestido se deslice sobre las curvas de mi cuerpo hasta el suelo.

Los ojos de Colton arden mientras me observa. Llevo un sujetador sin tirantes de Agent Provocateur a conjunto con unas braguitas de encaje violeta que tapan bastante poco, pero me realzan la figura.

—¡Dios bendito, mujer! Un hombre cuerdo se volvería loco solo con verte —dice mientras con los ojos me devora de arriba abajo.

Se frota el pulgar con los demás dedos como si se muriera de ganas de tocarme. Avanzo un paso, con el cuerpo hipersensible a todo lo que nos rodea y todo lo que ocurre entre nosotros. Le apoyo las palmas en el pecho, su cuerpo tiembla de expectación.

Bajo las manos y le desabrocho los dos botones superiores de los vaqueros para liberar algo de tensión. Las deslizo dentro del pantalón y del bóxer y agarro los firmes músculos de su culo. Con los dedos le acaricio la parte baja espalda mientras con la lengua recorro el sendero de vello que tiene debajo del ombligo. Lo miro y me pongo de rodillas y, muy despacio, desabrocho el resto de los botones.

Me mira con los ojos cerrados y ardientes de deseo, con los labios entreabiertos y una necesidad evidente. Le bajo los vaqueros y el bóxer, liberando su erección. Con los dedos, acaricio la oscura mata de pelo y lo agarro por la base. Me inclino hacia adelante y Colton ahoga un grito cuando paso la lengua por la punta, después la deslizo hasta la base y vuelvo a subir. Muevo la mano despacio por toda su longitud mientras que con la otra mano le acaricio los testículos y los rozo suavemente con las uñas.

Levanto la vista y la forma en que me mira me consume. Aprieta la mandíbula expectante mientras le provoco con los dedos y, cuando me lo meto despacio en la boca, hace una mueca de placer antes de echar la cabeza hacia atrás con un siseo.

—¡Joder, Rylee!

Primero, lo incito con cuidado, metiéndome solo la punta en la boca y rozando con la lengua en la parte más sensible de su piel. Giro la mano para estimularlo con la fricción y el calor húmedo.

Una vez que ya lo he atormentado lo suficiente y tensa los muslos con expectación, cubro los dientes con los labios y me lo meto en la boca hasta que lo siento al fondo de la garganta. El gruñido gutural que se le escapa llena la habitación mientras el sabor a almizcle de su excitación y el evidente deseo que siente por mí me provocan un placentero dolor en lo más profundo de mi sexo.

Vuelvo a inclinar la cabeza sobre su erección y mi garganta se sacude cuando llega hasta el fondo y me presiona la lengua con suavidad en la parte inferior de la boca mientras me retiro. Colton me enreda los dedos en el pelo

y empieza a sentir la necesidad de dejarse llevar al límite. La forma áspera en que musita y pronuncia mi nombre como una súplica me animan a moverme más rápido. Todavía más. Succiono con más fuerza y más profundo. De pronto, se hincha y puedo probarlo.

—Rylee —masculla entre dientes. Me voy a correr, nena. Quiero hacerlo dentro de ti.

Con su erección todavía en la boca, levanto la vista para ver cómo tensa la cara de placer. Un hombre al borde de perder el control. Convulsiona cuando ahueco las mejillas y chupo una última vez.

No me da tiempo a procesar cómo Colton me pone en pie y me devora la boca casi con violencia. Una espiral de sensaciones se retuerce dentro de mí mientras estampa mi espalda contra la pared de cristal. La expectativa por lo que va a pasar hace que el placentero dolor de mi ingle se intensifique.

Una necesidad salvaje me atraviesa y va directa a mi corazón cuando mete los dedos dentro de la humedad de mis bragas. Me separa suavemente y encuentra mi clítoris, expectante e hinchado. La cabeza me da vueltas cuando con los dedos hace su magia, estimulando todas mis terminaciones nerviosas. Su boca saquea la mía y disfruto de su adictivo sabor.

—Te quiero dentro de mí, Colton —jadeo cuando rompe el beso.

Me levanta y le rodeo las caderas con las piernas. Colton rasga de un tirón la delicada tira de tela que sujeta los dos triángulos de mi ropa interior.

Ya no tengo el control. La comprensión me provoca una excitación inesperada, pero el pensamiento no dura mucho cuando Colton me agarra por los costados con las manos y me presiona contra la pared en busca de sujeción. Me hace bajar despacio mientras empuja con las caderas, enterrándose en mí. Grito por la sensación de plenitud mientras él se detiene para que me adapte a él.

—Dios, Rylee —musita con palabras entrecortadas, con la cara enterrada en mi garganta. El suave rastro de su boca sobre mi piel hace que le clave los dedos en los hombros y, despacio, doblo las caderas hacia él—. Joder, encanto —jadea mientras balancea las caderas adelante y atrás con una suavidad espasmódica.

Su cuerpo se desliza contra el mío, tiene las manos atrapadas entre mis caderas y el cristal para apretarme contra él y empujar lo más profundo posible. Suelto un jadeo con los labios entreabiertos cuando mi cuerpo se ablanda y se calienta.

—Colton —gimo al borde del precipicio.

Me llena hasta que no puedo más. Estamos conectados de todas las formas posibles. La sangre me bombea en los oídos y las sensaciones se disparan por mi cuerpo a medida que nos acostumbramos al ritmo del otro.

—Aguanta, Ry. ¡Todavía no! —me ordena mientras acelera el ritmo y me acerca más al éxtasis.

Respiramos con dificultad, con las manos recorremos el cuerpo sudoroso del otro y con la boca reclamamos todo centímetro de piel que podamos probar.

Siento que mi cuerpo se acelera al mismo tiempo que Colton se endurece dentro de mí.

—Colton —aviso, y mi cuerpo se tensa sobre él.

—Sí, nena, sí —grita, al mismo tiempo que me dejo llevar, incapaz de aguantar un segundo más.

Los muslos se me tensan como el acero cuando el orgasmo me derriba, perdida en la explosión. La contracción de mis paredes internas se apodera de Colton y lo lleva hasta el éxtasis conmigo. Suelta una letanía de palabras inducidas por el orgasmo, con el rostro enterrado en la curva de mi hombro mientras su cuerpo se estremece al liberarse. Nos quedamos como estamos, conectados y enredados en el otro durante un momento, hasta que nos dejamos caer despacio hasta el suelo. Entierro la cara en su cuello y él me abraza.

«En este instante, soy total y absolutamente suya». Me consume. Estoy perdida en él y en el momento, tanto que me asusta el poder de mis sentimientos.

Nos quedamos así sentados, enredados el uno en el otro en un estado de aturdimiento sin pronunciar palabra. Lo único que necesitamos para comunicarnos son los latidos acompasados de nuestros corazones y las caricias perezosas con los dedos sobre la piel que se enfría. Cuando el cielo se oscurece del todo, ya respiramos con normalidad y quedamos bañados por la luz de la luna.

Me da miedo hablar, no quiero estropear el momento.

—¿Todo bien, As? —pregunto, por fin.

Se me empiezan a dormir los pies y necesito moverme. Colton gruñe, se ríe de mí, satisfecho por haberse dejado llevar a la incoherencia. Intento apartarme de él y apoyar la espalda en el cristal que tengo detrás, pero se mueve para que cambiemos de postura de modo que ahora su cara está en el

hueco de mi cuello. Suelta un gemido de satisfacción que me llega directo al corazón.

Por el rabillo del ojo veo mi ropa interior destrozada en el suelo y protesto.

—Vamos a ver, ¿qué obsesión tienes con destrozarme las bragas? Me las habría quitado de buena gana para ti. —Le arañó la espalda perezosamente con las uñas.

—Se tarda demasiado —resopla y la barba de su mandíbula me hace cosquillas en la piel.

—Eran unas de mis favoritas. Ahora no tengo ningunas que combinen con este sujetador. —Hago un mohín.

Colton se aparta de mí con una sonrisa en los labios y una mirada divertida.

—Dime de dónde son y te compraré cien si con eso consigo que vuelvas a mostrarte delante de mí como esta noche. —Se inclina y me da un beso en los labios—. Mejor aún —dice mientras se separa y con el dedo recorre la línea donde la tela del sujetador se junta con mi pecho—, ya que es una prenda tan estupenda, tal vez no deberías llevar nada más bajo la ropa. Eso sí que sería sexy —gruñe—. Nadie lo sabría.

—Tú sí —respondo y arqueo una ceja.

—Sí, lo sabría. —Sonríe con malicia—. Y me pasaría todo el puto día con la polla dura de pensarlo.

Me río con una carcajada profunda y sincera porque estoy tan superada por las emociones que vibro por dentro.

—¿Nos levantamos del suelo? —pregunta mientras se mueve y se separa de mí. Se levanta, me da la mano y me ayuda a ponerme en pie—. El baño está ahí. —Señala la puerta abierta que hay a la izquierda de la cama—. Por si quieres asearte.

—Gracias —murmuro, consciente de repente de que estoy desnuda.

Recojo el vestido y lo sostengo contra el pecho mientras busco lo que queda de mis bragas.

—Pero ¿qué...? —pregunto al no encontrarlas.

Levanto la vista y Colton me observa mientras se pone los vaqueros encima de las caderas desnudas, con los restos de mi ropa interior guardados de cualquier manera en el bolsillo de delante. Se para cuando lo miro a los ojos.

Sin abrocharse la bragueta, camina hacia mí y me quita el vestido de las manos. Intento evitarlo, pero cuando comprendo sus intenciones ya es demasiado tarde.

—Por el amor de Dios, Rylee, no hay motivos para ser tímida. ¿Después de lo que hemos hecho? —Sacude la cabeza—. Eres increíblemente *sexy* y que te lo creas lo es todavía más, encanto. —Se da cuenta de que estoy incómoda y se inclina para darme un beso en los labios—. No es la primera vez que te veo desnuda. —Sonríe y mantiene el vestido lejos de mi alcance.

Lo miro fijamente, desnuda por completo, excepto por el sujetador, e intento no vacilar. El cumplido alivia un poco mi inseguridad. Vuelvo a ser la antigua yo y el puñetero Colton Donavan está delante de mí diciéndome lo *sexy* que soy y que le encantan mis curvas. Me entran ganas de pellizcarme para comprobar que no estoy soñando. En vez de eso, alejo la falta de confianza y me digo que puedo hacerlo. Esbozo una lenta sonrisa y echo un vistazo al vestido antes de pasar de él deliberadamente.

Sé que sonrío mientras entro al gigantesco baño, cubierto de granito y piedra pulida. Suelto el aire que contenía, orgullosa por haber reunido el coraje para hacer lo que acabo de hacer. Echo un vistazo a mi reflejo en el espejo y me sorprende agradablemente cuando veo que mi bolsa está sobre la pila. Grace debe de haberla subido.

—Si quieres puedes coger algo de ropa del armario —dice Colton desde el dormitorio.

—Eh, vale. Gracias.

—Voy a correr y a coger algo de beber. Y a sacar a Baxter. Vuelvo enseguida. Tómame tu tiempo.

—Ajá —contesto mientras paseo por el cuarto de baño ridículamente grande.

Salgo por una puerta y me encuentro con un armario que haría llorar a Haddie, la obsesa de la moda. Examino la inmensa selección de camisetas que tengo delante y me decido por una de color gris claro. Acerco la nariz a la tela e inspiro el detergente que forma parte del aroma de Colton que tanto adoro.

Me aseo, me retoco el maquillaje y me pongo un *culotte* que había traído, porque, sí, sabía lo que iba a pasar. Y me pongo la camiseta de Colton.

Capítulo 24

Colton sigue fuera, así que cruzo el pasillo y salgo a la terraza del segundo piso. Camino hasta la barandilla con vistas al patio de abajo y el mar al fondo, me apoyo en ella y disfruto de la brisa nocturna y del baile de la luz de la luna sobre las olas.

Ni siquiera he empezado a procesar todo lo que ha pasado recientemente, me supera. Antes me sentía sola, tenía miedo y me sentía culpable por vivir mi vida; ahora, pocas semanas después, estoy con un hombre complicado y maravilloso a partes iguales que me hace sentir viva. He pasado del vacío y el dolor a la felicidad, el placer y a sentirme como si viviera una experiencia extracorpórea.

—Justo cuando pensaba que era imposible que fueras más sexy, te encuentro vestida con una de mis camisas favoritas. —Las palabras me sorprenden, me giro y lo veo con una copa de vino en la mano para mí.

—Gracias —murmuro, doy un sorbo y le acaricio la cabeza a Baxter, que intenta volver a escurrirse entre los dos.

Colton apoya la cadera en la barandilla y me mira mientras contemplo el agua.

—Me gusta verte aquí —comenta, con voz suave y reflexiva, ladea la cabeza y me observa—. En mi entorno, con mi camisa, mi perro... más de lo que habría imaginado. —Dejo de mirar el agua y busco sus ojos para leer las emociones que se esconden bajo la superficie—. Para mí es la primera vez, Rylee —reconoce en un susurro y apenas consigo oírle por encima del ruido de las olas, pero la confesión me suena como un grito.

¡Madre mía! ¿Significa eso que existe una posibilidad de ser algo más? ¿Que lo que quiera que seamos es más que un mero acuerdo? Percibo lo inquieto que está, así que trato de relajar el ambiente.

—¿Cómo? ¿No traes a todas las golfillas a esta espantosa guarida tuya?

Con una sonrisa relajada, lleva su mano hasta mi cuello y me acaricia la mejilla con el pulgar.

—Solo a una —responde.

Le devuelvo la sonrisa. Adoro el lado tierno de Colton tanto como su faceta guerrera y cabezota. Se lleva la botella de cerveza a los labios y da un trago largo.

—He traído algo de postre —ofrece.

—¿En serio? Pensaba que ya lo habíamos tomado.

Sonríe y se le escapa una risotada despreocupada.

—Vamos.

Me coge del brazo y tira de mí para tumbarme en uno de los divanes. Colton se acerca a un aparador escondido en la pared y, en cuestión de segundos, empieza a sonar la suave voz de Ne-Yo. Baxter gruñe satisfecho y se tumba junto a la puerta, que está abierta.

—Veamos —dice, y se acerca hasta a la mesa, a mi lado—. Tienes dos opciones. Helado de menta con chocolate y bombones de chocolate.

—¡Te has acordado! —exclamo.

—Cuando se trata de ti y dulces, me cuesta olvidar.

Sonríe y me apoya una mano en la espalda para que me incorpore, después se desliza detrás de mí.

Esbozo una sonrisa que no puede ver mientras me acuerdo de Colton y de su original forma de comer cierto dulce. Me apoyo sobre su pecho desnudo, me acomodo en él y cojo un bombón. Lo abro y me lo meto en la boca, descanso la cabeza en el hombro de Colton y gimo por el maravilloso sabor.

—Si esto es lo único que hace falta para que emitas ese sonido, pienso comprarte un camión lleno de bombones de chocolate —me susurra al oído mientras se mueve detrás de mí para ponerse cómodo.

—¿Quieres uno? —pregunto y le acerco uno a los labios, después se lo quito y me lo meto en la boca. Esta vez gimo a propósito. Se ríe y ahora le doy un bombón de verdad—. Una podría acostumbrarse a esto —murmuro, disfrutando del calor que me envuelve al estar pegada a él.

Nos quedamos un rato así, sentados. Hablamos sobre la familia, viajes, experiencias y el trabajo. Evito el asunto que realmente me interesa, consciente de que su pasado es tema vetado. Es divertido, ingenioso y atento, y soy consciente de que me estoy enamorando más de él, cada vez más atrapada en sus redes.

—Apasionante y Simpático —dice de pronto, con lo que rompe el silencio. No consigo contener la carcajada.

—No —contesto y me acomodo más sobre la calidez de su pecho.

—Nunca me lo dirás, ¿verdad? —pregunta mientras me aparta el pelo del cuello, dejando la piel al descubierto, para dar un beso.

—No —repito e intento controlar el escalofrío que me recorre mientras me acaricia con la nariz debajo de la oreja.

—¿Qué tal «Alerta de Semental»? —murmura y su aliento me hace cosquillas en la piel.

La risa que me sube por la garganta se convierte en un suspiro cuando me mordisquea el lóbulo de la oreja y lo chupa con delicadeza.

—Podría funcionar —consigo articular mientras me rodea el pecho con los brazos y con los dedos le acaricio la piel de los brazos que queda a mi alcance.

Ladeo más la cabeza para darle acceso a mi piel en esa zona tan sensible y con las uñas le rozo una línea irregular en el antebrazo derecho.

—Qué cicatriz tan fea —murmuro—. ¿Qué actividad supermasculina practicabas cuando te la hiciste?

Hago una mueca al pensar en lo que debió de doler. Se queda en silencio un instante, me besa la sien y apoya la mejilla contra la mía. Lo oigo tragar.

—Nada importante —dice, y vuelve a quedarse callado—. ¿Haces surf, Rylee? —pregunta para cambiar de tema.

—No. ¿Tú sí, As? —Bebo un poco de vino mientras responde entre susurros que sí.

—¿Alguna vez lo has probado? —pregunta con tono áspero junto a mi oreja.

—No.

—Debería enseñarte.

—No creo que sea la mejor idea para alguien a quien le dan miedo los tiburones.

—Me tomas el pelo, ¿verdad? —Como no contesto, continúa—. Venga ya, será divertido. Aquí no hay tiburones que te molesten.

—Dile eso a las personas que se han zampado —desafío y, a pesar de que esté detrás de mí, me cubro la cara avergonzada—. Cuando era pequeña me daban tanto miedo que nunca me metía en la piscina por si aparecían por el desagüe y se me comían.

Colton se ríe.

—Rylee, ¿nunca te han dicho que hay cosas mucho más peligrosas en tierra firme?

«Sí. Tú».

Mientras pienso en una respuesta ingeniosa, capto la música que sale de los altavoces y murmuro.

—Gran canción.

Colton se queda quieto y escucha, luego asiente con la cabeza.

—Pink, ¿no es así?

—Ajá, *Glitter in the Air* —respondo, y escucho la letra de una de mis canciones favoritas, y también de Haddie. Colton me acaricia los brazos con las manos y me masajea los hombros. Tiene unas manos fantásticas y aplica la cantidad justa de presión—. Es genial —susurro mientras mi ya relajado cuerpo se derrite ante la habilidad de las yemas de sus dedos.

—Perfecto —murmura—. Relájate.

Cierro los ojos y me abandono a él mientras tarareo en voz baja. Colton me pasa los dedos por la columna y me acaricia la baja espalda. Balanceo la cabeza hacia un lado por la maravillosa sensación.

—Esta es la mejor parte —digo. Canto la letra, las palabras pasan a través de mí y, como siempre, me emocionan—. «Ahí estás, sentado en el jardín, con mi café en la mano y me llamas cariño. Me has llamado cariño».

—No lo entiendo —dice Colton—. ¿Por qué es la mejor parte?

—Porque es el momento en que se da cuenta de que él la quiere —contesto con una sonrisa dulce.

—Vaya, Rylee, eres una romántica empedernida, ¿cierto? —se burla.

—Bah, cállate.

Me muevo para darle un codazo de broma, pero Colton me coge la muñeca y tira de mí hacia él. Inclina los labios sobre los míos y se pasa la lengua por los suyos antes de lamer los míos. Sabe a chocolate, a cerveza y a ese sabor único de Colton. Me sujeta la cabeza con una mano y con la otra recorre sin rumbo mis muslos desnudos. Pasea las yemas de los dedos despacio, sin prisa y sin centrarse en ningún punto exacto. Podría quedarme así para siempre, lo que hace me derrite por dentro.

Colton me da un beso en la punta de la nariz y apoya la frente sobre la mía. Sigue con la mano en mi nuca y los dedos enredados en mi pelo. Su respiración me hace cosquillas en los labios.

—¿Rylee?

—¿Sí, As?

Dobla la mano que tiene en mi pelo.

—Pasa la noche conmigo —pide en voz baja.

Me quedo quieta y contengo el aliento. Madre mía. Noto las emociones que hay detrás de la petición y suena totalmente diferente a la última vez que me lo pidió. No lo dice porque se sienta obligado, sino porque es lo que quiere.

—Nunca lo había dicho y sentido de verdad, Rylee.

Su voz esconde una súplica silenciosa que me encoge el corazón. Me rodea con los brazos y me acuna contra su regazo. Me lleva con él al levantarse del diván y juguetea con mi pelo con los dedos. Me quedo callada mientras despejo las emociones de la voz antes de contestar.

—No creo que pudiera moverme, aunque quisiera —digo.

—¿Te quedas? —La emoción de su voz me sorprende.

—Sí.

—En ese caso... —reflexiona—. Tal vez me aproveche de ti otra vez.

—¿Otra vez? —Río.

Como respuesta, me agarra por las caderas, me levanta y me coloca a horcajadas sobre él, de modo que nuestros cuerpos encajen a la perfección y que con cada movimiento me roce en el punto exacto, a través de mi ropa interior.

Se sienta y me besa con energía, me separa los labios con la lengua y con las manos me presiona la piel con ademán posesivo. Empiezo a marearme de deseo, quiero más.

—Te deseo tanto, Rylee —resopla entre besos en mi cuello. Le llevo las manos a la cara, con los dedos acaricio su áspera barba y le levanto la cabeza para que me mire—. Eres una adicción.

—Lo sé —susurro y con los ojos le digo que yo también soy adicta a él. Tensa los músculos de la barbilla un instante antes de estrellar la boca contra la mía, necesito la conexión que hay entre nosotros tanto como el aire.

—Móntame —jadea.

Una orden sencilla, pero la forma en que lo dice, como si el sol no fuese a volver a salir si no lo hago, me hace retroceder. Lo miro a los ojos, hipnóticos, tan intensos y tan llenos de deseo que no podría negarme aunque quisiera. Así que empiezo a moverme, abandonada a él. Otra vez.

Capítulo 25

El aire frío me acaricia la piel en contraste con el calor que irradia la persona pegada a mí. El aturdimiento del sueño desaparece lentamente cuando abro los ojos, sorprendida por la luz natural que se filtra por las ventanas abiertas.

Me remuevo en la cama deliciosamente cómoda, quiero estirar los músculos, que no sé por qué me duelen hasta que comprendo el motivo. Sexo, sexo y más sexo. Esbozo una sonrisa petulante.

Colton me envuelve como una enredadera. Está tumbado de lado, con una pierna doblada sobre la mía y una mano apoyada de forma posesiva sobre mi pecho desnudo. Tiene la mitad de la cabeza en mi almohada y la otra mitad en la suya.

Estudio su cara: los rasgos angulosos, el abanico de gruesas y oscuras pestañas sobre la dorada piel, la curva de la nariz. Me acerco y le aparto un mechón de pelo de la frente con cuidado para no despertarlo. Mientras duerme, el aura oscura y peligrosa de Colton se suaviza por su pelo despeinado, la ausencia de la intensidad que emana como una barrera protectora y la falta de tensión en la mandíbula. Me gusta disfrutar de esta rara visión de él, vulnerable y relajado.

Lo miro fijamente y rememoro la noche anterior. La forma en que atendió por completo todas mis necesidades. Pienso en las nuevas experiencias que me enseñó y en el placer que me produjo. Me pierdo entre los recuerdos de ataduras de cuero, bolas vibratoras y cubitos de hielo que me introducía para que se derritieran mientras nos fundíamos en un solo cuerpo, desdibujando la fina línea entre el dolor y el placer. Me acuerdo de cómo entró en mí de forma lenta y suave antes de llevarme al límite con estocadas duras y rápidas. A la luz de la luna, sobre esta cama, se tumbó sobre mí, me miró con intensidad y con voz suplicante me pidió que me sometiera a él. Me pidió que confiara en él, que conocía los límites de mi cuerpo y hasta dónde podía llevarme.

En ese momento, me tenía tan hipnotizada que me entregué a él sin preguntas y sin pensármelo dos veces. Accedí, consciente de que ya dominaba mi mente, mi corazón y mi cuerpo.

Más tarde, cuando me abandonaba al sueño, con el calor de su cuerpo pegado a la espalda y sus labios enterrados en mi pelo, me cuestioné la decisión. Antes de dormirme, me pregunté en qué cojones me metía al aceptar su petición aparentemente inocente, porque lo que parece simple bajo la tenue luz de la luna nunca lo es cuando llega la mañana siguiente.

Colton se mueve a mi lado, se gira de modo que me da la espalda y tira de las sábanas hasta enrollarse en ellas y destaparme. Me estremezco por el frío, pero estoy contenta de estirar los músculos. Hago una mueca al doblar los pies y extender las piernas. Desde luego, anoche no me trataron como si fuera de cristal, pero mi cuerpo lo disfrutó, eso seguro.

Empiezo a tener frío. Miro las líneas perfectamente esculpidas de la espalda de Colton y me acerco a él, enredo el cuerpo con el suyo para disfrutar de la sensación de la piel desnuda contra la suya. Apoyo la barbilla en su hombro y mis pechos se pegan a su espalda mientras lo rodeo con los brazos. Distraída, le acaricio el torso con los dedos y, poco a poco, me vuelve a dominar el sueño.

Cuando estoy prácticamente dormida, de pronto, Colton suelta el grito más devastador y salvaje que he oído jamás. Me habría quedado de piedra por el *shock*, pero estrella el cuerpo con violencia contra el mío y me golpea en el hombro con el codo.

—¡No! —exclama en un grito.

Salta de la cama y se da la vuelta, con las piernas abiertas, las rodillas flexionadas, los brazos doblados y los puños delante de la cara. Su expresión es de puro terror: los ojos salvajes y atormentados, parpadeando sin descanso, los dientes apretados y el cuello en tensión. Eleva el pecho al respirar rápidamente, con el cuerpo tenso y temblando mientras le ruedan gotas de sudor por la frente.

Me agarro el hombro instintivamente, que me escuece de dolor. El *shock* por lo que acaba de pasar va remitiendo y la adrenalina empieza a bombearme la sangre y hace que me tiemble el cuerpo. Si antes no hubiera sido testigo de esta reacción a una pesadilla, con los chicos, habría estado más asustada. Si Colton no tuviese en los ojos una expresión de puro miedo, me habría reído de él por estar desnudo y en esa postura, como si estuviese a punto de dar un

puñetazo. Pero sé que no es una broma. Sé que ha soñado con algo de su pasado que le acecha en silencio y que a día de hoy todavía lo traumatiza.

Giro el brazo para calmar el hombro, todavía siento punzadas de dolor.

—Colton —digo con voz tranquila, no quiero asustarlo.

Despacio, enfoca los ojos y la tensión de su postura se relaja poco a poco. Gira la cabeza y me mira con un centenar de emociones en los ojos: vergüenza, humillación, alivio, miedo y asco.

—¡Joder!

Se estremece con un suspiro y se lleva las manos a la cara para frotar el miedo. Lo único que se escucha en la habitación son sus respiraciones agitadas, el roce de su mano sobre la barba y las olas de fuera.

—¡Jodeeeeeer! —repite y se fija en cómo me froto el hombro.

Aprieta y relaja los puños al darse cuenta de que me ha hecho daño. Me quedo quieta mientras baja la mirada y hunde los hombros.

—Rylee... —De pronto, se da la vuelta y se lleva la mano a la nuca—. Dame un puto minuto —masculla y se larga al baño a toda prisa.

Recojo las sábanas para cubrirme el pecho y observo cómo se marcha. Quiero acercarme a decirle cosas que no va a creer o no quiere escuchar. Me quedo sentada, indecisa, cuando lo escucho vomitar. Es como si me retorcieran un cuchillo en las entrañas. Cierro los ojos con fuerza, desesperada por consolarlo.

Tira de la cadena y maldice entre dientes, luego abre el grifo y se lava los dientes. Me levanto de la cama y me pongo la camisa de Colton mientras lo oigo suspirar. Entro al baño, necesito asegurarme de que está bien. Nos quedamos ahí de pie sin movernos y él mira fijamente el agua que corre por el lavamanos. La angustia que siente es palpable y cuelga en el aire entre los dos. Colton se seca la cara con la toalla y se gira hacia mí.

Cuando se aparta la toalla de la cara, los ojos que me miran no son los suyos. No son los ojos de los que me he enamorado. Están muertos. Fríos. Vacíos de toda emoción. Le palpitan los músculos de la barbilla y se le marcan las venas del cuello al tragar.

—Colton...

Me fulmina con la mirada, con los ojos verdes vidriosos, y me hace vacilar.

—No, Rylee —advierte—. Tienes que irte —ordena categóricamente. Sus palabras tan vacías como sus ojos.

El corazón me da un vuelco. ¿Qué le ha pasado? ¿Qué recuerdo ha reducido a un hombre tan vibrante y apasionado a nada?

—Colton —suplico.

—Vete, Rylee. No te quiero aquí.

Me tiembla el labio inferior, no es posible que lo diga en serio después de las últimas horas que hemos pasado juntos. Anoche vi la emoción en sus ojos. Sus acciones me demostraron lo que sentía por mí. Pero ahora, lo único que puedo hacer es mirarlo porque no reconozco al hombre que tengo delante.

No estoy segura de qué hacer. Doy un paso adelante y rechina los dientes. He trabajado con niños traumatizados, pero esto escapa a mis conocimientos. Bajo la mirada a mis manos entrelazadas y susurro con la voz rota.

—Solo quiero ayudar.

—¡Lárgate! —ruge, lo que me hace levantar la cabeza como un resorte justo a tiempo para ver cómo sus ojos muertos reviven con chispas de ira—. ¡Lárgate de una puta vez, Rylee! ¡No te quiero aquí! ¡No te necesito aquí!

Me quedo paralizada, su arranque de ira me petrifica.

—No lo dices en serio —tartamudeo.

—¡Y una mierda que no! —grita y el sonido rebota en las baldosas de piedra.

Nos miramos en silencio mientras proceso lo que ha dicho. Colton avanza un paso amenazante y me limito a mirarlo, sacudiendo la cabeza. Lanza la toalla con una palabrota y golpea un par de botellas que chocan y el ruido retumba en el silencioso cuarto de baño. Me fulmina con la mirada mientras aprieta y destensa la barbilla. Cuando habla, tiene la voz teñida de crueldad.

—Te he follado y ahora he terminado contigo. Ya te dije que era lo único que se me daba bien, encanto.

Arruga la frente un momento cuando las lágrimas que me quemaban en el fondo de la garganta me llegan a los ojos y empiezan a caer. La crueldad de sus palabras me retuerce las tripas y me encogen el corazón. Le ordeno a mis piernas que se muevan, pero no me hacen caso. Cuando no me muevo, aturdida y conmocionada, coge mi bolsa de la pila del baño, me la tira con fuerza contra el pecho y me empuja hacia la puerta.

—¡Fuera! —gruñe entre dientes. Se le hincha el pecho desnudo. El pulso le palpita en la sien y aprieta los puños—. Ya me he aburrido de ti. ¿Es que no lo ves? Has cumplido tu propósito. Una diversión rápida para pasar el rato. Ya he terminado. ¡Vete!

Cegada por las lágrimas, me tambaleo con la bolsa en la mano y bajo corriendo las escaleras. El peso de su mirada se me clava en la espalda como un cuchillo cuando me marchó. Cruzo la casa a toda velocidad, con el corazón en la garganta y la cabeza hecha un lío. El pecho me duele tanto que me cuesta respirar. Me cuesta pensar. El dolor me consume. El arrepentimiento me devora por pensar que lo que teníamos significaba algo más.

Me precipito por la puerta de la casa y me encuentro con el sol de la mañana, pero para mí solo hay oscuridad. Me tambaleo, dejo caer el bolso y caigo de rodillas. Me quedo ahí sentada a contemplar una preciosa mañana, sin verla.

Dejo que las lágrimas corran libres.

La humillación me consume.

El corazón se me parte en dos.

Fin

El viaje de Colton y Rylee continúa en el segundo libro de la trilogía *Driven*.

Sobre la autora



K. Bromberg es una autora *best seller* que ha estado en las listas de más vendidos del *New York Times*, el *Wall Street Journal* y el *USA Today*. Desde que debutó en 2013, ha vendido más de un millón de ejemplares de sus libros, novelas románticas contemporáneas y con un toque sexy protagonizadas por heroínas fuertes y héroes con un pasado oscuro.

Vive en el sur de California con su marido y sus tres hijos. Reconoce que buena parte de las tramas de sus libros se le han ocurrido entre viajes al colegio y entrenamientos de fútbol.

**Gracias por comprar este ebook. Esperamos que
hayas disfrutado de la lectura.**


Queremos invitarte a que te suscribas a la newsletter de Principal de los Libros. Recibirás información sobre ofertas, promociones exclusivas y serás el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tienes que clicar en este botón.



BRITAINY C. CHERRY

EL AIRE
QUE
RESPIRA

SERIE DE LOS ELEMENTOS I

CHIC 

El aire que respira

Cherry, Brittainy C.

9788416223503

304 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Es posible volver a respirar tras haberlo perdido todo?

Tristan ha perdido a su mujer y a su hijo.

Elizabeth ha perdido a su marido.

Son dos almas heridas que luchan por sobrevivir.

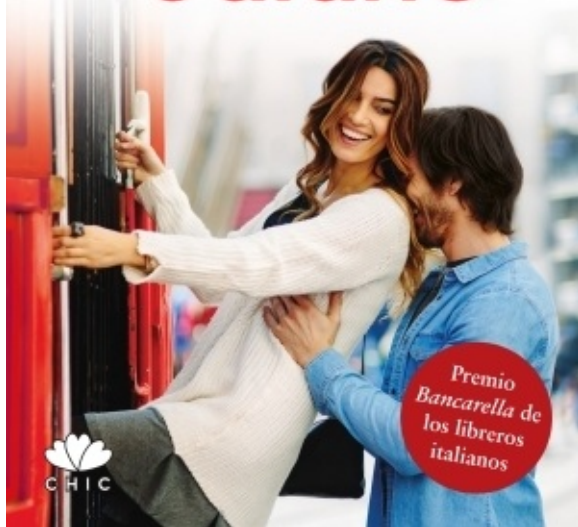
Necesitan recordar lo que se siente al querer.

Solo así podrán volver a respirar.

La novela romántica revelación en Estados Unidos

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Anna Premoli
Por favor,
déjame
odiarte



Por favor, déjame odiarte

Premoli, Anna
9788416223473
304 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Puedes llegar a enamorarte de alguien a quien odias?

Jennifer es abogada.

Ian es economista.

Y se odian.

Un cliente los obliga a trabajar juntos.

¿Y si del odio al amor solo hay un paso?

Premio Bancarella de los libreros italianos
Más de medio millón de ejemplares vendidos en Italia

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HOMICIDIO

UN AÑO EN LAS CALLES DE LA MUERTE

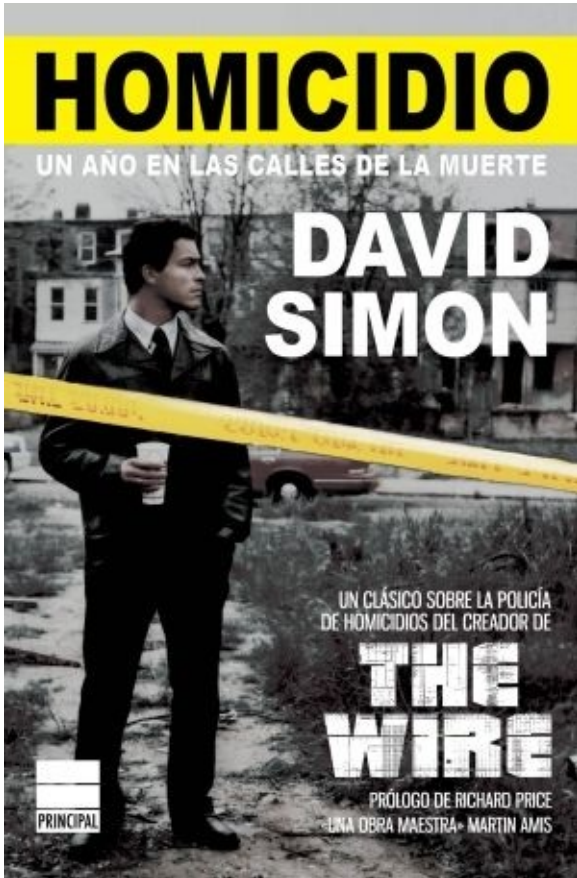
DAVID SIMON

UN CLÁSICO SOBRE LA POLICÍA
DE HOMICIDIOS DEL CREADOR DE

THE WIRE

PRÓLOGO DE RICHARD PRICE
UNA OBRA MAESTRA • MARTIN AMIS

PRINCIPAL



Homicidio

Simon, David
9788416223480
784 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El escenario es Baltimore. No pasa día sin que algún ciudadano sea apuñalado, apalizado o asesinado a tiros. En el ojo del huracán se encuentra la unidad de homicidios de la ciudad, una pequeña hermandad de hombres que se enfrenta al lado más oscuro de Estados Unidos.

David Simon fue el primer periodista en conseguir acceso ilimitado a la unidad de homicidios. La narración sigue a Donald Worden, un inspector veterano en el ocaso de su carrera; a Harry Edgerton, un iconoclasta inspector negro en una unidad mayoritariamente blanca; y a Tom Pellegrini un entusiasta novato que se encarga del caso más complicado del año, la violación y asesinato de una niña de once años.

Homicidio se convirtió en la aclamada serie de televisión del mismo nombre y sirvió de base para la exitosa The Wire.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

REAL

KATY EVANS



PRINCIPAL
de los LIBROS

Real (Saga Real 1)

Evans, Katy
9788494223488
336 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Un boxeador inestable.
Una joven con los sueños rotos.
Una combinación explosiva.

Remington Tate es el hombre más sexy y complicado que Brooke ha conocido jamás. Es uno de los boxeadores más admirados, deseados y ricos del circuito de boxeo clandestino. Pero cuando la invita a la habitación de su hotel, lo último que la joven fisioterapeuta espera es que le ofrezca un empleo.

La atracción entre ellos es evidente, pero Brooke no está dispuesta a tirar su vida profesional por la borda. ¿Podrá aguantar tres meses junto a él sin caer en la tentación? ¿Qué quiere Remington Tate de ella? ¿Y cuál es su terrible secreto?

[Cómpralo y empieza a leer](#)

EN REALIDAD,
NUNCA
ESTUVISTE AQUÍ



JONATHAN

AMES

Una novela del creador de *Bored to Death*

En realidad, nunca estuviste aquí

Ames, Jonathan
9788416223329
96 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Un héroe cuya arma favorita es un martillo... claramente tiene problemas

Joe es un ex marine y ex agente del FBI, solitario y perseguido, que prefiere ser invisible. No se permite ni amigos ni amantes y se gana la vida rescatando jóvenes de las garras de los tratantes de blancas.

Un político lo contrata para que rescate a su hija de un burdel de Manhattan, y entonces Joe descubre una intrincada red de corrupción que llega a lo más alto. Cuando los hombres que lo persiguen acaban con la única persona que le importa en el mundo, abjura de su voto de no hacer daño a nadie. Y si alguien puede abrirse paso hasta la verdad a fuerza de cadáveres, ese es Joe.

En realidad, nunca estuviste aquí es un homenaje a Raymond Chandler y a Donald Westlake y su serie sobre Parker. En esta dura y emocionante novela, Ames desafía los límites de la novela negra y crea un protagonista demoledor y psicológicamente perturbado que salva a otros pero es incapaz de salvarse a sí mismo.

[Cómpralo y empieza a leer](#)